

CARAS Y CARETAS

OTRA TORRE DE BABEL

Pueblo. — Nunca se terminó
la primera y al cielo no llegó.
La de usted llegará, cuando acabada.

Herrera Vegas. — Con ésta comparada,
la primitiva torre de Babel
haría un mal papel.
Y perdóneme usted la compadrada.

EL PUESTO ENBRUJADO

Por CARLOS WADSWORTH CAMP

TRADUCCION DE E. M. S. DANERO

ILUSTRACIONES DE BESARES

AQUEL maldito puesto de observación número 93 elevábase en la región más desierta y abandonada de la línea de Georgia. Quince kilómetros en torno de él no había una sola habitación humana sobre la llanura yerma y desolada. Aquel puesto gozaba de una pésima reputación entre el personal de la empresa ferrocarrilera. Es preciso decir, por otra parte, que, si bien ya era un motivo que esta desconsideración implicaba su alejamiento, se podía encontrar otra razón de más peso a la altura de la curva que la vía hacía un centenar de metros más lejos... Allí, entremezclados con la maleza, en un barranco, amontonábanse los escombros de las máquinas y los coches que, unos años antes, chocaran en una forma que hizo época en los anales ferroviarios del país.

....

....

Maps aguardaba su turno de audiencia en la antesala del despacho del director de la línea. Era un hombre robusto y decidido que había solicitado el ingreso en la compañía. Para engañar su impaciencia contemplaba a un individuo que, en un triste estado, apoyado contra una mampara de cristales que dividía en dos la habitación, mirábale obstinadamente, con aire un sí es no es gruñón, la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo. La mano que le quedara indemne temblaba cuando la llevaba hacia su cráneo dolorido. Al cabo, pareciόse decidir y se aproximó, con paso inseguro, al que solicitaba un empleo.

— ¿Ha presentado una solicitud? — preguntóle.

— Sí.

— ¿Para la explotación?

Maps asintió con un movimiento de cabeza.

— ¡Una vida de perros! — agregó el herido.

— No caben muchas dudas después de ver su cabeza — replicó Maps. — ¿Dónde se hizo eso?... ¿En algún choque?

— Eso depende... En todo caso, de estas colisiones ya tendrá usted algunas antes de que le llegue la decisiva.

La noticia, no por ya barruntada, dejó de inquietar a Maps.

— ¿Cree usted que pondrán algún inconveniente para recibirme?

— ¡De ninguna manera! Es preciso que busquen los candidatos con farol para llenar algunas vacantes — murmuró el empleado herido. — ¡Bah! Usted tiene trazas de ser hombre fuerte y nada tímido. Seguro que le ensayarán «allá»... Seguro... ¡No cabe duda!

Se calló como quien teme haber hablado en demasía.

— Bien... ¿Qué?... Dígame... — dijo Maps, impaciente.

Mas el otro había pasado a la oficina contigua, y por la puerta Maps veíale hablar a algunos empleados, quienes, desde sus pupitres, contemplábanle con curiosidad y admiración.

En esos mismos momentos el ingeniero en jefe de la explotación y el encargado del personal procuraban resolver el caso de Maps.

— A Boyd no le podemos dejar un día más en la casilla 93 — dijo el primero, — y, en cuanto a los otros guardas, no quieren saber nada con ella. Es el momento de ensayar uno nuevo, pese a que estoy convencido de que allá no ocurre nada extraordinario.

El ingeniero miró compadecido a su interlocutor.

— No, de ninguna manera; jamás ha ocurrido nada extraordinario en la 93; nada más ha acontecido que la espantosa catástrofe que es aún nuestra pesadilla. ¡Y sin contar que todavía no hemos terminado con la dichosa casilla gracias a las supersticiones y patrañas de toda esa cáfila de necios que hemos enviado allá!

— La serie de circunstancias que coincidieron para que el accidente se produjera no las encontraremos en mil años de vida. Si este muchacho conoce algo de su oficio no tendrá muchas dificultades en dirigir el funcionamiento de aquella vía casi muerta, y para ponernos a cubierto de cualquier descuido y equivocación, haremos controlar sus comunicaciones por las casillas 92 y 94. Me parece que el hombre se halla dispuesto para ocupar lo primero que se le ofrezca. Y, de esta manera, si posee las fuerzas y la sangre fría necesarias para poner en vereda a uno o dos vagabundos y desvirtuar con ello la pretendida leyenda que pesa sobre aquel puesto, me parece que sería cosa de recibirle con palmas. Dígame si no es verdad.

— Puede ser que tenga usted razón... — dijo el ingeniero. — Hágale entrar y, por el amor de Dios, procure tenerle apartado de todos esos chismes y comadrerías imbéciles.

Cuando entró el aspirante, los dos hombres contemplaron no sin admiración su alta talla y sus amplias espaldas.

— ¿Usted quiere entrar en la línea? — interrogóle el ingeniero.

— Sí, señor.

— ¿Tiene alguna práctica en el oficio?

— Vengo para adquirirla.

— ¿Dónde aprendió a usar el manipulador telegráfico?

— En mi casa.

— ¿Su nombre?

— Guillermo Maps.

— ¿Edad?

— Veintiún años.

— ¿No tiene miedo a los fantasmas?

PUES BIEN; PONGA SUS CINCO SENTIDOS EN EL TRABAJO QUE SE LE ENCOMIENDA Y TENDRÁ PRONTO PERSPECTIVAS DE MEJORAR.

La pregunta fué lanzada cual si ella formara parte del cuestionario reglamentario. Maps limitóse a sonreír. Luego agregó:

— Acabo de ver uno; pero no tengo temor de ninguna cosa y menos de aquellas que mis ojos no hayan visto y sobre las cuales haya posado mis manos.

— De manera que no teme a los fantasmas — dijo el ingeniero. — ¡Patrañas! Lo cierto es que algunos de nuestros puestos se encuentran un tanto solitarios... Estoy en el deber de advertírselo... Y hay algunos en torno de los cuales merodean los vagabundos...

— Yo me río de la soledad, siempre que no me falte trabajo...

— Pues bien: ponga sus cinco sentidos en el trabajo que se le encomienda y tendrá pronto perspectivas de mejorar — díjole el ingeniero, que, dirigiéndose al jefe de personal, agregó: — Pruébelo, Jorge. Si es capaz de recibir y retransmitir convenientemente un telegrama le pondremos en el puesto número 93.

— Se lo agradezco, señor — dijo Maps. — Haré las cosas lo mejor que pueda.

Al salir de las oficinas, después de un ensayo satisfactorio, Maps vió al hombre de la cabeza vendada que se paseaba por la acera. Maps avanzó algunos pasos y volvió la cabeza. El otro, indeciso, le seguía. El nuevo encargado de la casilla 93 se detuvo y le aguardó.

— Si va usted para el mismo lado haremos el camino juntos... Mi apellido es Maps...

— Y yo soy Morton. Me han dicho que le han aceptado. Juraría que le envían a la 93.

Maps asintió.

— ¡Pues bien! De ahí vengo yo, justamente — dijo Morton, mostrando con su dedo las vendas que casi le ocultaban la cabeza.

— Sí que ha de ser un rincón agradable, — respondió Maps, riendo.

— ¡Sumamente agradable! Con decirle que el cementerio es algo así como una feria al lado de él está explicado todo... En quince kilómetros en torno de la 93 no se ve un alma. No hay una mala persona con quien hablar. Como único espectáculo, la alegría de los restos de un choque. ¡Agradable! ¡Bondad divina! No le quedarán sino dos actitudes que escoger cuando ante su nariz pase el «rápido» todo iluminado y lleno de vida: o se destrozará el alma en medio del más cruel de los delirios o, llorando como un infeliz, se tumbará en un rincón...

— No me han dicho que tanta fuera la soledad — arriesgó Maps.

— ¿Que no se lo han dicho? ¡Linda gente! ¿Y de lo otro, tampoco le hablaron?

— No, nada más que debo irme allá con el tren de la tarde para relevar a Boyd.

— Hubiera jurado que le enviaban allá sin hacerle la menor advertencia. ¡Ah! Lo mismo que conmigo hicieron! ¡Ni más ni menos que con Simón antes de la catástrofe!

— ¿Qué catástrofe?

— ¿No ha oído hablar de la gran catástrofe? ¿No sabe nada del choque de la casilla 93?

— Soy nuevo en la empresa: hasta ahora nada sé de esa catástrofe y de ninguna otra... No obstante, tengo una vaga idea de haber oído hablar de algo por el estilo hace unos seis o siete años...

— Eso mismo. ¡Veinticuatro muertos! Ya irá usted enterándose de todo...

Maps se detuvo y miró a Morton sorprendido.

— ¡Vamos! ¡Vamos! — dijo. — ¿Qué quiere decirme con eso?

— La verdad, lo que a usted le interesa. Si me promete conservar el secreto le explicaré en que madriguera se ha metido incautamente.

— No soy ninguna portera parlanchina para que me salga con esas promesas de silencio — dijo un tanto agriamente Maps. — De manera que, si está dispuesto, explíqueme qué es ese misterio y qué tiene que ver con él el puesto 93.

Morton le encaminó hacia una callejuela silenciosa y mal alumbrada.

— Quizá ha olvidado usted cómo se produjo el endiablado accidente ferroviario... Nosotros no lo hemos echado en olvido tan fácilmente. Fué una catástrofe de esas que hacen época.

El presidente del directorio de la empresa estaba aquí cuando recibió aviso de que su esposa se hallaba gravemente enferma en la Florida. ¡El presidente! ¡Ya lo verá usted! El mundo al revés se pone para complacerle... Se formó con toda urgencia un tren especial y se le despachó no sin antes preparar el recorrido anunciándolo telegráficamente como es de rigor. El tren de pasajeros ordinario acababa de salir de Dawson, quince kilómetros antes de llegar al puesto 93. Bob Trumbull le dirigía con una máquina bastante remolona que había perdido tiempo durante todo el viaje. Cuando reconocieron la imposibilidad de detener a Bob en Dawson le telegrafiaron a Simón para que detuviera mediante las señales de alarma a ambos trenes y les diera cruce en el desvío del puesto suyo, del 93.

En circunstancias normales se le hubiera podido prevenir a Bob. Pero he aquí que su endemoniada máquina comienza a hacer de las suyas. Viendo esto abre del todo las válvulas dispuesto a ganar el mayor tiempo posible y salir del lugar peligroso. Eso fué todo. Los trenes se encontraron en la curva pasados los cien metros después de la casilla 93 y se «enchufaron» a todo vapor. ¡Vaya uno a establecer las responsabilidades en un caso semejante! ¡Sobre todo considerando lo sagrado de la personalidad del presidente! Si Bob hubiera muerto, a él sólo se le hubieran achacado todas las responsabilidades, ya que Simón juró por todos los dioses del Olimpo que, habiendo recibido el despacho a tiempo, colocó las señales como era debido. Si Bob no las había visto era simplemente porque tenía los ojos cerrados. Simón fué la víctima propiciatoria y, como había que conformar a la opinión pública, le enviaron a la cárcel. En cuanto a Bob destináronle a los trenes de mercancías y por poco no le destituyen. ¡Son unos desvergonzados! Mire usted ahora... A mí, herido y todo, me tienen a medio sueldo, y a usted, sin que sepa lo que es limpiar una máquina, le expiden allá sin más preámbulos. ¡Si tuvieran gente seguro que no hubieran apelado a semejantes recursos!...

— Yo no veo bien qué es lo que tengo que ver en todo este asunto...

El otro, mofándose, soltó la carcajada.

— ¿Le agradará vivir junto a aquellos restos?

— ¡Ah! ¡Ahora comprendo lo que quiere usted decirme! — dijo Maps. — Es por eso que me preguntaron si tenía miedo a los fantasmas...

— Sí; es la broma habitual... Mire usted; en el puesto 93, desde el día de la catástrofe, las cosas no han marchado con naturalidad. Pregúnteselo a cualquiera de los que han estado allá. Todos han pedido el pase a otro destino. Que usted vea o no fantasmas poco implica. Hay algo, no sé bien qué, que no es lo lógico y natural en el aire que allí se respira. Yo estuve allá. No me sentía con deseos de perder el empleo por cualquier futileza... Soporté hasta que pude, realizando inauditos esfuerzos; aguardando continuamente la llegada de alguna calamidad... ¡Y mire usted si llegó o no!

Hace justamente una semana. Yo, como de costumbre, había verificado si puertas y ventanas estaban cerradas. Fuime a la alcoba y pronto quedé dormido. Cuando me desperté la primera sensación que percibí fué la de que algo cubría mis ojos impidiéndome ver. Un peso enorme oprimía mi pecho. No podía ni respirar ni moverme; era como si me retuviera la fuerza de diez hombres.

— ¿Y qué era eso? — preguntó Maps.

— Es lo que yo me preguntaba — replicó Morton, colérico casi. — ¡Y no me salga con que se trataba de vagabundos! No sé lo que era; pero, puedo asegurarle que no se trataba de vagabundos. Me hallaba ligado de pies y manos con la cuerda que hay debajo del lecho. Yo no había escuchado ruido de ninguna especie; nadie había salido de la habitación. Se lo repito: puertas y ventanas se hallaban tal cual las dejara yo la noche anterior. Es vergonzoso que no le hayan prevenido. Temerían acobardarle.

— Lo cierto es que todo eso resulta harto singular — comentó Maps. — ¿Cómo se desembarazó de las ligaduras?

— En eso, cuando casi mi cerebro estaba paralizado por el terror — prosiguió Morton, — comenzó a repiquetear el timbre del telégrafo. Era preciso detener al tren número 36, un «mercancías» que subía, para dar paso a un «mixto» descendente... Ni más ni menos el mismo caso que el día de la catástrofe. Por espacio de unos segundos sudé sangre. Por fortuna la cuerda no era gruesa y logré desembarazar mis manos... Sabiendo que el 36 avanzaba siempre más y más, desesperado, desgarrándome los dedos y las uñas, conseguí deshacer el nudo que oprimía mis piernas. El 36 debía estar ya a la vista. Los rieles comenzaron a temblar. Debí debatirme como un loco en medio de la maraña formada por la cuerda. Al fin, sin que sepa cómo, logré estar libre. No atiné siquiera a poner las señales de alarma. Ya eran inservibles. Salí afuera, linterna en mano y, por un milagro, logré detener al 36 cuando ya tenía la máquina encima. Eso fué todo. ¡Y, ellos los muy poltrones, me salieron con la canción de los vagabundos!

— Pero... ¿qué era eso? ¿Llegó a percatarse de algo? — inquirió Maps.

— ¡Imposible! Mas no he concluído. El 93, durante dos noches, estuvo tranquilo, bien que yo no pudiera pegar los ojos. Cuando llegó el viernes, tan rendido estaba que quedé dormido. No dudará que yo había tenido la precaución de cerrar todo. ¡Pues bien! Créame o no me crea: todo lo que yo puedo decirle es que abrí los ojos cuando ya era día y los compañeros del «ordinario» estaban a punto de echar al suelo la puerta de la casilla.

Casi no atiné a abrirles... Pero, por favor, no me pregunte qué es lo que sucedió. Me encontraron agarrotado en mi puesto, con la cabeza y este brazo poco menos que hechos trizas. Por fortuna, puestos en guardia por mi primera aventura, los jefes habían dado órdenes completas al conductor del tren número 36 al pasar por la estación de Dawson... Recién hoy, por la mañana, he salido del hospital.

Me han tratado de loco y negado. Cuando les expliqué la conveniencia de retirar los escombros me soltaron la carcajada en las narices. Todo lo resuelven diciendo que estas cosas son obra de los vagabundos. Nada más. Ahora usted sabrá lo que debe hacer.

— Mucho le agradezco sus informaciones — dijo Maps — pero estimo que me conviene correr el riesgo. Este asunto me parece interesante y hasta, le diré, comienza a intrigarme. Jamás he visto un duende ni un fantasma y, créame, no me desagradaría tener uno frente a frente...

— No tendrá que reprocharme nada si le ocurre una desgracia...

— De ninguna manera. Al único que algo tendré que reprochar, *si me ocurre* cualquier percance, será al revólver que, ahora, inmediatamente, he de comprar.

Como lo dijo lo hizo. Se compró un revólver y, siguiendo las instrucciones recibidas, se presentó esa misma tarde en la estación. Como el tren tenía un pequeño retraso, el jefe decidió que, al pasar ante la casilla número 93, aunque sin detenerse del todo, aminorara un tanto la velocidad a fin de que Maps pudiera saltar a tierra.

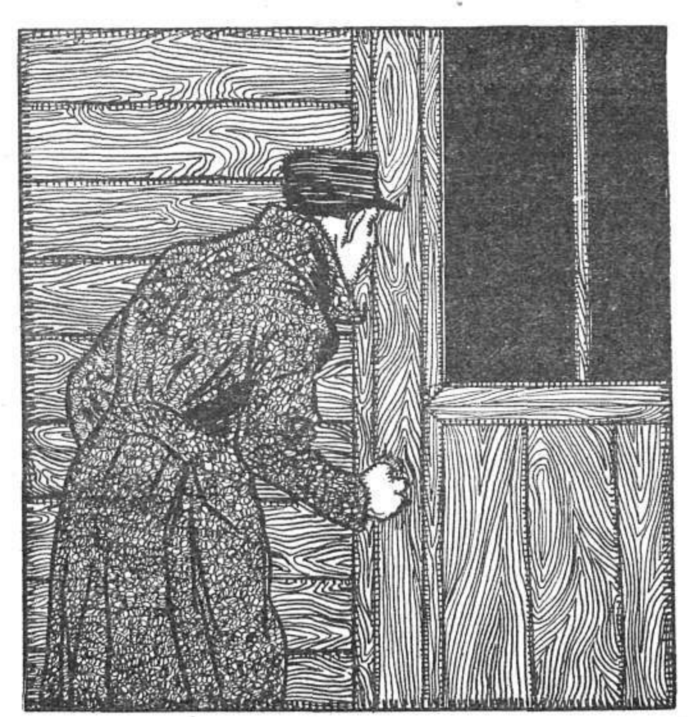
Nuestro hombre se instaló en el furgón de cola. Su exaltación revelábase en su rostro franco pleno de energías.

El convoy fué dejando atrás los arrabales de la ciudad. Transcurrieron algunas horas y luego, como si el espíritu misterioso de la región se hubiera resistido a los progresos del hombre, una mísera construcción quedó atrás y a los ojos de Maps no apareció sino una llanura desolada y estéril. Uno que otro grupo de altos pinos levántabase aquí y allá cual oasis en aquel extraordinario desierto. Al primer entusiasmo del viajero sucedió un cansancio, un desgano indefinible, una inquietud vaga y lacerante. Bien que su vida toda la hubiera pasado en Georgia, aquel páramo que el tren atravesaba veloz, en línea recta, cohibíale y acobardábale no poco.

Dejó su asiento y fuése hacia la plataforma trasera. *Desde allí contempló la desolación que ningún* accidente del suelo interrumpía. El tren, al cabo, aminoró su velocidad y el guarda se aproximó a prevenirle.

— El puesto 93 está a la vista... Váyase preparando para saltar.

Maps recogió su maleta. El tren, en ese instante, marchaba por una curva muy pronunciada. Algunos pasajeros hablaban en voz baja. Después de seis años de ocurrida la catástrofe aun se hallaban allí los restos de los dos trenes... El 93 no estaba lejos.



NADIE CONTESTÓ. DURANTE UNOS MINUTOS PERMANECIÓ ALLÍ, PENSATIVO. AL CABO, COGIÓ EL PESTILLO DE LA PUERTA Y LO HIZO GIRAR: LA PUERTA SE HALLABA CERRADA POR DENTRO.

El nuevo empleado descendió hasta el último peldaño de la escalerilla de la plataforma del furgón. Echó una mirada en torno suyo. El tren salía de la curva y se distinguía netamente la garita 93. Aprovechó la rampa y saltó a tierra.

— ¡Adiós! ¡Buena suerte! — gritóle el jefe del tren.

La mirada de Maps se paseó por el contorno. Su primer impulso fué correr hacia el tren y hacerle detener. Al asegurar que no les tenía miedo a los fantasmas no lo había hecho por pura fanfarronería; pero es que el lugar en cuestión comunicábale una extraña impresión de desasosiego e inquietud. Flotaba en el ambiente *un hálito de misterio*. Maps esbozó una sonrisa y sus ojos siguieron el tren que ya desaparecía a lo lejos. Boyd no daba señales de vida.

El puesto 93, una garita cuadrada, de tres metros de lado, pintado estaba de amarillo y, en cada uno de sus cuatro costados, sobre un tablero blanco, exhibía el número 93 en gruesos caracteres negros. Por toda entrada tenía una pequeña puerta en medio del muro trasero. El frente y los laterales estaban casi constituídos por amplias ventanas apaisadas. En ese momento todas las ventanas aparecían cerradas. Llamó:

— ¡Boyd!

Su voz, que resonó débil y mísera en medio de aquella inmensidad, hízole temblar. Recorrió todo el contorno de la garita y, un tanto intranquilo, detúvose ante la puerta cerrada.

— ¡Boyd! — tornó a llamar.

Nadie contestó. Durante unos minutos permaneció allí, pensativo. Al cabo, cogió el pestillo de la puerta y lo hizo girar: la puerta se hallaba cerrada por dentro. Maps comenzó a aporrearla, gritando, desesperado:

— ¡Boyd! ¡Boyd!

Siempre la misma respuesta. Maps, chanceándose, para alentarse, pensó que Boyd, para calentarse los pies, habríase marchado por ahí, a dar unas vueltas. *Por consiguiente era menester que alguien aten*diera el telégrafo cuyo repiquetear escuchaba desde afuera. Prestó atención y llegó a enterarse del despacho. Se trataba de una transmisión que no interesaba al 93. Mas aquello vino a convencerle de la urgencia de abrir la puerta. Buscó el medio de hacerlo. Hasta las ventanas no podía llegar sino con una escalera y ella, si existía allí, estaría encerrada en la garita. Pensó en arrojar alguna piedra; mas el balasto de la vía era sólo de arena y no se

veía un guijarro en aquella tierra. Empujó la puerta con sus hombros: ni se movió. Entonces comenzó a descargar fuertes golpes con el taco de sus botines, a la vez que gritaba:

—¡Boyd! ¡Boyd!

No escuchó sino el eco de sus propios golpes. Le aterraba la sola idea de pasar la noche a la intemperie en semejante lugar. Intentó un postrer esfuerzo y, lo que ocurre siempre, la puerta saltó con la cerradura hecha pedazos.

—¡Boyd! — gritó de nuevo, cual si el hecho de abrir la puerta le hubiera infundido la esperanza de ver aparecer a su compañero.

Entró.

Boyd no había desertado de su puesto. Estaba muerto, tendido sobre el suelo, la cabeza herida como por un instrumento contundente.

Maps no era un cobarde ni un pusilánime; mas el misterio de aquella muerte violenta en una torre herméticamente cerrada, dejóle como atontado. Poco a poco sus ojos se habituaron a la penumbra que reinaba en aquella estancia situada en la parte baja de la garita. Los ojos del muerto parecían mirarle colmados aún por el pavor de quien sabe qué inusitada visión.

Maps reaccionó y procuró reflexionar sobre aquel extraño crimen. La puerta estaba cerrada por dentro y Boyd había sido muerto. Lógicamente, el asesino tenía que estar en la parte alta de la garita. Lentamente, revólver en mano, dirigióse hacia la escalerilla. Bruscamente puso el pie sobre el primer peldaño, y, prestando atención, subió poco a poco hasta la abertura en la cual desembocaba la escala. El asesino debía hallarse allí, oculto, la mano crispada aún sobre el arma homicida. Al cabo sus miradas llegaron al nivel del piso alto. Allí no había nadie. La mesa del telégrafo corría a lo largo de la ventana de la fachada. Las palancas del semáforo y de los cambios estaban dispuestas en la parte trasera. Por todo mueble un banco de pino y ningún rincón donde ocultarse.

A fuerza de cavilaciones llegó a la conclusión de que Boyd debió ser atacado poco antes de su llegada. Efectivamente, si el 93 hubiera dejada sin contestación los despachos de las primeras horas de la tarde, el tren que conducía a Maps alguna indicación hubiera recibido en su recorrido hasta allí. De manera que, si se trataba de un crimen, el asesino no podía encontrarse muy lejos. Los ojos de Maps se detuvieron allá, en el lugar donde, entre malezas, se amontonaban los restos del famoso choque... No quedaban dudas. Advertido por Morton, Boyd habría optado por dormir durante el día y velar por la noche. Pero entonces... ¿cómo se enteraría el presunto homicida del momento propicio para perpetrar su hazaña?

El receptor llamó a Maps. Antes de contestar bajó, colocó el lecho ante la puerta a manera de barricada y, volviendo a subir, dispúsose a contestar. El jefe de la sección quería saber si el nuevo empleado estaba en su puesto y si las cosas marchaban normalmente. Maps hizo el relato de lo acaecido. Hízose una prolongada pausa y luego el telégrafo le dijo:

—Bien. ¿Está usted tranquilo?

—Sí; lo estoy.

Claro que estaba nervioso; pero no era el caso de mostrarse débil desde el comienzo de su carrera. Debía portarse a la altura de la situación. Y, en verdad que no sería poco favorable el subordinar los sentimientos al orgullo. Telegrafió insistiendo.

—Respondo de mí en tanto que pueda mantener los ojos abiertos; pues aquí no me parece muy tranquilizador el dormirse desprevenido. Si me enviáis un compañero con el cual pueda montar una guardia estoy seguro de dar con la clave de todo este misterio.

Le prometieron enviárselo en cuanto lo encontraran. Además, el «mercancías» ascendente tendría orden de hacer alto en el puesto 93. No dejaron de recomendarle a Maps que estuviera atento a todo cuanto ocurriera.

Después de esto el telégrafo se calló. Maps se ocupó en la consulta del gráfico y las horas fueron pasando. A eso de las cinco oyó el silbido de una locomotora que llegaba por el sud. Bajó, deshizo la barricada y llegóse a la vía. Sonaron los frenos. La larga hilera de vagones pasó, cada vez más lenta, hasta que el convoy se detuvo con una postrera sacudida. El jefe del tren, dos guardas, el médico de la compañía y el juez de instrucción bajaron de un vagón. En el mismo instante el maquinista y el fogonero llegáronse al lugar donde el nuevo encargado del 93 les esperaba.

—Me han dado orden de detenerme aquí por eso de Boyd, — dijo el jefe del tren. — ¿De manera que es verdad que ha muerto?

Sin pronunciar una sola palabra les mostró la garita señalándola con un dedo, y los cinco hombres hacia ella se encaminaron.

Cuando estuvieron en el interior el juez de instrucción sometió a Maps a un interrogatorio en regla. Después de eso, asegurando que no cabían dudas de que la muerte de Boyd se debía a una caída de la escalera, con gran sorpresa de Maps el magistrado vino a demostrar su buena voluntad para con la compañía a la cual, sin duda, deseaba evitarle todo género de complicaciones.

Dicho lo cual el juez abandonó la garita y se encaminó al tren. Entre los que componían su comitiva cogieron el cuerpo de Boyd y lo colocaron en un vagón, hecho lo cual, ávidos de detalles, rodeáronlo a Maps. El hízolo brevemente. Por lo que se veía no tenían mucha prisa en dejarle. Era evidente que la arriesgada teoría del juez no había obtenido mucho éxito entre el personal del tren.

—Estamos siempre en el misterio — dijo el maquinista a la vez que consultaba su reloj. — Parece que, desde el día aquel de la catástrofe, dominara aquí una extraña potencia empeñada en burlarse de todos.

—Yo, verdaderamente — comentó el fogonero, — cuando pasamos de noche por aquí, sin quererlo, me pongo a temblar. No en vano ha trabajado la muerte por aquí.

—Alex Torrey ha jurado que aquí, de noche, se ven y se oyen cosas terribles — agregó uno de los guardas.

El médico se echó a reir.

—Es muy fácil achacar todo a los fantasmas. Por lo pronto, en los años de mi vida no he tenido jamás la oportunidad de encontrarme con ninguno.

El maquinista volvió a mirar su reloj.

—Es hora de que nos marchemos — dijo.

Se alejó hacia la locomotora seguido por su ayudante.

—¿De manera que se decide a quedarse solo aquí? — le preguntó el jefe del tren.

—Les he pedido que me envíen un compañero con el cual podré relevarme — dijo Maps.

—Buen trabajo tendrán para encontrarlo en cuanto se divulgue esta nueva muerte — dijo el médico.

—Entonces me quedaré solo — dijo Maps tranquilamente. — Este es mi primer empleo en la compañía; no lo puedo abandonar así porque sí.

—¡Bueno, amigo! No le envidio la suerte — dijo el jefe del tren. — ¡Buena suerte!

Era ya una tradición en la línea no separarse de la garita número 93 sin desearle buena suerte.

El médico volvió sobre sus pasos.

—Usted no me parece muy supersticioso — díjole a Maps — pero, en fin, se va a quedar solo

y, con todas esas leyendas, no tendrá sus nervios muy en su lugar. Haga lo posible para contenerse. Puede ser que el juez de instrucción esté en lo cierto, pero temo que esté equivocado... Es preferible que se ponga en guardia contra los fantasmas de carne y hueso.

Dicho esto se alejó, trepando al tren cuando ya estaba en movimiento. Maps estúvose largo rato contemplando a los empleados que, agrupados en la plataforma del furgón de cola, le saludaban quizá compadeciéndole. Quedó solo. El sol se ponía y pronto sería noche.

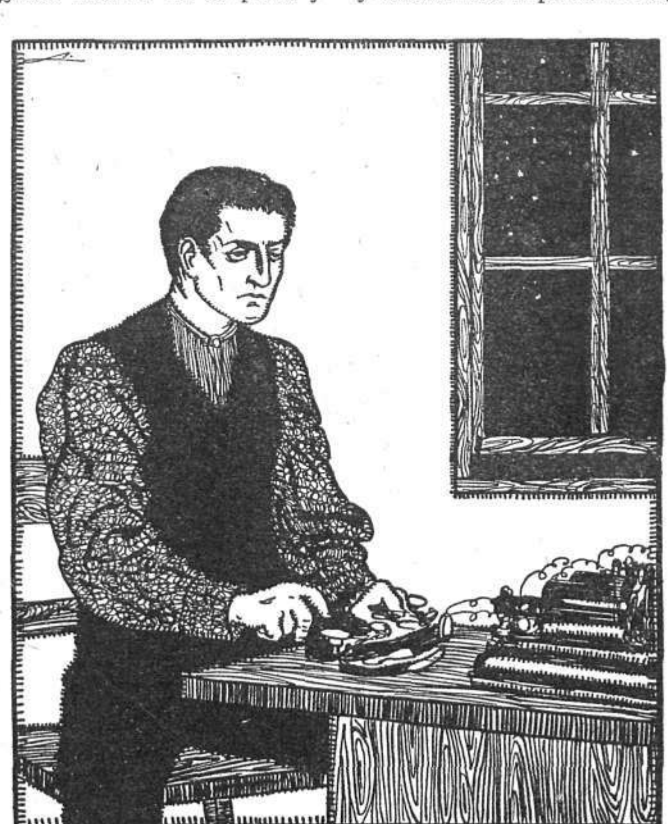
Maps llegóse hasta el semáforo y encendió las linternas. Al retornar hacia la casilla siniestra cuyos cristales, con el sol que ya entraba en el ocaso, tomaban tonalidades sangrientas, sintióse atrozmente abandonado. Sus miradas se perdían en la inmensidad de la árida llanura. La única vegetación que interrumpía la monotonía del paisaje eran aquellos arbustos y malezas que crecían entre los escombros del choque.

Entró en la garita y volvió a colocar ante la puerta la cama a manera de barricada. Tenía un pequeño calentador sobre la mesa de las provisiones, pero no experimentaba el menor apetito. Se limitó a subir un trozo de pan y otro de carne fría para el caso de necesitarlo en el curso de la noche. Colocó su silla casi en el borde de la abertura que comunicaba la planta alta con el pequeño dormitorio de la parte baja a fin de poder ver desde arriba la entrada y la barricada que ante ella formó. Luego, ya encendida su pipa, púsose a fumar en medio de un silencio solo interrumpido de tiempo en tiempo por el tic-tac del receptor que le venía a recordar que sólo aquel alambre le comunicaba con sus semejantes.

Las ventanas permitíanle una visión directa sobre la llanura que iban invadiendo las tinieblas. No podía apartar sus ojos de las malezas junto a las cuales se amontonaban los vagones destruídos. A medida que mayor era la obscuridad brillaban extrañas fosforescencias sobre los arbustos y los escombros. Y las formas fantásticas hubiérase dicho que se aproximaban a la torre como si se empeñaran en realizar en ella horrores sobrenaturales.

Su pipa lanzaba destellos pasajeros. Buscó las cerillas en su bolsillo y levantándose, encendió la lámpara portátil que tenía sobre la mesa. Inopinadamente tocó el aparato telegráfico y retiró su mano con una sacudida nerviosa. Cuando volvió sus ojos hacia la ventana los árboles eran sólo una mancha obscura, imprecisa y borrosa.

Permaneció sentado al borde de la abertura que comunicaba con la parte baja de la garita. En caso de que fueran varios los asaltantes, desde aquella posición, con facilidad, tendría a raya hasta una docena. La dificultad estaba en llegar a mantenerse despierto, puesto que la noche antes, con el viaje y las andanzas imprescindibles, no había llegado a cerrar los ojos. Sentía que los párpados se le cerraban. Todo su cuerpo pedíale un poco de reposo; pero pensaba en las fosforescencias que viera entre los escombros y pronto se reponía y dominaba el cansancio. No era fácil, por cierto, descansar con aquellas imágenes en el cerebro.



MAPS HIZO EL RELATO DE LO ACAECIDO. HÍZOSE UNA PROLONGADA PAUSA Y LUEGO EL TELÉGRAFO LE DIJO:
— BIEN. ¿ESTÁ USTED TRANQUILO?
— SÍ; LO ESTOY.

Antes de amanecer pasaron dos trenes de mercancías. No tenía orden de detenerlos, pero los dos lo hicieron y, cada vez, los maquinistas preguntáronle si las cosas marchaban bien. Maps les contestó sin abandonar su puesto. Y así, las dos máquinas reanudaron su marcha dejando oír por un buen espacio de tiempo su jadear acompasado y cansino. Aquellos ruidos, aquellas preguntas en medio del silencio indescriptible que le rodeaba, eran como un consuelo, como una compañía.

Al despuntar el día comenzó a llover; el alba fué tardía y grisácea. La sección le telegrafió y Maps tuvo la satisfacción de comunicarle que todo había transcurrido sin novedad. Le comunicaron que aun no habían encontrado al hombre destinado a hacerle compañía, pero que era muy posible que se lo enviaran después del medio día.

A eso de las doce salió el sol y el calor vínose a agregar a la somnolencia que atontaba al pobre Maps. Sus ojos se le cerraban. Mas el recuerdo del cuerpo inerte de aquel Boyd que cediera a idéntica tentación hízole levantar y recorrer la sala de extremo a extremo sin detenerse, cual una fiera enjaulada.

Pasaron varios trenes y entre ellos algunos de carga, cuyos maquinistas aguardaban sus órdenes expresas. Los guardas le hacían señas con las manos, Anhelaba, cada vez con más desesperación, el anuncio de los trenes que, con las maniobras que debían

realizar para darles paso, le obligaban a mantenerse despierto y activo.

Después de un breve almuerzo hizo funcionar el manipulador. Comenzaba a perder aquel su deseo de demostrar que no tenía temor.

— ¿Y bien? ¿Ese ayudante viene o no? — preguntó sin ambages.

La sección estaba desolada, indignada; se excusaba alegando que no era culpa suya. Ayudante tras ayudante, todos, con uno u otro pretexto, habían rechazado el ofrecimiento. Nadie quería ir al 93. Y la arrogancia de los jefes parecía haber disminuído bastante.

— Vea de pasar otra noche más y tendrá un buen compañero. De otra manera está autorizado para retirarse.

Agotado, Maps terminó su telegrama con la fórmula usual. Débil, temblaba, vacilaba. Pero a todo trance debía mantenerse despierto una noche más, pues estaba convencido de que todo desfallecimiento físico de un habitante de la torre amarilla sería comunicado por no sabía qué misteriosa manera al inconcebible visitante.

Los ojos ardientes de Maps avizoraban sin cesar allá, entre los escombros y malezas, empeñados en arrancarles su secreto. El sol ya estaba en el horizonte. Cobró un poco de energía se desperezó y, luego que cogió su revólver, bajó. Estaba convencido: «aquello», lo que fuera, se ocultaría entre las malezas. Antes que pasar una noche de angustias con la casi certidumbre de no poderse resistir al sueño prefería tomar la ofensiva, registrar las ruinas y dar con la clave de todo el misterio.

Hasta la curva siguió por la vía. Pero por el talud no se veía nada; las malezas ocultaban completamente los restos. Por aquel lado parecían impenetrables. Abandonó los durmientes y se dedicó a recorrer las malezas, procurando dar con un sendero, con huellas de pasos, con cualquier cosa que denunciara la existencia de algún ser humano. ¡Nada! Pero por el costado que miraba hacia la casilla de señales un claro entre las malezas permitióle distinguir algunos detalles entristecedores, restos de la maquinaria de los trenes que se despedazaron con el choque. Una larga banda color de sangre cubría el horizonte y sobre aquel fondo, ya de suyo fantástico, las ramas de los arbustos sobresalían, destacábanse atormentadoras con algo de pesadilla y de locura.

Imágenes de escenas atroces y recuerdos de sucesos trágicos desfilaban por la imaginación de Maps, a la vez que consideraba aquellos testimonios de la humana temeridad.

Empuñó su revólver y quiso internarse en las ruinas. No lo logró. Las malezas formaban una maraña tal que todo intento resultaba vano. Luchó colérico, pero fué inútilmente. El día había declinado. La noche volvía y, vencido, decidió batirse en retirada, mirando hacia atrás a cada paso que daba.

La sombría torre levantábase ante él. ¿Qué habría ocurrido mientras duró su ausencia? Corrió hasta la pequeña puerta y, con cautela, asomó la cabeza hacia el interior procurando distinguir algo en medio de la obscuridad reinante. Encendió una cerilla, entró y volvió a formar una barricada ante la puerta desquiciada. Luego tornó a encender otra cerilla y experimentó de nuevo las angustias de la ascención por aquella escalerilla, en la cima de la cual bien podía aguardarle la muerte. Y cuando estuvo arriba y hubo dado luz a su lámpara de petróleo, no pudo menos y, riendo nerviosamente, dijo en alta voz:

— ¡Creo que me he hecho tan miedoso como los otros!... ¡Vamos!... ¡Una noche más y ya está!

Mas esta noche tenía para él algo que se la tornaría insoportable. El sueño parecía destilarse del humo de su pipa. El silbido del «mixto» descendente hízole temblar. Un minuto más y se hubiera somormujado en el estanque mortífero de las pesadillas. Fué adormilado, casi con los ojos cerrados, como contestó al llamado del maquinista. Automáticamente extrajo su revólver del bolsillo colocándolo en el suelo, cerca de la silla en que sentado se hallaba. Esforzábase por mantener su mirada sobre el gráfico de movimiento que tenía frente a la mesa. Procuraba repetir todos los versos que aprendiera de memoria cuando iba a la escuela. Comenzaba a tener una vaga idea de su derrota.

Un movimiento inesperado que hizo con el pie hizo chocar el revólver contra la silla. El ruido le despertó. Con los ojos abiertos, a duras penas, miró por la ventana que daba hacia el norte.

Quedó anonadado. A la imprecisa claridad de la luna parecióle ver algo que se arrastraba allá, entre las malezas; algo que se destacaba del inextricable montículo de malezas y escombros.

Como retrocediera un paso, su brazo inopinadamente chocó con la lámpara e hizo caer el tubo que se quebró en mil pedazos. La llama, en libertad, iluminó la estancia más intensamente. ¡Al fin estaba aquello menos lúgubre! Empero, su atención estaba puesta en aquella cosa que se aproximaba a la casilla: era algo enorme, informe y espantoso que se deslizaba silenciosamente. Pronto estuvo próximo a la 93 y se dispuso a rodearla. Como por la parte trasera no había ventana, la sombra desapareció de la vista de Maps que estaba como anonadado por todo aquel misterio.

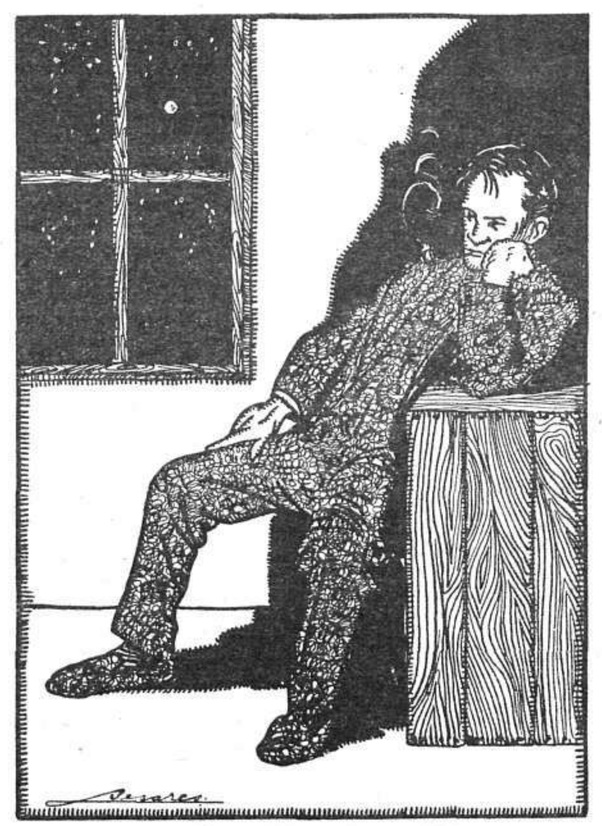
Parecióle que sus piernas no le sostenían ya y los ojos negábanse a permanecer abiertos un segundo más.

Pero un sobresalto de incredulidad arrancóle una vez más del sopor. Estaba seguro de que el enemigo misterioso aprovecharíase de su sueño para atacarle. Y, lo que era más grave, malgrado los esfuerzos que Maps hacía, todas las circunstancias parecían estar en su contra. Se sentía en medio del cruce de los caminos de la vida y de la muerte... La persistencia del silencio y la obscuridad de la noche le cerraban los párpados como con un peso plúmbeo.

Maps había leído algo sobre hipnotismo. Sabía que, muchas veces, la inconsciencia de las víctimas precedía a la «cosa» misma. Esta idea tornóse en obsesión. Con las manos teníase abiertos los párpados, desesperándose, esforzándose en defenderse de la marea de sueño y cansancio que le iba cubriendo y agobiándole más y más.

Su mano, ante el llamado del telégrafo, vacilante y temblorosa, posóse sobre el manipulador y respondió al llamado. Cogió luego una de las palancas y, con gran dificultad, consiguió establecer la señal que detendría al tren procedente del lado sur. En el mismo instante un primer ruido escuchó bajo de él, algo así como una respiración jadeante acompañada de un deslizamiento casi imperceptible. La singular persistencia de aquellos suspiros era desesperante, atroz. Su cerebro era ya incapaz de ningún esfuerzo analítico. No podía precisar si aquellos ruidos procedían de un hombre o de un espíritu. Sólo anhelaba poder combatir esa extraña fuerza que le agobiaba, que le trocaba en un pobre autómata.

Al cabo de un instante los ruidos monótonos trocáronse en sordos crujidos. Después tornó el silencio. Maps, titubeando, aproximóse a la abertura de la escalera y se asomó. Aquello estaba completamente a obscuras, pero tenía el convencimiento de que algo había allí acechándole. Hombre o fantasma, era lo cierto que con él estaba encerrado en la garita. Convencido estaba de que subiría y,



MAS ESTA NOCHE TENÍA PARA ÉL ALGO QUE SE LA TORNARÍA INSOPORTABLE. EL SUEÑO PARECÍA DESTILARSE DEL HUMO DE SU PIPA. EL SILBIDO DEL «MIXTO» DESCENDENTE HÍZOLE TEMBLAR. UN MINUTO MÁS Y SE HUBIERA SOMORMUJADO EN EL ESTANQUE MORTÍFERO DE LAS PESADILLAS.

como a Boyd, le atacaría traidoramente.

¡Aquel silencio tenía miras de no romperse! Ningún combate podía ser tan terrible como aquella lucha con el sueño.... ¡Si, al menos, «aquello» se decidiera a subir! La angustia hízose insoportable y, en un sollozo, gritó:

— ¡Bestia maldita! ¡No aguardes más! ¡Sube, sube de una vez!

Recibió un suspiro al mismo tiempo que un ruido como de los eslabones de una cadena de hierro. Comprendió que «aquello» atravesaba la pequeña habitación de la planta baja.

Oyó que el primer peldaño de la escalera crujía y que el huésped desconocido comenzaba su ascensión obediente a su desafío. ¡Y la luz se había apagado! Hasta la pálida claridad de la luna quedó anulada por los nubarrones que en aquel instante cubrían el cielo.

Experimentó el impulso de coger su silla y arrojarla por la abertura a la cabeza del que subía. No la pudo levantar. Tenía la impresión de que cuanto más próximo a él se hallaba «aquello» menos le obedecían su voluntad y sus nervios. Y bien pronto el intruso estaría al nivel del piso alto. Maps se arrodilló y, suspirando, cogió su revólver.

— ¡Oh, la luz! ¡La luz! ¡Si tuviera un poco de luz!

Una débil claridad corrió a lo largo del suelo y dió de lleno en el muro trasero. Maps ni se inmutó. La luz aquélla, aunque vagamente, permitíale reconocer el borde de la abertura. Y, cual los tentáculos de un pulpo, alcanzó a ver algo que a los bordes se agarraba. Los dedos de aquella mano se abrieron y pasaron delante de Maps como palpando algo. La luz hízose algo más intensa y gradualmente un rostro que nada de humano tenía presentósele a Maps.

Era una cara espantosa, cubierta por enmarañadas barbas y en la cual los ojos brillaban ferozmente. La aparición diríase que había coincidido con la luz que, sin que Maps pudiera precisar a qué se debía, llegaba de afuera.

La mano que empuñaba el revólver cayó impotente. Era imposible tirar sobre aquel rostro mudo que parecía llamarle. Prefirió cerrar los ojos y entregarse, siendo entonces cuando en el piso bajo escuchóse algo así como el rugir de una tempestad y voces furiosas que clamaban toda suerte de injurias.

La atroz aparición desapareció cual por un escotillón y en os bajos del 93 oyóse ruido de lucha denodada que cesó bruscamente en tanto que un hombre lanzaba horribles gritos pidiendo gracia.

Y, efectivamente, una voz llena de piedad y estupefacción, pronunció estas palabras:

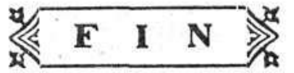
— ¡Oh, muchachos! ¡Es Simón! ¡Simón! ¡Yo hubiera preferido un fantasma!

Fué de esta manera cómo Maps se enteró de que la gente del tren número 36 acababa de detener al malhechor y romper el sortilegio que abrumaba a los moradores del puesto 93. Pero sólo fué al día siguiente que Maps se enteró de toda la historia de Simón, bien que, por los datos que días atrás le diera Morton, buena parte llegó a adivinar en cuanto escuchó aquella exclamación de estupefacción.

Simón había dejado la prisión después de incubar por espacio de seis largos años su odio a la empresa que le había encarcelado injustamente. En ese tiempo, como un tesoro, siempre había conservado la llave del 93, y, libre ya, una fuerza casi magnética habíale impulsado a los aledaños del teatro de la catástrofe. Su obsesión era ajustar cuentas con la compañía y vengarse de Trumbull valiéndose de las instalaciones del 93. Si llegaba a atrapar al tren número 36, que era el que le correspondía habitualmente a Trumbull, ya se ingeniaría para hacerle chocar con otro tren en el cruce y, a la vez que su enemigo perdería la vida la empresa resultaría dañada en no escasa cantidad con una nueva catástrofe. Había acariciado y concebido bien su criminal maquinación; pero, en tiempos de Morton, por dos veces consecutivas, había fracasado.

Lo de Boyd había sido otra cosa. Aquel día, muerto de hambre, abandonó su escondite entre los restos del choque y encaminóse a la casilla para buscar algún alimento. Boyd que en ese instante dormía, se despertó, trabáronse en violenta lucha y, desdichadamente, el que cayó fué el señalero.

No fué culpa del personal del tren número 36 si Maps no se enteró de todo aquella esa misma noche... Después de poner a buen recaudo al prisionero, Trumbull y los otros quedaron sorprendidos por el silencio que reinaba en los altos de la garita. Y cuando el jefe del tren, animándose, optó por subir para ver que había sido de Maps, desde abajo escucharon una formidable carcajada. Maps, hecho un ovillo, roncaba tranquilamente en el mejor de los mundos.



NADA LE SALE BIEN

Loza, malhumorado,
con voz entre furiosa y lastimera:
— Elpidio no prospera.
Elpidio debe estar desesperado.

Un hipolitiquero
cuyo aspecto es un poco arrabalero:
— Alvear, que de continuo dogmatiza,
la banda y el bastón monopoliza.
Ese vice es un mártir verdadero.

Un viejo y meritorio vigilante,
filósofo ambulante:
— Ahí lo tienen a Elpidio. ¿Le ven? Anda
sin bastón y sin banda.
Camina vacilante
y baja, resignado, la cabeza.
Se explica su tristeza.

Un ex cartero, músico sin suerte,
que silba por costumbre y no lo advierte:
— Hasta ayer te envidiaba; hoy no te envidio.
Creía que eras fuerte, y no eres fuerte.
Me das lástima, Elpidio.

Matienzo que está alegre (¡cosa rara!):
— ¿Y si se jubilara?
Todo el mundo lo dice.
Debía jubilarse como vice
y tendría otra cara.

Salinas, sentencioso:
— Jubílate, si quieres ser dichoso.
¡Qué vida tan tranquila
lleva el que se jubila!

Un antiguo oprobioso:
— Alvear lo hace exprofeso
y no deja el sillón ni por un queso.
Y ni a viajar se atreve.
Tu situación, Elpidio, me conmueve.

Un sastre, un concejal, un boticario
y un supernumerario:
— Eres una figura
decorativa, nada más. ¡Qué pena!
A serlo don Marcelo te condena.
¡Inspira compasión tu desventura!

Una dama muy gorda,
la cual por todos lados se desborda:
— Al verle me da frío.
Este es un vice medioeval, ¡Dios mío!

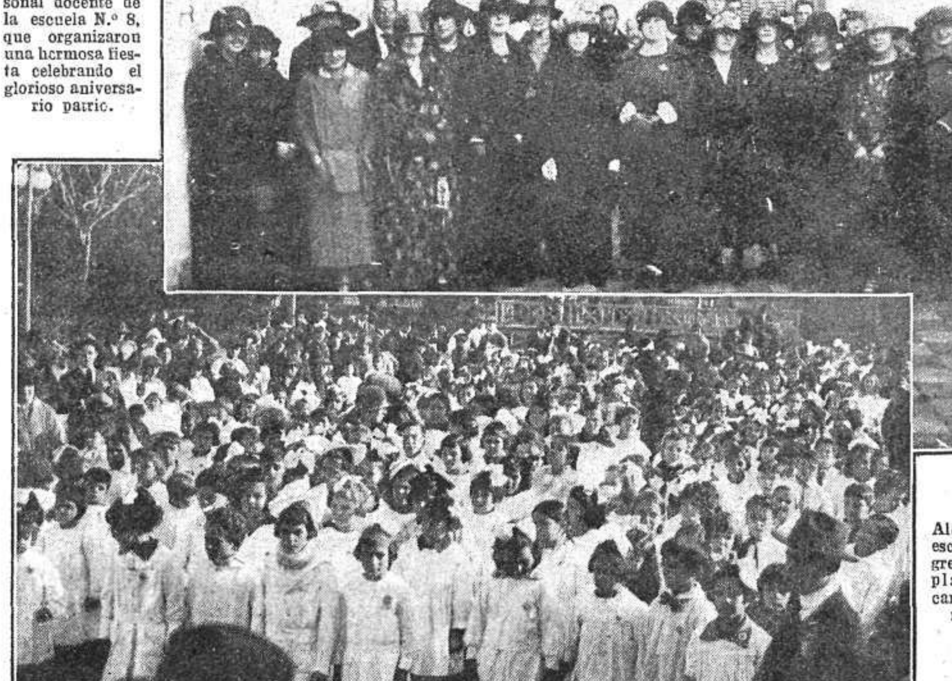
Dos políticos, medio literatos,
que cultivan a veces la ironía:
— Sus amigos ¡ingratos!
afirman que es un vice entre dos platos.
¡Es una picardía!

Un diputado radical grandílocuo
que habla como un ventrílocuo:
— Con tu voz que retumba
y parece que todo lo derrumba,
al Senado atropellas
inútilmente, ¡rayos y centellas!
Eres, pues, un iluso
que se quiso imponer y no se impuso.

Ministros, senadores, diputados,
amigos y allegados:
— Elpidio ¡qué de vanas ilusiones!
Elpidio ¡qué de planes fracasados!
Elpidio ¡qué terribles tropezones!



Dibujos de Macaya.



Autoridades y personal docente de la escuela N.º 8, que organizaron una hermosa fiesta celebrando el glorioso aniversario patrio.

Alumnos de la escuela N.º 8 congregados en la plaza Zapiola, cantando el Himno Nacional.



Si en su hogar se producen **escenas de nervios** sin causa justificada, es porque algún desequilibrio orgánico agria los caracteres. La

IPERBIOTINA

MALESCI

seguramente no hará que Vd. ni su esposa cambien de temperamento, pero sí les **dará salud, vigor, calma y felicidad en el hogar.**

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci, Firenze (Italia). - Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

VIAMONTE, 871 — M. C. de MONACO — BUENOS AIRES



Gran Concurso Literario 1923

Buenos Aires, 12 de mayo

CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas inéditas. La extensión no podrá exceder de ocho páginas de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a máquina y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, ocompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio, **2.000** $ m/n y medalla de oro

Segundo Premio, **1.000** $ m/n y medalla de oro

Tercer Premio, **500** $ m/n y medalla de oro

CARAS Y CARETAS podrá adquirir por la suma de 200 $ m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores don Enrique R. Larreta, Dr. Carlos Ibarguren y don Luis Pardo, de CARAS Y CARETAS.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente: Sr. Director de CARAS Y CARETAS. Para el Concurso Literario 1923. Buenos Aires.



Toser en el tranvía!

mire que es fastidioso para todos! Pero dejando a un lado la molestia que ocasiona a los vecinos, hay que pensar en el peligro que corre el que no cuida su tos. Un resfrío abre paso a la bronquitis, al enfisema, a la misma tuberculosis. Cuídese; es fácil con las

Pastillas iodeína Montagu

que son muy agradables al paladar y de acción específica sobre la tos, ya sea de garganta o de pecho.

Ningún remedio le dará tanta satisfacción porque es rápido y no daña el estómago.

Es bueno para resfríos, ronquera, bronquitis, laringitis, asma y en general todas las toses, ya sea que provengan de garganta o bronquios.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

SARMIENTO Y FLORIDA **BUENOS A RES**





Conozco un tipógrafo, hombre entrado en años, que lleva el desusado apodo de Punto y Coma. Es de regular estatura y pocas carnes, tez morena y ojos claros, cabello y bigotes grises, y siempre viste gastadas ropas y anda de pañuelo al pescuezo. Cuando compone, suele interrumpirse para decir en alta voz, frunciendo el ceño y consultando el original:

— ¡Hum! Aquí debe ir punto y coma.

Esta es la explicación de su sobrenombre.

Punto y Coma es un bohemio. Creo que lo fué toda su vida. ¿Un bohemio, no siendo un artista ni un escritor? Bueno, pero una cosa parecida. Es muy trasnochador, bebe bastante y siempre anda fundido y de casa mudada. El, sin embargo, no dice que sea un bohemio, sino un jetta.

— Soy un jetta, amigo; todo me sale mal; ayer mismo volví a perder a las carreras.

Una vez le ayudó la suerte a Punto y Coma. ¡Se ganó ochocientos pesos a las quinielas! ¿Qué haría él con tanto dinero? Lo pensaría al día siguiente. Por lo pronto, aquella noche le pagó la cena y las copas a todo el que quiso. En una fonda de la Boca, donde solía comer, hubo fiesta y alegría hasta tarde. De allí aun se dirigió Punto y Coma, seguido de varios amigos, a un café de camareras de la ribera del Riachuelo.

Hacia las 3 de la madrugada tomó Punto y Coma el camino de su casa. Iba a pie.

— Te pondremos en un automóvil — le habían dicho sus amigos.

Pero él se había resistido.

— ¿Se creen que estoy curdela? Mírenme como hago el cuatro.

Y en efecto, Punto y Coma llevaba con bastante dignidad su alcohol cuando bebía, sólo que se ponía muy terco.

— No importa — le replicaron; — estás hecho un Anchorena, y sería una vergüenza que llegases a pie a tu casa.

— No quiero; y ahora que me dicen eso, menos. ¿Saben quién soy yo? Punto y Coma. Yo siempre soy el mismo. Cuando tengo, tengo, y cuando no tengo, no tengo. Chau; salute y buenas noches.

Y se separó del grupo.

Habría andado un cuarto de hora cuando distinguió en la acera los andamios de una obra.

— Soy tan jetta — pensó, — que si paso por el andamio es capaz de caérseme encima. Pero no importa — añadió. — Yo voy derecho. Si se me cae, que se me caiga. Yo, cuando camino, voy derecho.

Al pasar por el andamio, Punto y Coma sintió un golpe en la cabeza. Fugaces ideas de andamio y de muerte le cruzaron por la mente. Cayó al suelo sin sentido. Al volver en sí vió que clareaba y que el andamio estaba en pie. Se palpó la cabeza, y la sintió dolorida. Se revisó los bolsillos, y se encontró sin un centavo.

— ¡Soy un jetta! — exclamó. — Me han desmayado de un golpe y me han robado el dinero.

Punto y Coma se levantó del suelo y prosiguió su camino con la indiferencia del hombre que se titula a sí mismo un jetta. Llegó a su casa. Recorrió un largo y estrecho corredor encajonado entre una serie de habitaciones y un alto muro; llegó a los fondos y subió a la azotea por una escalera de caracol. Allí había una piecita de madera y cinc que era su habitación. Punto y Coma se tiró vestido en el lecho y se durmió.

Cuando se despertó era de noche. Había dormido tal vez quince horas. Encendió una luz. Vió entonces que durante su ausencia, o quizá de su sueño, los ladrones habían visitado también su habitación. No le habían dejado nada de lo poco que tenía algún valor.

— Este es un país de ladrones — se dijo Punto y Coma. — Aquí el que no tira la punga falsifica el drogue o se alza con la plata del gobierno. Por eso uno es un jetta. Aquí el que no roba no hace carrera... ni lo dejan vivir los ladrones.

En cambio Punto y Coma se sentía bien. Débil, pero bien. Tenía hinchada una región de la cabeza, pero no tocándola no le dolía. Esto le animó a salir de su casa. Iba pensando en lo que haría. Ni siquiera se planteó la cuestión de denunciar a la policía los sucesos de que había sido víctima. A él nunca se le ocurrían las ideas que son las primeras que se les ocurren a las personas ordenadas. Lo que le preocupaba era su situación vejatoria de hombre impunemente desvalijado. Ayer, con el bolsillo repleto de dinero, y hoy, tener que confesarlo: «Amigos, estoy sin un centavo... ¡porque me los han quitado!»

En esto dobló una esquina y se encontró a pocos pasos del andamio de aquella madrugada. Le acometió un arrebato de ira. Un hombre salió de allí. Punto y Coma le gritó irreflexivamente:

— ¡Alto! ¡La bolsa o la vida!

Pero el otro, al verlo sin armas, se atrevió a dar voces de auxilio. Punto y Coma echó a correr, pero no lejos de allí lo atajó un vigilante. Mientras lo conducían a la comisaría Punto y Coma recordó una cosa. El día anterior, mirando el almanaque, se había dicho: «Mañana es viernes y trece».

— ¡Maldita sea la jetta! — murmuró. — ¡Maldita sea!

E N R I Q U E   M. R U A S

D I B U J O   D E   M A C A Y A





ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos Dobles «Nacional» de 25 ctms. a $ 3.—.

6176	A — **Armenian.** Shimmy. S. Urquía.	B — **¡Me tienen lleno, me tienen!...** Tango. T. y M. Lespes.
6177	A — **Almita herida.** Tango. J. C. Cobian.	B — **Snobismo.** Tango. J. C. Cobian.
6178	A — **El estandarte.** Tango. M. Pizarro.	B — **Dans la vie faut pas s'en faire.** Shimmy. (de la opereta «Dedé»). H. Christiné.
6180	A — **Mi Pierrot.** Tango. Juan Rodríguez.	B — **Fray Mocho.** Tango. A. P. Berto.

ORQUESTA TIPICA CANARO

6907	A — **Cachonguita.** Tango. F. Canaro.	B — **Príncipe.** Tango. Aieta-Tuegols.

ORQUESTA ZINGARA SANDOR JOZSI

9511	A — **Eleonora.** Shimmy. (De la Revista «Paris qui Jazz»). Chambrier.	B — **J'ai pas su y faire.** Shimmy-Schotis. M. Ivain.

TRIO PACHO (Bandoneones).

6853	A — **La chacarera.** Tango. Maglio-Servidio.	B — **El huérfano.** Tango. Anselmo Aieta.

MARIO PARDO (Acomp. de guitarras).

6567	A — **Los ojazos de mi negra.** Zamba. Adolfo Avilés.	B — **Cuando la suerte se inclina.** Tango. Delfino-Pardo.

TOMEY

ARMENIAN

SHIMMY

SECCION FONOGRAFOS

MAQUINAS PARLANTES DE TODOS LOS TAMAÑOS, GUSTOS Y PRECIOS.



GRAFÓFONO GLÜCKSMANN $ 35.—
N.º 452

SECCION FOTOGRAFIA

APARATOS,
PELICULAS,
PAPELES,
PLACAS,
DROGAS Y
ACCESORIOS
EN GENERAL.

TRABAJOS DE REVELACION E IMPRESION EN 6 HORAS

De Avellaneda



El señor Ignacio Cortinas con un grupo de caballeros que asistieron al atrayente festival criollo celebrado festejando el aniversario patrio.

¿QUIEN FUÉ EL PRIMERO EN HACER EL VINO CHAMPÁN?

En una de las más conocidas casas productoras del célebre vino existe un monumento a un fraile: Pedro Perignon del Hautvillers, al cual se atribuye la gentil invensión. Cuenta la revista «Enotria» que en 1670 Perignon fué nombrado, en la abadía de Hautvillers, cantinero de la comunidad. Perignon estaba rodeado por una gran fama de sabiduría enológica. Tanto así, que le bastaba probar un racimo de uvas para saber la localidad y el viñedo que lo había producido. En la primavera de 1670 Perignon embotelló vino de Champagne agregándole almíbar aromatizado con flores de melocotón. No se sabe cómo llegó a tal compuesto. Seguramente Perignon, que era de una inteligencia muy clara, no ignoraba la teoría de las fermentaciones, que comenzaba entonces a orientarse hacia un positivismo científico, desgarrando muchos misterios y muchos fenómenos de las especulaciones metafísicas de la Edad Media. Sin embargo, el célebre «cantinero», tratando el champán con la citada composición, y substituyendo el tapón de cáñamo impregnado de aceite, hasta entonces usado, por el tapón actual de corcho, logró dar esa espuma que el champán no tenía antes, y que vino a darle, con el tiempo, una fama universal. Perignon murió a los 77 años, ciego. Sobre su tumba, para recordar sus méritos, le fué dada esta designación: «Cantinero excelso».

Belleza Perpetua

Simples procedimientos caseros bastan para asegurarla.

A pesar de que los modernos métodos para el perfeccionamiento y conservación de la belleza femenina están muy divulgados, muchas mujeres ignoran todavía que tienen a su alcance sencillas substancias de toilette, de aplicación fácil y agradable, cuya eficacia está plenamente demostrada.

Un mal cutis no puede ser mejorado. Es fácil cambiarlo por uno nuevo.

TODO el mundo sabe que el oxígeno consume toda la materia gastada del cuerpo. Un cutis pobre, sólo proviene de acumulaciones de esa materia gastada, casi muerta, adherida fuertemente al rostro y provocando manchas, palidez y sequedad de la piel. El oxígeno puede emplearse ventajosamente para corregir esa desfiguración. Toda farmacia puede venderle cera mercolizada (en inglés «pure mercolized wax»), que contiene oxígeno, en tal forma, que entra a accionar al tocar el cutis. Naturalmente, el oxígeno ataca y destruye toda esa materia muerta, sin afectar en manera alguna la piel sana. Y es así que, con pocas aplicaciones de esta sencilla substancia, la cara queda limpia y luce libre y tersa la hermosa tez que toda mujer posee inmediatamente debajo de la cutícula vieja que la desfigura. El procedimiento es agradable, no dando lugar a molestia alguna.

Lave y ondule Vd. misma su cabellera.

HE tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente. «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina». «Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan».

Para extirpar el vello sin dolor y definitivamente.

COMO quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

Para eliminar rápidamente barrillos, puntos negros y pecas.

POR medio del nuevo tratamiento del baño espumante del cutis del rostro, quedan eliminados al instante los puntos negros pigmentosos, la grasa y los anchos poros que destruyen la hermosura de la cara. El único procedimiento para ello es tan sencillo como agradable e inofensivo. Eche usted una tableta de stymol (de venta en las boticas) en un vaso de agua caliente y bañe usted su cara con ese líquido después que la efervescencia producida haya desaparecido. Los negros pigmentos habrán salido de su guarida para confundirse avergonzados en la toalla, las grasas también habrán desaparecido, y los poros estarán borrados y naturalmente contraídos. El rostro quedará con una piel clara, lisa, suave y fresca. Para que este lisonjero resultado tan rápidamente obtenido se convierta en permanente, repita usted el tratamiento unas cuantas veces con intervalos de pocos días.

El hermoso sonrosado del cutis.

UN rostro marchito y amarillento añade años a nuestra persona. Las desventajas de pintarse la cara son tantas que no es necesario enumerarlas; baste sólo decir que el uso de carmín, rouge o cualquier otro colorete resulta sumamente perjudicial para la salud y para la verdadera estética. Para devolver a un rostro marchito el hermoso sonrosado colorido natural de la primera juventud basta aplicar, sencillamente, sobre las mejillas un poco de rubinol, que es una maravillosa substancia que tiene la virtud de no notarse y cuyos efectos son verdaderamente sorprendentes. Así lo afirman todas aquellas mujeres a quienes el rubinol ha permitido y permite hacer gala de colores hermosos, atractivos y avasalladores.

De San Fernando

Comisión directiva del Club del Progreso que organizó una interesante reunión conmemorando el aniversario patrio y festejando el 4.º año de la fundación de esa institución.

Distinguidas señoritas y jóvenes durante un intervalo del baile llevado a cabo en los salones del prestigioso Club antedicho.



BARGAMOT Y GARASKA

por

LEONIDAS ANDREIEV

ILVSTRO BESARES

Sería injusto decir que la Naturaleza se había mostrado avara con el guardia de orden público Iván Akindinich Bargamotov, a quien los vecinos de un arrabal de la ciudad de Orel llamaban Bargamot.

Asemejábase, en lo físico, a un mastodonte o a cualquier otra de las excelentes criaturas prehistoricas que por falta de sitio tuvieron hace tiempo que abandonar nuestro planeta, poblado por esos alfeñiques que se llaman hombres.

Grueso, de elevada estatura, robusto, de una voz formidable, no era un guardia vulgar, y hubiera alcanzado hacía años una alta graduación a no ser porque su alma estaba sumida en un sueño profundo. Las impresiones del mundo exterior, al dirigirse a su cerebro, perdían en el camino toda su fuerza y llegaban al punto de destino convertidas en débiles reflejos. Un hombre exigente hubiera dicho que era un montón de carne, y sus jefes decían que era un zoquete. Los vecinos del arrabal, cuyo juicio era el más atendible, le consideraban un hombre serio y digno del mayor respeto.

Lo que sabía lo sabía de veras. Verdad es que sus conocimientos se limitaban a las ordenanzas del cuerpo a que pertenecía, que se había aprendido a costa de heroicos esfuerzos; pero se habían grabado de un modo definitivo en su cerebro monolítico.

De lo que no sabía no hablaba. Y su silencio era tan digno, que avergonzaba a los que sabían más que él.

Poseía una fuerza muscular enorme. La fuerza muscular, en la calle de Puchkarnaya, donde él ejercía sus funciones, era de suma importancia. Habitada por zapateros, sastrecillos, traperos y otros honorables representantes de la industria, y provista de un par de tabernas, dicha calle era teatro, sobre todo los días de fiesta, de batallas homéricas, en las que intervenían las mujeres de los contendientes, para separarlos, y a las que asistían, entusiasmados, los chiquillos.

La turbulenta multitud de luchadores ebrios chocaba como con un muro de piedra con el inconmovible Bargamot, cuyas manos robustas solían detener a los dos borrachos más belicosos y conducirlos a la comisaría. Los detenidos sólo protestaban por el bien parecer y confiaban su destino al gigantesco guardia.

Tal era Bargamot en lo atañedero a la política exterior. En lo que concierne a la política interior, su conducta era no menos digna. La choza donde el guardia vivía con su mujer y sus dos hijos, y en la que apenas cabía su enorme humanidad, era una firme ciudadela de la santidad del hogar. Austero y laborioso, Bargamot, en sus horas libres cultivaba su huertecita. Con frecuencia se valía de las manos para inculcarle a su familia los buenos principios, no porque su mujer y sus hijos lo mereciesen, sino obedeciendo a las vagas ideas pedagógicas encerradas en su monolítico cerebro. Esto no era óbice para que, respetándole mucho, María, su mujer, de muy buen ver aún, lo manejase a su capricho, con una ágil destreza de que sólo son capaces las débiles hijas de Eva.

Una suave noche de primavera, a cosa de las nueve, Bargamot se hallaba en su puesto habitual, en la esquina de las calles Puchkarnaya y Posadskaya. Estaba de muy mal humor. Era sábado de Gloria; todo el mundo se iría dentro de poco a la iglesia, y él tendría que estar allí hasta las tres de la mañana.

No era que tuviese ganas de rezar; pero había en la atmósfera algo pascual que le turbaba. Aquel sitio, en el que se pasaba diariamente largas horas desde hacía diez años, le era aquella noche antipático; un vago deseo de tomar parte en el regocijo general le impacientaba. Además, tenía hambre: su mujer, como era día de ayuno, sólo le había dado de comer unas sopas sin grasa. Y su barrigón reclamaba alimentos más substanciosos.

Bargamot escupió con rabia, hizo un cigarrillo, lo encendió y empezó a darle chupadas nada sibaríticas. Tenía en casa unos cigarrillos excelentes, que le había regalado el tendero de la calle; pero los reservaba para la fiesta.

No tardó en llenarse la calle de vecinos que se dirigían a la iglesia, muy endomingados, con americana y chaleco, camisa de percal de color y botas altas, cuyas cañas, en extremo arrugadas, parecían acordeones. Al día siguiente, muchas de aquellas galas se quedarían en las tabernas, a título de rehenes, o un violento tirón, en un amistoso cuerpo a cuerpo, las desgarraría; pero aquella noche sus dueños iban elegantísimos. Todos llevaban en la mano, envueltos en un pañuelo, roscones de Pascua, para que los bendijese el cura.

Ninguno se fijaba en Bargamot. El gigantesco guardia los miraba con cierto enojo, presintiendo que al día siguiente tendría que conducir a muchos de ellos a la comisaría. Los envidiaba. De buena gana hubiera ido también a la iglesia, iluminada, engalanada...

—¡Por vosotros, malditos borrachos — murmuró, — tengo que estar aquí de plantón!

La calle fué desanimándose y se quedó al cabo desierta. Empezaron a sonar alegres campanadas en la torre de la iglesia, anunciando la buena nueva de la resurrección de Cristo. Bargamot se quitó el sombrero y se santiguó. La hora de volver a su casa se iba

acercando. Se puso de mejor humor al pensar en la mesa con un mantel muy limpio, sobre el que habría roscones de Pascua, pasteles y huevos cocidos. Cambiaría con su mujer y su hija los besos tradicionales. Despertarían a Vania, su hijito, y lo llevarían a la mesa. El chiquitín empezaría por reclamar un huevo teñido de rojo, tema durante toda la Semana Santa de sus conversaciones con su hermana. ¡Qué sorpresa la suya cuando le dieran, no un huevo teñido de rojo, sino un huevo de mármol, regalo también del tendero obsequioso!

— ¡Es una criatura que vale más de lo que pesa! — murmuró Bargamont, sintiendo inundar su corazón una ola de ternura paternal.

Pero sus plácidos pensamientos fueron turbados del modo más abominable: en la calle Posadskaya sonaron de pronto unos pasos irregulares y una voz enronquecida y balbuciente.

«¿Quién andará por ahí?», se preguntó volviendo la cabeza.

Y se llenó de indignación. ¡Era Garaska! ¡Garaska en persona, borracho! ¡ Sólo faltaba eso! ¿Dónde se habría emborrachado? Eso no era fácil averiguarlo. El hecho era que estaba borracho perdido. Su actitud, que le hubiera parecido extraña, misteriosa, a cualquiera que no conociese las costumbres del arrabal, no se lo parecía, ni mucho menos, a Bargamot, que había estudiado a fondo la psicología del vecindario en general y la de Garaska en particular.

Garaska, cuando estaba beodo, acostumbraba a ir por en medio del arroyo; pero aquella noche, como impulsado por una fuerza irresistible, había torcido de pronto, en la calle Posadskaya, hacia la izquierda, y se había encontrado inesperadamente con las narices a un centímetro de la pared. Lleno de asombro, apoyó en ella las dos manos, tambaleándose, e hizo acopio de fuerzas para luchar contra aquel obstáculo que parecía haber surgido, súbito, de la tierra; mas lo pensó mejor, y girando, no sin dificultad, sobre los talones, se dispuso a salir de la acera. Y he aquí que otro obstáculo imprevisto le cortó el paso: un farol. El borracho entró al punto en relaciones íntimas con él, abrazándole como al mejor de sus amigos.

— Un farolito, ¿eh? — rezongó.

Aquella noche estaba — cosa insólita en él — de un humor excelente.

Y en vez de poner al farol como chupa de dómine, se limitó a dirigirle algunos reproches suaves, casi afectuosos.

— ¡Déjeme pasar, sin... ver... gon... zón! — balbuceó.

Y al sentir en la cara la húmeda frialdad del poste, contra el que a cada instante se apretaba más, añadió:

— ¡Puerco!

En este patético momento le vió Bargamot. Garaska era su enemigo mortal: ningún borracho le daba tanto que hacer como él. A pesar de su aspecto insignificante, era el más imprudente, el más descomedido de todos los del barrio. Los demás se limitaban a escandalizar un poco y no solían meterse con nadie, El armaba unos escándalos terribles e insultaba a la gente. En vano se le sacudía el polvo y se le tenía días enteros en el calabozo sin comer; nada de esto le hacía enmendarse. Había dado en la flor de pararse bajo los balcones de uno de los vecinos más respetables de la calle Puchkarnaya y colmarle de injurias, no se sabía por qué. Los criados bajában a lo mejor, y le vapuleaban, con gran algazara del vecindario; pero él, en cuanto se retiraban, volvía a la carga. A Bargamot no le tenía respeto alguno y le dirigía denuestos sobremanera pintorescos. El ciclópeo guardia, aunque no los entendía del todo — tan áticos eran, — se sentía tan herido en su dignidad como si le pegasen.

¿De qué vivía aquel hombre?... ¡Misterio! Nadie le había visto nunca en estado normal. Carecía de domicilio, y dormía en las huertas o a la orilla del río, entre los matorrales.

Al empezar el invierno desaparecía, y reaparecía al comenzar la primavera. ¿Por qué volvía siempre a aquella ciudad donde todo el mundo le maltrataba? ¡Misterio!... Se recelaba que la propiedad individual no era para él una cosa sagrada; pero no se le había podido coger *in fraganti*, y si se le maltrataba, sólo era por meras sospechas.

Los harapos que cubrían — digámoslo así — su desmedrado cuerpo estaban húmedos de lodo. En su rostro, que se inclinaba hacia delante como al peso de la encarnada narizota, se veía, entre otros vestigios del ardor bélico de sus adversarios, un flamante arañazo bajo el ojo derecho.

Cuando logró al fin dejar atrás al inoportuno farol y divisó la figura majestuosa e inmóvil de Bargamot, se llenó de alegría.

— ¡Buenas noches, Bargamot, Bargamotich! — gritó. — ¿Cómo va esa preciosa salud?

Y al hacer con la mano un gentil saludo, perdió el equilibrio, y gracias al farol, del que apenas le separaba un paso, no se desplomó sobre las losas.

— ¿Adónde vas? — le preguntó, severo, el guardia.

— ¡Siempre adelante!

— A ver si robas algo, ¿eh?... ¡Tendré que llevarte a la comisaría, sinvergüenza!

— ¿Usted a mí? ¡Permítame que lo dude!

El borracho escupió y pisó el salivazo, con grave peligro de su posición vertical.

— ¡Andando! — gritó Bargamot. — En la comisaría hablaremos.

Y su mano robusta se agarró al cuello de la chaqueta del beodo, cuyos deterioros, aun mayores que los del resto de la prenda, denotaban que aquel pecador había sido ya guiado otras veces por el camino de la virtud.

Luego de sacudir ligeramente a Garaska y empujarlo hacia la comisaría, Bargamot se puso en marcha, como un poderoso remolcador que arrastra al puerto un barquichuelo averiado. Estaba furioso. ¡Por culpa de aquel canalla iba a perder media hora lo menos de expansión familiar! ¡Con qué gusto le hubiera dado un par de soplamocos! No se los daba en atención a la solemnidad del día.

Garaska andaba con un paso bastante firme, para lo borracho que estaba. Es más: se diría que iba contento.

— ¿Qué día es hoy, guardia? — preguntó.

— ¡No tengo gana de conversación! — contestó Bargamot. — ¡Podías haberte emborrachado un poco después!

— Han tocado a gloria en San Miguel Arcángel, ¿verdad?

— Sí..., ¿y qué? — dijo extrañado el guardia, que no conocía el método dialéctico de Sócrates.

— ¿Y por qué han tocado a gloria?

— Porque Cristo ha resucitado.

— Permíteme, pues...

El borracho, con aire resuelto, volvió la cabeza hacia el guardia, sacando al mismo tiempo una cosa del bolsillo derecho de su chaqueta. Bargamot, en aquel momento, sin darse cuenta, pues el misterioso interrogatorio había logrado absorber toda su atención, le soltó. Y Garaska, que no esperaba aquella súbita falta de apoyo, midió el suelo con las costillas. Tendido en tierra, sin hacer el menor esfuerzo para levantarse, empezó a llorar, o mejor dicho a plañir como los campesinos cuando se les muere alguien.

Bargamot, asombrado, se dijo: «¿Estará burlán-

dose de mí?» Y tras unos instantes de perplejidad, viendo que seguía lanzando perrunos aullidos, gritó, tocándole con el pie:

—¿Te has vuelto loco?... ¿A qué viene ese llanto?

— El hue... vo..., el hue... vo.

Los aullidos se hicieron más suaves. Garaska se incorporó y le enseñó al guardia la mano derecha, sucia de un amasijo amarillo y blanco. Bargamot, aunque no comprendió de qué se trataba, barruntó que había ocurrido algo muy triste.

—Yo... quería felicitarte... por la resurrección de Cristo..., darte un huevo... (1), y tú...

Bargamot se enterneció: el pobre Garaska le había saludado con el noble y cristiano propósito de cambiar con el los tres besos y darle un huevo, y él le había detenido.

— ¡Caramba, hombre! — exclamó sacudiendo pesarosamente la cabeza.

Sentía cierto descontento de sí mismo: su conducta con aquel hermano en Cristo había sido cruel.

— ¡Caramba, hombre! — balbuceó. — Yo soy cristiano..., él tiene alma también...

Y se inclinó sobre el borracho, rozando el suelo con el sable.

— Se te ha roto el huevo, ¿eh?

— Se me ha hecho jigote... Yo quería felicitarte... como buen cristiano que soy... y tú me llevas a la comisaría...

Los remordimientos de conciencia del guardia eran más vivos a cada instante.

— Vente a casa — dijo de pronto, en el tono de quien acaba de tomar una resolución. — Comerás con nosotros.

— ¿A tu casa?

— ¡Sí, vamos!

El asombro de Garaska no tuvo límites. ¿Era posible? ¡Bargamot le invitaba a cenar!

Se dejó levantar y coger del brazo por el guardia. El ciclópeo representante de la autoridad no le llevaba ya a la comisaría, sino a su casa, y le iba a sentar a su mesa...

Le parecía aquello tan extraordinario, que temió que fuera una estratagema de Bargamot, y la idea de la fuga cruzó por su cerebro; pero sus piernas no se hallaban en disposición de ponerla en práctica: estaban en total desacuerdo, y cuando una manifestaba la intención de avanzar, la otra, por espíritu de oposición, se empeñaba en retroceder. Además, el Bargamot que le llevaba cogido del brazo era tan distinto del Bargamot a quien había conocido hasta entonces, que Garaska, picada su curiosidad, quería ver en que paraba aquello. El guardia, luchando con enormes dificultades de expresión, hablaba de las ordenanzas del cuerpo a que pertenecía, de su deber de perseguir a los alteradores del orden, etc.

— Hay gente..., ¿comprendes?..., que si no fuera por el palo...

— Sí; tiene usted razón, Iván Akindinich. Nosotros, si no se nos sacude el polvo...

— ¡No, hombre, no me has entendido! Yo no digo que se te deba pegar... Lo que digo es...

Bargamot trató en vano de formular su pensamiento de una manera inteligible.

Llegaron.

Garaska ya no se asombraba de nada. La que se quedó estupefacta al ver entrar a aquella singular pareja fué María, la mujer de Bargamot; pero su marido contestó con los ojos a su mirada interrogadora que no había que pedirle explicaciones. Además su buen corazón le dictó lo que debía de hacer.

Momentos después, Garaska, desconcertado, tímido, se sentaba a la mesa. Hubiera querido que se lo tragara la tierra: lo avergonzaban sus harapos, sus manos sucias, su borrachera...

Sin levantar los ojos del plato, comía la sopa, endiabladamente caliente y muy grasosa. En su turbación, derramó una cucharada sobre el blanco mantel, y aunque el ama de la casa hizo la vista gorda, se azoró tanto, que la cucharada siguiente la derramó también: sus dedos temblorosos no le obedecían.

— Iván Akindinich — le preguntó al guardia su mujer: — ¿cuándo le das a Vania el huevo que te han regalado para él?

— Luego, luego... No hay prisa.

También Bargamot estaba turbadísimo.

— Sírvase más sopa — dijo María, alargándole la sopera a Garaska, — sírvase más sopa, Guerasim... No sé cuál es su patronímico.

— Andreich.

— Sírvase más sopa, Guerasim Andreich.

A Garaska se le atragantó la cucharada que se disponía a deglutir. Soltó la cuchara y dejó caer la cabeza sobre la mesa. Un plañido como los que media hora antes habían turbado tanto a Bargamot brotó de su pecho. Los niños, que empezaban ya a mirarle sin inquietud, soltaron también las cucharas y se echaron a llorar. Bargamot miró consternado a su mujer.

— ¿Por qué llora usted, Guerasim Andreich? — inquirió ella, compasiva, cariñosamente.

— Me llaman por el doble nombre... — balbuceó, sollozante, el borracho. — Es la primera vez... desde que nací... que me llaman así.

FIN

---

(1) En el día de Pascua los rusos ortodoxos cambian entre sí tres besos, diciendo: «Cristo ha resucitado», y suelen cambiar también huevos teñidos de rojo o de otro color. — (N. del T.)

De San Isidro



El intendente municipal, ingeniero Domingo Repetto, y el presidente del C. D., Sr. Valdivia, presenciando desde el palco oficial la función de gala con que se conmemoró el día patrio.

Alumnas del colegio N.º 2 durante la fiesta con que se celebró el 25 de Mayo y la implantación del Ahorro Postal.

La directora de la escuela N.º 2, señora Sara Márquez de Vázquez Saavedra, y el personal docente con las damas de la comisión directiva de la altruista Sociedad Cooperadora Sarmiento, después de haber repartido entre los niños necesitados ropas de abrigo.



A CIEGAS...
Pedir en la botica "un remedio para el dolor de cabeza", sin especificar cual se desea, es simple y sencillamente comprar a ciegas. ¿Qué es ese polvo que le venden envuelto en una cápsula, o comprimido en una tableta anónima? ¿Es eficaz? ¿Es puro? ¿Está fresco o pasado? ¿Es nocivo para el corazón? ¡Usted no sabe absolutamente nada! ¿Cómo es posible cerrar los ojos y recibir cualquier cosa tratándose nada menos que de la salud? El analgésico que hoy prefieren los médicos en el mundo entero es la CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) porque obra mucho más rápidamente que la aspirina sola; porque levanta las fuerzas; porque regulariza la circulación de la sangre y, sobre todo, porque es COMPLETAMENTE INOFENSIVA PAR EL CORAZÓN. ¡Eso es lo que Ud. debe pedir, clara y precisamente, en vez de seguir comprando a tientas! Puede obtenerla en tubos de veinte tabletas, o en SOBRES ROJOS BAYER de una dosis, que son el empaque ideal para casos de emergencia.
Este es el original y legítimo
"SOBRE BAYER"
Limpio
Comodo
Higiénico
Seguro
BAYER
CAFIASPIRINA
BAYER
Cafeina
CAFIASPIRINA

De Olivos

Autoridades provinciales y escolares que asistieron al banquete servido en el Colegio Internacional festejando el glorioso aniversario de la revolución.



Los alumnos de dicho establecimiento durante el banquete que les fuera ofrecido por la dirección del Colegio en el día patrio.

Todo un éxito constituye nuestro último modelo de Faja de goma para adelgazar.

La incomparable silueta que dibuja y el armónico conjunto de arte y perfección que impera en este modelo, revela un elevado exponente de la elegancia en su más alto grado. Se amolda al cuerpo como un guante y lo transforma en un dechado de perfección.

La confeccionamos sobre medida con el más puro cauchú (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, por . . . . $ **35.-**

Nuestro departamento de expedición despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de envío.





"Pictorial Review"
del mes de
Junio de 1923

Gratis

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Junio de 1923.**

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

Carlos Pellegrini, 490 — Buenos Aires

Unión Telefónica 4913, Libertad

Pedro y Juan

EL pequeño Juan no tenía padre. Encarnación, su madrecita, servía en casa de Pedro, único hijo de un poderoso matrimonio. Pedro y Juan eran camaradas. Se habían criado juntos y Juan tenía por Pedro un profundo cariño.

Mientras tuvieron pocos años nada hacía prever que las diferencias y condición les separarían. Pero el momento llegó y Juan tuvo que resignarse a quedar solo en el último patio, o en la huerta, mientras Pedro salía en auto, recibía nuevos amigos y daba fiestas infantiles en los salones de la casa.

Pero cuando terminaban éstas y recibía licencia, iba a la huerta y jugaba con Juan, como cuando chicos. Encarnación los vigilaba y prevenía al hijo:

— No pegues al niño Pedro. No contradigas al niño Pedro.

Juan tenía más fuerza que su amigo y, para desgracia suya, no podía jugar sin voltearlo o destrozarle las ropas, impecables, ricas.

Pedro tenía caprichos raros que su pobre camarada, bondadoso, dejábale hacer, a pesar de lo cual seguía disgustado y le acusaba a Encarnación o al aya, que también les vigilaba.

Juan sonreía suponiendo que todo era en broma.

Una tarde invadieron el jardín niños y niñas hermosos, bien vestidos y caprichosos como Pedro. Y ocurrió que Juan, sin fijarse en su camisa rota ni en su pantalón sucio ni en sus pies descalzos, mezclóse entre ellos queriendo jugar también.



Pedro fué quien primero le echó, negándole la hamaca, el carro de manos, las palas para la arena y los bombones de las mesas del te. Los amigos de Pedro le dijeron cosas desagradables y las amigas ladearon sus caritas angelicales con evidente desprecio.

Juan, por primera vez en su vida, sintió ganas de llorar de vergüenza; se refugió en la cocina y se guareció en los brazos de la madre. Pero Encarnación tenía que atender a los niños, darles el te y cuidar que no se golpeasen.

El pobre Juan, desde la ventana de su refugio, la veía sonreirles, acariciarles y hacerles todos los gustos, y lloró más aún.

Tarde ya, los niños se fueron; el jardín quedó en silencio, y su mamá le llevó, sollozando, a su pieza y le acostó.

De buenas ganas le hubiera preguntado si le quería a él solito y si Pedro era merecedor de que le siguiera queriendo, pero no preguntó nada, porque su mamá no dejó de llorar.

Desde aquel día Juan no entró más en el jardín donde jugaban Pedro y sus amigos.

Desde la puerta de rejas les miraba, reía de sus cosas y cuando les hablaba no recibía repuesta.

Encarnación, con un pretexto u otro, le retiraba de las rejas y le llevaba consigo.

Pero una tarde Pedro y sus amigos, aprovechando que Encarnación no estaba, le llamaron para jugar al gallo ciego y a los soldados.

Juan corría mejor que ninguno, saltaba más que todos y tenía más fuerzas que Pedro y los amigos de Pedro juntos, y como cuando jugaba quería ganar y divertirse, entre tanto grito se desató, y a uno le volteó de narices, a otro le hinchó la cara y al de más allá le tumbó del trapecio.

Como general de un ejército ganó una batalla, pero dejó fuera de combate a cuatro soldados, que más tardaron en ser heridos que en acusarle; y cuando representaba un clown y daba vueltas carneros haciendo que sus partidarios le imitasen, la madre de Pedro apareció por las rejas, llamó a su hijo, hizo salir del jardín a los amigos y recriminó a Encarnación a voz en cuello.

Juan quedó en medio de la arena, roñoso y sudoroso, sin saber que pasaba.

Su mamá y los sirvientes todos lavaban y cepillaban a los camaradas de Pedro y curaban a los cuatro heridos del ejército enemigo.

Después vió aparecer al padre de su amigo, que en muy contadas ocasiones llegaba hasta la huerta.

Cuando se hizo la noche, Encarnación acostó a su hijo llorando, arregló unas valijas y al día siguiente, muy de mañana, le lavó, le vistió y le llevó en coche a una casa en que había muchos niños que vestían uniforme como los soldados.

Y desde aquel día Juan no vió más a Pedro, ni a los amigos de Pedro, pero tuvo muchos amigos; unos, que no tenían padres, como él; otros, que no tenían ni padre ni madre, pero que no se enojaban con él, ni le acusaban ni le insultaban, como los otros, pero que con freciiencia solían llorar en los rincones del patio del recreo o debajo de las sábanas de la cama, por las noches, vaya a saber por qué.

F. DEFILIPPIS NOVOA

DIBUJOS DE GIGLI

Necrología







Señora Dora Borderes de Vázquez. — Curuzú-Cuatiá.

Señora Rosa Berzone de Rosselli. — Rosario.

Señora Juana R. de Ruiz.— Rosario.

PENSAMIENTOS

Para imponerse en ciertas sociedades no es necesario tener otros méritos que ser audaz y vestir bien.

— En los tiempos actuales la palabrería sobrepuja a la palabra.

— La estupidez con dinero está por encima del talento sin recursos.

— Mas vale una influencia por mala que sea, que una buena cualidad.

— Economizad lo superfluo si no queréis que os falte lo necesario.

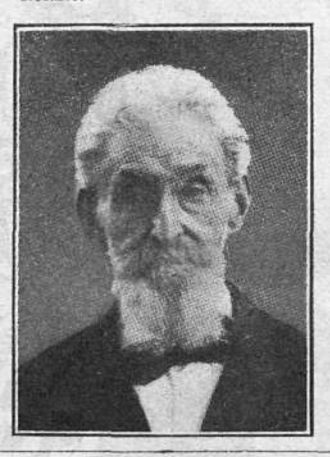
— Si se exceptúan la muerte y los impuestos, no hay en el mundo nada que sea verdad.

— Si el oro tuviera olor, sería pernente el olor de moneda.

JULIA E. PITA

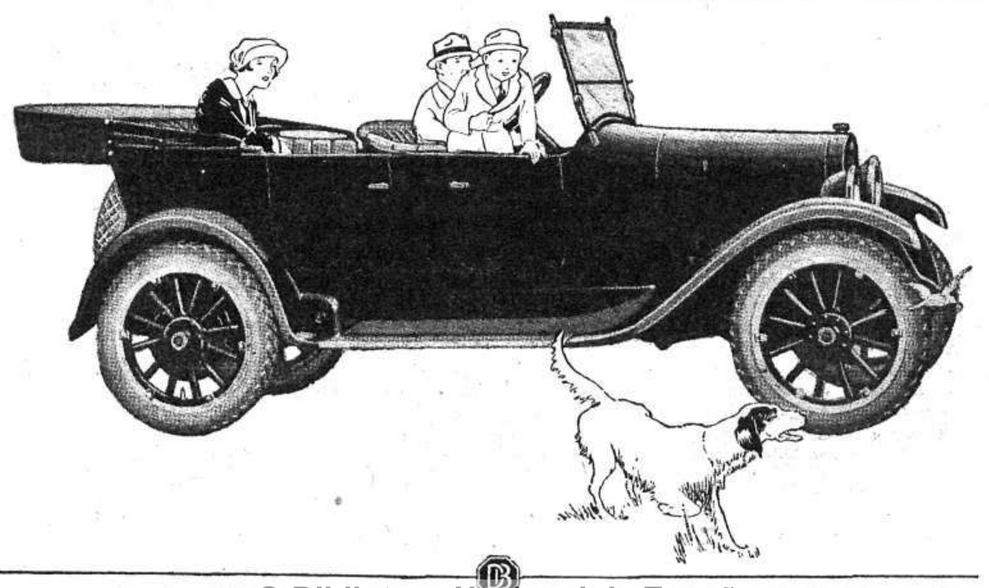
El deceso de la meritoria educacionista causó hondo pesar en el extenso círculo de sus relaciones en esta capital, donde se hallaba muy relacionada. El traslado de sus restos a Carmen de Patagones, donde era directora de la escuela N.º 1, puso de relieve el afecto que había sabido conquistarse en el desempeño de sus funciones, dando ello lugar a una imponente manifestación de duelo.





SERAPIO MARQUEZ

A la edad de 78 años ha fallecido el señor Serapio Márquez, prestigioso vecino de San Isidro donde estaba vinculado a las principales familias. Por sus dotes de caballerosidad y bondad, el extinto no supo sino conquistar en su larga existencia intensa simpatía y respeto en cuantos le trataron. En el acto de su sepelio púsose de manifiesto el pesar que causó su deceso.



De Victoria

Autoridades locales al frente de la gran manifestación cívica organizada para conmemorar el aniversario patrio.



Niños de la escuela N.° 9, correctamente caracterizados, que cantaron el himno nacional.

La señorita Esther Spirito y demás señoritas que integraron la comisión a cuyo celo se debe el éxito alcanzado en los festejos.



LICOR DE LOS 8 HERMANOS

"NO REPITE". POR MÁS QUE SE REPITA LA BEBIDA DE ESTE LICOR HIGIENICO-ESTOMACAL. HECHO QUE COMPRUEBA LA AUSENCIA DE FLECMAS Y ESENCIALES. CUYA DEPURACIÓN CONSTITUYE EL SECRETO DE FÁBRICA Y HACE QUE SEA ESTE EL LICOR MAS FINO QUE SE CONOCE.

LA CORONA DE LA VIDA



Lo que ahora os contaré escuchélo de labios de mi madre hace ya mucho tiempo, tanto que me parece que fué en otra vida o que lo he soñado. Pero verdad es que hoy, cuando mis cabellos comienzan a blanquear, comprendo su sentido.

Es una historia del país de mi madre, el país donde florece el manzano y donde los hombres, que son recios, tienen, bajo el pecho velludo, el corazón tierno colmado de canciones.

Costumbre era que en el día en que los jóvenes cumplían veinte años, y antes de que el sol llegara al cenit, debían ser coronados de flores; cada uno a su hora debía ser coronado de flores. Y en todos los huertos, por humildes que fueran, y en los jardines señoriales, siempre se reservaba un rincón, el más hermoso, para el cultivo de las flores con que, llegado el caso, ceñiríase la frente de los hijos queridos. Todos a su hora se coronaban, y en las frentes juveniles lucía, a su tiempo, como corporizado en flores, el amor de los padres. Y en aquellas coronas, simbólicas siempre, podían leerse historias de antiguos amores, recuerdos de amorosas aventuras, rememoraciones de hazañas paternas, glorias de antepasados, ansias de glorias futuras; todo lo que vive en el corazón humano. Y aquellas flores eran como la promesa de la vida.

¡Pero tristes de los que no tenían, llegado el momento santo, corona para la frente!

Y aconteció que a su vez llególe el día a un mancebo de nombre Faliero.

El alba que nace entre nubes borrosas y un poco pálida, igual que doncella entre las vaporosas sábanas del lecho, lo vió en pie, ansioso, junto al portal de la casa paterna.

En el vecino jardín, trémulo, el canto de los ruiseñores, a la luz de la luna del tibio septiembre, resonara toda la noche como un surtidor de plata, velando el sueño de las flores. Y tal armonioso murmurio acrecentó las horas de vigilia del corazón juvenil estremecido de romances.

Miraba el camino, arropado todavía en la noche. ¿Pero es que acaso Faliero miraba algo? No, sentía; sentía todo su ser como oprimido y angustiado. Horas más tarde debía ceñir la corona de su vida. Había visto ya tantas veces esa ceremonia que le era vulgar, y él, que tanto se imaginara cuán admirable sería su vida, acongojábase al ver que aun a esa hora el cielo no se abriera para dar paso a una procesión de ángeles resplandecientes.

Ante la sospecha de que su día no iba a señalarse por algo extraordinario, llenábase de zozobra y más aumentaba su inquietud ante la placidez con que llegaba la mañana.

Pasó el viejo jardinero que lo viera nacer y que cultivara con tanto amor las flores con que se formaría la corona para su niño querido. Bien sabía el anciano que la dicha de nuestra existencia depende de ese fugaz instante de nuestra juventud.

— Dios te haga un santo, Faliero.

Apenas la luz, la insinuación de la luz, puso en movimiento la alada muchedumbre en la circundante arboleda, cuando se oyó lejana una voz juvenil, cantando con largos ritmos varoniles, y, acercándose, el crujir de un carro sobre las frías piedras del camino.

Amores hay que nos matan
oí decir a los hombres;
amores hay que nos matan...
quiero uno de esos amores.

Y la emocionada ansiedad de aquel canto fué como chispa que encendió el corazón del doncel.

Ya el sol alumbraba toda la campiña; ya los pájaros gorjeaban hacia la luz con la voz más y más cristalina elevando el pico, bajando las abiertas alas, enhiestos sobre sus patitas como tenores de ópera. Las golondrinas, enloquecidas de alegría, cortaban, en revuelos inauditos, el espacio matinal de azul mojado.

A poco un carro cargado de flores pasaba ante Faliero; deslumbrado por lo que veía, ansioso, anhelante, fuése tras el carro.

¡Las flores del carro! Las había de todas clases. Y todas frescas, bañadas aún de rocío y aún con ese aroma un poco soso de la flor que todavía duerme. Blancas, azules, rojas, cerúleas, violáceas, doradas (esas divinas rosas amarillas de oro encantado). Pero sobre todas ellas, una corona... ¡Dios mío, cómo brillaban las flores de aquella corona:

cómo lucían sobre tantas flores bellas, aquellas flores más bellas aún!

— ¡Buen carretero, hoy es el día en que debo ser coronado! Sí, hoy antes de medio día. Dame esa corona de flores que sobre las flores de tu carro brilla y luce, como entre diamantes y perlas, los carbunclos que tiene en sus ojos el amor de la juventud.

— Quédate, niño; no sigas mi carro. En el vergel de tu palacio he visto las flores que esperan la hora para entretejerse deliciosamente formando tu corona, la corona de tu vida que debes lucir antes de que el sol llegue al cenit. Tú no sabes en qué jardín crecieron mis flores. Mira que a veces el paso de las serpientes abrillanta los pétalos tanto como si las hubiese besado la sombra de Nuestro Señor.

Pero todo era en vano. Faliero moríase por aquella corona colocada en lo alto del carro. Y fuése clamando por ella, mientras el sol, indiferente, solo, inmenso en su gran luz cegadora, ascendía por el cielo limpio y azul, sin cuidarse de las ansiedades de aquel mancebo que se alejaba de la casa paterna donde ya el jardinero cortaba las flores para la corona destinada a ceñirse para siempre sobre una frente querida.

— Vuélvete, vuélvete; esta corona no es para ti.

Y el carretero, sonriente, lanzaba al aire claro su canción, y su voz se llenaba de alegría con la pureza del cielo y el aroma de la campiña abierta ante sus ojos, vestida de un verde nuevo, reluciente y tocada a lo lejos con un cendal bajo de vapor fino.

Alondra que te levantas
hacia los cielos azules,
por qué por amor se muere,
quiero que a Dios le preguntes.

Pero todo parecía destinado a inflamar el deseo juvenil. (¡Cómo lo que nos rodea, cuando es bello, da fuerza a nuestras ilusiones!). La luminosidad del cielo; el canto que al espacio se elevaba meciéndose; las flores que bordeaban el camino; aquellos vuelos sesgados de las golondrinas embriagadas de azul, ¡aquellos vuelos!; la lejanía tan soñadora del paisaje, donde, borrosamente, se diseñaban legendarios los pueblos vecinos; el frescor matinal, bien oliente a alhucema, a menta, a hinojo, a tierra desnuda; todos los mil recuerdos de su infancia despertándose misteriosamente para danzar en su alma como ronda de niños, prestando a su ser una inexplicable y alígera fuerza, todo, toda esa belleza de la luz, del color, del amor, de las canciones, todo parecía avivarse y adquirir una emoción maravillosa ante aquella corona que en lo alto del carro lucía espléndida. Y así también el propio ensueño se embellecía con la belleza de todo.

Marchó Faliero tras el carro pacientemente, lo mismo que el sol hacia el cenit. ¿Quién lo habría podido impedir? Lejos, acaso, palabras maternales, mojadas de lágrimas, lamentaban el desgarro del mancebo, mientras ante el portal los lebreles acostados sobre las patas fijaban los ojos avizores en el confín del camino por donde perdiérase el amo.

Ya no tendría tiempo de volver en hora a la casa donde estaban dispuestas las flores destinadas a formar la corona para su frente. ¡Ay del mancebo! Y en el país de mi madre la costumbre es tirana, pues es tradición que los abuelos cuentan... La corona de la vida una sola vez cíñese a la frente y ha de ser antes de que el sol llegue al cenit, al cumplirse los veinte años.

El ruego hízose entonces triste; fué entonces cuando sonara esa voz que no tiene réplica, la del destino. Faliero pensó que acaso el carretero tuviera razón, pero sintióse verdaderamente contento, luego de esa angustiosa duda rápida. El carretero debía darle la corona que en lo alto del carro, flores sobre flores, lucía como los carbunclos del amor en los ojos de la juventud.

— Toma, niño; ahí tienes la corona, es forzoso dártela. Pronto será medio día y tú debes ser coronado antes de que el sol luzca en el cenit. ¡Ah, yo sé bien que flores más bellas que las que aquí se abrasan, no las dió vergel alguno; son las que tu corazón — él únicamente — eligió; nadie sabía que tu frente había de llevarlas. ¡Dios tal vez!

¡Oh, cielos! ¡Cómo sangra la frente del doncel; hay sangre purpúrea en sus sienes de lirio, bajo las flores moradas, cárdenas y amarillas de oro divino, tan bellas, tan bellas!

— No llores, niño, no llores; llevas las flores más bellas. Más bellas no las vió Jericó, ni Nazaret, ni Efren, ni los jardines del Señor; esas crecieron bajo la cruz del Justo que realizó el deseo de su alma escuchando nada más que a la voz de su corazón. Ahora nadie estará mejor adornado que tú, ni el atardecer de septiembre con su trémulo y claro lucero. Pero no intentes descansar de tu dolor ni un solo instante, que entonces tu corona perdería su belleza. Son flores inmarcesibles, pero es menester que se alimenten de tu sangre; sí, tu sangre será el alimento para los lúcidos pétalos y las crueles espinas. Tú lo quisiste, bien lo quisiste. Cumplido está tu deseo; lástima que la flor más bella sea la que tiene la espina más aguda. Adiós; no olvides que cuanto más puro es el ideal es más doloroso el sacrificio.

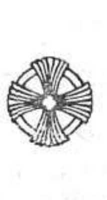
Y se fué cantando, con su carro de flores, por la campiña, hacia confines de luz nítida y espejeante.

Amores hay que nos matan,
oí decir a los hombres;
amores hay que nos matan...
quiero uno de esos amores.

RAFAEL DE DIEGO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA









Alumnos de la escuela nacional N.° 64 presenciando la ceremonia de la entrega de una hermosa bandera de seda con que la Sociedad Protectora obsequió a dicha institución.

LA DIVISIÓN ACTUAL DE EUROPA

La desastrosa guerra europea, una de cuyas consecuencias ha sido la desmembración, repartición o anexión de las naciones que formaban Europa, ha hecho absolutamente ineficaz el estudio de los textos de geografía de antes de 1914.

Europa comprende actualmente, más o menos, treinta y tres estados, repartidos en cuatro secciones: occidental, central, meridional y nordeste.

I. — En la región occidental: Islandia, capital Reikiavik: Islas Británicas, Londres; Holanda, La Haya; Bélgica, Bruselas; Luxemburgo, Luxemburgo; Francia, París; España, Madrid; Portugal, Lisboa.

II. — En la región meridional: Italia, capital Roma; Albania, Durazzo; Grecia, Atenas; Turquía, Constantinopla; Bulgaria, Sofía; Rumania, Bucarest; Yugoeslavia, Belgrado; Fiume, Fiume.

III. — En la región central: Suiza, capital Berna; Austria, Viena; Hungría, Budapest; Checoeslovaquia, Praga; Alemania, Berlín; Dantzig, Dantzig; Polonia, Varsovia.

IV. — En la región nordeste: Dinamarca, capital Copenhague; Suecia, Estockolmo; Noruega, Cristianía; Finlandia, Helsingfors; Rusia, Moscú; Estonia, Ravel; Letonia, Riga; Lituania, Vilna; Ukrania, Kliff; Crimea, Sinferopol.

Además tienen existencia propia los diminutos estados de Andorra, capital Andorra; San Marino, San Marino; Mónaco, Mónaco.

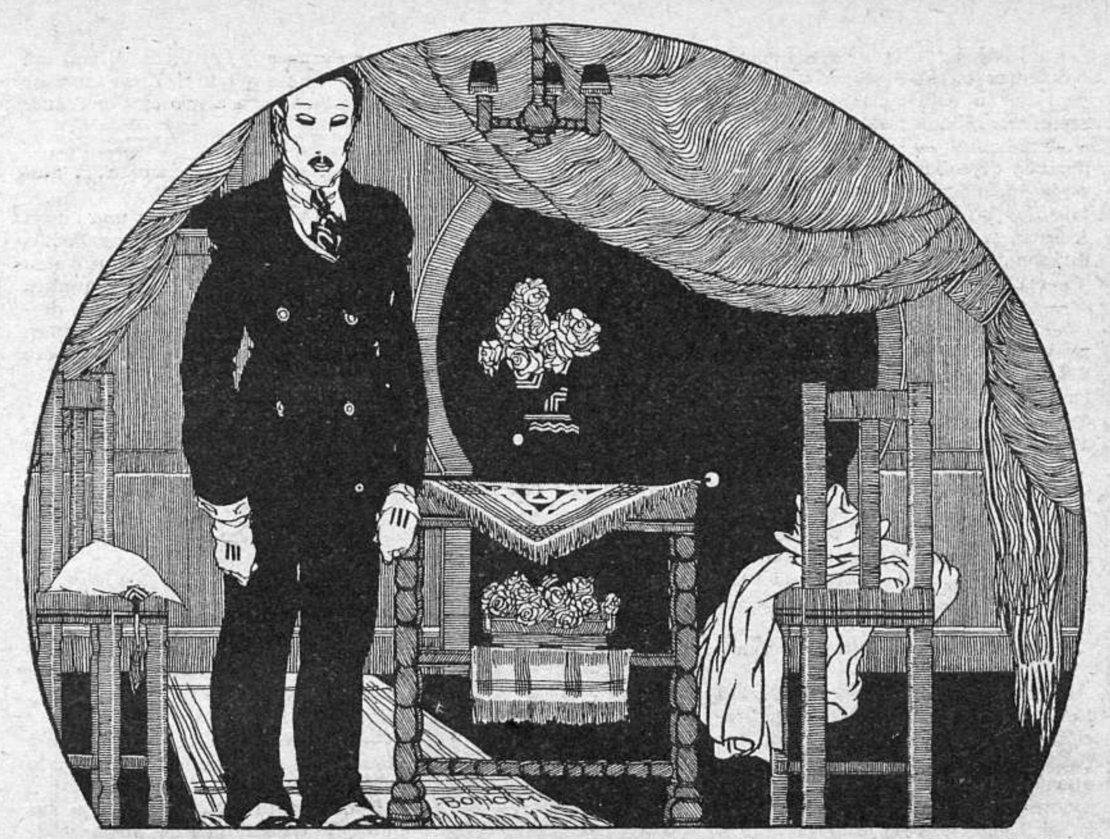


25
GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie 9
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
entregará gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones más 20 cts. para flete.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.
LA CAJA $1.40
LA CAJA $1.40
POLVO GRASOSO de BRISSAC
Polvo Grasoso de Brissac
BRISSAC
PARFUMERIE
Insuperable, adherente y de perfume delicado
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-55 — Unión Telefónica 2045, Belgrano
REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO
RONDEAU, 1440-42

De Lomas de Zamora

Comisión que preside el señor Eugenio Compiani y que tuvo a su cargo la organización de la hermosa fiesta realizada en el teatro Español, en conmemoración de la fiesta patria.

Niños brillantemente caracterizados que tomaron parte en numerosos números del programa y que fueron muy aplaudidos por su correcta ejecución.



El secreto de ella

Por

HENRY DUVERNOIS

TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN

La señora ha vuelto? —preguntó Paúl Gensonnet a la mucama.

—En este momento — respondióle.

—¿No sabe que estoy aquí?

—No, señor.

—Entonces no le prevenga. Voy a darle una broma.

¿Cuál sería la broma? Una de las que tenía costumbre de hacerle. Sorprenderla, ante todo. Ella exhalaría un grito y se enojaría: «¡Que eres tonto! ¡Me voy a enfermar del corazón... pedazo de idiota!» Y ella sonreía con esa ternura comilona que sus ojos empleaban para mirar, aun cuando quisiera hacer fuerzas por enojarse.

Paúl avanzó con precaución y abrió la puerta del dormitorio con lentitud...

Vió a su esposa que se miraba en el espejo. Conservaba aún su tapado de piel y el sombrero cuya gruesa pluma le encubría la mitad del rostro, de su maravilloso rostro. Ella se miraba, pero reflexionando, posiblemente, en alguna cosa grave, muy grave, y tan grave que su esposo tuvo un presentimiento funesto. Entre la sombra oculto, la observaba. Y era una desconocida a quien observaba, una de esas graciosas enemigas que antes de su matrimonio le había dado una terrible impresión y miedo al mismo tiempo de la mujer. Hermosa, eso sí, no hubiera podido hacer otra cosa, pero cambiada. Una estatua del dolor, el dolor envuelto en un tapado de pieles. Sus ojos, de un azul vívido y líquido, parecían duros, casi negros, y en las esquinas de la boca encantadora, que reía con tanta facilidad, marcábanse las dos arrugas que la gente del pueblo llama el «rasgo de la miseria». ¿Era tal vez así cuando se encontraba sola, sola frente a sus desilusiones? No. Algo había ocurrido y algo que daba miedo a su pobre marido... ¡Un drama! Sucede así. Están casados desde hace tres años, se vive en plena atmósfera rosa, como si el color rosa fuera eterno, y se cae de pronto entre el negro, que es el único definitivo. Paúl quiso apartar el espectro e intentó agradar anunciándose como el faldero feliz de encontrar de nuevo a su ama. Ladró así, pero débilmente con una voz que la angustia estrangulaba:

—¡Ohut! ¡Ouah!

Lucía reaccionó apenas. Dejó el espejo con pena, abandonando un pensamiento terrible, pero suyo, para volver a la vida cotidiana, sempiterna y grosera. Ensayó sonreir. Y fué la más pobre, la más miserable de las sonrisas, una de esas sonrisas que los niños esbozan antes de caer en sollozos.

—¡Ah, eres tú!... — murmuró Lucía. — No te había oído llegar...

—¿Estás enferma?

—No.

—¿No estás enferma?

—¿Por qué insistes? ¿Quieres que esté mal?

—Preferiría...

—¡Pues muchas gracias!

Paúl la tomó entre sus brazos. Y tuvo entre ellos a una Lucía inerte, que tenía la frente obstinadamente baja y de la que sólo veía el sombrero. Hasta el sombrero era dramático con sus plumas de sauce llorón...

—¿Qué es lo que te pasa?... — preguntó Paúl, —¿qué es lo que tienes?

—¡No tengo nada!... ¡Pero nada!

—Dímelo sin ambajes, mi chicuela... Tú me haces daño...

Lucía se desprendió de los brazos de Paúl y quedó muda. Entonces éste la suplicó de nuevo. Sólo obtuvo una declaración de comienzos bastante vagos, dicha en tono hostil. Cada alma, declaró en substancia Lucía, que era literata, posee sus dolores secretos. No estamos en esta tierra únicamente para beber, comer, bailar o para imitar al perro faldero. La vida no es una broma. ¡No!... Distendemos toda nuestra fuerza de voluntad, pero la tristeza es más fuerte y nos arrastra en ciertas horas.

Paúl había sorprendido a Lucía en uno de esos momentos en los que sería mejor quedarse cada cual en su casa y no violar y robar por ahí los secretos... Sí, los secretos...

—¡Cáspita! — exclamó Paúl. Tengo, creo, el derecho de saber... ¡Anda con cuidado, chicuela; estás jugando un juego peligroso! Mi vida es de cristal y yo no te permitiré que...

Lucía sacóse el tapado y el sombrero y apareció divinamente rubia y resignada. Paúl dijo:

—¿La verdad?

—¡Jamás!

—Te prevengo que me voy inmediatamente y no vuelvo a cenar.

Lucía tuvo un gesto de impotencia y de indiferencia. ¿Qué podría hacer? Paúl comprendió que ella quería quedarse sola para llorar a su antojo.

—Me voy, Lucía... Y no volveré antes de media noche... Tú me dejas ir lleno de dudas... ¿lo entiendes? Todas las dudas me son permitidas. ¿Cuál es el dolor que en verdad sorprendí como un ladrón y que me hubieras ocultado si no lo hubiera sorprendido?... ¿Te niegas a hablar? ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!... ¿Te niegas?... ¡Está bien! ¡Adiós!

Lucía añadió en un tono glacial:

—¡Como tú quieras!...

Y cuando Paúl cerró la puerta Lucía volvió a su nostálgica meditación. En la calle, Paúl iba con ese paso febril y dudoso de un hombre que no sabe adonde ir, y encontró a la señora Descomettants, la mejor amiga de Lucía. Y le dijo:

—¡Usted la va a ver!... Pasa algo de terrible en nuestro matrimonio!... ¡Es algo atroz!... Acabamos de dar vuelta a la página de nuestra felicidad!... ¡Para mí, yo creo que Lucía tiene un amante! Y ese amante acaba de abandonarla, o se va a ir o está en trance de muerte...

—Usted que...

—Nosotros que... sí, mi buena amiga... nosotros que parecíamos tan unidos...

Como la señora de Descomettants era una buena persona, quedó desconsolada, pero como era además una persona curiosa, apuró el paso... Encontró a su amiga ahogada en lágrimas y la asaltó a preguntas. Lucía la besó, ante todo, varias veces, como si descargara su pena, nerviosa, y por fin pudo hablar.

—A ti sola — tartamudeó — a ti sola... pero júrame que no lo dirás a nadie

—Habla...

—Pues bien. ¿Tú conoces a Marta?... Marta, la gerenta de Jenevieve Langoulant... Esta tarde fuí de nuevo... Este traje es horrible... Me encontraba exasperada... Me disgusté con Marta y ¿sabes tú lo que me dijo? No acertarías... Ella me dijo: — Señora, prefiero no ensayar más. Los trajes con perlas no le sentarán jamás...

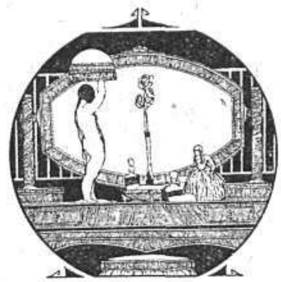
—¿Jamás?

—Jamás... ¿Tú te imaginas en qué estado de nervios me dejó? No se usa otra cosa que trajes con perlas, y decirle a una: «¡No le sentarán jamás!» es como decirle a una ¡Vaya desnuda!... o bien: ¡Es usted ridícula!... o...

—¡Seguramente!... ¡Seguramente! ¿Pero por qué no se lo has explicado a tu marido?

Lucía levantó al cielo los ojos, sus puros y tristes ojos de ángel y de mártir, y añadió simplemente:

—¡Es un hombre!... ¡No hubiera comprendido!...



DIBUJOS DE BONOMI



La música de los grandes maestros con todas sus originales bellezas es magistralmente reproducida por la:
Concertola
Compre hoy mismo una para su hogar. Allí donde hay una "CONCERTOLA" reina alegría y buen humor.
Nuestras ofertas con facilidades de pago las pone al alcance de todos. Solicite folletos gratis.
N.º 451. — Elegante CONCERTOLA con persianita delantera. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 45
N.º 327.—Rica CONCERTOLA en nogal o caoba, con puertitas modificadoras del sonido. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 75
N.º 4.—Magnífica CONCERTOLA para mesa, rica madera roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 125
N.º 4 bis.—Espléndida CONCERTOLA. Regio mueble en roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas .... $ 150
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 14 c/una.
N.º 5.—Regia CONCERTOLA, mueble serio y elegante, igual al dibujo. Rica madera de roble o terminación caoba, gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas. 250
O bien $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 c/una.
PIDAN CATALOGOS. N.º 21: Grafófonos, Concertolas y Victrolas. — N.º 22: Todos los mejores discos de las buenas marcas. Enviando $ 0.20 en estampillas.
SIEMPRE DISCOS NUEVOS DE GRAN EXITO
Algunas novedades de la semana
Discos Victor de 25 centímetros $ 3.— cada uno
Orquesta Típica Fresedo
73772 Queja campera. Tango. / Chelin. Tango.
73786 Que racha. Tango. / La caprichosa. Tango.
Orquesta Típica Flores
73773 Gaucho Malo. Tango. / Qué maravilla. Tango.
73787 Hosp. Durand. Tango. / Tu mirada. Tango.
Orquesta Típica Cobian
73788 Una droga. Tango. / Polola. Tango.
Por la célebre Orquesta MAREK WEBER
Discos dobles de 30 centímetros $ 4.— cada uno
P 1310 La Bayadera. Fox Trot. / La Bayadera. Shimmy de la opereta.
P 1280 Shimmy de Amor. / Luna. Shimmy.
P 1264 Luna Cubana. Shimmy. / Mi mamá. Shimmy.
P 1312 Decímelo con música. Shimmy. / Big Ben. Shimmy.
Discos Victor de 30 centímetros $ 6.20 cada uno
Solos de Piano por el célebre virtuoso Vladimir de Pachmann
74315 Gondola Veneciana (Mendelssohn). / Canción de la Hilandera (Mendelssohn).
74313 — Nocturno en Sol mayor (Chopin).
74293 — Nocturno en Fa mayor Op. 15 (Chopin).
En música WAGNERIANA y CLASICA ofrecemos el más selecto y extenso surtido. Visítenos y se convencerá.
AMERICA
Concertola
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES.
NO CERRAMOS LOS SABADOS

Enlaces



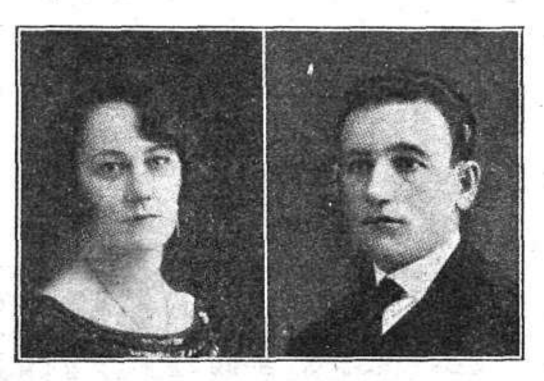
Flora Rodríguez con Eugenio Rey Sotelo. — Capital.



Lautre-Devito. — Bolívar (F. C. S.)

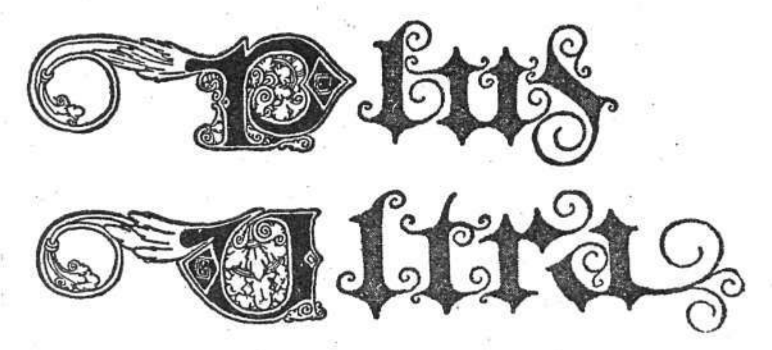


Sara Pedrolini con Félix Jactar. — Trenque Lauquen.



Laura Corregel con Juan Cuzzoni. — Trenque Lauquen

Apareció el número 85 de



correspondiente al mes de mayo.

Publica una interesante nota fotográfica y literaria acerca del homenaje a Ricardo Palma celebrado en Lima por iniciativa del ministro argentino en el Perú, don Ricardo Levillier.

SUMARIO

Colaboración literaria: "El humorismo norteamericano", por **Francisco Grandmontagne,** ilustraciones de **Sirio.** "Mediodía de todos", versos de **Fernández Moreno,** ilustración de **Alvarez.** "El origen del shimmy", por **Enrique M. Rúas,** ilustraciones de **Sirio.** "Tríptico", por **Ignacio Allende,** ilustración de **Macaya.** "Las fuentecillas del parque", por **J. Muñoz San Román.** "La joya de las joyas", por **Arturo Lagorio,** ilustración de **López Naguil.** "La mantilla beata", por **Eduardo del Saz.** "Anselmo Miguel Nieto, el pintor de la aristocracia española", por **Manuel García Hernández.** "La última moda", por **Clara Patek.** "Tradiciones constitucionales. Alvear en el Congreso". "En honor del Presidente. Recepción en la embajada norteamericana".

Reproducciones a cuatro colores: "Retrato del emperador Carlos V", tabla de **Franz Holbein.** "Tipos segovianos", óleo de **López Mezquita.** "Autorretrato", óleo de **Gustave René Pierre.** A dos colores: "Retrato de la señorita Carmen Lynch", por **Witcomb.**

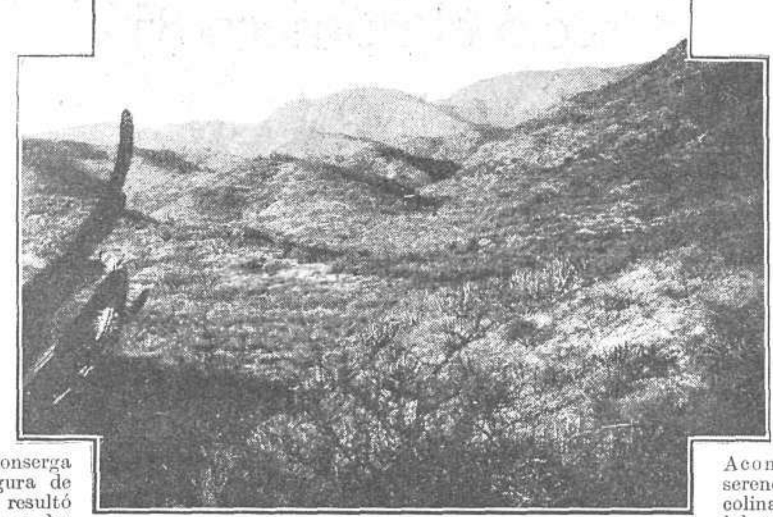





A TRAVÉS DEL PAÍS

El valle de Yocavil

RUINAS, TRADICIONES Y LEYENDAS



Aspecto de la sierra de los Quilmes donde, según la tradición, se hallaba la más rica mina de oro del antiguo Tucumán que los indios explotaban en beneficio del Inca, y que, al entrar los españoles, ocultaron de tal manera que hasta hoy nadie ha podido dar con ella.

Si de la monserga parca e insegura de nuestro guía resultó casi imposible en las primeras jornadas obtener algún dato novedoso con referencia a los lugares conocidos al pasar, no fué así aquella tarde cuando, al salir del campo de los Pozuelos, la hermosa altiplanicie andina catamarqueña, de 9.100 pies de altura sobre el nivel del mar según lord Dormer, comenzamos a flanquear la sierra de los Quilmes, y acercarnos al pie del Médano, primer *puesto* habitado a la entrada del valle de Yocavil.

Entonces, de indiferente y taciturno que fuera el cachazudo montañés, habíase transformado en un compañero de viaje incomparable, erudito y elocuente, amable y voluntarioso, al grado de mostrarse cada vez más interesado por ilustrarnos sobre cuanto a su parecer pudiera despertar nuestra atención. Hubiérase dicho que siendo nuestro acompañante algo así como un rancio cronicón viviente de toda aquella apartada región, en él se hallaban compendiadas las más remotas tradiciones de la raza, y que, magüer la mudez abrumadora impuesta por los años a las cosas del pasado, para él fuesen materia excusada los secretos de cuanto lugar u objeto pudieran trasuntar un recuerdo de la épica legendaria de aquel valle...

Nada le era desconocido, y así, a medida que avanzábamos en nuestro camino, él, alternando a discreción la crónica o la leyenda, el dato histórico o la patraña inverosímil, nos daba ahora, en su jerga peculiar y pintoresca, la explicación aproximada de cuanto podía acuciar nuestra curiosidad de viajeros, tratárase de una secular barbacana, trunca, casi derruída, y apenas sospechada entre los diseminados peñones de una ladera; fuese de la hilera de agudas piedras extendidas diagonalmente y como al acaso junto a la base de una colina, o bien de un obscuro socavón que abierto al fondo de una quiebra exigua mostrábanos su boca llena de petroglifos y absurdas tracerías, como un macabro templo evocador de añejos cultos medrosos y magníficos...

Cuando las preguntas recaían sobre el paisaje, la respuesta era invariable: atrás teníamos los cordones del Cajón, Chango Real y la sierra de Belén; a la derecha el campo del Arenal y los Pozuelos, con la sierra del Atajo como un fabuloso paquidermo tendido mansamente a sus pies; a la izquierda la sierra de los Quilmes, áspera, inhospitalaria e indiferente a las caricias del legendario río de Santa María de los Angeles que en su lecho de auríferas arenas corre a su lado límpido y tranquilo, y al frente el majestuoso Aconquija, siempre sereno, con sus fértiles colinas pobladas de labrantíos, sus derrumbaderos profundos de sima nunca hollada, sus espléndidas mesetas de esmeralda, sus inaccesibles neveras, y sus picachos altísimos brillantes bajo el sol...

Al pasar por frente a la casona del Pie del Médano el guía nos refirió una interesantísima conseja relacionada con aquel lugar, en la que se hacía referencia a una oficina de telégrafos instalada allí por el gobierno nacional en los años de mil ochocientos noventa y tantos, y la cual debió ser poco tiempo después clausurada debido a las apariciones de fantasmas o *espíritus en pena* que diz se dieron a molestar al telegrafista.

Antes de ponerse el sol llegamos a la aldea de Los Trapiches, la primera que, ya en el valle de Yocavil tiene valor alguno para los viajeros, pues a pocas cuadras del caserío, pasando el río de Santa María y hacia la falda de la sierra de los Quilmes, hállanse aún los hornos o trapiches rudimentarios donde los indios de la región fundían sus piedras minerales. Hacemos el camino a pie, y al acercarnos a los hornos descubrimos, no sin asombro, un excelente camino empedrado, de tres a cuatro metros de ancho, que partiendo del lugar y ascendiendo por un filo de la sierra iba a salir caracoleando sobre la cumbre y se perdía luego oculto por las aristas de un mogote. Ante la imposibilidad de poderlo seguir personalmente interrogamos por él a nuestro guía, y éste nos refiere que, como tuviera ocasión de recorrerlo cierta vez en seguimiento de una tropa de venados, había podido comprobar que después de salvar el mogote y continuar hasta diez cuadras por sobre el *lomo* de otro cerro, dicho *camino empedrado* iba a caer a una especie de abra pequeña, donde se cortaba como *adrede*, sin que se viera luego señal o rastro alguno de que hubiese seguido nunca adelante, aun teniendo en cuenta todos los accesos posibles a la redonda...

Sin embargo es de imaginarse que una obra de tal carácter debe tener su explicación razonable, y así cabe hacerse la pregunta si no fué hecho este camino por un simple capricho de los indios de la comarca, o si tuvo por objeto, como holgaría suponerlo por los hornos existentes, de que éste sirviera para conducir por él las piedras minerales que fundían en beneficio del Inca, de quien todos eran súbditos y tributarios... Hoy por hoy no se sabe que exista en el lugar mina alguna descubierta, pero es tradición antigua sostenida por no escasos cronistas dignos de respeto, que en la Punta de Balasto o Incamana,

lugar que dista media legua escasa de Los Trapiches hacia el norte, se hallaban «las mejores minas del Inca», es decir, las mejores minas de oro y plata, pues que únicamente de las de estos metales se aprovechaban en sus conquistas los Reyes Blancos (1).

El hecho es que este *camino empedrado* se conserva todavía tal como lo dejaron sus primitivos constructores, y que, a pesar de todo lo que por él y los hornos se pudiera deducir, haciéndoles valer como posible derrotero de un gran yacimiento aurífero escondido, las diversas compañías formadas con el propósito de realizar un cateo formal en la región no han obtenido hasta la fecha el menor resultado. Diríase que, como los fabulosos tesoros de Rocha de la Villa Imperial de Potosí que nos refiere en sus crónicas Julio L. Jaimes, y los enterratorios famosos de Becubel, las ruinas históricas de la falda del Aconquija que estudiaran con tanto cariño Lafone Quevedo y A. Quiroga, más que a la tradición pertenecen hoy a la poesía y la leyenda, si no resultan a poco para algún entusiasta de estas cosas un fecundo motivo de investigaciones ulteriores...

Después de ver los hornos y el camino empedrado de Los Trapiches, visitamos de paso las ruinas de la Punta de Balasto o Incamana, que descubrimos en el costado izquierdo del río, sobre la plataforma asaz amplia de un mogote de bastante elevación, y *pircado* por los contornos como una fortaleza...

Estas ruinas, a las que algunos arqueólogos del país, han dado tan poca importancia, son, a nuestro corto parecer, una de las más interesantes y que mejor se conservan en el valle de Yocavil.

Y, con efecto, todo en ellas es realmente admirable: la solidez de la muralla o barbacana circundante, levantada en corte y a piedra limpia desde las flancos de la montaña; la construcción sin tacha de las torres cilíndricas, con troneras para la defensa; la distribución matemática de las habitaciones familiares; las rúas o callejuelas de adoquín de piedra, cual tiradas a cordel; la plaza de armas donde se reunían los guerreros, y, finalmente, el palacio del jefe o *curaca*, que está situado en el centro mismo de la población...

Si no existieran antecedentes históricos que prueban de una manera irrefutable que tal fortificación perteneció de hecho a los indios de aquella comarca, casi sería de suponer que fuese más bien una construcción de los conquistadores españoles, aunque ninguno de los cronistas del antiguo Tucumán menciona el caso de que los hispanos hayan levantado jamás, durante ni después de la conquista, fortaleza alguna en este valle, a no ser la de la ciudad de Córdoba de Calchaquí, mandada edificar por el general don Juan Pérez de Zurita en el año 1558. Mas, aparte de que tampoco estuvo ubicada en el valle de Yocavil, sino en el de Calchaquí, que era cosa muy distinta, consta también que ésta fué totalmente destruída poco tiempo más tarde, cuando el levantamiento general de los indios de la región encabezado por el famoso cacique Juan de Calchaquí...

Cuanto a decir que esta fortaleza proceda realmente de la parcialidad de los Incamanas, o de alguna otra tribu anterior a las de la raza calchaquiana, asunto sería ya de más difícil solución. Hay quienes, apoyando su opinión en el estudio de la etnografía regional y el conocimiento de la vida y costumbres de las tribus calchaquíes, han pretendido afirmar que, magüer la civilización introducida en este valle por la política de los Incas, ninguna de las ruinas de los fuertes o monumentos existentes aun hoy en la región, han pertenecido a las razas autóctonas. Según ellos, en tal caso, los *verdaderos* constructores habrían sido los celtas, los normandos, los toltecas o cualquiera de las tantas trashumantes hordas bárbaras que, a no dudarlo, debieron invadir esta parte del continente en épocas muy remotas...

Es muy posible que ésta sea la verdad, pero, como quiera que hasta la fecha nadie se ha preocupado por establecerlo en una forma concluyente, nosotros pensamos que las ruinas de la Punta de Balasto valen la pena de que sean más conocidas y estudiadas por nuestros arqueólogos, que, por lo que hace a nuestra parte, como no deseábamos sino dar cuenta de ellas para llamar la atención de los curiosos por la riqueza que se les atribuye, una vez llenado nuestro objeto, nos damos por despedidos, continuando nuestro viaje a través del valle de Yocavil.

S E V E R O   F .   V I L L A N U E V A

(1) «Historia de la conquista del Paraguay», por el R. P. Lozano, y «Crónicas del Tucumán,» publicadas en «La Nación» por Ricardo Jaime Freire.



EL TIEMPO NO EXISTE

— Escucha. ¡Tres horas de plantón... me parece que es demasiado!

— ¡Cómo! ¡Tú, un muchacho inteligente, defendiendo todavía esas artimañas tan pasadas de moda!



TODAVIA UNA CONFERENCIA

— ¡Nuestra conferencia seguramente tendrá éxito! ¡Vamos a fijar lo que deben pagar este año los pensionistas!

De Bernal



Alumnos de las escuelas locales presenciando el gran festival con que se festejó el aniversario de la Revolución.



Niñas a cuyo cargo estuvo la representación de un hermoso cuadro alegórico.



Alocución patriótica con que la secretaria de la Sociedad de Damas, señora Pastora C. de Conde, abrió el acto conmemorativo.



MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

Es un tónico excelente para las madres que crían, para los ancianos, niños, convalecientes y personas débiles.

MALTA URANO importada no es dulce, como no debe serlo ninguna malta de primera calidad; es de agradable sabor y estimula el apetito.

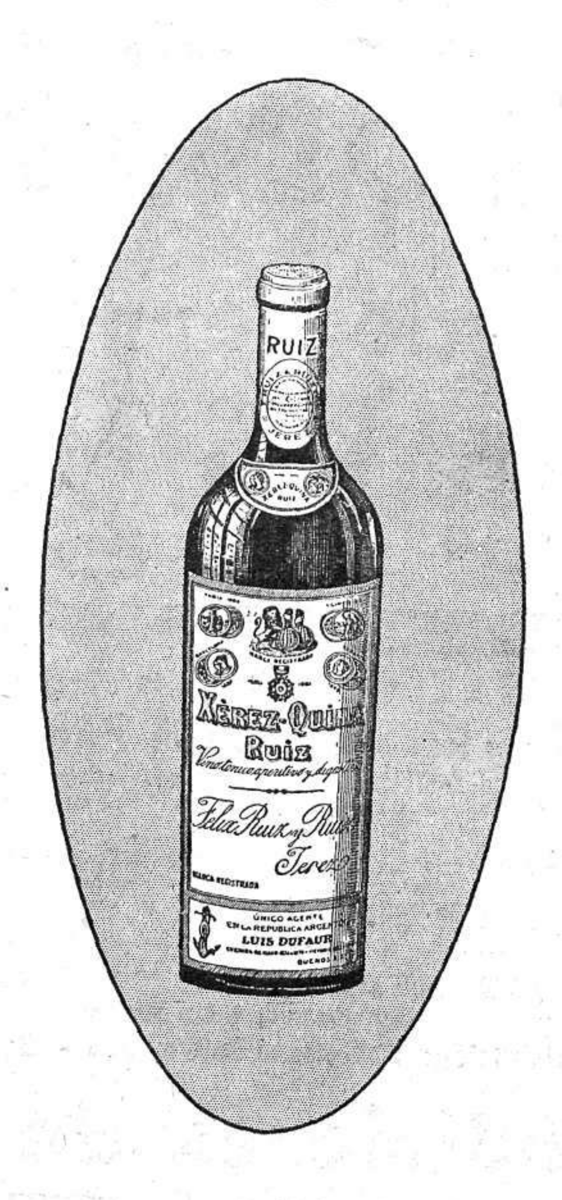
MALTA URANO importada es un producto concentrado cuyo poder nutritivo y contenido en las botellas es mucho mayor que en sus similares; por eso, aunque cuesta algo más que algunos de ellos, como hace falta menos cantidad, resulta más barato que ninguno.

Venta en los almacenes y farmacias, y si en alguno de ellos no la encuentra diríjase a sus únicos importadores:

1170 - Bmé. MITRE - 1174

TELEFONOS:

Unión Telef., Rivadavia, 1990
Coop. Telef., Central, 133



Usted no debe ignorar que

XEREZ-QUINA RUIZ

no es una bebida alcohólica. Es un tónico reconstituyente a base de buen vino Jerez que ha nacido con la virtud suprema de la autenticidad, y a medida que aumenta su gran consumo va absorbiendo los mejores vinos de Jerez que produce la rica tierra de Andalucía.

BUENOS AIRES, 9 DE JUNIO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1288

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



CORPUS CHRISTI

SOLEMNE PROCESIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

El internuncio apostólico, monseñor Beda Cardinale, conduciendo el Sagrado Símbolo bajo el palio, al iniciar la procesión su marcha con toda la solemnidad litúrgica del religioso acontecimiento conmemorado. Un considerable número de fieles formó en ella dándole un aspecto imponente y grandioso.

FOTO DE ARROYO.





Una de las estaciones de la procesión ante el altar levantado en la plaza de Mayo, frente a la Avenida.



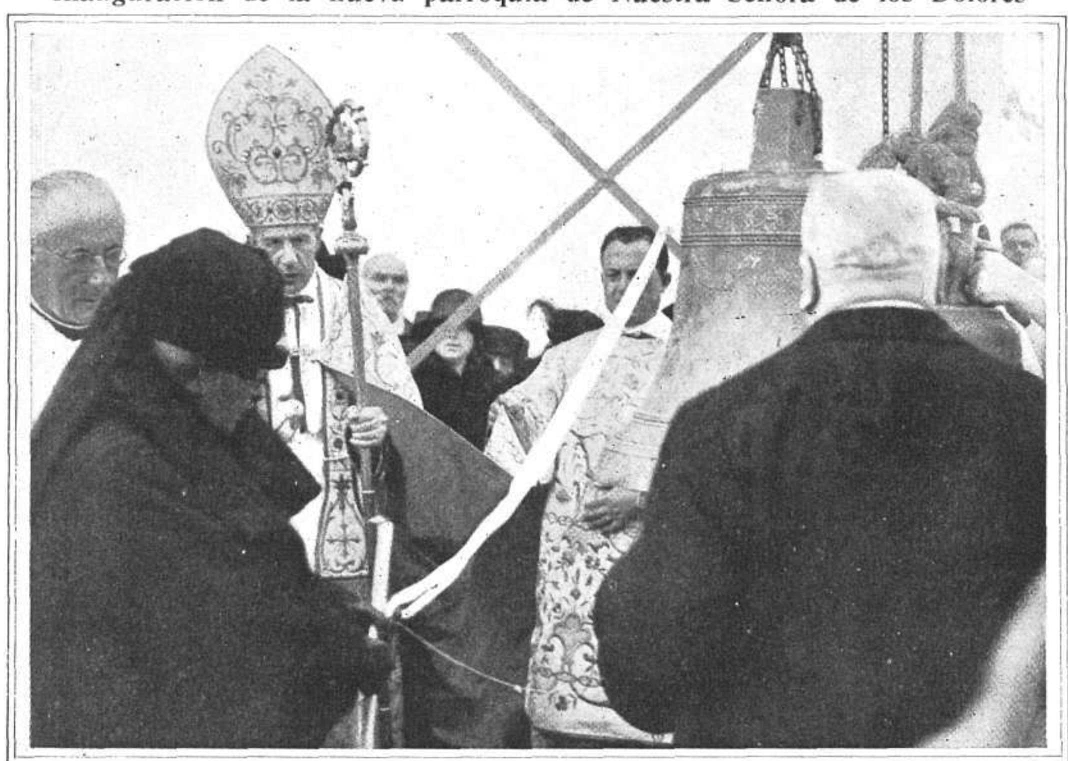


El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo, conduciendo el Guión.

Congregaciones, cofradías y colegios orando, mientras los prelados que precedían al cortejo hacen una estación frente al altar levantado en la calle Defensa.

El intendente municipal, doctor Noel, llevando el Guión en el desfile religioso.

Inauguración de la nueva parroquia de Nuestra Señora de los Dolores



La señora María Augusta E. de Lezica Alvear, madrina en la solemne ceremonia de la bendición de las campanas de la nueva parroquia, situada en la zona del parque Centenario, cuya capilla provisional se levanta en las calles de Gaona y Campichuelo, acto en que ofició monseñor Beda Cardinale.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

EN EL AERO CLUB ARGENTINO



El presidente, señor Jorge Mitre, y un grupo de socios de la prestigiosa institución que ofrecieron un lunch a los aviadores alemanes Udet y Heinecke.

EXPOSICION FIGARI



El celebrado pintor uruguayo, don Pedro Figari, con los miembros de la Comisión de Bellas Artes y el público que asistió a la apertura de su exposición.

EN LA LEGACION DE LA GRAN BRETAÑA



Conocidas familias de la colectividad británica y de la sociedad argentina que asistieron, en la legación de aquel país, a la fiesta dada por su representante diplomático con ocasión del cumpleaños de Jorge V.

EN HONOR DEL POETA GALLEGO XAVIER BOVEDA



El notable poeta español Xavier Bóveda y algunos comensales al banquete ofrecido en su obsequio por el "Hogar Gallego" con motivo de su regreso a la madre patria después de su lucida actuación intelectual en diversos centros culturales de esta ciudad.

LIGA PATRIOTICA ARGENTINA



Señoras de la comisión de propaganda y Escuelas de la benemérita Liga, que organizaron una exposición y venta de cristalería con fines caritativos.

En la Biblioteca del Consejo N. de Mujeres



Señoritas que interpretaron el boceto dramático "Evocación patriótica" en la sesión de homenaje a la patria celebrada en dicha entidad.

FOTOS DE ARROYO, [illegible] Y VARGAS.

INCIDENTES SANGRIENTOS EN EL CONCEJO DELIBERANTE DE ROSARIO



Sillas de la galería ocupada por el público, despedazadas al producirse los graves sucesos. En la pared se advierten los agujeros de los proyectiles.



Momentos después del tiroteo. Un espectador conduciendo en sus brazos a un herido grave.



Puerta del salón del Concejo que fué destrozada por los concurrentes a la barra.



Armas secuestradas en la Municipalidad después de la revuelta, cuyo origen debióse a las diferencias surgidas entre el intendente municipal y el presidente del Concejo Deliberante.



Agente registrando a uno de la barra ante el juez doctor A. Pousa y oficiales de policía.



Agentes del escuadrón de Seguridad custodiando la entrada de la Municipalidad a los pocos minutos de ocurridos los sangrientos incidentes.



Emilio Mena, herido de bala gravemente en una pierna.



Pedro García, herido en la nariz de un silletazo.



Armando Decker, herido por un proyectil en el tórax.



Carlos Ruival, con el brazo atravesado por dos balas.



El intendente, señor Alfredo J. Rouillón, a quien la barra defendía.



Los concejales demócratas progresistas Della Cella, Garavano, Diez Andino, Sánchez Granel, Morello y Gómez, que repelieron el ataque.



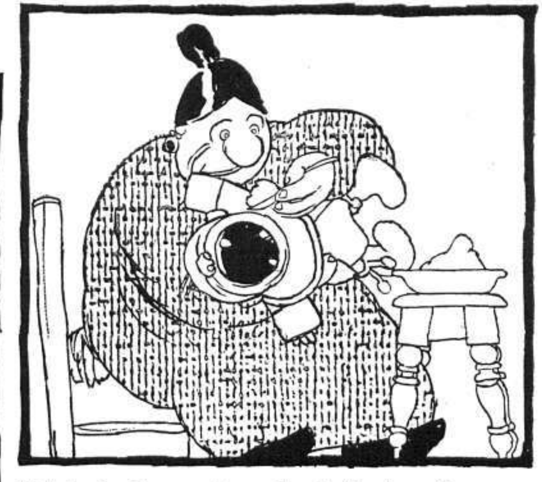
Doctor Diez Andino, presidente del Concejo Deliberante.



DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

LA MANTECA OBLIGATORIA

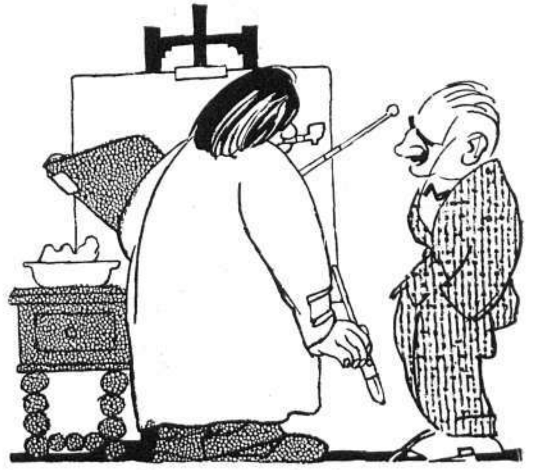
HAY QUIEN EXIGE QUE EL GOBIERNO PROHIBA LA VENTA DEL ACEITE, A FIN DE QUE CONSUMAMOS SOLAMENTE MANTECA.



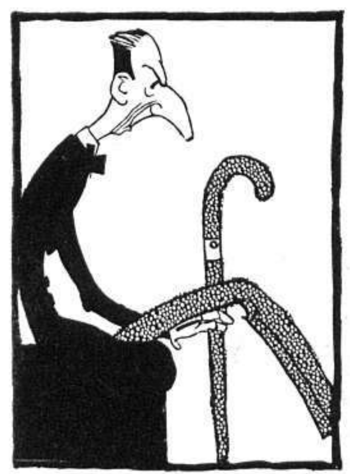
Si triunfa el proyecto, se les dará a los niños manteca de ricino.



El doctor Matienzo, viendo que el gobernador de Jujuy quiere hacer una ensalada, le mandaría la manteca y el vinagre necesarios.



— ¿Pinta usté al óleo?
— No, señor.
A la manteca, que es mejor.



A Noel, para que se robustezca, le recetarán manteca de hígado de bacalao.

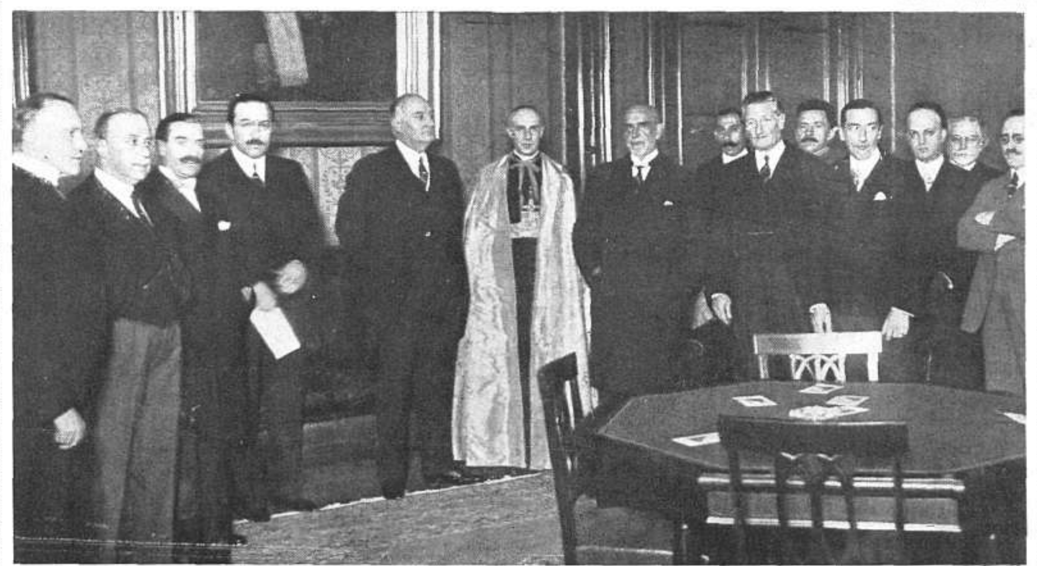


Los senadores, en vez de hacer sebo, harán manteca.



La estatua que se impone: la de Mantecón.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE PASTEUR



El presidente de la República, doctor Alvear, y los señores embajador de España, marqués de Amposta; internuncio apostólico, monseñor Beda Cardinale; ministro de Inglaterra, sir Alston; ministro de Instrucción Pública, doctor Marcó; rector de la Universidad, doctor Arce, y profesores que concurrieron a la ceremonia conmemorativa del nacimiento de Pasteur, celebrada en el aula mayor del Colegio Nacional de Buenos Aires.

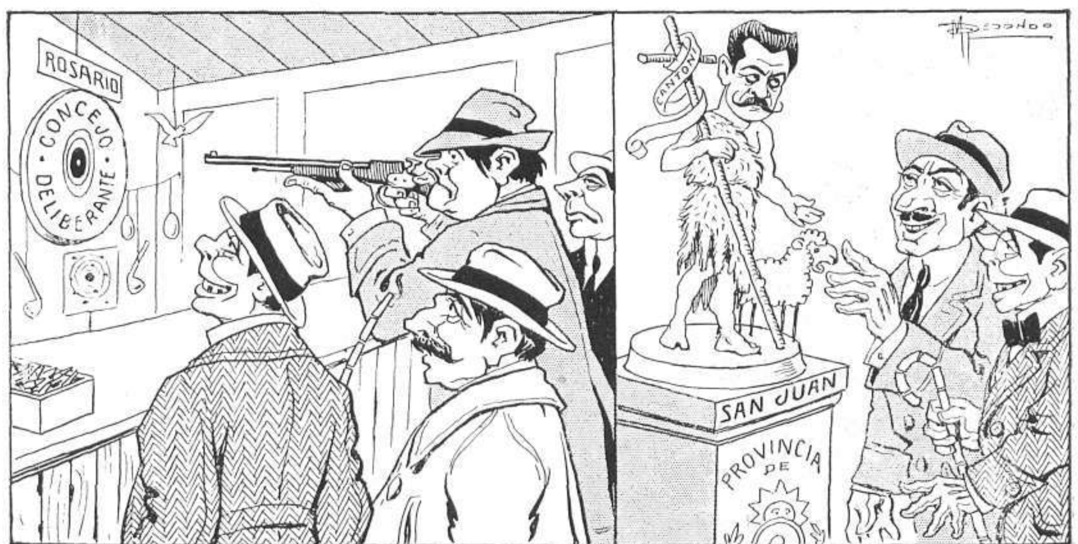


El doctor Emilio Ravignani, secretario de Hacienda de la Municipalidad, leyendo ante distinguidas personalidades un discurso alusivo en el acto de cambiar el nombre de la calle Ombú por el del eminente sabio.



El doctor Alois Bachmann leyendo su disertación acerca de Pasteur en el anfiteatro de la Escuela Práctica de la Facultad de Ciencias Médicas, habiendo asistido a la reunión caracterizados facultativos y destacadas personas de los círculos científicos.

SARRASQUETA HACE COMENTARIOS



Sarrasqueta. — Esto más que un Concejo Deliberante parece una sala de tiro.

— ¿Qué me dice, Sarrasqueta, de este San Juan?
— Mire, mi amigo; a San Juan vale más no tocarlo.

CARICATURAS DE REDONDO.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR LAUREANO GÓMEZ, MINISTRO DE COLOMBIA

POR ALVAREZ.

El que le oyó le pinta así:
— Excelentísimo señor
y excelentísimo orador
tanto en Colombia como aquí.

La Página de la Moda

Últimos Modelos

UNO DE LOS ÚLTIMOS MODELOS EXHIBIDOS EN LAS CARRERAS DE LONGCHAMP.

CREACIÓN «TUTANKHAMEN», MUY ELEGANTE Y DECORATIVA, QUE ATRAJO LA CURIOSIDAD GENERAL.

«TOILETTE» DE SACO LARGO CON FRANJAS VERTICALES Y BOLSILLOS ADORNADOS ARTÍSTICAMENTE.

TRAJE DE GRAN ATRACTIVO DE «VELOUR» DE LANA CON APLICACIONES MUY ORIGINALES DE «SOUTACHE».



HOMBRES CÉLEBRES

KHUNIATON

Supónese que subió al trono de Egipto catorce o quince siglos antes de la era cristiana. No se sabe la fecha exacta. Unos autores dicen que fué en 1375 y otros que en 1466. Sólo coinciden los egiptólogos en afirmar que reinó durante diez y ocho años.

Khuniatón es el suegro de Tutankhamón o Tutankhamen, que actualmente está de moda hasta en los vestidos femeninos.

Difícil resulta saber la pronunciación de los nombres que usaba. Primeramente se llamó Amenhotep IV, como su padre Amenhotep III, al que sucedió en el trono. Como los jeroglíficos egipcios vienen a ser también fugas de vocales, Amenhotep puede leerse Amenhotpou. Igualmente se le conoce por Amenofis IV, y la ortografía sufre variaciones, según el idioma en que se escriba el nombre.

Hay quien sostiene que en el reinado de Amenofis III huyeron de Egipto los israelitas. Otros

suponen que su esposa Tii, madre de Amenofis IV, era hebrea. Esto lo dicen para explicar el cambio de nombre de nuestro biografiado. Esta confirmación, niño estudioso, tiene antecedentes que te necesito explicar.

Amenhotep quiere significar «contento de Amón» o más bien, «regalo de Amón». Amón, Amen o Ammón es el nombre de un dios egipcio que representaba al sol. Los sacerdotes de Tebas, capital de Egipto en aquellos tiempos, dominaban a los faraones. Unidos a la nobleza y al pueblo, constituían un poder superior al de la monarquía. En los templos de Amón se acumulaban las riquezas producto de donaciones y tributos. Casi todo el botín recogido en la guerra ingresaba a las arcas de Amón, es decir, en poder de los sacerdotes amonitas.



Amenofis III fué más difícil de manejar. Inició una política contra el dios Amón fundando un santuario al dios Atón. Aseguran algunos historiadores que Amenofis III adoraba a esta divinidad por influencia de su esposa Tii, que era hebrea. Atón, según estos historiadores, es el Adonai israelita y el Adonis de los cultos siriacos y griegos.

Amenofis III no tuvo, sin embargo, todo el coraje que se necesitaba para destronar al todopoderoso Amón. Su tentativa fracasó.

Su hijo, Amenofis IV o Amenhotep IV, más atrevido, decidióse a luchar contra el poder de los sacerdotes. Antes de cumplirse el quinto año de su reinado inició su rebelión. Vivía aún su madre Tii, que era, sin duda, partidaria entusiasta de Atón.

Ahí viene el cambio de nombre. ¿Por qué iba a llamarse Amenofis o Amenhotep, si creía en otro dios? En consecuencia adoptó el apelativo de Khuniatón, Khuaniaten, Khuniatonú, Khuanaten, Chuenaten o Echnatón (como le llamaron los griegos) nombre que significa «Esplendor del Disco Solar» o «Gloria del Disco Solar».

Atón, Atonu o Atén representa al sol sin figura de hombre o de animal. Es un dios único más espiritual que los otros dioses de la mitología egipcia. Si te fijas en el disco dibujado en estas páginas, cuyos rayos terminan en manos, verás la figura de Atón. En sus templos no se hacían sacrificios de animales ni se le rodeaba del misterio en que Amón se ocultaba.

Khuniatón casóse con Nofrititi, a quien siempre quiso como el mejor de los esposos. Tuvo seis hijas, a las cuales educaba como cualquier padre de familia cariñoso puede hacerlo. Las seis infantitas vivían con sus papás asistiendo a todos los actos de su vida pública. Durante las recepciones de palacio las seis pibas faraónicas jugaban junto al trono.

¡Ya ves cómo se pondrían los cortesanos al presenciar estas faltas de etiqueta! Pero los cortesanos, a quienes los sacerdotes de Amón también dominaban, al ver el coraje del soberano sostuvieron la causa de Khuniatón. Este mandó borrar de los jeroglíficos el nombre de Amón.

Para romper con la tradición amonita construyó en el lugar donde está edificado ahora el villorrio de Tell-el-Almarna un magnífico santuario, un palacio real, donde fijó su residencia abandonando la capital de Tebas.

El comercio, la industria y los cortesanos fueron edificando allí sus talleres, tiendas y casas.

Pronto Khunitatón (Horizonte del Disco Solar) fué una ciudad hermosísima.

Los sacerdotes de Amón le hicieron terrible guerra al monarca, unas veces frente a frente, otras a escondidas.

Khuniatón se hizo supremo sacerdote del culto atonista y predicaba en todas partes la grandeza de su dios.

Murió a los diez y ocho años de reinar, luchando contra los sacerdotes amonitas. Algún tiempo antes había llamado a su yerno, Saakeri, para que le ayudase en la difícil tarea de gobernar. Después de morir Khuniatón Saakeri le sucedió muriendo al poco tiempo.



Entonces subió al trono Tutankhatón, otro hijo político de Khuniatón. Este, en vez de seguir la obra de su suegro, pasóse al partido de Amón, cambiando su nombre por el de Tutankhamón (Imagen viviente de Amón). A su esposa Ankhnasatón la obligó a llamarse Ankhnasamón (la que vive de Amón) y abandonando la ciudad de Khunitatón se fué a Tebas. Los amonitas habían triunfado. Los sacerdotes maldijeron el nombre del monarca herético y esta maldición ha llegado hasta nuestra época. Hay sabios que insultan a Khuniatón, creyendo en la verdad oficial inventada por los enemigos de ese monarca tan bueno y simpático.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



EL HORNO

Por

GUY DENT

ESAPARECIÓ de repente, dice? — preguntó el oficial levantando la vista de su libro de apuntes. — ¿No tiene alguna idea del motivo? ¿Asuntos de dinero... no? Como usted sin duda sabe, ciertos jóvenes encuentran con frecuencia conveniente el desaparecer por un tiempo... aun ante sus mejores amigos. Esta joven — continuó con su tranquila voz, — la señorita Violeta Collins, es una amiga particular de usted, ¿no es cierto?

Jack Wilber trató de esconder su ansiedad al contestar:

— Sí, estábamos comprometidos. No ha habido razón... nada... para que Violeta obrara así. Hace tres días, como ya le he dicho, desapareció. Ni sus padres ni yo hemos sabido más de ella.

— ¡Ah! — replicó el otro pausadamente. — Claro que usted habrá averiguado en los hospitales.

Frunció el ceño, quedando silencioso por un momento.

— Suceden, señor Wilber — continuó, — muchos casos inexplicables en Londres, así como en cualquier otra gran ciudad. Cada año...

— Pero — interrumpió Wilber exasperado por la aparente tranquilidad del oficial — ¡le digo que es imposible! Hay que encontrarla. Si el dinero sirve para algo...

— No, no, señor Wilber; en este caso es de poco significado. Haré circular la descripción de la joven, y puede tener la seguridad de que se hará todo lo que se pueda.

Jack Wilber, con la cara enrojecida por la ira, golpeó con el puño sobre el escritorio del oficial.

— ¡Es ese maldito doctor! — gritó. — Tengo la seguridad, y si lo encuentro le aseguro que lo haré pedazos.

— ¿Qué? — exclamó el oficial con un vivo interés. — ¿Qué es lo que dice?

Wilber se explicó en pocas palabras, mientras el otro lo escuchaba con gran atención.

— Debería haber dicho esto antes — le dijo. — Ustedes dos se encontraron con ese hombre en la tómbola, ¿eh? Bajito y con grandes gafas. Justamente. Se hacía llamar doctor d'Artyand, ¿no? ¡Ah!... señor Wilber, sé de quien se trata. — Y continuó con una nota grave en su voz. — Ese hombre, señor Wilber, es una de las personas más peligrosas que hay en el país. Si, como usted ha insinuado, la señorita Collins ha caído bajo su influencia, no sabría qué decirle. Son muchos los casos en que ese hombre nos ha desconcertado; sin embargo, nada podemos hacer. Según entiendo, su principal ocupación es hacer experimentos sobre el hipnotismo y fenómenos similares. En su casa tiene un laboratorio completamente equipado y es una autoridad reconocida en muchos asuntos ocultos de psicrometría. Es mi opinión, señor Wilber — continuó el oficial, — que ese hombre ejerce alguna misteriosa influencia sobre sus víctimas, obligándolas a olvidar el daño que les ha hecho y, posiblemente, a inducir a otras víctimas que lo visiten. Un momento — agregó, tomando el teléfono. — Casualmente tengo la casa del doctor bajo vigilancia con motivo de un caso completamente diferente. Puede ser que el agente...

Se detuvo para atender el teléfono.

— Hola, ¿es usted, Mercer?

Siguió una corta conversación telefónica. El ofi-

cial dejó el aparato y se volvió hacia Jack Wilber.

— Es como usted temía, señor Wilber. El agente me informa que en los últimos días ha visto entrar en la casa del doctor una joven que responde a su descripción. Alta, rubia, ojos azules. Como usted sabe, las leyes no me permiten forzar la entrada de la casa, pero si usted me trae el menor indicio de procedimientos ilegales rebuscaré en la casa desde el sótano hasta la azotea.

Wilber se levantó con una torva expresión en la cara y habló con marcada nerviosidad.

— Comprendo. No me importa decirle que pienso introducirme esta noche en la casa del doctor. Supongo que usted dirá que es ilegal, pero no me importa. Si Violeta está allí la sacaré; y si tropiezo con d'Artyand...

Se detuvo; sus dedos se crisparon convulsivamente.

— Buenas noches — concluyó, después de la pausa. — Le ruego que diga a su agente que no me detenga si me ve.

— Sí, lo haré — respondió el oficial. — Pero si es detenido en la casa y entregado a nosostros, no podré ayudarle; usted lo sabe muy bien.

— D'Artyand no estará en condiciones de entregarme si doy con él.

Wilber estaba determinado a no perder tiempo en su empresa. No supuso mucha resistencia por parte del doctor, ni hizo mayor caso a su supuesto poder hipnótico.

— ¡Yo le daré hipnotismo! — murmuraba al llamar a uno de los taxis que pasaban.

Durante el viaje tuvo suficiente tiempo para reflexionar sobre las dificultades de su posición. Suponiendo que no le fuera posible introducirse en la casa y suponiendo, caso contrario, que el doctor le probara que Violeta no estaba en su casa, ni nunca había estado.

Pasó más de media hora antes de llegar al suburbio que el oficial le había indicado. Despachó al taxi al entrar en una calle de magníficos edificios, y siguió a pie.

Cuando llegó frente a la casa N.º 27 de la Avenida Linden le llamó la atención que las dos casas a ambos lados de ésta estuvieran desocupadas.

— Un sitio bueno y tranquilo para experimentos — reflexionó, abandonando su primera idea de forzar la puerta principal.

Pasó frente a la casa y dobló en la primera esquina con objeto de estudiar la posibilidad de introducirse por la parte de atrás.

Wilber notó que casi todas las casas ostentaban un jardín de un tamaño regular, desde el cual una estrecha puerta conducía a una vereda desierta. La N.º 27 aparentaba estar tan desierta vista por el fondo como le había parecido por el frente.

Se detuvo un momento en duda, casi en la creencia de que había habido un error y que la casa estaba desocupada. Recordó que el oficial de policía le había dicho que el doctor tenía la costumbre de cambiarse inesperadamente de barrio para aparecer pocos meses después en otro completamente diferente. Posiblemente había llegado tarde, y el hombre, con Violeta aún en su poder, había dejado aquel suburbio.

En ese momento se reflejó una luz en el tercer piso. Se agachó instintivamente y con toda precaución miró hacia arriba. Desde la distancia que lo separaba, apenas unos treinta metros, Wilber pudo ver claramente la figura de un hombre acercarse a la ventana y mirar hacia afuera.

No podía equivocarse. Las grandes gafas de negro montaje podían distinguise con toda claridad. Wilber no vió señas de otra presencia antes de que desapareciera aquella figura y bajara la persiana.

La noche no era muy apropiada para trepar, pero Wilber pronto notó una de las ventanas bajas abierta, ofreciéndole un fácil acceso, y empezó a trepar por las salientes de la pared. Más de una vez perdió pie y creyó que no podría seguir más adelante, pero la pasión lo animaba. Cuando ya le faltaba poco para alcanzar el antepecho de la ventana sus pies resbalaron, quedando en el aire con todo el peso de su cuerpo soportado por un caño de desagüe.

Se balanceaba en el vacío, los dedos le resbalaban y le pareció a Wilber que había llegado su fin. Pero su pie tropezó con una de las molduras de la pared, y pudo descansar por un momento, aunque la ayuda no era muy grande.

Estaba más cerca ya. De la ventana que había sobre su cabeza salía un alegre silbido. Aparentemente el doctor estaba contento. Sin duda, le pareció a él, en la seguridad de que nadie trataría de averiguar el paradero de la joven que tenía secuestrada en su casa.

El sonido de vasos y algo que parecía un buril hicieron que el joven que colgaba a un metro bajo la ventana, en situación tan crítica, comprendiera que aquella habitación era el famoso y odioso laboratorio del doctor.

Habiendo recuperado un poco de fuerza, Wilber alcanzó el antepecho con una mano, mientras con la otra, al buscar algo firme, tropezó con un jarrón que descansaba sobre el alféizar de la ventana, haciéndole caer. Pero ni el ruído que produjo al estrellarse contra el suelo interrumpió el silbido que se oía en el interior de la habitación.

Con un último esfuerzo consiguió asegurarse al marco, y con la mayor precaución empezó a levantar una esquina de la persiana, arrimando la cara al espacio que sus dedos habían dejado.

Apercibió una gran habitación, con una pared llena de estanterías cargadas con frascos y retortas, un cómodo sillón, una pesada mesa en uno de los rincones sobre la cual había un gran recipiente de cristal conteniendo un líquido obscuro que burbujeaba furiosamente, emitiendo densa columna de vapor; al lado de la mesa, y en parte empotrado en la pared, algo que parecía una inmensa caja de hierro.

No había la menor seña de ser humano, y cuando Wilber introdujo la cabeza se dió cuenta de que el silbido había cesado.

Una vez adentro, y al detenerse indeciso sin saber qué partido tomar, notó un pequeño movimiento en la puerta que estaba inmediatamente a su derecha y que hasta entonces no había visto. Siguió un silbido que cortó el aire, terminando con el ruido de un golpe.

Wilber se tambaleó y rodó por el suelo. Cuando recobró el conocimiento se imaginó por un momento haber caído de la ventana y encontrarse en el hospital. Pero en seguida descubrió que se encontraba fuertemente atado de espaldas a una mesa metálica.

En el momento en que empezó a retorcerse tratando de deshacerse de las ligaduras, sonaron rápidos pasos en la habitación y al instante vió frente a su cara la del doctor d'Artyand, quien, incorporado sobre él, lo miraba con una burlona sonrisa.

— ¡Ah!... mi amigo — dijo con curioso tono y restregándose las manos con deleite, — ¡así que ha venido por su propia voluntad! Está bueno... muy bueno. Ha llegado justamente a tiempo para estropearme un experimento — continuó señalando la ventana, — pero con tiempo suficiente para permitirme probar otro. ¡Pobre tonto! Lo oí tan pronto empezó a escalar, ¡y después tenía que romper el invaluable jarro de bacterias! Una lástima que no vaya usted a tener otra oportunidad de aprender lo que es un robo científico...

Un golpe de tos producido por la rabia lo interrumpió.

— Y me parece conocer su cara también — continuó. — Sin relación alguna con mis investigacio-

nes en la fisonomía de las clases criminales... pero no importa, no importa. Vamos a ver... — levantó un vaso de análisis a la luz. — Sí, estos cristales están casi formados. Ahora puedo ocuparme por completo de usted. Estuvo sin conocimiento tanto tiempo, que llegué a dudar. Ha sido pesado el trabajo de desnudarlo, amigo; tiene usted una espléndida constitución física.

Pausó un momento para tomar aliento, mientras su magra cara se agitó nuevamente por la tos.

Wilber se dió cuenta entonces de que estaba en ropas menores, completamente a la merced de uno que, a juzgar por sus modales y el furtivo brillo de sus ojos, debía ser un loco, o, por lo menos, un monomaniaco.

— ¿Qué diablos está diciendo? — exclamó. — Lo más pronto que me saque de esta infernal camilla será mejor para usted. Necesito hablarle, cara de estúpido.

— No se sulfure — interrumpió el otro. — Tendré sumo placer en oir lo que tenga que decir dentro de pocos minutos. En realidad, es por eso por lo que me he tomado el trabajo de acomodarlo así. Tengo aquí este libro— y tomó un libro de apuntes,— en el que serán registradas todas sus manifestaciones de interés. Generalmente empiezan invocando a Dios.

— Vea — gritó Wilber. — Antes de cinco minutos tendrá la policía aquí.

— Ahora — continuó d'Artyand sin hacerle el menor caso — como habrá notado, se encuentra próximo a este horno. Voy a mostrárselo.

Tiró de una manija y la gran puerta de acero, que él al principio tomara por una caja de hierro, se abrió, dejando un espacio libre de unos dos metros de largo.

— Ahí está — le indicó el doctor. — Como ve, se calienta por medio de la electricidad. En este horno puedo fundir las substancias más sólidas. Seguramente que usted no tiene mucho conocimiento de química y mi obra «El efecto de temperaturas máximas en gases comprimidos» le será completamente desconocida. Mi obra más importante «Reacción del dolor» está en preparación. Para ser breve, lo que intento hacer es esto. Tiraré de esta palanca, y la camilla con usted encima se introducirá poco a poco en el horno. ¿Comprende? Al ser introducido, usted gritará, naturalmente, y entonces yo tomaré nota. Calculo que a los cuarenta y cinco segundos de poner en movimiento el mecanismo perderá el conocimiento. Entonces se produce el momento más interesante. Le humedeceré la frente con éter, lo que le devolverá el conocimiento momentáneamente. Entonces se presenta la cuestión más importante, y es: ¿en qué estado estará su cerebro? ¿Estará loco o cuerdo? Sólo dos han recobrado el conocimiento normal hasta el presente. Sí, a ver — y agregó, después de hojear el libro de apuntes: — Cincuenta y cinco segundos y completo control del poder mental. ¡Espléndido, espléndido!

Pero Wilber no podía resistir más.

— Brujo infernal — gritó con arrebato, y su ira se desencadenó en una serie de blasfemias. Se retorció sobre la mesa hasta que las grampas empezaron a crujir.

— ¡Bah, bah! — exclamó el doctor levantando una mano. — Lo de costumbre, pero yo esperaba que usted fuera un poco más fuerte. Parece palidecer. ¿Un poquito de coñac? Espero que no se desmayará tan pronto. Me sorprende...

Unos golpes en la puerta lo interrumpieron.

— Temo que me haya olvidado de cerrar la puerta — continuó adelantándose; pero ya era tarde.

La puerta se abrió y apareció una joven, que avanzó con pasos vacilantes y los ojos fijos con una mirada de sonámbula.

— Señorita Collins — exclamó el doctor, contrariado, — ¿qué tiene usted que hacer aquí? — y continuó, tomándola bruscamente de un brazo. — ¡Regrese a su habitación inmediatamente!

— Tuve que venir — murmuró ella — porque creí oir...

Pero Wilber no la dejó seguir. El recuerdo de lo que se había propuesto hacer esa noche, lo que le pareció tantos años atrás, lo acometió con insoportable dolor.

— ¡Violeta, Violeta! — llamó. — Violeta, ¿eres tú? — volvió a gritar, recuperando su control con un esfuerzo.

Al sonido de su voz la vida pareció volver a los ojos de la muchacha.

— ¡Jack! — contestó ella sin aliento. — ¿Qué te ha sucedido, Jack? Sácame de aquí, ¡oh, sácame!

El doctor miraba con sorpresa a una y otro.

— ¡Ah! — exclamó. — Ahora recuerdo. Ustedes son amigos, novios tal vez. Excelente, excelente — continuó, mirándola fijamente. — Despacio, señorita Collins, ¡míreme... a los ojos! Eso es, eso es. Parece que se encuentra bien ahora — agregó bajando la voz.

— Sí — murmuró ella con sus ojos azules vagamente fijos en los de él. — Estoy bien ahora, doctor.

— Muy bien — gesticuló d'Artyand, retrocediendo. — Aprovecharemos esta feliz coincidencia para demostrar lo que aun no ha sido probado con mi satisfacción.

Después de cerrar la puerta se sentó cómodamente a pocos pies de la camilla, sacó un lápiz e hizo una anotación en su libro de apuntes.

— ¿Qué diría usted, mi amigo? — dijo, dirigiéndose a Wilber con tono afable. — ¿Cuál de los dos cree usted que probará ser más fuerte: el poder del amor, representando el Bien, o el poder del Mal? ¿No quiere contestar? Bueno, bueno... veremos. Usted mismo nos servirá de prueba. Señorita Collins — llamó con voz imponente. — ¿Ama usted a este hombre?

— Más que a mi propia vida — respondió la apagada voz de ella.

— Muy bien. ¿Lo quiere usted tanto como para no hacerle daño alguno, eh?

— Me dejaría quemar viva con tal de evitarle el daño — fué la rápida y temblorosa respuesta.

— Dios mío, qué romántica — exclamó el torturador. — Pero no será usted quien se quemará. Oh, no. Escuche con atención — continuó mirándola fijamente en los ojos. — Míreme una vez más y no olvide que éste es el hombre a quien usted ama. — Y después de una corta pausa, agregó: — Usted oyó lo que yo dije de la palanca, ¿no? Usted va a tirar de la palanca, señorita Collins — le ordenó severamente.

Violeta avanzó, dibujándose en su cara la lucha de emociones internas dominadas por la influencia del doctor; después retrocedió con la cara contraída por la angustia. Gruesas gotas de sudor se desprendían de su frente y sus ojos tenían una mirada de dolor. Su brazo derecho tan pronto se extendía hacia adelante como se recogía para llevarse la mano a la contraída boca. Mientras tanto sollozaba amargamente.

Pero el Mal prevalecía.

El doctor mantenía sus ojos fijos en los de ella, sin hablar, pero con un malvado espíritu reflejándose al través de sus enormes gafas.

Al fin la joven se dejó caer de rodillas, retorciéndose como una víbora herida.

Pero aun el Mal triunfaba.

Más y más se acercó a la palanca, que estaba tan sólo a un palmo de la cara de Jack, quien estaba indefenso, mirando hacia arriba, escuchando y esperando. Una mano que le era bien conocida pasó junto a su cara, temblorosa; alcanzó la palanca... la tocó. En sus oídos sonaron los desesperados sollozos de

una mujer. Aquella cara que él tanto quería pasó a pocos centímetros de la suya; sin embargo, tan alterada, que tuvo que cerrar los ojos para no verla. La cara estaba humedecida por las lágrimas y el cuerpo se agitaba en tormentos.

Wilber abrió los ojos.

— ¡Mírame, Violeta! — le dijo mirándola con una mirada llena de compasión.

Aquella voz tan conocida la dominó por un instante. Se detuvo y volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron con una mirada intensa.

— Tire de esa palanca, señorita Collins — ordenó una tranquila voz desde cerca.

Las palabras la hicieron estremecer y una espantosa tortura se dibujó en su cara. En sus ojos apareció una ligera llama. La razón dudaba. De pronto, soltando la palanca, se levantó y con las lágrimas aun corriendo por su cara se volvió hacia el doctor.

— ¡Tire de la palanca! — vociferó d'Artyand viendo que perdía su dominio.

La joven no dijo una palabra, pero avanzó hacia él. Wilber oyó al doctor levantarse de la silla y ordenar:

— ¡Deténgase, deténgase, señorita Collins!

Siguieron ruego tras ruego con una voz que atronaba la habitación; el ruido de botellas y de nuevo la voz temblorosa y excitada del doctor:

— ¡Deje eso, déjelo, señorita Collins!

Sonaron unos pasos precipitados seguidos del ruido de vidrios rotos, y un grito de terror:

— ¡Ah!

A Wilber le era imposible ver la lucha que tenía lugar tras de su cabeza, pero por las sombras que alcanzó a ver por un momento en la pared comprendió lo que sucedía. Oyó el rodar de sillas y los aparatos que cayeron al suelo. De pronto partió un extraño sonido de la garganta del doctor, seguido del ruido de un cuerpo pesado al caer al suelo.

Wilber hacía tantos esfuerzos por levantarse que las venas de la frente se hincharon y parecían prontas a reventar.

En la calle se oían gritos de alguien que pedía ayuda, perdiendo segundos que a Wilber le parecieron una eternidad. Necesitaron un tiempo para forzar la puerta de la calle y después la del laboratorio.

Cuando, por fin, la policía invadió la misteriosa habitación, los primeros en entrar se detuvieron sorprendidos por el cuadro que se les presentaba a la vista.

D'Artyand, con la cara horriblemente desfigurada por los efectos de un poderoso ácido corrosivo, estaba inmóvil en el suelo, muerto.

El cuerpo de Violeta estaba atravesado sobre el de él, apretándole la garganta con una mano, y la joven... sollozaba, sollozaba sumida en la inconsciencia.

Fin

POR EL SENDERO FLORIDO

El arroyo, en la pradera,
abre su fresca cantata;
la brisa está en la ribera,
canta el álamo de plata;

sobre los surcos labrados
el sol de oro sueña y brilla...
...Es la torre de la villa,
el humo de los tejados;

es el buen olor a pino,
a romero y a pan pobre;
la copla de novia, sobre
la música del molino;

voz de mujeres; son lento
del martillo de la fragua...
Todo el bien, el sol, el agua,
el árbol, el nido, el viento...

...Por el sendero florido
llora la pobre carreta.
¿Hay alguien que se ha dormido
soñando en su pandereta?

Levanta el polvo oropeles;
despierta la margarita;
sobre la tierra bendita
se ríen los cascabeles...

En las polvorientas ancas
del asno va un dulce vuelo
de sol, de brisa del cielo
y de mariposas blancas;

sus ojos sueñan, al son
del rodar largo y dolido;
el polvo le ha entristecido
la carne del corazón.

Sólo si, en sus oropeles,
ve las llanuras verdejas,
trota, yergue las orejas
y suena los cascabeles...

Sobre los surcos labrados
el sol de oro sueña y brilla...
...Es la torre de la villa,
el humo de los tejados;

voz de mujeres; son lento
del martillo de la fragua...
Todo el bien: el sol, el agua,
el árbol, el nido, el viento...

El sendero... ¿por qué tienen
las aldeas un sendero...?
¡Alondra, arroyo, lucero,
sed de los que van y vienen!

...La aldea está sonriente,
el cielo azul; la luz llena
de paz..., mas todo se apena
cuando se pasa la fuente.

Sendero, tú haces el llanto
largo..., tu polvo lo calla
todo..., al hallarte, se halla
la tapia del camposanto...

Hay alguien que se ha dormido
soñando en su pandereta...
Por el sendero florido
¡cómo llora la carreta!

G. M. SIERRA

COMEDIA DE POLICHINELAS

PERSCNAJES;

CAPERUCITA ROJA, REDIVIVA. LA SEÑORITA COLOMBINA. EL SEÑOR PIERROT.

(*La escena se desarrolla en casa de Caperucita. Ya la conoceréis por los cuentos de Crimm.*)



CAPERUCITA.— (*Confidencialmente al público.*) Heme aquí. Una maga me ha vuelto a la vida para ver si, después de dormir en el vientre del Lobo durante tantos años tengo un poco más de reflexión. Creo que sí. Por esta vez no temo las añagazas del Lobo. Soy una muchacha razonable, y no abriré la puerta a nadie mientras esté sola. Mi abuelita ha ido al mercado a comprarse un corsé. Los años transcurridos, lejos de afirmarle la cabeza, le han descompuesto todo el cuerpo. Habla de saraos en el palacio del Barón de la Castaña y de orgías magníficas donde reverdecer sus triunfos amorosos, que yo creía extinguidos. ¡Ah, qué loca está la abuelita! ¡Bien poco se parece a mí, que soy la sensatez personificada!

(*Llaman a la puerta. Caperucita, alarmada, se recoge en un rincón; pero se tranquiliza al oír una voz lastimera que ruega encarecidamente.*)

LA VOZ. — ¡Caperucita, ábreme! Soy Colombina, y no he de hacerte mal. ¡Ábreme! ¡Te lo suplico! Que por allí veo venir a Pierrot enfurecido... ¡Ábreme, y te daré mi más bonito collar!

(*Caperucita, que se había compadecido con el acento suplicante de la coqueta Colombina, se conmueve al escuchar las últimas palabras, y, descorriendo el cerrojo, cede el paso a la temblorosa fugitiva.*)

COLOMBINA. — Gracias, mi bella niña. Toma el collar que te ofrecí: oro fino y piedras buenas. Me lo regaló el señor Arlequín, sin que lo supiera Pierrot.

CAPERUCITA. — (*Colocándoselo sobre el pecho con mal disimulada satisfacción.*) Agradecidísima, mi señora Colombina. No pensaba aceptároslo; pero ante vuestra insistencia...

COLOMBINA. — (*Arreglando los alterados bucles que orlan sus mejillas de rosa.*) Quédatelo, coquetuela. ¿Por qué me abriste? No precaves nada. ¿Y si hubiera sido el Lobo? ¿No le temes? ¡Pues ha jurado que te comerá!

CAPERUCITA.— (*Retadora y gallarda.*) En verdad que no me asusto gran cosa. Y vos, ¿no teméis al señor Pierrot? Según mis noticias, ha dicho lo mismo respecto de vos.

COLOMBINA. — ¡Ah, boba! ¿Crees tú que si no le temiese te hubiera dado el collar? Pero estimo mi vida en más que una joya.

CAPERUCITA. — ¿Y por qué os persigue con tanta saña?

COLOMBINA. — Enteróse de que Arlequín me regaló tu collar, y después de castigarme cumplidamente, se separó de mí.

CAPERUCITA. — ¡Cuitada! Ahora estáis sin collar y sin Pierrot.

COLOMBINA. — ¡Más me apena hallarme sin Pierrot!

CAPERUCITA. — (*Filosófica.*) Lo comprendo. Y menos mal si no cumple sus propósitos sanguinarios...

COLOMBINA. — Tengo un plan para desbaratarlos.

CAPERUCITA. — Pues, ponedlo en práctica y os salvaré ayudándoos.

COLOMBINA. — Podemos ofrecerle una gran comida aquí. Los buenos manjares aplacan la ira y hacen entrar en razón a los enloquecidos.

CAPERUCITA. — Y por mi vida que, a juzgar por lo que le ofendisteis, debe de estar como un toro rabioso.

COLOMBINA. — A grandes males, grandes remedios: ¡aquí del banquete!

CAPERUCITA. — (*Inquietada.*) ¡Señora Colombina! ¡Ved que yo haría un papel muy ridículo si firmaseis las paces!

COLOMBINA. — No lo creas. Siempre dejaríamos lo más escabroso para después de llegar a casa.

CAPERUCITA. — Ya me lo figuro. Pero los preliminares también son escabrosos.

COLOMBINA. — Calla, necia. Al amor sólo se juega cuando quieren los dos, y por ahora estoy muerta de miedo.

CAPERUCITA. — ¡Pues no se os conoce!...

COLOMBINA. — ¿Crees tú que de no ser así osaría hacer frente a Pierrot? El peligro engendra el valor. Y es lo que yo pienso: si brindándole calma y buena mesa no hacemos las paces, por mi fe que de otra manera sólo conseguiré que me vuelva a dar de palos.

CAPERUCITA. — Habláis como mi abuela... cuando tenía juicio.

COLOMBINA. — Gastaremos lo que haya aquí. Luego se repondrán las viandas con el producto de la venta de mi anillo de boda.

CAPERUCITA. — ¡Ah! Pero ¿estáis casada? Cuando vi que os perseguía con tanto afán, pensé que sería vuestro amante.

COLOMBINA. — ¡Más valiera así! Por lo menos, puede que no le engañase.

(*Llaman suavemente a la puerta. Las dos se abrazan para infundirse valor. Una voz conocida pregunta, mimosamente:*)

LA VOZ. — Colombina, mi amada Colombina, ¿estás aquí? Parecióme verte entrar. ¡Abreme, adorable Colombina!

COLOMBINA. — (*Sorprendida por la mansedumbre de Pierrot, vacila en contestar por un momento.*) ¿Abriros? ¡No en mis días! ¡Para que volváis a apalearme!...

PIERROT. — (*Acentuando su tono humilde.*) ¡Abre, Colombina, que he de pedirte perdón por la reprimenda que te eché; ábreme, que llevo cuatro días siguiéndote en vano para demandar tu gracia!

CAPERUCITA. — (*Descorriendo el cerrojo.*) Pasad, señor Pierrot, y ved a vuestra linda esposa.

PIERROT. — (*Abrazando a Colombina.*) ¡Colombina! ¡Mi bella Colombina! ¿Me perdonas?

COLOMBINA. — Sí, amado Pierrot; pero no perdonaré, así como así, tu crueldad. No podré volver a amarte si no me traes un collar como el de Caperucita.

PIERROT. — ¡Si no es más que eso!... (*Se acerca a la niña, y graciosamente la despoja de la alhaja. La niña manifiesta su estupor abriendo los ojos desmesuradamente.*)

PIERROT. — Escucha, Caperucita: tú eres muy joven para gastar collares, y puesto que el día menos pensado te comerá el Lobo, no creo que te importe mucho morir bien alhajada; en cambio, la señora Colombina lo lucirá en el baile; yo te lo agradeceré, y Dios te lo remunerará, que es quien paga las deudas de los insolventes.

(*Caperucita va a llorar; pero el pícaro amor propio lo evita. Aconsejada por ese mal señor, responde a Pierrot.*)

CAPERUCITA. — Después de todo... mientras no me falten mi jamón y mi vino...

PIERROT. — ¡Ah, golosa!... ¿Conque tienes jamón, y además vino?

(*Inmediatamente, la vista de Pierrot descubre, tras minuciosa investigación, lo citado en un rincón de la cocina, y lo toma con sus manos amorosamente.*)

PIERROT. — Reflexiona, Caperucita, que tú y tu bigarda abuela sois dos insensatas sibaritas. El jamón no es conveniente cuando se tiene el caudal de años de tu abuelita, ni es digerible para las niñas de tu edad; en cuanto al vino, si cierto es que os podía sentar muy bien, mejor avío nos hará a nosotros, porque te aseguro que no es muy agradable comer buen jamón y no tener vino con que rociarlo.

(*Caperucita agranda más los ojos, si es posible intenta hablar; pero Pierrot continúa, implacable.*)

PIERROT. — ¡Ah!, y agradéceme que os deje aquel cántaro de leche para vuestro regalo; mas no te alegres todavía, que es muy fácil que luego vuelva por él. ¡Ea, Colombina, vámonos, no sea que venga la abuelita de esta niña, que reconozco tiene muy mal genio!

(*En efecto, Pierrot y su Colombina se marchan, dejando a Caperucita sumida en el más profundo de los desconsuelos.*)

CAPERUCITA. — (*Llorando definitivamente.*) ¡Por mi fe que soy bien tonta! Más me valía haber sido comida por el Lobo siete veces. ¿Quién habrá más desdichada que yo, cuando vuelva mi abuelita? ¿Por qué abriría a la señora Colombina? Y si la dejé pasar, ¿por qué se lo permití al señor Pierrot, que me quitó el collar? (*Llora más aún, recordando la escena de su despojo.*) Pero la cosa no hubiera acabado tan deplorablemente si continuasen aquí el jamón y el vino. ¡Y menos mal si no vuelven por el cantarillo de leche! ¡Ay de mí! Sin duda alguna, sigo tan cándida como cuando Grimm me concibió. Y lo peor es que cien veces que resucite me ocurrirá lo mismo. Al nacer, nuestro destino está escrito. ¡Es necio pretender contrariar los designios de Dios!

(*El llanto de Caperucita aumenta, y llega a lo indecible cuando en el umbral de la puerta, que han dejado abierta Pierrot y Colombina, aparece el Lobo, sonriente y dispuesto a devorarla...*)

ALVARO RETANA

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



Página Infantil

Jorge Washington Lagos





Delia Zaida Suarez [illegible] FOTOS DE WITCOMB [illegible] de J. Rigoli



"MAÑANA DE JULIO"

ÓLEO DE PEDRO DOMÍNGUEZ NEIRA

CARAS y CARETAS en los MINISTERIOS

CON el MINISTRO de AGRICULTURA DR. TOMÁS LE BRETON

El problema más complejo, pero al mismo tiempo el más decisivo para el fomento nacional, es la colonización de pequeños propietarios agricultores nativos e inmigrantes

Mayo 22/23.

T. A. Le Breton



NA entrevista con el doctor Le Breton, ministro de Agricultura, difiere en mucho con las entrevistas que he tenido a menudo con otros hombres políticos, aun dentro del cuadro común de sus actividades de administración. El doctor Le Breton no tiene nada de ellos. Es un hombre que siempre ha andado a pie, con sus propios medios. Es un hombre práctico.

No hace mucho el doctor de la Torre negaba en la Cámara la necesidad de un Ministerio de Agricultura. Esto parecía una paradoja. Pero daba excelentes razones con ese claro talento de exposición que poseen todos aquellos que conocen una materia concienzudamente. La razón central era que un país agricultor como el nuestro no poseía especialistas consejeros, técnicos a quienes fiar la defensa de una rama tan importante de la riqueza nacional, y que hasta hoy ese Ministerio era un expediente político más para extender una influencia gubernista central sobre las provincias.

Ayer inclinábame con el doctor de la Torre. Hoy la obra del doctor Le Breton me ha seducido y creo en que al fin se dan los lineamientos y el destino propio de este Ministerio que *a priori* parece tan a propósito para un país productor de materias primas.

A la fórmula empírica, el doctor Le Breton ha reemplazado el consejo práctico. A las tesis que se disputan el mundo ha opuesto la latitud de un estadista que no rechaza ni acepta ninguna, pero que siente el desafío que ellas lanzan a los emporios físicos y espirituales de la Argentina doblada en el trabajo de la tierra.

— Dos proyectos sintetizarán mi Ministerio. El primero consiste en asegurar la tierra al colono que no la posee aún, hacerle fuerte para que nos proporcione un rendimiento mayor. El otro es un problema de defensa nacional al mismo tiempo que canaliza una de las fuentes futuras de nuestra riqueza: el petróleo. Defender la tierra argentina en que aparece, argentinizarla en una palabra, y no olvidar que debe ser ese aceite mineral una industria directa del estado. Nada de manos intermediarias. Nada de agentes extraños ni extranjeros. Darle al petróleo argentino la libertad de que goza todo lo que ampara nuestra bandera.

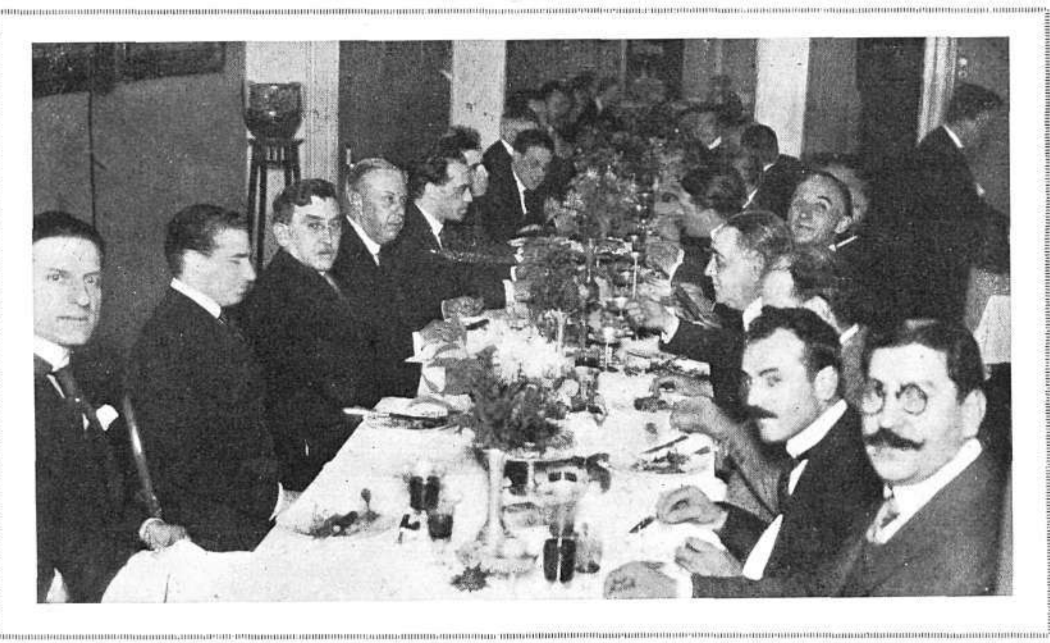
Para el doctor Le Breton el Ministerio no es un gabinete hermético. Su Ministerio no tiene puertas abiertas. Carece de puertas. El ministro circula por toda su dependencia constantemente yendo al fondo mismo de los asuntos que le someten los particulares, a las oficinas de los especialistas que lo secundan.

El doctor Le Breton ha vinculado su Ministerio al país. En dos meses, gracias a los ficheros y distribuidores automáticos de la oficina de propaganda que ha creado, ha unido al experto con el agricultor y el ganadero. En dos meses ha censado más de 80.000 trabajadores, haciéndoles llegar toda una serie de publicaciones e informes del ramo a que se dedican, editada por el Ministerio. Y sirviéndose de la radiotelefonía distribuye todos los días los informes comerciales de la plaza de Buenos Aires a toda la república.

Entendido así, en detalle, como un cerebro del músculo que remueve la tierra del país, el Ministerio de Agricultura tiene una función idónea que cumplir y que el doctor de la Torre no había encontrado hasta hoy en ese Ministerio cuya supresión pedía por buena economía. Es la obra constructiva del doctor Le Breton la que le da vida y calor. Ella está en sus comienzos, pero todas las esperanzas pueden ser cifradas en estos hombres que, como Herbert Hoover, ha sabido desentrañar la pepita de oro de la individualidad americana con manos propias y no asimilando y confundiendo en fórmulas ajenas los destinos propios de cada latitud y de cada raza de América.

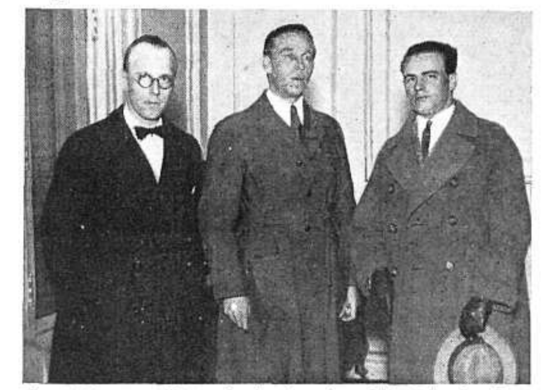
A R G U S

DEMOSTRACION A ANSELMO MIGUEL NIETO



Artistas, intelectuales y admiradores del notable pintor Anselmo Miguel Nieto que le obsequiaron con un banquete con motivo del gran éxito alcanzado con sus cuadros en el salón Witcomb, donde expuso admirables telas que fueron muy celebradas por la crítica y el público que en crecida proporción acudió a verlas.

El paracaidista Heinecke en nuestra casa



El notable paracaidista alemán ingeniero Otto Heinecke. Fotografía obtenida durante su visita a la Dirección y talleres de "Caras y Caretas".

El ahorro en las escuelas argentinas



El presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal, doctor José Saravia, y el contador general, don Juan Manuel Terrero, a cuya iniciativa se debe la implantación del ahorro en las escuelas.

FEDERACION SIONISTA ARGENTINA



El señor M. Regalsky, delegado de la institución "Peale Sión", pronunciando su discurso.



Concurrentes al mitin de propaganda organizado por la Sociedad Sionista Argentina para allegar fondos con destino a la reconstrucción de Palestina.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DESFILE Y FIESTA MILITAR EN CAMPO DE MAYO



El general Martín Rodríguez, jefe de la 2.ª División del Ejército, presenciando el desfile de las tropas concentradas correspondientes a los regimientos de guarnición en Campo de Mayo.



Soldados de caballería saludando el túmulo alegórico sobre el cual se levantó un busto de San Martín, conmemorando con este acto el aniversario patrio.



Artilleros a pie dirigiéndose al lugar destinado para los saludos de las banderas.



Conscriptos de infantería en una de sus evoluciones por el extenso campo, donde, en el paraje denominado Quinta, se formó un cuadro militar muy lucido.



El general Rodríguez y los jefes y oficiales de los cuerpos que tomaron parte en las patrióticas ceremonias, y que después se reunieron en un lunch en compañía de algunos concurrentes en el casino de oficiales del 8 de Infantería.

FOTOS DE ARROYO



El ministro de Bolivia y su señora, el ministro de Estado, don Santiago Alba, y distinguidas damas y caballeros pertenecientes al cuerpo diplomático que asistieron a la comida ofrecida por los primeros en la legación.



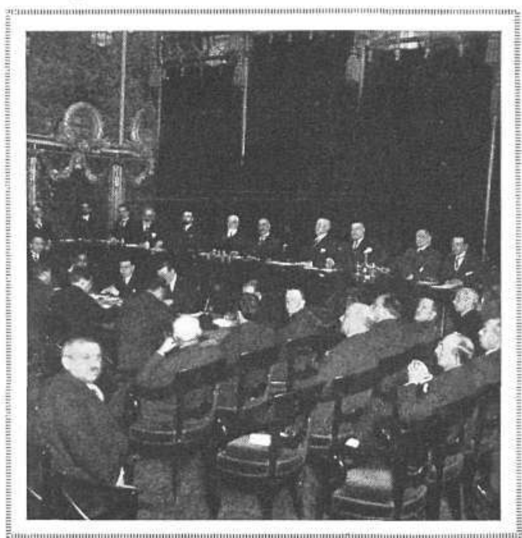




Elegantes señoritas paseando por los jardines de las carreras en la inauguración de la temporada de primavera del hipódromo de la Castellana. — En la fotografía del centro se advierte a los infantes doña Isabel y don Fernando conversando con varios aristócratas.



Concurrentes al banquete celebrado en honor del pintor argentino señor Quinquela Martín y organizado por el Círculo de Bellas Artes, acto que presidió el embajador de la Argentina, señor Carlos de Estrada.



Caracterizadas personalidades que concurrieron a la inauguración del Congreso Nacional del Comercio Español de Ultramar, cuya sesión de apertura tuvo lugar en uno de los salones de la Cámara de Comercio de Barcelona.



"Los amantes de Teruel" (boceto), original de Antonio Muñoz Degrain.

Exposición de pintura española

Se inauguró bajo los mejores auspicios, en el Salón Witcomb, una interesante exposición pictórica de conocidas y acreditadas firmas de artistas españoles, la que ha sido organizada por el señor Justo Bou.

Dado el mérito de los lienzos, es seguro que la exposición despertará mucho interés entre los numerosos aficionados.



"El beso", óleo original de Juan Cardona.



"La mora de Zeluán", óleo original de Ramón Carazo.

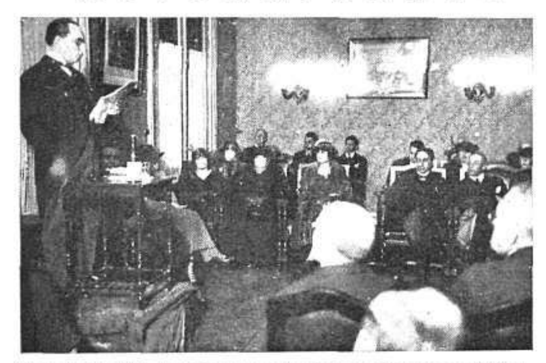


"Idilio bajo los granados", óleo original de Rigoberto Soler.



"Noche oriental", óleo original de Gabriel Morcillo.

ACTUALIDADES DE MONTEVIDEO



El doctor José G. Antuña pronunciando su conferencia en el Club Argentino acerca de la personalidad de don Leopoldo Lugones.



El Presidente de la República y significadas personas asistiendo al acto de la conmemoración de la batalla de las Piedras.



Un aspecto de la brillante recepción celebrada en la legación argentina con motivo del aniversario patrio, acto al que concurrieron destacados representantes de ambas repúblicas hermanas.



El capitán Coralio Lacoste, muerto en el accidente.



Cortejo fúnebre que acompañó los restos del malogrado aviador capitán Coralio Lacoste, fallecido trágicamente a consecuencia de la caída del «Avro N.º 3» durante un vuelo de instrucción acompañado del teniente Duarte.



Teniente Duarte, gravemente herido.



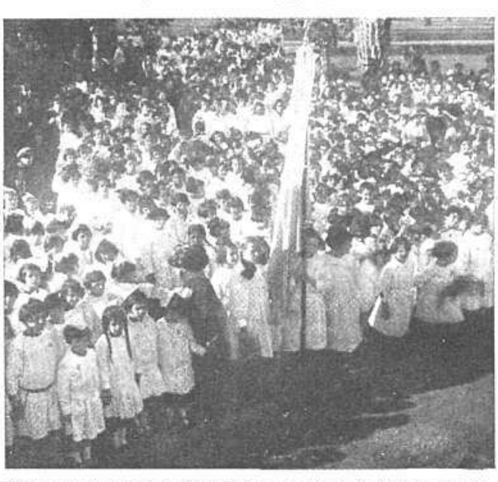
Grupo de concurrentes a la lucida recepción ofrecida por el ministro de España, señor Manuel García de Acilú.



El doctor Enrique Rondeau leyendo un discurso alusivo en el acto inaugural de la calle Ansina.



Alumnas de la escuela Dr. Carlos Alvear con su bandera, frente al monumento a Sarmiento.



Niñas de las escuelas fiscales que cantaron el himno en las fiestas patrias, ceremonia infantil que resultó en extremo interesante.



Arrojando flores ante el mármol del gran patricio, uno de los números del programa.



Grupo de autoridades y público que asistieron a la apertura oficial del VI Salón de Otoño, donde se exponen buen número de lienzos y esculturas de conocidos artistas nacionales.



Señoritas de Casas, Ferreira, López Mazza, Mogglia, Ramírez, Ortiz y Junquet que prestaron su gentil concurso en el festival a beneficio de las escuelas Asilos Maternales.

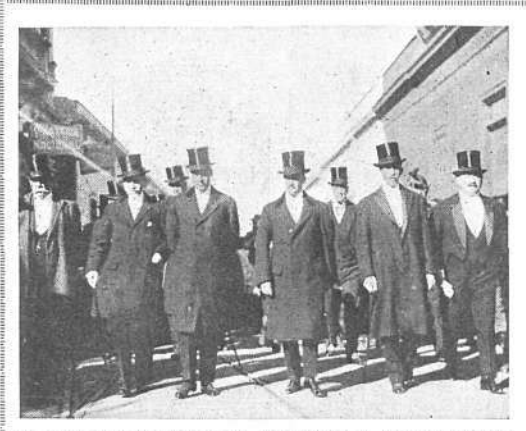


Asistentes a la recepción dada por el intendente municipal en honor del cuerpo diplomático, después del Tedéum.

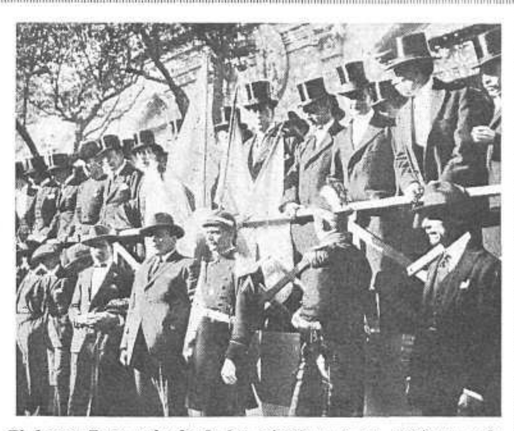


Aspecto del banquete ofrecido por un grupo de amigos al Dr. Angel García, presidente del Hospital Español, con ocasión de su próximo viaje a Europa

NOTAS GRAFICAS DE CORDOBA



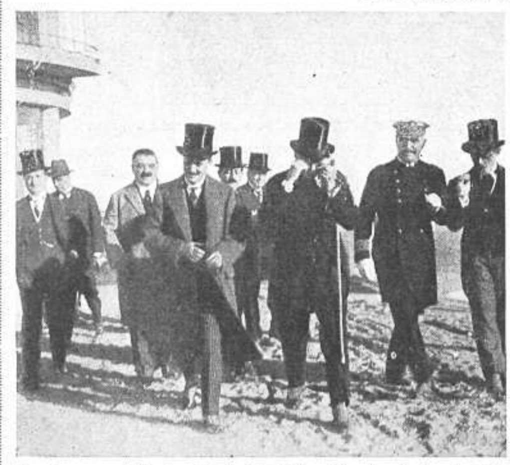
El gobernador de la provincia, doctor Julio A. Roca; el vicegobernador, ingeniero Sarriá, y los ministros dirigiéndose al templo donde se celebró el Tedéum con que se conmemoró el día de la patria.



El doctor Roca rodeado de los miembros de su gobierno y de altas autoridades presenciando, desde la tribuna pública, el desfile de las fuerzas provinciales, uno de los números del programa de festejos.



Un grupo de conocidas damas paseando por la «pelouse» del hipódromo, donde se verificó una animada reunión social a la que asistieron las principales familias de la Capital.



El primer mandatario, el jefe de Policía, el contraalmirante Malbrán y distinguidas personalidades en los momentos de llegar al hipódromo.



Señoritas de Moroni y Cámara disfrutando de un descanso en un banco de los jardines durante la celebración de la lucida reunión hípica.


Discúlpeme — yo se lo que quiero y
yo quiero lo que yo pido. —
ACEITE BAU, — mándeme 6 latas.
FREIXAS y C.IA
SECCION
ACEITE BAU
REFINERIA DE ACEITES
BAU

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

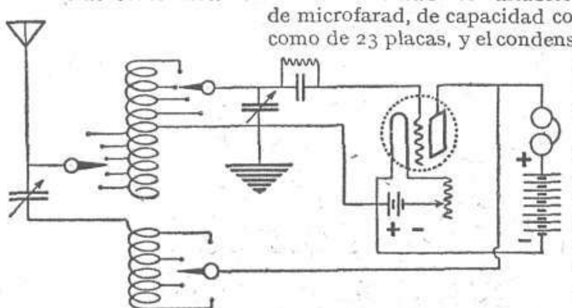
El empleo del circuíto receptor de Reinartz como medio para elimitar las interferencias

Con el funcionamiento de las potentes estaciones de broadcasting instaladas en Buenos Aires se ha presentado para los aficionados un problema interesante debido a la dificultad de sintonizar a otras estaciones, especialmente cuando el receptor está instalado en la proximidad de las estaciones transmisoras.

Es importante hacer una distinción entre las interferencias reales, o sea aquellas que se producen por similitud de onda, como se ha explicado en un artículo anterior al tratar el funcionamiento de la heterodyne, y la recepción de la música o de la voz debido a la proximidad de la estación.

Los aficionados habrán notado que con algunas estaciones, aun sintonizando el receptor para ondas muy distintas a las del transmisor próximo, éste se oye debido a una inducción directa sobre la misma bobina del receptor. Así a distancias de dos o tres cuadras de las estaciones de broadcasting, ya se sintonicen ondas de 200 metros o de 1000, la música se percibe claramente y constituye una incomodidad para la sintonización de otras estaciones.

Cuando se produce una verdadera interferencia no hay receptor, por super-selectivo que sea, que permita evitar el efecto de heterodyne de uno de los transmisores sobre el otro, y la única forma de evitar este efecto es cambiar la onda de uno de los transmisores.



En cambio, cuando sintonizando estaciones de ondas semejantes se percibe la modulación de la estación próxima, un circuíto apropiado permitirá evitar este efecto desagradable que resta mucha eficacia al receptor, especialmente en la recepción de estaciones lejanas.

Con los circuítos directos, tan difundidos, es materialmente imposible evitar este efecto, pero en cambio se tiene un equipo que está en condiciones de ponerse en manos de cualquier profano para su manejo, pues la sencillez de las operaciones para la sintonización no puede obtenerse con cualquier otro tipo de receptor.

El circuito Reinnartz es muy utilizado en los Estados Unidos debido a esta selectividad, condición importante en ese país, donde todos los aficionados transmiten con longitudes de ondas semejantes.

Además, en la Gran Bretaña y Francia, la casi totalidad de los aficionados lo emplean debido a las ondas parásitas que las estaciones potentes de radiotelegrafía tienen en la zona de las ondas cortas, habiendo demostrado una sensibilidad muy grande, pues muchos aficionados que lo utilizaban pudieron interceptar los despachos radiotelegráficos transmitidos por los aficionados americanos.

Desde ya es bueno dejar sentado que un circuíto cuanto más selectivo es, mayor práctica requiere del operador para sintonizar una estación, y mayores son los movimientos que deben realizarse en razón de la presencia de condensadores y bobinas que corresponden a varios circuítos.

El esquema de conexiones está representado en la figura, y de él se deduce que es menester una sola bobina.

Esta se construye sobre un tubo de ebonita o cartón de 7,5 centímetros de diámetro e igual largo, utilizándose alambre de cobre de 0,5 milímetros de diámetro aislado con seda o algodón.

La primera bobina, que corresponde a la reacción, cuenta 45 espiras, debiendo hacerse dos derivaciones, una en la vuelta N.º 15 y otra en la vuelta N.º 30, en forma tal que este bobinado queda dividido en tres secciones de 15 espiras cada uno.

Se deja un espacio de medio centímetro y se hace la segunda bobina, que cuenta con un total de 40 espiras, debiendo realizarse derivaciones en las espiras números 2, 4, 6, 8, 10 y 26, 33 y 40.

La primera serie de 5 derivaciones son las que corresponden a la manija selectora marcada en el esquema con la letra B, y las otras tres con la letra A.

La llave A es la que permite intercalar una determinada cantidad de espiras para sintonizar la onda deseada por medio del condensador C que constituye el circuíto secundario del receptor.

La llave B, conectada a la antena, es la que permite intercalar en el circuito de antena-tierra el número de espiras necesario para la sintonización, y la llave C se utiliza para aumentar o disminuir la bobina de reacción.

Los condensadores variables C y C' son de 0,0005 de microfarad, de capacidad conocidos comúnmente como de 23 placas, y el condensador fijo de reja debe tener igual capacidad, pudiendo adquirirse en plaza.

Realícense las conexiones cuidadosamente a fin de no tener inconvenientes en los ensayos, pudiendo procederse luego a probar el circuíto.

Con este circuíto se puede emplear cualquier tipo de lámpara audión, utilizando para el filamento y la placa las tensiones que correspondan a la misma.

La sintonización de las estaciones transmisoras es dificultosa con este equipo hasta tanto no se aprecien inmediatamente las posiciones que corresponden al condensador C para cada onda, por cuya razón es preferible sintonizar el receptor con un ondámetro como el que se ha detallado en un artículo anterior, utilizando el buzer.

Para este fin, conectando la manija selectora sobre el primer tope y escuchando en el teléfono, se coloca el dial en 10 y variando el condensador del ondámetro se busca el punto en que se oye más fuerte la chispa. En la tabla correspondiente se hallará la onda y se anota aparte.

Se procede de igual manera para todas las posiciones del condensador, no sólo para el primer tope sino para los siguientes, hasta poder conocer la posición de la manija selectora y condensador C para cada onda.

La manija selectora B se utiliza cuando ya se ha sintonizado el circuito anterior buscando el punto que corresponde a un máximo de intensidad, debiendo hacer notar que este circuito, siendo aperiódico, no es importante el ajustaje crítico como en los demás receptores.

La reacción se gradúa por medio del condensador C'.

Si los ajustes de los condensadores son críticos, se puede utilizar un condensador vernier de 4 ó 5 placas en paralelo con los condensadores C y C', notándose el efecto favorable de esta modificación especialmente en el condensador C que constituye el verdadero circuíto para la eliminación de las interferencias.



UNA DISCUSIÓN

POR ADELIA DI CARLO



E hacía lectura. Leíase un capítulo sobre la necesidad de que los hombres se ayuden unos a otros, terminando con estas palabras:

« La práctica prueba, pues, que ninguno puede proveer por sí mismo a todas sus propias necesidades; por lo tanto es obligación y ventaja para todos ayudarse unos a otros. »

Cuando el alumno que leía llegó a este punto, sonó la campana, la lección terminó y los niños salieron al recreo.

Ya en el patio, mientras otros camaradas se entregaban a sus juegos habituales, Ulises preguntó a Lorenzo:

— ¿Te gustó lo que hemos leído?

— Mucho.

— ¿De veras? A mí no. He pensado siempre que no debemos necesitar de ninguno. Aceptar la ayuda de otros es una humillación.



Preciosa confraternidad demostrada desde los más tiernos años.

— Disculpa — respondió Lorenzo. — Que cada uno debe tratar de proveer a sus necesidades, eso es indiscutible. Pero algunas veces, o con frecuencia, sucede que se presentan a nuestro paso dificultades insuperables, y entonces no creo que sea rebajarse, humillarse, solicitar la ayuda de otros.

— Yo no lo creo así; cada hombre, cada mujer debe tener el orgullo de no pedir nunca nada a nadie.

— Vuelves a revelarte el orgulloso de siempre; vuelves a lo anteriormente dicho con otras palabras. No olvides lo que nos repiten de continuo nuestros padres, nuestros maestros: «La unión hace la fuerza».

— Es cierto Lorenzo. Pero tener que decirle a un semejante: *Haz el favor de darme tal cosa; te pido prestado esto; te ruego me presentes a tal persona o si fueras tan gentil en hablar tú antes con ella y exponerle mi pedido o mi caso*, resulta en extremo desagradable.

— No, yo no pienso así. Dice papá que vivimos en el mundo en la condición del hermano al hermano en el seno de una gran familia, y que en tal condición debemos tratar de aplicar siempre la máxima: *Uno para todos y todos para uno.*

— Hablas bien.

— Sí, habla bien — dijo el maestro, interviniendo, pues algunas frases finales de la discusión habían llegado a sus oídos.— Sí; Lorenzo tiene razón — prosiguió diciendo. — Por poco que se piense y por grande que sea el deseo de no ser molesto con pedidos a los demás, hay que convencerse que nos necesitamos unos a otros y que usufructuamos del trabajo de los demás. Dentro de pocos minutos reanudaremos la clase y hemos de continuar tan interesante discusión.

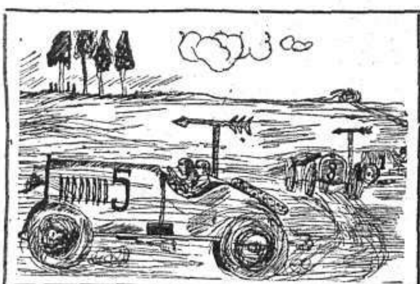

R. Mánica
Mantenga Vd. su cutis
en un estado de permanente frescura, suavidad y delicadeza si quiere ostentar en su rostro el envidiable don de la juventud y de la belleza femeninas. Para ello no encontrará nada mejor que el impalpable y adherente POLVO GRASEOSO
LEICHNER
con cuyo uso constante adquiere la piel la deliciosa finura del raso y se conserva impoluta, transparente e impregnada con los más sutiles y refinados perfumes.
MENDEL y Cía.
Bs. Aires, Guardia Vieja, 4439 — Montevideo, Cerrito, 673



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



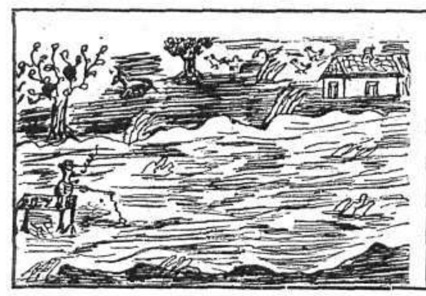
1424. — El cinco en punta.
HUMBERTO A. SERI.



1425. — Maruja de luto.
MARÍA ANGÉLICA PATTI.
Chile.



1426. — Una partida de Football.
EDUARDO CAMARA. Bolivia.



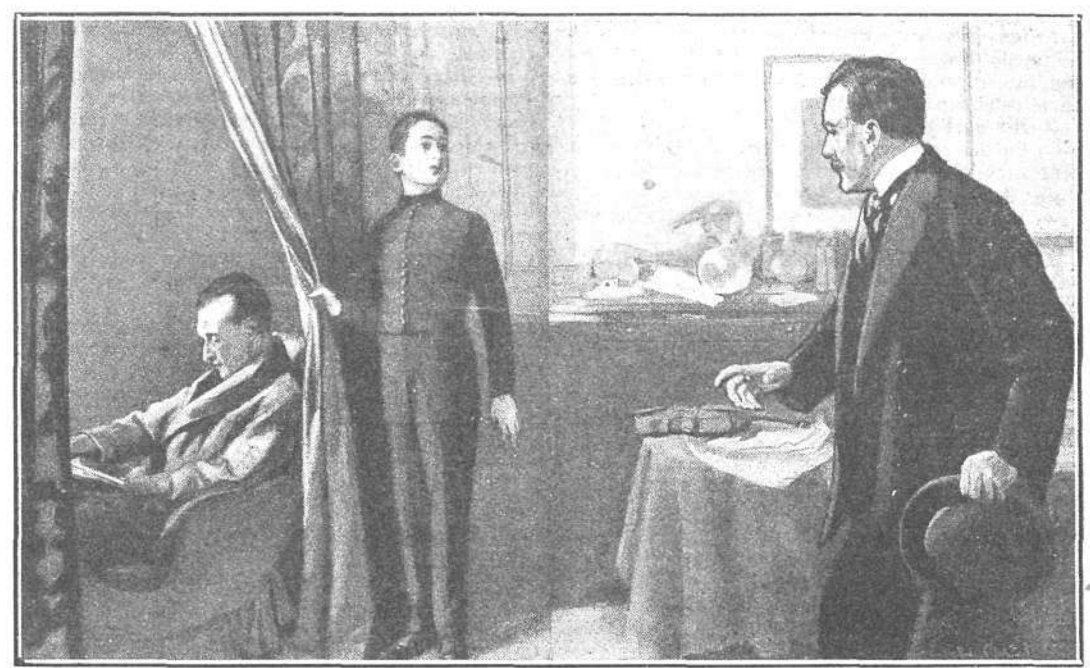
1427. — Pescando.
FRANCISCO J. BOIDI.



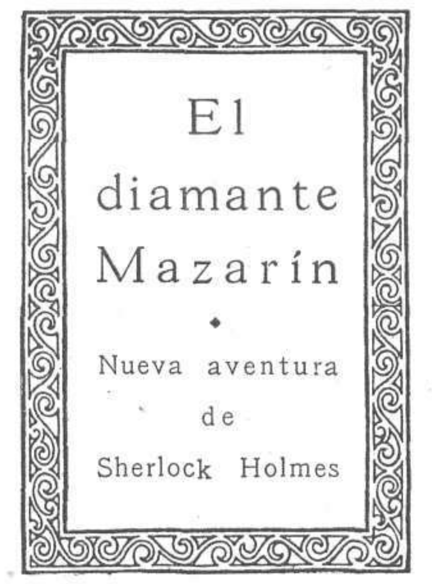
1428. — El asalto a los chauffeurs.
ANTONIO SILVA.



1429. — Confitería.
CÉSAR ALFREDO GATTI.



 WATSON NO PUDO REPRIMIR UN GRITO DE SORPRESA. TENÍA A LA VISTA LA EFIGIE DE SU ANTIGUO AMIGO. 



El diamante Mazarín

Nueva aventura de Sherlock Holmes



El doctor Watson se encontró con agrado una vez más en la desorganizada habitación de la calle Baker, donde habían tenido su origen tantas notables aventuras. Miró a su alrededor los mapas científicos que colgaban de la pared, el mostrador químico manchado por los ácidos, el estuche del violín descansando en un rincón, la caja conteniendo las pipas y el tabaco. Finalmente su vista tropezó con la fresca y sonriente cara de Billy, el joven pero listo y diplomático mensajero que había ayudado un poco a romper la monotonía que rodeaba a la silenciosa figura del gran detective.

— Parece que nada ha cambiado, Billy. Ni tú tampoco. Espero que podré decir lo mismo de él.

Billy miró a la puerta del dormitorio.

— Creo que está durmiendo — dijo.

Eran las siete de una hermosa tarde de verano, pero el doctor Watson estaba familiarizado con las irregularidades de su amigo y no se sorprendió.

— ¿Supongo que esto quiere decir que hay un caso?

— Sí, señor; está muy ocupado ahora siguiendo a alguien. Ayer salió de obrero buscando trabajo; hoy de vieja — Billy señaló con un gesto una enorme sombrilla que había sobre el sofá. — Eso es parte de la indumentaria de la vieja — dijo.

— ¿Pero de qué se trata, Billy?

Billy bajó la voz como uno que relata grandes secretos del Estado. — No tengo inconveniente en decirle, señor, pero nada más que a usted. Se trata del caso del diamante de la corona.

— ¿Qué... el robo de cien mil libras?

— Sí, señor. Usted sabe lo que eso significa. Hemos tenido aquí al primer ministro, al...

— Pero dime, Billy, ¿qué significa esa cortina frente a la ventana?

— El señor Holmes la colocó hace tres días. Detrás tenemos algo curioso.

Billy se acercó y descorrió la cortina.

El doctor Watson no pudo reprimir un grito de sorpresa. Tenía a la vista una exacta efigie de su antiguo amigo, la cara baja con tres cuartos hacia la ventana, como si estuviera leyendo un libro invisible, mientras el cuerpo estaba hundido en un sillón. Billy le separó la cabeza y la sostuvo en el aire

— La ponemos en diferentes ángulos para que tenga más apariencia de vida. No la tocaría si no fuera porque la persiana está baja.

— En otra ocasión usamos una cosa parecida.

— Antes de que yo viniera — dijo Billy. Abrió las persianas y miró a la calle. — Hay gente que nos observa desde allí. Puede verse ahora un individuo en la ventana del frente. Fíjese usted mismo.

Watson había dado un paso cuando la puerta del dormitorio se abrió y apareció la alta y delgada figura de Holmes, con pálida y ojerosa cara, pero con la vivacidad acostumbrada. De un sólo salto estuvo en la ventana y cerró la persiana.

— Buena la has hecho, Billy — le dijo. — Has estado en el pe-

ligro más grande de tu vida, muchacho, y todavía no puedo dispensarme de tus servicios. Bien, Watson, me alegro de verte de nuevo por aquí. Llegaste en el momento crítico.

— Así parece.

— Puedes retirarte, Billy. Este muchacho es un problema, Watson, y algún día me dará un disgusto.

— ¿Por qué, Holmes?

— Ya ves el peligro a que se expuso ahora. Estoy esperando que suceda algo esta tarde.

— ¿Esperando qué?

— Ser asesinado, Watson.

— ¡No, no; estás bromeando, Holmes!

— Ni aun mi limitado humor podría producir una broma mejor que ésa. Pero mientras tanto podemos estar tranquilos, ¿no es cierto? ¿Está permitido el alcohol? La soda y los cigarros están en el sitio de costumbre. Espero que todavía no habrás aprendido a despreciar mi pipa y mi tabaco. En estos días es mi único alimento.

— ¿Pero por qué no comes?

— Porque las facultades se refinan más sometiéndolas al ayuno. Seguramente que como doctor, mi querido Watson, admitirás que lo que la digestión gana en cuanto a sangre otro tanto lo pierde el cerebro. El resto de mi cuerpo es un simple apéndice. Por lo tanto son los sesos los que debo considerar.

— ¿Pero ese peligro, Holmes?

— Ah, sí, en caso de que sucediera; sería bueno que llevaras grabados en tu memoria el nombre y la dirección del asesino. Podrás dárselo a Scotland Yard con mis cariños y una bendición de despedida. Sylvius es el nombre... Conde Negretto Sylvius. ¡Anótalo, hombre, anótalo! 136 Moorside Gardens, N. W. ¿Está?

La bondadosa cara de Watson se contraía de ansiedad. Sabía muy bien los inmensos peligros en que Holmes se metía, y también que lo que decía era más una verdad que una exageración.

— Cuenta conmigo, Holmes. No tengo que hacer por uno o dos días.

— Tus virtudes no han cambiado, Watson. Tienes toda la apariencia del incansable médico que no deja de recibir visitas.

— No son de importancia. ¿Pero no puedes hacer arrestar a ese individuo?

— Sí, Watson, podría. Eso es lo que a él le preocupa.

— ¿Pero por qué no lo haces?

— Porque no sé dónde está el diamante.

— ¡Ah! Billy me dijo. La joya desaparecida de la corona.

— Sí, el gran Mazarín amarillo. He recogido la red y tengo los pescados, pero no tengo la piedra.

— ¿Y ese conde Sylvius es uno de tus peces?

— Sí, y es un tiburón: muerde. El otro es un tal Sam Merton, el boxeador. No es un mal tipo Sam, pero el conde lo tiene con él. Sam no es un tiburón, es un enorme y tonto cetáceo. Sin embargo lo tengo a él también coleteando en mi red.

— ¿Adónde está el conde Sylvius?

— He estado bajo sus mismas narices toda la mañana. Me has visto de vieja, Watson, pero nunca con tanta perfección. Hasta llegó a levantarme la sombrilla del suelo

— Podía haber resultado una tragedia.

— Sí, tal vez podía. Los seguí hasta los talleres del viejo Straubengee, el que construyó la escopeta de aire, un buen trabajito según entiendo, y la que con toda seguridad está en este momento en la ventana de enfrente. ¿Has visto el maniquí? Claro, Billy te lo mostró. Bueno; en cualquier momento recibirá una bala en su cabeza. Ah, Billy, ¿qué hay?

El muchacho apareció con una tarjeta sobre la bandeja.

— El hombre en persona. No me esperaba esto. Posiblemente habrás oído hablar de su reputación como cazador de fieras. Ciertamente sería un buen triunfo en su record de deportes si pudiera agregarme a mí a su colección.

— Llama a la policía.

— Probablemente lo haré, pero no ahora. ¿Quieres mirar por la ventana con cuidado, Watson, y decirme si ves a alguien por los alrededores?

Watson separó un poco la cortina y miró a la calle.

— Sí, hay un individuo cerca de la puerta.

— Ese será Sam Merton... el fiel pero algo necio Sam. ¿Dónde está ese caballero, Billy?

— En la sala, señor.

— Hazlo subir cuando yo llame. Si no estoy aquí que entre igual.

— Sí, señor.

Watson esperó hasta que se cerró la puerta y entonces se volvió intranquilo hacia su amigo.

— Escucha, Holmes, esto es imposible. Ese hombre es un desesperado que haría cualquier barbaridad. Puede ser que haya venido para asesinarte.

— No me sorprendería.

— Insisto en acompañarte.

— Serías un estorbo horrible.

— ¿Para él?

— No, mi querido amigo... para mí.

— Bueno, no puedo dejarte...

— Sí, puedes, Watson, y lo harás. Este hombre viene por su propia voluntad, pero puede ser que se quede por la mía. — Holmes sacó su libro de apuntes y escribió unas cuantas líneas. — Toma un coche y vas a Scotland Yard. Entrega esto a Yonghal y vuelve con la policía. Entonces será arrestado.

— Lo haré con placer, si es así.

— Antes de que vuelvas puede ser que tenga tiempo de saber donde está la piedra.

Un minuto después Billy introducía al conde Sylvius, el famoso cazador, de enorme bigote, tostada tez y aguileña nariz. Al cerrarse la puerta tras él, miró a su alrededor con desconfianza, como uno que a cada momento sospecha caer en una trampa. Al ver sobre el espaldar del sillón la cabeza del maniquí se estremeció violentamente. Su primera impresión fué simplemente de asombro, pero al momento apareció en sus crueles ojos un rayo de esperanza. Volvió a mirar de nuevo a su alrededor para asegurarse de que no lo espiaban, y entonces, caminando en puntillas y con el bastón en el aire, se acercó a la silenciosa figura. Ya se recogía para el salto final y dar el golpe, cuando una voz fría y sarcástica partió de una de las habitaciones contiguas:

— ¡No la destruya, conde, no la destruya!

El asesino retrocedió con el asombro pintado en sus ojos. Levantó de nuevo el pesado bastón como queriendo desviar el golpe del maniquí al original, pero una burlona sonrisa le hizo bajar el brazo.

— Es un trabajo curioso — dijo Holmes adelantándose hacia el maniquí. — Taverner, el modelador francés, lo hizo. Es tan hábil en trabajos de cera como su amigo Straubengee en hacer escopetas de aire.

— ¡Escopetas de aire! ¿Qué quiere decir?

— Ponga su sombrero y bastón en esa silla. Gracias. Puede sentarse. ¿Le agradaría dejar también su revólver a un lado? Oh, muy bien, si prefiere sentarse con él encima. Su visita no podía ser más oportuna, pues

tenía grandes deseos de charlar un rato con usted.

El conde lo miró frunciendo sus abultadas y espesas cejas.

— Yo también necesitaba hablar con usted, Holmes, y por eso he venido. No negaré que intentaba matarle.

— Me imaginaba que usted tenía alguna idea de esa clase — dijo Holmes. — ¿Pero a qué se deben esas atenciones personales?

— Porque usted se ha salido de su camino para incomodarme, y ha puesto a su gente en mi ruta.

— ¿Mi gente? ¡Le aseguro que no!

— Tonterías. Yo los he hecho vigilar. Dos pueden jugar la misma partida a la vez, Holmes.

— Excelente; pero le aseguro que se equivoca respecto a mis agentes.

El conde rió desdeñosamente.

— No solo es usted el que puede espiar. Ayer era un trabajador, hoy una anciana.

— ¡Sí!, usted me hace un honor. El barón Davison dijo la noche antes de que lo ahorcaran que en mi caso lo que la ley había ganado lo perdió el escenario.

— ¿Era usted... usted mismo? ¡Si yo lo hubiera sabido!...

Holmes encogió los hombros.

— Vamos, conde. Usted acostumbraba matar leones en Argel. ¿Porqué?

— ¿Cómo?... Por deporte, por la excitación... ¡el peligro!



YA SE PREPARABA PARA DAR EL GOLPE, CUANDO UNA VOZ FRÍA Y SARCÁSTICA PARTIÓ DE UNA DE LAS HABITACIONES: — ¡NO LA DESTRUYA, CONDE, NO LA DESTRUYA! 

— ¿Y sin duda para salvar al país de la peste?

— Precisamente.

El conde se levantó de un salto, y su mano involuntariamente se movió hacia el bolsillo del pantalón.

— ¡Siéntese, señor, siéntese! Hay otra razón más práctica. ¡Quiero el diamante amarillo!

El conde se recostó en la silla con una diabólica sonrisa.

— Usted sabe que lo seguía por eso — continuó Holmes. — La razón que lo ha traído a usted hoy aquí es para enterarse de lo que sé sobre el asunto. Bueno, le diré que bajo mi punto de vista conozco todo el asunto, salvo una cosa, que usted me va a decir ahora.

— ¡Oh, sí! ¿Y quiere decirme cual es el dato que le falta?

— El lugar donde se encuentra el diamante de la corona.

El conde lo miró fijamente. — Oh, usted quiere saber eso, ¿no? ¿Cómo diablos podría yo decirle en donde está?

— Usted puede, y lo hará.

— ¡Sí!...

Los ojos de Holmes se contrajeron al mirarlo brillando como dos puntas de acero.

— ¿Sabe lo que tengo en este libro? — continuó Holmes sacando un libro de apuntes de un cajón de la mesa.

— No, señor, no lo sé.

— ¡Usted!

— ¿Yo?

— Sí, señor, *usted*. Usted está en un todo aquí, cada acción de su vil y peligrosa vida.

— Maldito seas, Holmes — gritó furioso el conde, levantándose. — ¡Mi paciencia tiene su límite!

— Está todo aquí, conde. La verdadera causa de la muerte del señor Harold, de quien usted heredó la finca Blymer, y la que usted tan pronto liquidó en el juego.

— ¡Usted está soñando!

— Y la historia completa de la vida de la señorita Warrender.

— ¡Bah! De nada le servirá eso.

— Hay mucho más, conde. Aquí está el robo en el tren de lujo de La Riviera el 13 de febrero de 1892. Aquí está el cheque falsificado el mismo año sobre el Crédit Lyonnais.

— No; se equivoca en eso.

— Entonces tengo razón en lo demás. Vamos, conde, usted es jugador de naipes. Cuando el contrario tiene todos los triunfos es mejor tirar las cartas.

— ¿Qué tiene todo esto que ver con la joya de que usted habló?

— Despacio, conde, domínese un poco y déjeme explicarme. Hay todo eso en contra de usted;

pero sobre todo hay algo bien claro contra usted y su corpulento amigo en el caso del diamante de la corona. Tengo al cochero que lo llevó a Whitehall y el que lo trajo de allí. Tengo al guardián que lo vió cerca del estuche. Tengo al tallador Sanders, que rehusó desfigurar la piedra, y quien al verse comprometido lo ha delatado.

Las venas de la frente del conde se hincharon. Sus manos se retorcían en convulsiones de intensa emoción. Trató de hablar, pero las palabras no salieron de sus labios.

— Estas son las cartas con que juego — continuó Holmes, — y las pongo sobre la mesa. Pero falta una carta: de el Rey de Diamantes. No sé donde está la piedra.

— Ni nunca lo sabrá — se apresuró a contestar el conde.

— ¿No? Sea razonable, conde, y considere la situación. Usted va a ser encerrado por veinte años, como también Sam Merton. ¿De qué les va a servir el diamante? De nada. Pero si usted me lo entrega... bueno, cometeré una felonía. No los necesitamos ni a usted ni a Sam; lo que queremos es la piedra. Entréguela, y en cuanto a mí, podrá irse tranquilamente siempre que se porte bien en lo futuro. Si hace alguna otra trastada... bueno, será la última. Pero por esta vez sólo tengo interés en conseguir el diamante.

— ¿Y si rehuso?

— Pues, en ese caso, será usted en vez de la piedra.

Billy apareció al llamado del timbre.

— Creo, conde, que sería bueno que su amigo Sam tomara parte en esta conferencia. Después de todo, sus intereses deberían estar representados. Billy: encontrarás a un individuo grande y feo en la puerta. Dile que pase... Que el conde Sylvius te manda.

— ¿Qué piensa hacer ahora? — le preguntó el conde después que salió Billy.

— Mi amigo Watson estaba conmigo hace un momento, y le dije que tenía un tiburón y otro pez temible en mi red; ahora voy a sacar la red y en ella los dos peces.

El conde se había levantado de su silla y se llevó una mano al bolsillo del revólver. Holmes tenía en la mano algo que medio asomaba del bolsillo del robe de chambre.

— De nada sirve que ponga la mano en su revólver, mi amigo — le dijo con la mayor tranquilidad. — Usted sabe perfectamente que no se atrevería a usarlo, ni aunque yo le diera tiempo a sacarlo.

Sam, un corpulento mocetón de estúpida apariencia, apareció en la puerta con una expresión de sorpresa.

— ¿Qué pasa ahora? — preguntó — ¿Qué quiere este hombre? ¿Qué hay?

El conde se encogió de hombros y fué Holmes quien contestó.

— Para hacerlo en pocas palabras, señor Merton, diría que la jugada ha sido perdida.

Sam continuó interrogando a su socio:

— ¿Es que éste está tratando de hacerse el gracioso? Yo no estoy para bromas.

— No, espero que no — dijo Holmes. — Creo que le puedo prometer que no estará de mejor humor mientras más avance la tarde. Ahora escuche, conde Sylvius. Estoy muy ocupado y no puedo perder tiempo. Voy a pasar al dormitorio mientras ustedes se entienden entre los dos. Puede explicar a su amigo cómo está el asunto sin la incomodidad de mi presencia. Voy a tocar en el violín la barcarola de Hoffman y regresaré en cinco minutos para recibir la contestación final.

Holmes se retiró tomando el violín al pasar. Un momento después las prolongadas y melodiosas notas se dejaban oír vagamente a través de la puerta del dormitorio.

— ¿Qué es lo que pasa? — preguntó Sam con ansiedad cuando su compañero se volvió hacia él. — ¿Sabe algo de la piedra?

— Sabe demasiado, y no estoy seguro si no está enterado de todo.

— ¡Santo Dios! — exclamó Sam palideciendo.

— Sanders nos ha denunciado.

— ¡Ah, sí!... Yo se lo haré pagar caro.

— Con eso nada adelantaremos. Tenemos que resolver lo que hay que hacer.

— Un momento — dijo Sam mirando sospechosamente hacia la puerta del dormitorio. Supongo que no estará escuchando.

— ¿Cómo puede estar escuchando con esa música?

— Está bien, pero puede ser que haya alguien detrás de la cortina.

Al separarla un poco vió por primera vez la efigie de la ventana y quedó paralizado, demasiado sorprendido para poder hablar.

— ¡Bah! No es más que un muñeco — dijo el conde.

— ¡Ah, sí!... Que me parta un rayo si no es la imagen viva de él. ¡Pero esas cortinas, conde!...

— Estamos perdiendo tiempo, y no disponemos de mucho. Este hombre podría meternos presos a causa de ese diamante. Pero nos dejará escapar si le decimos dónde está.

— ¡Qué! ¿Entregarlo... entregar cien mil libras?

— Tiene que ser una de las dos cosas.

Sam se agarró la cabeza.

— Está solo adentro; ¿por qué no deshacernos de él?

— Está armado y pronto, y si hacemos un disparo no tendremos forma de salir de aquí. Además, es muy posible que la policía tenga ya las evidencias que él consiguió. ¡Hola! ¿Qué es eso?

Se oyeron vagos ruidos que parecían venir de la ventana. Los dos saltaron al mismo tiempo para asomarse, pero todo estaba tranquilo; aparte de la figura que estaba sentada en la silla, la habitación estaba vacía.

— Alguien en la calle — dijo Sam. — Vea, patrón, usted que es hombre de sesos, seguramente que podrá encontrar la mejor forma de salir de esto.

— Me he burlado de otros más listos que él — contestó el conde. — La piedra está aquí, en mi bolsillo secreto. En cuanto a Holmes, podremos engañarlo fácilmente. Ese maldito idiota no nos arrestará si consigue la piedra. Bueno, se la prometeremos y lo metemos en una pista falsa, y antes de que pueda darse cuenta estaremos fuera del país.

— Es una buena idea, ¿sabe? — dijo Sam con una mueca.

— Le diré que la piedra está en Liverpool. ¡Maldita música; me pone nervioso! Cuando él encuentre que la piedra no está allí, será tarde, y nosotros estaremos ya en el mar.

— Le parece que la piedra estará segura.

— ¿Dónde podría estar más segura? Si nosotros la sacamos de Whitehall, seguramente que algún otro la podría sacar de mi habitación.

— Déjeme verla un momento.

El conde Sylvius dirigió una mirada de desconfianza a su socio y tomó la muñeca de la sucia mano que sostenía el diamante.

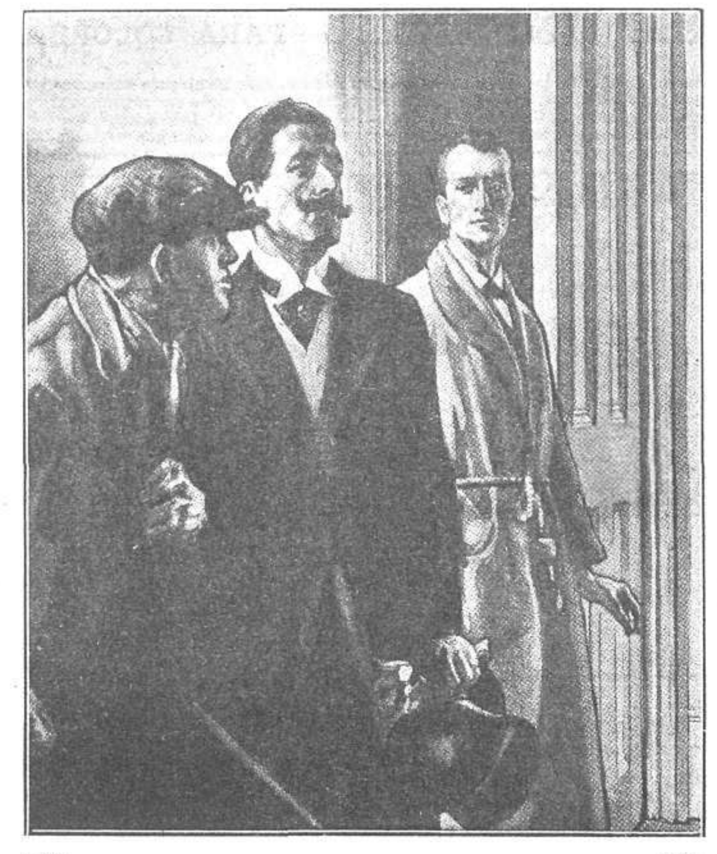
— ¡Cómo! ¿Cree que se la voy a robar? Vea, señor; me están

cansando sus modales.

— Bueno, bueno; no te ofendas Sam. No es una ocasión para pelear. Acércate a la ventana si quieres verla mejor. Ahora, ponla a la luz. Así...

De un solo salto Holmes se levantó del asiento del maniquí y le arrebató la preciosa joya con una mano, mientras que con un revólver en la otra le apuntaba al conde a la cabeza. Antes de que se hubieran repuesto de la sorpresa Holmes apretó el botón del timbre.

— Les ruego que no usen violencia y tengan cuidado con los muebles, señores. Tienen que comprender que están en una posición imposible. La policía está esperando abajo.



— VOY A PASAR AL DORMITORIO MIENTRAS USTEDES SE ENTIENDEN ENTRE LOS DOS.



El aturdimiento del conde superaba a su furor.

— ¿Pero cómo...? — vociferó.

— Su sorpresa es muy natural. Usted no sabía que detrás de esa cortina hay una segunda puerta que da a mi dormitorio. Creí que me habían oído cuando saqué el muñeco, pero la suerte me favoreció y me dió la oportunidad de escuchar su conversación.

El conde hizo un gesto de resignación. A Sam Merton, su poca capacidad le hizo sólo comprender la situación poco a poco. Al sentir éste los pasos en la escalera rompió por fin el silencio.

— ¡Una trampa! — exclamó. — Pero diga, ¿y el violín? Sigue tocando.

— Oh... — contestó Holmes. — Tiene razón, pero déjelo. Estos fonógrafos modernos son un notable invento.

Una ola de policías invadió la habitación, sonaron las esposas y los criminales fueron conducidos al coche que los esperaba. Watson se apresuró a felicitar a su amigo por la hoja fresca que agregó a sus laureles. Una vez más la conversación fué interrumpida por la presencia de Billy con su bandeja.

— Lord Cantlemere, señor.

— Que pase, Billy. Esta es la eminencia que representa los más altos intereses.

La puerta se abrió para dar paso a una persona delgada y de austera figura. Holmes se adelantó sonriente y le ofreció la mano.

— ¿Cómo está, lord Cantlemere? Permítame que le presente a mi amigo Watson.

— He venido para enterarme de la marcha de nuestro asunto — dijo el lord después de saludar a Watson.

— Muy difícil... muy difícil.

— Temía que usted lo encontrara así.

— La verdad, lord Cantlemere; este asunto me ha tenido preocupado. Especialmente un punto en el cual tal vez usted podría ayudarme, y es este: Cómo tendríamos que proceder con el poseedor del diamante.

— ¿No le parece un poco prematuro?

— Siempre es mejor completar el plan de antemano. Ahora dígame; ¿qué haría usted una vez en poder de la evidencia final del poseedor?

— Lo arrestaría.

Holmes raramente reía, pero estuvo a punto de hacerlo.

— En tal caso, señor mío, me veo en la dolorosa necesidad de recomendar el arresto de usted.

El lord lo miró estupefacto.

— Usted se toma una libertad, señor Holmes — dijo. — En los cincuenta años de mi vida oficial no puedo recordar un caso semejante. Puedo decirle francamente, señor, que nunca he creído en sus hazañas, y que siempre he sido de la opinión que el asunto hubiera tenido más seguridad en las manos de la policía común. Su conducta confirma mis conclusiones. Le deseo buenas tardes, señor.

Holmes se colocó entre él y la puerta.

— Un momento, señor — le dijo. — Salir con el Mazarín en el bolsillo sería una ofensa más seria que encontrarlo momentáneamente en su poder.

— ¡Señor, esto es intolerable! Déjeme pasar.

— Vamos, vamos, lord. Meta la mano en el bolsillo derecho de su sobretodo.

— ¿Qué quiere decir, señor?

Un instante después el sorprendido lord tenía sobre la palma de su temblorosa mano la gran piedra amarilla.

— ¡Qué!... ¡Cómo!... ¿Cómo es esto, señor Holmes?

— Una broma mía. Tengo el maldito hábito de dar bromas sin tino. Me tomé la libertad lamentable, lo admito, de poner la piedra en su bolsillo en el mismo momento en que lo saludaba.

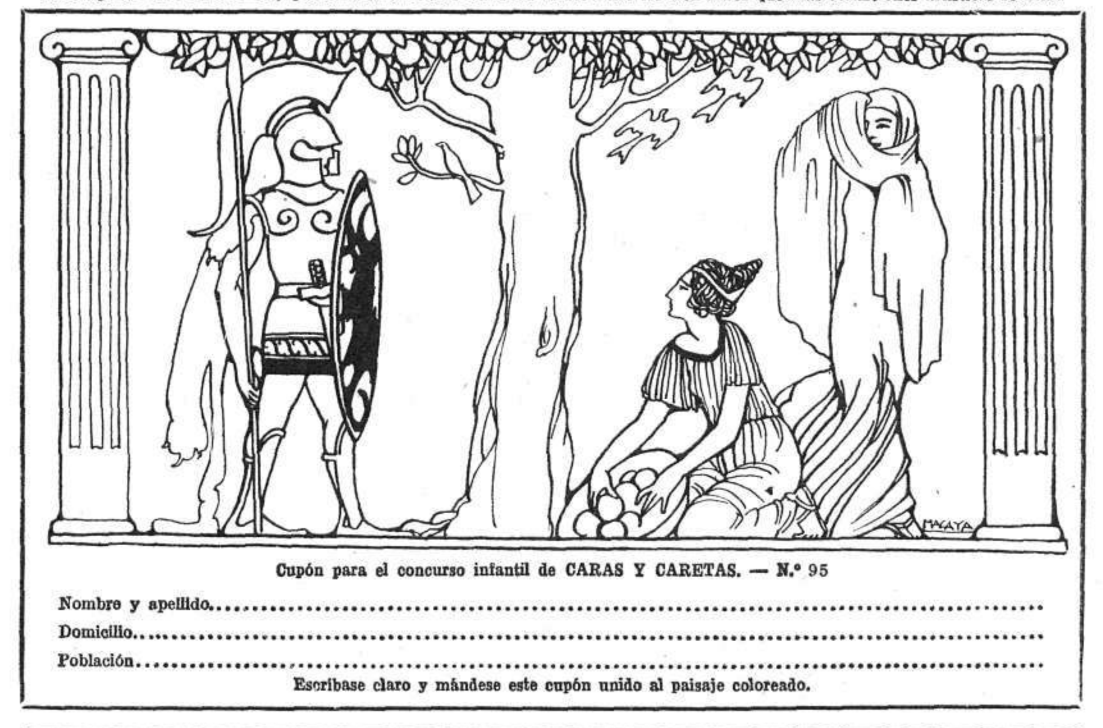
Lord Cantlemere no salía de su asombro y miraba la piedra y la sonriente cara que tenía frente a él.

A. CONAN DOYLE

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de **CARAS Y CARETAS**. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 95

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Necrología



Señora Angela C. Viuda de Oderigo. — Capital.



Señor Domingo A. Bernardi — Capital.



Señora Ramona Sastre de Casado. — Casilda.



Señor Antonio Iturriche. — Capital.



Señor Ernesto Delfino. — Capital.



Señor Luis García Rey. — Capital.

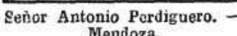


Señor Máximo A. Tomé. — Trenque Lauquen.



Señor Esteban Landó. — Rosario.





Señor Antonio Perdiguero. — Mendoza.



Señor Ernesto Rauch. — Trenque Lauquen.

LAS GUINDAS

POR

LUZ Y SOMBRA



Las mangas de este tapado de perlaine taupe llevan grandísimos puños de tubelaine quadrillé. Para llevar bien este modelo es indispensable tener una silueta finísima y las caderas no pronunciadas.

A Obscuro y Claro— Curuzú Cuatiá (Corrientes) — En su cartita se olvida usted decirme de qué género es el vestido que usted quiere adornar, y si es para jovencita, como supongo, o para señora joven. El bordado — me imagino se trate de bordado, no de un ramo de guindas artificiales — puede hacerse en seda, en lana, en lana y seda o, si es para jovencita y para un vestido no de gran elegancia, en hilo brilloso D. M. C. Pero el furor de la moda es para la mostacilla, las perlitas de vidrio y de madera de todos los colores, y resultaría muy bonito bordar las cerezas en mostacilla de dos tonos, para dar el claroobscuro, y lo demás en seda. Si necesita otras explicaciones, mándeme detalles más claros, y la favoreceré gustosa. En cuanto a la otra pregunta «¿Cómo se hacen las compras en las tiendas?», supongo quiera usted saber cómo encargar a las tiendas de la capital, desde un pueblo del interior. La forma más sencilla y práctica es pedir a la tienda, por carta, el catálogo. Sobre éste se elige el artículo que se desea comprar (si se trata de géneros mandan generalmente las muestras), y se encarga por carta nuevamente el artículo elegido enviando el recorte mismo del catálogo o el número en éste indicado como correspondiente al artículo. La casa envía la mercadería pedida contra reembolso.

—·—



Flores y tiras de piel de varios colores avivan el vestido negro.

En números anteriores hemos hablado de los géneros recién recibidos por la tienda madre bonaerense, prometiendo a nuestros lectores volver sobre el argumento para hablar de los modelos importados por dicha casa. Los vestidos de tarde que París ha confeccionado para nuestras elegantes son casi todos modelos sin mangas, de crepe marrocain, con bordados multicolores de seda, mostacilla, y hasta de género.

Una bonita creación, entre los antedichos, es precisamente de crepe negro, con el cuerpo bordado en forma de pechera cuadrada. El bordado es de mostacilla de varios colores, formando un conjunto granate y cerrado por un marco de pétalos pequeñitos, más pequeños que una moneda de 5 centavos, hechos de género de lana de varios colores: beige, marrón, azul obscuro, granate, cosidos por un punto cruz de seda de color diferente del pétalo.

Otro modelo era de crepe obscuro también, con cinturoncito del mismo, sin otro adorno que una incrustación de género egipcio todo alrededor del talle.

Notable el bordado en seda gris de dos tonos, que cubría enteramente el cuerpo de un vestido de crepe negro. Si ese modelo llevara un nombre, como mucho se usa en París, no podría llamarse sino «Alba gris en el Norte».

Los tapados son, naturalmente, la novedad más interesante, pues el invierno se ha presentado de una forma inesperada y, podríamos decir, desconsiderada... Los últimos modelos de tapados tienen una forma ligera y visiblemente acampanada que nace en las caderas y desciende en un vuelo, no exagerado, pero sí gracioso. Larguísimos, naturalmente. El nuevo clocky negro es un género precioso para estos tapados, añadiéndole un ancho cuello cuadrado de Breischwatz legítimo. Las mangas son amplias y derechas. Los forros son de colores vivos, alegres como primaveras, con grandes dibujos de pájaros, de duraznos en flor, de fruta tentadora. Los tapados de paño liso son enteramente trabajados en mil maneras diferentes. Vi uno todo cubierto de soutache color cuero, formando rayas transversales, así que tenía un color marrón sobre fondo negro. Cuello y ancho borde de lutre.



Saco de clocky para llevar con una pollera lisa. Adornos de petit gris.

En este caso, es decir, cuando el género del tapado es o parece ser de color, el forro es liso, marrón o negro o de color delicado.

Para señora anciana he visto una preciosa capa de crepe marrocain bordada de soutache, con grandes aplicaciones de taupe. Es esta una piel que, según me dicen los conocedores, tendrá este año la preferencia para complemento de los abrigos de género.

Donde la vista se nubla y la imaginación se excita es en la sección «Vestidos de noche». Todas las maravillas soñadas a través de las leyendas y de los libros fantásticos están ahí entre aquellos centelleos. Cada vestido es un astro. La forma, generalmente, es de túnica, enteramente cubierta de brillantes (falsos, ¿eh?), piedras, perlas orientales, mostacilla, canutillo, jais, y adornadas sobre una cadera — la derecha preferiblemente — por un broche o hebilla o adorno dorado, formando mariposa o estilo egipcio.

He visto una túnica sobre la que caía, muy cerrada, una lluvia de canutillo, algunos hilos eran más cortos, otros más largos; como una lluvia de lágrimas. Muchos vestidos de crepe están combinados con lamé y llevan «opaulette» de strass. Muy bonita la combinación de lamé y crepe negro con bordado de tono azul. Un vestido precioso era de puntilla y tul sobre un forro de lamé. El tul venía enteramente bordado en tonos violetas y acero, formando esos dibujos que forma el musgo en las grutas. Otro vestido era de broché blanco, sencillísimo.



Pequeña y deliciosa capa hecha con una combinación de género liso y otro bordado (por ejemplo: bordures croisillaine, etc).

Para jovencita el traje de noche es de terciopelo, de colores fuertes, preferiblemente sin ningún bordado y sin hebillas ni broches; el drapeado termina sobre la cadera con un nudo, y el extremo cae hasta el borde del vestido.

Entre los géneros nuevos y lisos, notable es el crepe Mongole, muy sostenido, digno de pertenecer a la familia de las sedas gruesas más que a la de los crepes.



USTED SE CONVENCERÁ

ante la realidad de los hechos de que una de las mejores aguas de colonia que hoy se fabrican es el

Agua de Colonia Mendel

delicada por su elaboración, riquísima por su alta clase y notable por la persistencia de su exquisito perfume.

Por esta razón le invitamos a que solicite un frasquito de muestra y se le enviará gratuitamente por correo.

Perfumería MENDEL

Buenos Aires. — Guardia Vieja, 4439



Teñirse el pelo, no deshonra.

EN nuestra época no conviene aparentar ser viejo. El porvenir es para los jóvenes, y sin embargo ¿cuántos jóvenes hay que son canosos?

Es muy fácil devolver al cabello y barba encanecidos su color primitivo. Para eso está el

AGUA SALLES

que desde hace 60 años se vende en Francia y más de cuarto siglo en la República Argentina. Los tintes que da el AGUA SALLES son naturales, a tal punto que es imposible notar que el cabello ha sido restaurado.

De fácil uso, económica, innocua, no ofrece inconvenientes si se emplea de acuerdo con las instrucciones que lleva el frasco.

NO CONTIENE SALES DE PLOMO NI PARAFENILENEDIAMINA.

Se vende en las Farmacias, Tiendas y Perfumerías.

POR MAYOR:

A. LOURTAU y Cía. - PARANA. 182. Bs. Aires - En Montevideo: SARANDI, 429

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA



Doctor Luis M. Drago

Señor Ernesto Tornquist.



Doctor Ignacio Pirovano.



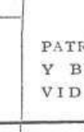
Teniente general Luis María Campos.



Doctor Guillermo Rawson.



Doctor Pelagio B. Luna.



DIAS		AÑOS: Nacimiento	AÑOS: Muerte	JUNIO — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Viernes.	....	1894	Madero, don Eduardo.
2	Sábado	1823		Porcel de Peralta, doctor.
3	Domingo		1920	López, coronel Martín J.
4	Lunes	1866		Cruz, don Francisco.
5	Martes		1921	Martínez de Hoz, doctor Alfredo.
6	Miércoles		1909	Díaz Vélez, Eustaquio.
7	Jueves		1881	Sánchez, Dr. Enrique.
8	Viernes		1905	Frexas, Enrique, periodista y poeta.
9	Sábado		1907	Bibiloni, Benefactor, presb. Francisco.
10	Domingo		1921	Drago, Internacionalista, Dr. Luis M.
11	Lunes	1868		Mujica, doctor Adolfo.
12	Martes		1921	Paz, doctor Alfredo C.
13	Miércoles	1850		Gómez, Fabián.
14	Jueves	1859		Aguirre, coronel César.
15	Viernes	1808		Gorriti, escritora Juana Manuela.
16	Sábado		1911	Varela, Rufino. Figueroa Dr. Jenaro.
17	Domingo		1908	Tornquist, Ernesto.
18	Lunes		1899	Ayala, general Juan.
19	Martes		1909	Fuente, doctor Diego G. de la.
20	Miércoles	1845		Pirovano, cirujano Ignacio.
21	Jueves	1839		Campos, teniente general Luis María.
22	Viernes		1916	Silveira, Juan Ramón.
23	Sábado	1854		Alvarez y Alvarez, doctor Juan José.
24	Domingo		1921	Leguizamón, doctor Florencio.
25	Lunes	1821		Rawson, doctor Guillermo.
26	Martes		1919	Luna, vicepresidente de la República, doctor Pelagio B.
27	Miércoles		1922	Malbrán, doctor José María.
28	Jueves		1917	Verón, doctor Avelino.
29	Viernes		1903	Solier, vicealmirante Daniel.
30	Sábado	1833		Granel, doctor Joaquín.

DULCE CREMA DE LECHE

GRANJA BLANCA



Necesitamos en algunas plazas del interior agentes para los productos
"GRANJA BLANCA"

De Martínez



Señoritas que integran la C. D. del Centro Recreativo «Así se hace» y que organizaron un concurrido festival danzante.

Grupo de parejas, que asistieron al festival realizado en el Salón de la Sociedad Cosmopolita de S. M. bajo la dirección del Centro Recreativo arriba mencionado.



DONDE haya una madre que cría, debe estar AFRICANA EXTRACTO DOBLE. Bastan algunas copas de esta deliciosa bebida tónica, tomada a cualquier hora del día o con las comidas, para vigorizar el organismo, permitiéndole criar sin la menor fatiga un bebé sanito y lindo.

Es liviana y de gran poder nutritivo; muy provechosa para los estómagos delicados de los ancianos y convalecientes.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

De venta en los Bars, Almacenes y Confiterías.

Elaborada por la Cía. CERVECERIA BIECKERT Lda.

San Juan, 3334 — Buenos Aires



LO QUE VA DE LA SEMANA

P E R R E R I A S

He tenido la melancólica idea de visitar el barrio de los studs en Palermo, y me he quedado pensando en la suerte envidiable que espera a los que nacen cuadrúpedos y descienden de un gran animal.

Abrir los ojos a la luz, llevar astas, pero llamarse Shortorn o Durham; ser caballo, pero de la familia de los Hackney u otra cualquiera familia distinguida, vale mucho más que pertenecer a la raza humana.

Un ejército de reyes de la creación estaba entregado a la tarea de limpiar y lustrar los cascos, hacerle la trenza en la cola a los nobles brutos.

Tal vez lleguen esos animales a ser los fundadores de una estirpe gloriosa que sea capaz de recorrer el kilómetro en 40 segundos, lo que desde el punto de vista práctico es un resultado que no puede escapar a la penetración de nadie, mucho más en una época en que cualquier matraca a explosión recorre, sin cansarse jamás, sus sesenta kilómetros por hora.

Ese regimiento de reyes de la creación parecía honrado, orgulloso de arrimar las narices a las nobles grupas de los ilustres potrillos, como si el fantástico precio de cada uno de ellos aumentara en algo el valor individual de cada uno de los bípedos, humildísimos servidores dotados del uso de la razón. Se sentían ennoblecidos como si pertenecieran no, al personal de un establo, sino a una orden caballeresca.

Por algo ha de ser que desde tiempos remotos el primer paso para sobresalir entre la grey de la muchedumbre se da con lucir las insignias de una orden ecuestre.

No es difícil en estos casos sentirse animado por ideas socialistoides y caer en una serie de frases de literatura barata, que harían fruncir el ceño a muchos que están cansados de oirlas.

Pero cuando vi a un mozo de cuadra recibir con religioso cuidado en una pala las manifestaciones de profundo desprecio emitidas por los ilustres equinos, encontré todo aquello tan ridículo que, enojado con los hombres, salí de ahí para realizar una visita a los perros.

Porque también hay animales infelices.

Los hay; y son los que no traen ningún interés palpable a los bolsillos del hombre, pero que tienen la debilidad de creer en la gratitud del dueño a quien se someten incondicionalmente.

El perro es el prototipo de ellos. Portero de profesión, condenado al celibato por egoísmo de sus dueños, no encuentra consuelo tampoco en las prácticas religiosas, pues en cuanto se atreve a poner pie en una iglesia lo sacan a patadas entre la indignación de los feligreses.

El perro — ¡cosa curiosa! — que tan desarrollado tiene el sentido del olfato, carece por completo de tacto. Y el tacto en las relaciones sociales es el tino. Un perro raras veces se da cuenta de si su dueño está de buen humor o tiene un pagaré que vence en el dia... En cuanto lo vea le ha de hacer fiestas, y el hombre racional, dotado de olfato y de tacto, le propina una regia pateadura.

Confío que las dos Sociedades Protectoras de los animales tendrán en cuenta las opiniones manifestadas por el que suscribe y en la primera oportunidad querrán nombrarme por lo menos socio honorario de la institución.

La perrera municipal me quedaba a mano. El 37 me dejaba justito frente a la entrada de aquel conservatorio de animales culpables de vagar por las calles del municipio.

Nadie se preocupa de encerrar en una perrera a propósito al sin número de atorrantes que deshonran las calles de Buenos Aires paseando sus inmundicias, sus harapos, sus miserias morales; pero a los perros se les encierra en cuanto se les pesca por la mañana entregados a un legítimo desahogo físico y a cordiales saludos muy explicables entre animales vecinos y conocidos.

Dos o tres mujeres esperaban pacientemente delante de una modesta oficina que ostentaba el escudo municipal. Más allá una falange de peones se ocupa en arreglar el adoquinado, indiferente a los ladridos, aullidos y lloriqueos que llegan de la cárcel de contraventores caninos, situada cien metros más lejos. Un funcionario, en cuanto me ve, se adelanta ceremoniosamente y me pregunta:

— ¿Qué deseaba el señor?

— Quería ver la perrera...

— ¡Cómo no!... ¡Cómo no!... ¿Tiene que rescatar algún animalito?

— No... Ninguno... Por simple curiosidad...

Me miró con una especie de compasión... ¡Venirse de la ciudad para tener el gusto de ver a unos perros!...

Es probable que el susodicho funcionario tuviera listo ya un plan de facilitaciones en el despacho de las prácticas necesarias para conseguir la libertad de un prisionero... Supongo yo... ¡Y como en este mundo no se hace nada por nada!...

Se concretó a decirme con cierta sequedad:

— ¡Vaya no más!... ¡Ahí está!

Crucé el primer patio, pero encontraba siempre el camino cortado por quioscos de diferentes estilos, carros, carretas; y como al fin y al cabo estaba en casa ajena y algo perplejo también, temiendo meterme en donde no debía, seguí preguntando.

— ¿La perrera?

— ¡Ahí está!

Unos pasos más, y otra vez:

— ¿La perrera?

— Ahí está...

Me dejé guiar por los ladridos y pude dar por fin con una enorme jaula de hierro subdividida en unas cuantas secciones. Esa era la perrera.

Dos carros llenos de nuevos huéspedes esperaban realizar el trasbordo para volver a salir y entregarse a nuevas cacerías.

Los perros encerrados en los carros celulares parecían abombados; se veía que... moralmente estaban abatidos; lo manifestaban en la mirada, en el silencio absoluto, cosa tan rara en ellos que por costumbre e instinto son tan elocuentes y canoros.

Expresamente he dicho «canoros» pues... se me ocurre que por algo can y cantar tengan el mismo origen.

Los perros ya encerrados en las jaulas tenían, al contrario, discusiones vivaces entre ellos, que muy a menudo degeneraban en peleas.

Hay que creer en los presentimientos, en que algo hay en ciertos casos que viene a ser como un temor sobre la inminencia del fin, la proximidad de la muerte. Los perros cazados por los empleados municipales son condenados a muerte, pero la ley les concede tres días para que el propietario haga uso del derecho de rescatarlos.

A cada día corresponde una división de la jaula. El... detenido pasa de la primera a la segunda, de la segunda a la tercera... Es una promoción diaria hasta llegar al horno donde los espera una dulce asfixia, propinada con métodos albarracinescos.

Y bien: los morituros, los perros que se encuentran en capilla, manifiestan todos los síntomas de la más negra desesperación. La mayor parte exterioriza un desaliento infinito, manteniendo la cola entre las piernas... Hasta la fuerza de protestar parece que se les ha concluído.

Son contados los que esperan todavía.

En la mente de aquellos animalitos debe presentarse la imagen de los servicios prestados al dueño o a la señora; los besos recibidos y devueltos, los ejercicios militares eefectuadas levantando el cuerpo sobre las patas posteriores para divertir a los amigos de la casa... en fin, toda una serie de recuerdos y de méritos adquiridos...

Uno que otro entre los pobres condenados, al verme se levanta sobre las patas posteriores y apoyado en las barras de hierro de la cárcel emite aullidos lastimeros.

He presenciado el encuentro de una buena señora y el hijo pródigo. Era necesario tener un corazón de piedra, un alma de empleado municipal, para no enternecerse.

DE MI DIARIO

POR EL DOCTOR A. VACCARI



Afuera, un auto lujoso vibraba como si quisiera estallar... Parecía impaciente de devolver a los dos, la señora y Tití, al hogar donde esperaban mullidos almohadones, baños perfumados, peines y la regia cocina bien diferente del menú franciscano de la perrera.

El falderillo debió tener un pelo suave, blanco como nieve; pero ahora todo aquello se parecía a un puñado de estopa de maquinista. Recorrido por caravanas de seres emigrados del inmundo pelamen de sus compañeros de infortunio, el... cutis de Tití, enrojecido, sangraba por el continuo rascarse de la víctima, que para colmo arrastraba las partes inaccesibles a las patitas con el objeto de calmar sobre las asperezas del piso el intolerable escozor.

La dueña y el perro se vieron, y el animalito creyó que estaba soñando. Empezó una carrera loca alrededor de la jaula, echando las orejas atrás y moviendo la cola furiosamente como si dibujara en el aire unas grandes O mayúsculas...

Los demás lo miraban sin duda creyendo que le hubiese dado un ataque de alienación mental, pero luego, molestados por esas intempestivas manifestaciones de alegría, precisamente en el momento en que más bien era el caso de encomendar el alma, le hicieron comprender de una manera inequívoca como no era el caso de seguir así y que tuviera a bien sosegarse.

El falderillo se echó al suelo en una actitud que entre los perrunos corresponde a la que toman los soldados cuando dicen: ¡Kamarad!

Con la barriga arriba y las patitas al aire, dobló lentamente la cabeza de un lado sacando de vez en cuando la lengua muy despacito, como si estuviera saboreando ya las consecuencias del castigo.

La señora lloriqueaba, y como el dolor nos hace hermanos a todos, me dijo sin esperar que alguien me presentara:

—¿Qué le parece, señor? ¿No le falta la palabra a ese animalillo?

—No le falta nada, señora... Diga más bien que no sabe hablar castellano, pero los perros tienen un idioma como lo tienen los demás animales, limitado a las necesidades de ellos...

—¿Usted cree, señor?

—Naturalmente...

—¡Tití!... ¡Aquí está tu mamita linda! ¡Pobre chiquitito lindo de mamá!... Sí, sí, queridito... Espérate un ratito más... ¡Oooh, qué sucio estás... Mirá!

Un peón entró en la jaula y con cuidado paternal levantó el pequeño entre los brazos deponiéndolo entre aquellos impacientes y temblorosos de la... mamita.

Me hice a un lado discretamente porque en los momentos psicológicos solemnes es bueno dejar solos a los interesados. El falderillo se escondió entre los pliegues de los brazos gorditos y torneados de la dama manchándolos con las patitas embarradas y como preso de un ataque de asma.

Los dos se encaminaron hacia el auto recibidos por una sonrisita de complacencia del chauffeur, que abrió la portezuela, se quitó el sombrero y comentó:

—Pobrecito... ¡Qué contento está! ¡Parece un chico!

El peón que había sacado de apuro al falderillo hizo una profunda reverencia a la dama, mejor dicho a los cinco pesos de propina que le habían sido prodigados.

—¡No todos los días hemos de andar en la mala!

Como soy fácilmente impresionable no quise presenciar otras escenas y volví por el mismo camino por el que había venido.

El mismo peón del falderillo me agradeció con un: —¿Por qué quiere molestarse? — el peso que le alcancé para compensarlo de la molestia de mi visita de curioso.

Afuera una viejita lloriqueaba, y como duraban en mi alma las vibraciones provocadas por el encuentro de la dama y del falderillo, le pregunté qué era lo que le pasaba.

—Me van a matar a mi perrito, señor... Me lo van a matar... Hace tres días que está adentro... Pobre pichicho mío... Soy viuda, señor, soy pobre, no tengo a nadie más que a él...

—Tiene tiempo para retirarlo, rescatarlo...

—¿Pero no ve, señor, que no tengo cómo?... Me faltan tres pesos... Aquí tengo algo, pero si no pago todo hasta el último centavo no me lo van a entregar.. Si encontrara un alma de Dios que me prestara los tres pesos... Vea, soy lavandera... Trabajaría de balde hasta cumplir... Hágalo por sus chicos, señor; que Dios se los conserve.

—Pero... yo no sé realmente si los tengo en el bolsillo...

Era la última tentativa de resistencia que oponía a la substracción de la moneda, siempre dolorosa cuando se sabe que va destinada a un fin medio dudoso. Ese demonio de vieja ejercía un poder de sugestión notable. Juntó las manos como si rezara delante de una imagen, puso los ojos en blanco como una Virgen de los siete dolores, y como no sé decir que no... eché una mano al bolsillo.

—Usted tiene suerte, señora... Me quedo con un peso, así que puedo darle los tres que le hacen falta... Con un peso tengo suficiente para llegar a mi casa y me sobra...

No me dejó terminar la vieja... Me tomó de las manos, las besó, sentí que las humedecía con sus lágrimas y dentro de mi alma pasó como una oleada de dicha, esa sensación de bienestar indefinible que siente cualquiera que haya hecho una obra buena.

La vi alejarse con pasos cortitos, apurados; la vi penetrar en el inmenso corralón municipal, recorrer el mismo camino que yo había recorrido, y para mis adentros iba pensando:

—¡Pobrecita!... ¡Va a dar la noticia a su pichicho!... Habrá otra escena de agradecimiento, otro encuentro sensacional, otras manifestaciones de envidia por parte de los morituros... ¡Total, tres pesos no son el fin del mundo!... ¡Bien se pueden tirar tres pesos para salvar una vida y devolver la felicidad a una anciana viuda, pobre y sola!

¡Ese bendito 37 no llegaba nunca!

Se me acercó otra vez el mismo peón que me había servido de guía. Presentaba el aspecto de un hombre pesaroso porque sabe que llega tarde.

—Disculpe, señor... ¿Usted le ha dado plata a esa mujer?

—Sí... ¿Por qué?

—Es que no es cierto que tenga ningún perro allá adentro... De vez en cuando suele sacar unos pesitos a los que vienen a retirar animales...

—¡No digas!...

—Ella vive así con el cuento del perro, como hay otros que viven sobre las defunciones y los matrimonios... Los que tienen perros saben cómo se sufre cuando están presos o próximos a ser pasados a la cámara de asfixia... La compadecen y la ayudan, mucho más una vez que salen de acá habiendo rescatado los propios... Las personas felices son bondadosas... a veces.

—¡Ah, vieja sinvergüenza!...

—¿Fué mucho lo que le dio?...

—No... Poca cosa... Tres pesos...

—Menos mal... A veces sabe pechar mucho más... Pero como ha visto que usted salía sin haber rescatado ningún preso, se limitó...

—¡Total, que le aprovechen!

—Allá va... Mírela... ¿Quiere que la corra y se la traiga aquí?

—¡Qué esperanza!... ¡No faltaría más!... ¡Voy a armar un escándalo por tres pesos!

Y, medio fastidiado, un poco por el cuento del tío, un poco porque ese peón había venido a abrirme los ojos mientras estaba gozando con fruición el gustazo de haber realizado una obra buena, le dije con cierto malhumor:

—¡Qué quiere amigo! ¡El vivo vive del sonso y el sonso de su trabajo! ¡Y por lo visto los dos vivimos de nuestro trabajo!

De Mercedes



Imponente manifestación de duelo a que dió lugar el entierro del dintinguido facultativo doctor Eduardo Casay, cuyo deceso ha sido sumamente lamentado. — En círculo: El doctor Eduardo Casay.



CINTURA como el modelo; en cutil y elástico en la delantera, apropiada para sport y para persona delgada.

Medidas hasta 100 cms., ancho del elástico:

21	23	26 cms.
$ 17	18	20

CASA ESPECIAL en la confección de FAJAS de todas clases a medida, para señoras y caballeros.

MEDIAS ELASTICAS Y VENDAS, BRAGUEROS, ETC.

CASA PORTA

PIEDRAS, 341 — BUENOS AIRES



TRIUNFE.....

en la vida con las armas que la naturaleza da a toda mujer y para ello cuide la perfecta conservación de su rostro.

Las pecas, espinillas, manchas, grietas y cualquier otra alteración son las enemigas de la belleza.

"Lait de Beauté"

librará su cutis de toda afección, imprimiéndole además una frescura y una transparencia realmente encantadoras.

USARLA ES ADOPTARLA

Precio del frasco.............. $ 3.50
Interior........................ » 3.70

De venta en todas las Farmacias y Perfumerías de la República.

Unicos Concesionarios:

Farmacia y Droguería Inglesa

La mejor surtida y económica.

Avenida de Mayo, 900 — Buenos Aires

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

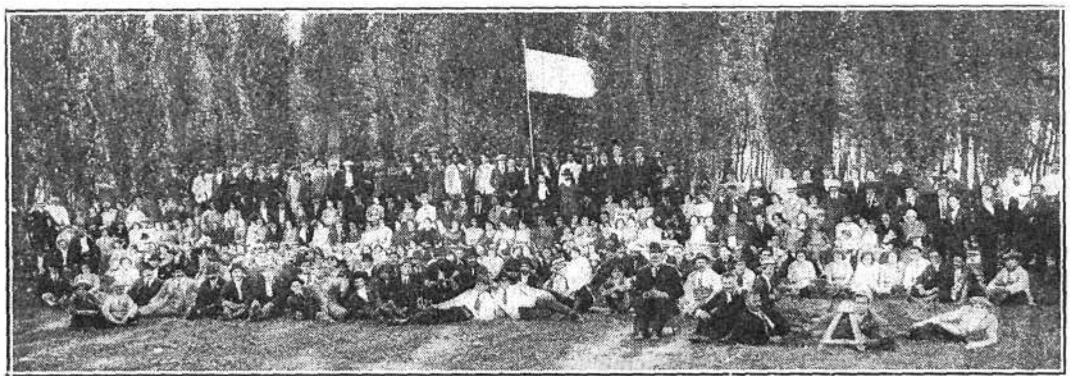
INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES PARA FABRICACION DE CASEINA
PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

De Bolívar



Familias que concurrieron al atrayente picnic organizado por el Centro Recreativo Ibarrense.

EXPLOSIONES DE POLVO

Las industrias que producen una gran cantidad de polvo (por ejemplo, los grandes elevadores de cerales, las fábricas que producen polvo de aluminio o de goma) están preocupadas por las explosiones posibles de ese polvo. El hecho es que un elevador de cerales de Chicago hizo explosión, y aquella robusta fábrica de cemento armado y viguetas de acero de deshizo como si hubiera estallado una bomba de dinamita. Esta explosión se registró el sábado 19 de marzo de 1921, por la tarde. La explosión mató a seis hombres y causó daños que se estimaron en cerca de cuatro millones de dólares.

La Oficina Federal de Química ha estado estudiando el problema desde hace mucho tiempo. El hecho podrá parecer asombroso, y sin embargo es cierto que el polvo, por fino que sea, puesto en ignición por un rayo o por cualquiera otra causa hace explosión y con gran violencia. Las investigaciones que se han hecho han puesto en claro que generalmente hay dos detonaciones. En el desastre de Chicago hubo dos perfectamente separadas por diez segundos. La explicación que se da es ésta: en un edificio del carácter dicho hay siempre una gran cantidad de polvo que flota en la atmósfera hasta que, finalmente, desciende y se posa en las superficies interiores del edificio: paredes, suelos, etc. En cualquier momento hay una buena cantidad de «polvo en suspensión» en la atmósfera y una cantidad infinitamente mayor de «polvo estático». La explosión inicial se efectúa cuando el «polvo en suspensión» se incendia por algún motivo. Esta explosión casi no haría daño a la fábrica, pero el sacudimiento que ella produce determina que el polvo estático vibre y se levante en todo el edificio, y si un corto circuito, el excesivo calor o, en una palabra, la causa de la primera explosión aun subsiste, la segunda se efectúa casi inmediatamente.

Maneras *de* decir...

EL pueblo tiene su manera de decir las cosas. Generalmente las dice mal. Y una frase mal dicha se hace clisé en los diarios de segundo orden y luego la repite todo Buenos Aires.

Las frases «clisé» ahorran tiempo... y desgaste cerebral. Por eso vivimos de frases hechas.

Tome usted un diario cualquiera. Lea el editorial, o el suelto, o la gacetilla y encontrará siempre alguna frase clisé.

Y eso que nuestro idioma es rico, frondoso, inagotable como una fuente.

— Fulano es un político destacado. Pesa mucho en la opinión — se oye decir.

— Zutano pesa lo mismo.

He aquí — pienso yo — dos pesos pesados. Elemento para un «match».

Pesar en la opinión es ser algo.

Pesar en el «ring» es ser más.

Si «tanto tienes, tanto vales», valdrá siempre más el boxeador que el político.

Hay estadistas, hombres de ciencia, literatos, músicos que se ven en aprietos para pagar el alquiler y la cocinera. ¿Existe algún boxeador en análogo caso?

Un «upper-cut», un «swing» hacen, con frecuencia, la felicidad de un hombre.

Y la desgracia de otro. Ese otro es el que recibe el «swing» o el «upper-cut».

Recibir un «cross» o un «hook» es cosa peliaguda. Tanto, como verse obligado a asistir al estreno de un sainete. ¡Calculen ustedes!

Yo no peso en la opinión ni en el «ring».

En este pesaría poco.

En la opinión... quizá pesara menos. Me he resistido siempre a subir a esa balanza.

Pero, pesando las frases del pueblo, me resultan aun más livianas. No pesan nada.

— Fulano es muy preparado.

Así se dice del político, del periodista, del farmacéutico y del almacenero.

Más de una vez me he preguntado: — ¿Preparado en qué? y ¿para qué?

Además, nadie opina por cuenta propia.

— Fulano de Tal es un gran escritor — dice alguien.

Los presentes repiten luego, entre sus relaciones, la misma opinión, aunque lo hagan en otra forma.

— ¡Qué gran escritor es Fulano!

Explórelo usted intelectualmente a quien tal dice. Pregúntele a ese señor qué obras ha leído de Fulano.

Y se quedará mudo.

Dé usted por caso que haya leído alguna.

Interróguelo: — ¿Le agrada a usted? ¿Sí? ¿Por qué le agrada?

Y oirá desatinos. Nadie dirá jamás: — No me siento capaz de opinar.

Así hay quienes juzgan a los músicos, a los cómicos, a los sabios. Los juzgan por la opinión de otros. O de otro, simplemente.

Algunos, más independientes, juzgan por «pálpito».

Menos mal cuando la opinión ensalza y no deprime.

Un tonto dijo en un café: «Me río del talento de Benavente. Es una reputación falsa». Al día siguiente oímos la misma frase en veinte cafés de Buenos Aires y aun en los vestíbulos de los teatros.

Hay hombre barbados, que parecen serios, y opinan así, con ligereza de niños. Hay otros que repiten lo que oyen, sencillamente por el placer de hablar. La verbosidad constituye ya un mal nacional. ¡Qué pocos son aquellos que saben callar! Precisamente eso era lo primero que Sócrates enseñaba a sus dispulos. ¡Qué tarea habría tenido Sócrates en nuestro país! Las tonterías que hubiera tenido que escuchar le habrían resultado más amargas que la histórica cicuta. Y cuando Sócrates hubiera querido difundir sus sentencias filosóficas, algún criollo le habría dicho irrespetuosamente:

— Cállese, che. Ya sabemos que es muy preparado.

Otro, desde más atrás, le habría gritado: — ¡Sufra! Trague saliva. — Algún estudiante en huelga le habría dicho al compañero, dándole con el codo: — ¿Se da cuenta, che?

Tenemos aquí, en la capital, muchos ciudadanos, buenas personas, honestos padres de familia, empleados activos y cumplidores, hasta «preparados», que son algo así como discos de frases hechas; hombres sanos, ágiles, resistentes, capaces de hablar quince minutos sin que se les note que respiran.

Y todo lo que dicen está dicho ya desde el tiempo de Colón y repetido cincuenta mil veces en todo Buenos Aires, desde Belgrano hasta el depósito de la quema, o sea el aristocrático pueblo de las ranas.

¿Por qué la gente hace uso de las frases hechas, de las ideas vertidas por otros? Por que es incapaz de pensar, porque no está «preparada».

Menos mal que todavía quedan algunos, muy contados, que tienen ideas, que las expresan. Cuando esos se acaben será cosa de poner aviso en los diarios pidiendo filósofos de la escuela de Sócrates.

En todas las reuniones los que más hablan son los más vacuos. Es una enfermedad porteña la de hacer alarde de lo que se carece.

¿Necesitan pesados en Norte América? Tenemos muchos para la exportación. Son esos que siempre nos detienen, diríase que nos acechan, y nos hablan de política y nos endilgan, con frasecitas clisé, los editoriales de *La Nación* y de *La Prensa*, que nosotros ya nos sabemos con haber gastado solamente veinte centavos.



Esos, de fijo, son mucho más pesados que Firpo y que Willard juntos.

LEONARDO A. BAZZANO



¡QUE encantador niñito, de mejillas rosadas, ademanes vivos y sonrisa alegre! Es el orgullo de los papás, la delicia de los abuelitos y la admiración de los amigos. La mamita, sobre todo, se siente feliz porque pudo criar robusto al hijo adorado sin grandes fatigas, gracias al inapreciable concurso de la MALTA PALERMO, el auxiliar más precioso para las madres que crían.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS



De Bragado



La directora de la escuela N.º 1, señorita Justina Broggini, con el personal docente de dicho establecimiento que la hizo objeto de una espontánea demostración de afecto con motivo de su jubilación.

PRÁCTICAS SOCIALES

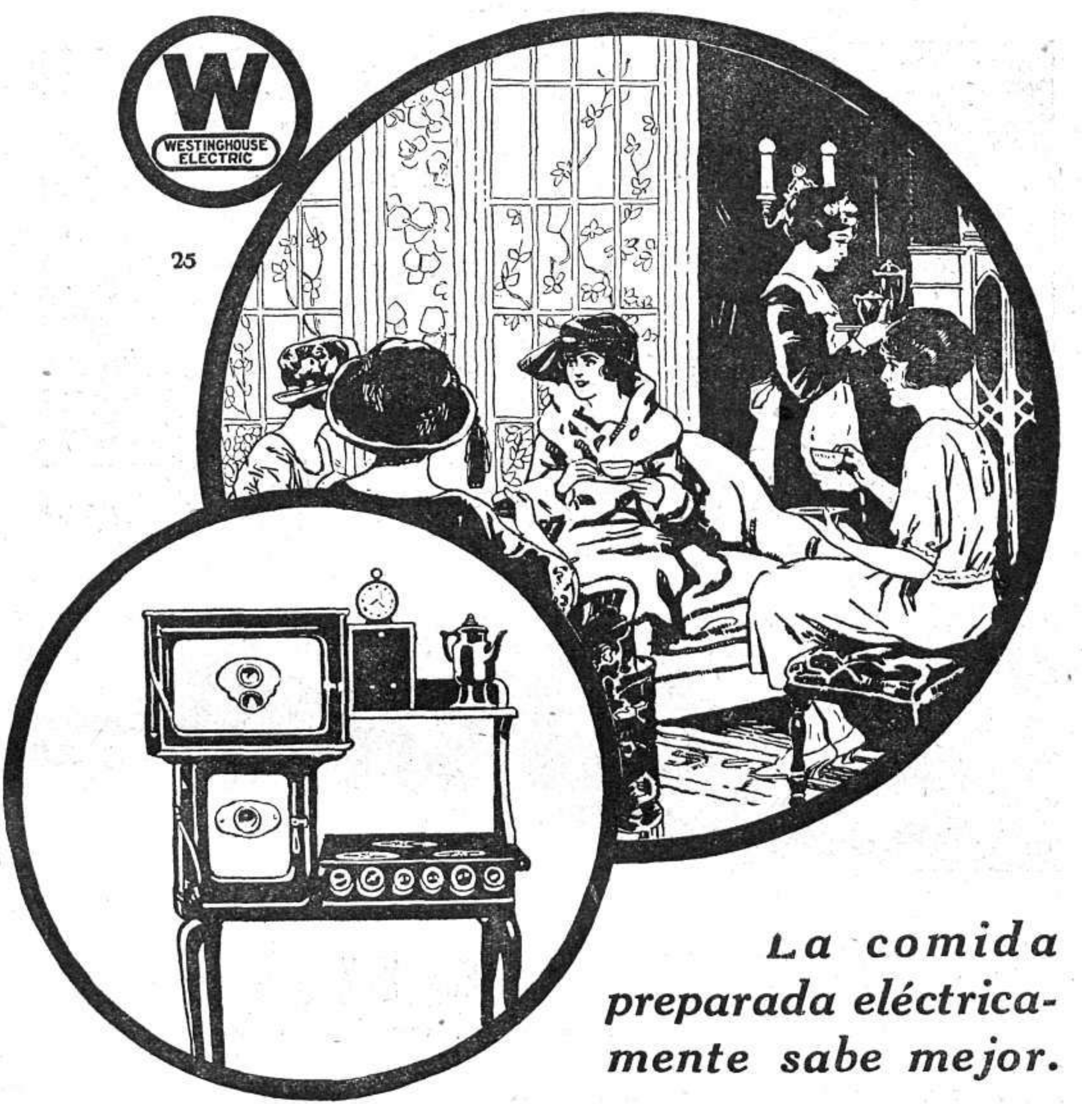
Si todo el mundo comprendiese que la etiqueta no tiene más objeto que hacer que cada cual se sienta cómodo, es probable que la gente no sintiese tanto temor ante la posibilidad de incurrir en algo poco usual. El rey Eduardo VII, que fué uno de los monarcas de más tacto que hayan existido, advirtió cierta vez que uno de los invitados a una comida bebía el contenido del aguamanil o «bowl» que acababan de presentarle. Los que notaron la grave «gaffe» se miraron azorados. ¿Qué pensaría el soberano? Lo que éste pensó pudo colegirse por su actitud: tomó su aguamanil con aire distraído y simuló beber un poco sin pretender con ello establecer un precedente ni de lanzar una costumbre; trataba, simplemente, de hacer menos incómoda la situación del comensal que por ignorancia acababa de cometer semejante torpeza. Lo importante es, pues, en todas las circunstancias, tener presente que un breve cumplido puede hacer más cómoda la situación de una persona amiga y que, además, atrae simpatía hacia quien lo formula.

PENSAMIENTOS

Los PENSAMIENTOS tienen algo de humano... en su parecido.

— En cada PENSAMIENTO vive un POEMA y en cada POEMA un IDEAL.

— La CIRCUNSTANCIA es la más grande escultora de los tiempos: inmortaliza, sobre el lienzo de la historia.



La comida preparada eléctricamente sabe mejor.

Para el que por primera vez ensaya una cocina eléctrica, el sabor de los alimentos constituye una revelación. Los hornos del aparato están científicamente construídos, con el fin de que los alimentos no pierdan el sabor que por naturaleza les corresponde. Es claro que el que ha probado la comida preparada en una cocina eléctrica Westinghouse sabe que no hay exageración en cuanto decimos. Para los que no conocen nuestro aparato, los numerosos testimonios en su favor deben significar algo.

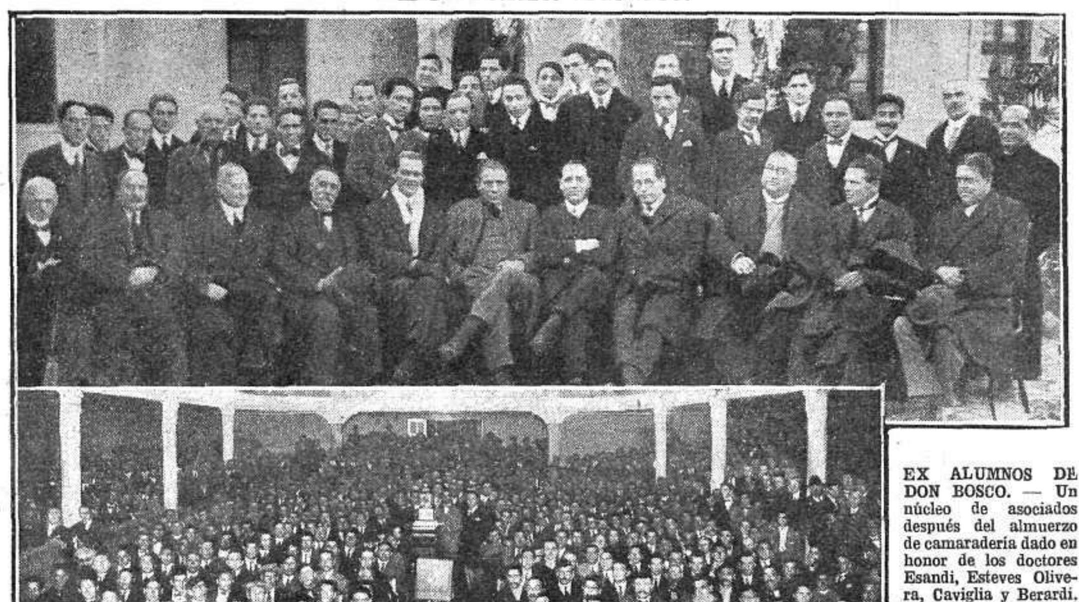
Artefactos y materiales para instalaciones.

Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Córdoba	Buenos Aires	Tucumán
COLON, 59	Av. DE MAYO, 1035	JUNIN, 66

De Bahía Blanca



EX ALUMNOS DE DON BOSCO. — Un núcleo de asociados después del almuerzo de camaradería dado en honor de los doctores Esandi, Esteves Olivera, Caviglia y Berardi, recientemente egresados.

Aspecto que presentaba la sala del Teatro Colón durante la interesante conferencia de divulgación científica del doctor Fernández Verano.



UN CONSEJO PARA LOS CRIADORES DE CERDOS: ALIMENTAR BIEN A LAS CHANCHAS QUE ESTAN CRIANDO

He recibido una consulta sobre la mejor manera de alimentar a las chanchas madres que están criando una lechigada numerosa, y no titubeo en advertir a mi corresponsal de Marcos Juárez que, en primer lugar, está muy equivocado en tener a la madre encerrada a pesar de lo que dice que los lechoncitos disponen de terreno amplio para ejercitarse afuera del chiquero.

En el caso de las chanchas encerradas es necesario observar gran cuidado en lo que a su alimentación respecta, por la sencilla razón de que fácilmente contraen el estreñimiento y sufren de escasez de leche si no se las da una ración abundante y apropiada; y una vez que la producción de leche sea afectada, los lechoncitos sufren, como es natural. Para la crianza con éxito de los cerdos, el criador deberá tener en cuenta siempre los consejos que nunca me canso de repetir a los criadores de vacunos: «No deje jamás al ternero perder su carne de ternero».

Un amigo del que suscribe, criador de cerdos en gran escala, dice que la experiencia de él es que las chanchas que se alimentan por el sistema al aire libre, sea con alfalfa o con pastos naturales y con una ración bien equilibrada, nunca sufren del estreñimiento ni de escasez de leche, ni tampoco tienen el vicio de matar y comer a los lechoncitos; mientras que las chanchas encerradas y mal alimentadas están sujetas a todas estas cosas. El mismo criador citado se expresa como enemigo decidido de la costumbre de destetar los lechoncitos a una edad corta, habiendo aprendido con la práctica que una chancha podrá criar mayor número de lechones por año si éstos quedan con ella por doce semanas por lo menos.

Se debe tener en cuenta que una chancha que está criando necesita para la producción de leche una alimentación parecida a la que se da a las vacas lecheras. Si la chancha ha de producir leche deberá recibir los materiales más apropiados para tal objeto, y cuanto sea mayor la cantidad de leche que tiene que dar, mayor alimento debe recibir, lo mismo como la vaca lechera. La chancha que está criando necesita de alimentos de fácil digestión, albuminoides, carbohidratos y grasa, como también materia mineral; y puesto que la leche de chancha contiene dos veces más albuminoides que la leche de vaca, necesita más albuminoides digeribles, en la misma proporción, que la vaca.

El alimento para una chancha deberá responder a las siguientes condiciones: Primero, debe ser de fácil digestión; segundo, deberá contener suficiente material fibroso, sea en los cereales, o en la forma de verdura o raíces, para mantener los intestinos en buen estado; y tercero, los alimentos digeribles deberían proporcionarle albuminoides y carbohidratos en la proporción de 1 a 4 aproximadamente; es decir, una parte de albuminoides y cuatro partes de carbohidratos y grasa en conjunto. Este último punto no es meramente teórico. La práctica de muchos criadores de cerdos en gran escala lo ha venido a confirmar; hombres que se han dedicado a esta industria con amplios conocimientos y que miran a los cerdos como la fuente principal de sus recursos, calculando las raciones que se dan a las chanchas y al plantel en general, y comparando los rendimientos con el costo de producción, con todo cuidado.

Existe esta diferencia entre las vacas (y demás rumiantes) y los cerdos: para las vacas no es de mayor importancia si los alimentos que se les proporcionen son o no de fácil digestión, pues los rumiantes pueden digerir casi cualquiera cosa, por así decirlo, mientras esto no sucede con las chanchas. Una chancha puede digerir hasta el 85 % de una clase de harina, y cambiando por otra clase puede ser que sólo digiera el 45 %.

Alimentos de muy fácil digestión, como el maíz, y en menor grado la cebada y las arvejas, gozan de la reputación de ser alimentos que producen calor, porque se digieren tan pronto y tan completamente que no queda nada en los intestinos para expeler en forma de estiércol, lo que motiva el estreñimiento. Los desperdicios de los molinos, especialmente el afrecho y el afrechillo, son considerados como alimentos refrescantes porque se digieren tan poco que el estiércol se forma en grandes cantidades y ayuda a mantener los intestinos en buenas condiciones. Sin embargo, si este estiércol fuera examinado, se vería que es compuesto en gran parte de afrecho o afrechillo, según el caso, que tan poco han cambiado durante su circulación por el estómago e intestinos y que es tarea fácil reconocerlos en el estiércol. Alimentos de esta clase no pueden, seguramente, beneficiar mucho a los cerdos.

MATERIAL FIBROSO ES ESENCIAL

Pero, como he dicho ya, es esencial para la salud de la chancha que los alimentos que se le den contengan cierta proporción de material fibroso, y por eso se utilizan afrecho y afrechillo para mezclar con las más digeribles harinas. Si la chancha tiene la oportunidad de pastar, no necesita más material fibroso que el que obtiene de esta manera. Pero si se encuentra encerrada en el chiquero, entonces será necesario suministrarle pasto cortado, alfalfa, repollos u otras verduras semejantes, que le proporcionarán el material fibroso necesario para su salud. Durante el invierno, cuando las verduras, etc. escasean, los nabos y otros raíces semejantes bastan por lo general, o en caso de necesidad un sustituto excelente puede ser preparado cortando alfalfa seca y pasándola por agua hirviendo, dejándola en el agua hasta que ésta se enfríe. Un puñado de alfalfa tratada de esta manera y mezclada en el balde con cada comida de harina proporcionará a la chancha la cantidad necesaria de material fibroso, ade-

más de cierta cantidad de nutrición. Sin embargo, en este país es siempre posible cultivar suficiente cebada y avena para proveer una ración vegetal durante el invierno, y en muchas partes de la república hay alfalfa disponible durante todo el año, siempre que los potreros hayan sido cuidados en debida forma.

Por algunos días después de haber parido, la chancha debe recibir una ración compuesta del 75 % de cebada o maíz molido, el 10 % de arvejas y el 15 % de afrecho o afrechillo; pero queda entendido que esta mezcla se hace por peso y no por volumen. El afrecho sirve para mantener los intestinos en buena función en una época en que difícilmente la chancha se halla dispuesta a comer verdura, aunque se le ofrezca. Una vez que se ha comprobado que puede suministrar leche para los lechoncitos y que ella misma se encuentra en buenas condiciones de salud, se puede omitir el afrecho de la comida.

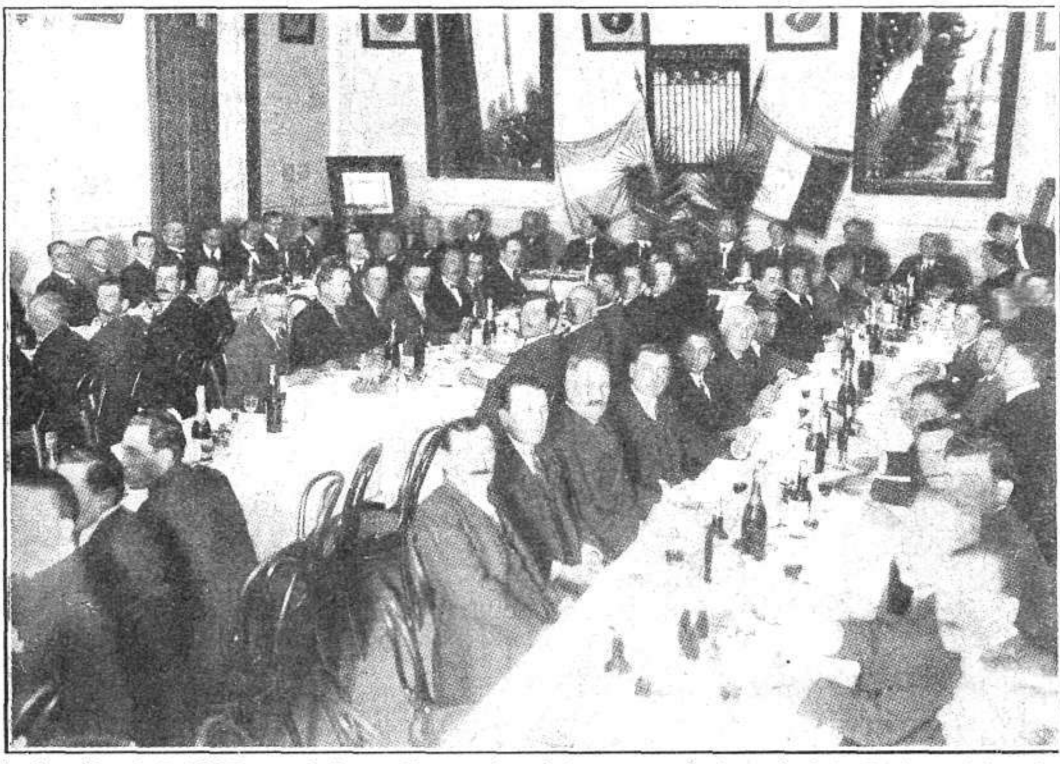
Cabe notar aquí que el maíz, cebada o trigo, son intercambiables, y a pesar de que una mezcla de dos o más de estos cereales es tal vez mejor que cualquiera de ellos solo, el más barato siempre puede ser utilizado en mayor cantidad en lo que respecta al maíz y la cebada.

Para terminar, agregaré que en la Gran Bretaña y en toda Europa, donde es fácil adquirirla, es costumbre invariable incluir en la comida de la chancha desde el 10 % hasta el 15 % de harina de pescado. Esto se hace en parte por el albuminoide animal que proporciona, pero principalmente por la gran cantidad de fosfato de cal que contiene y que se utiliza para formar los huesos. La inclusión de harina de pescado en la alimentación de cerdos encerrados y de chanchas con cría es el mejor preventivo que hay para que las chanchas no coman los lechoncitos; y hasta se puede decir que con el uso de esta precaución el peligro queda completamente eliminado.

Las chanchas que están criando necesitan cereales en abundancia, especialmente si el parto ha sido numeroso, pero no deben recibir tanto que se les quiten las ganas de comer pasto verde, verdura o raíces. Los alimentos son siempre más fáciles de digestión si se come verdura, etc., con ellos o inmediatamente después.

Alimentada de la manera indicada, con una ración bien proporcionada y digerible, se encontrará que la chancha pierde muy poco de peso, será buena madre y ella misma gozará de excelente salud. La mayoría de las enfermedades en los chanchos se originan de una alimentación deficiente y mal proporcionada, que contiene o demasiado albuminoide o no suficiente, y algunas veces la causa puede ser una deficiencia de verdura en la comida. Otro punto de gran importancia es cerciorarse que las chanchas reciban agua en abundancia.


TRAPICHE
El nombre que en Vinos
representa
PUREZA, SABOR y CALIDAD
BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744 - FLORIDA - 744
Buenos Aires
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central
Trapiche
RESERVA
BENEGAS
TRAPICHE



Lunch servido en la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos en honor de los nuevos socios honorarios doctor Domingo Cacivio y señor Francisco Minjoulet.


Medio siglo
de éxito constante
es la prueba más
concluyente del favor
que se dispensa a
este aceite de oliva.
Boccanegra



Caracterizados vecinos de esta localidad que a iniciativa del señor Edgardo Bernal se constituyen en asamblea al objeto de formar una sociedad de fomento, para cuya presidencia fué electo el señor Mateo González.

ATERRADOR

¿Me conocéis?... Yo soy el príncipe de todas las alegrías, el compañero de todos los goces mundanos, el mensajero de la muerte, el príncipe que gobierna el mundo. Yo estoy presente en todas las ceremonias y ninguna reunión tiene lugar sin mi presencia. Yo fabrico los adúlteros, hago nacer en los corazones los pensamientos criminales, mancho los hogares, soy padre de los sin padre, enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura, el crimen en formas inimaginables. Yo acabo con las familias, persigo a los abuelos en los nietos, hago perder la vergüenza, la dignidad, el honor, la buena educación. Yo corro un velo sobre los ojos, sobre la conciencia y hago aparecer el crimen como venganza, la abyección como pasatiempo, la inmoralidad como entretenimiento, el adulterio como conquista galante. Yo he ganado más victorias que Alejandro, he uncido más pueblos a mi carro que Roma, he asaltado más ciudades que Atila. Yo hago que los maridos se rían de la infidelidad de la esposa ajena, trabajando, ¡necios!, por la ruina de su propia esposa; por mi causa, los jóvenes y los viejos se divierten haciendo epigramas contra la moral. Yo hago los diputados obteniéndoles votos para que hagan leyes que aumenten mi reino que es de toda la tierra. Yo aspiro a convertir el mundo en un hospital, en un manicomio, en un circo donde estén encerrados tigres, asnos, puercos, halcones y buitres; quiero sangre, desolación, ruina, liviandades, rencores, guerras, desesperación y blasfemia. Yo nazco en todas partes, conozco las frías regiones de la Laponia y Siberia, las ardorosas de Egipto e Italia. Yo tengo origen en el trigo, el arroz, el maíz, la cebada, el jugo de la uva, la vid, la leche de yegua; mi patria es la tierra; mis esclavos los hombres; el que me envía, el príncipe del mal. Yo sé que me conocéis, pero no queréis nombrarme porque todavía os resta el pudor de los nombres, ya que habéis perdido el de los hechos. Yo soy vuestro rey.

Yo soy... el *alcohol*.

CATULO MENDES.



UN COLECCIONISTA

La otra tarde, mientras me paseaba por la calle Florida, detúvome en la esquina de Corrientes un hombre joven, de hasta veinticinco años de edad, alto, elegante, bien trajeado y no mal parecido.

— Hola — me dijo. — ¿Como te va? ¿Qué es de tu vida? ¡Tanto tiempo!

Y luego de abrazarme siguió tuteándome cordialmente, hasta que al fin, viendo que yo no salía de mi asombro, me preguntó si no lo conocía.

Aunque en la expresión de mis ojos estaba la respuesta, preferí una evasiva y le dije que en ese momento me sentía desmemoriado.

El hombre se echó a reír y exclamó:

— ¡Cómo!... ¿No te acuerdas de Gómez?

¿Gómez? Mi situación se hizo más embarazosa todavía. Me quedé pensativo, tratando de conjugarlo con alguno de los muchos Gómez que conozco.

Pero el hombre no me dió tiempo y vino en mi ayuda.

— ¿Es cierto? ¿No te acuerdas? Soy Gómez. Carlos Gómez, tu condiscípulo. El del Colegio Nacional.

— ¡Ah! ¿Carlos Gómez, el de las caricaturas?

— El mismo. Carlos Alberto Gómez Leal.

— ¡Cuánto celebro encontrarte, hermano!

Y ensayé mil disculpas mientras evocaba al compañero de los buenos años que hacía las delicias de nuestra clase con sus caricaturas y parodias de profesores y políticos. En seguida lo interrogué acerca del curso que había tomado su vida y de su profesión.

— Te has hecho caricaturista — le dije seguro de acertar.

— No, che, nada. He viajado. Eso sí. Por toda Europa: Italia, Francia, Inglaterra, Alemania. Pero no estudié. No soy artista. Consumidor de arte. No más.

— ¡Ah, es interesante!

— ¿Quieres que te cuente? Entremos en un bar.

No rehusé y nos fuimos hasta el Richmond. Allí, oyéndolo durante diez minutos, pude darme cuenta de que Gómez, no obstante su segundo nombre y su segundo apellido, Gómez era el mismo de siete años antes. En menos de media hora me contó una serie de aventuras inverosímiles que le habían acaecido en Europa. Después, como yo le volviera a preguntar sobre sus estudios, se justificó diciéndome que no había estudiado ninguna carrera, pero que, en cambio, traía el conocimiento del mundo y de la vida, que sirve para emprenderlas todas.

— Vieras como son allí los hombres — me dijo. — ¡Es otro mundo! Muy distinto. ¡Qué de sabios sencillos! ¡Qué de artistas humildes!

Y comenzó a enumerarme las personalidades que había conocido en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania y en España.

— ¡Los amigos que me hice! Muchos autógrafos. Muchos libros. Muchos retratos. ¡Una fortuna!

Yo, que desde luego lo escuchaba con mucha cortesía, le manifesté gran interés cuando hubo concluído.

Sin duda halagado por mi curiosidad, él insistió en que lo visitara.

— ¿Quieres venir ahora? Es aquí no más. Esmeralda y Tucumán. Casa de pensión.

Accedí y nos fuimos hasta el hotelito. Subimos a un segundo piso. El cuarto de Gómez era pequeño. Se parecía a la redacción de la revista «Nosotros». Una pequeña mesa en el centro; una reducida biblioteca y las cuatro paredes cubiertas literalmente de retratos. Los había de toda clase: grandes y chicos, angostos y anchos, sencillos y lujosos. Tenían sendas dedicatorias, o cuando menos la firma del retratado.

El extraño aspecto tocó, desde luego, mi curiosidad.

— Ya sabes — me dijo Gómez. — Es tu casa. Puedes inspeccionar todo. Te va a interesar.

Gómez — no sé si el lector lo advirtió — hablaba con frases cortadas, como aquel Mr. Jingle de Dickens o — si se prefiere — en el estilo de nuestros poetas ultraístas. Me decía:

— Mira este France. Ultimo retrato. Regalo del maestro. Dedicatoria en francés: «A mon cher ami M. Charles Albert Gómez Leal de la Republique Argentine».

— ¡Magnífico!

Y alentado por tal hallazgo di una vuelta por el cuarto. ¡Cielos! Me encontré con las efigies de los más diversos personajes. La Ana Pavlowa de Van Riel junto a la condesa de Pardo Bazán; Henri Barbusse cerca de Benedicto XV; Mascagni al lado de Pío Baroja; Gorki fumando junto a Risler sentado al piano, etc., etc. Y todos esos retratos o dibujos con grandes dedicatorias.

A medida que yo los iba contemplando, Gómez me explicaba cómo los consiguió:

— ¡Ah, en Europa! En París. Obtienes lo que deseas. No sólo retratos. Cualquier cosa. ¿Un soneto de Mallarmé? Doscientos francos. ¿Un poema de Lamain? Cien francos. ¿Un autógrafo de Francis Jammes? Pues te vas a visitarlo... Y se acabó. ¡Vieras las cosas que tengo en aquel cajón del escritorio!

Y, sin más, se acercó a él y comenzó a extraer objetos distintos. Una pipa que — me aseguró — era de la colección de Kipling. La lapicera con que Remy de Gourmont escribió *Le probleme du style*. Y muchos originales y autógrafos de celebrados escritores de Inglaterra, Francia, Alemania y España.

Hasta las ocho estuve hojeando papeles y revisando las adquisiciones que había hecho mi amigo en Europa.

Cuando por fin lo llamaron a cenar ya estaba yo cansado. Gómez me invitó a cenar con él; pero rehusé alegando que me esperaban en casa. El hombre insistió en que me quedara y no pude irme sino a condición de prometerle una larga visita al día siguiente. Antes de separarnos me dijo que podía cederme, y en buenas condiciones, algunas cosas. Pero yo me fuí diciéndole que por el momento andaba pobre; pero que de cualquier modo volvería.

Y, en efecto, a la tarde siguiente volví. Estaba en verdad sorprendido que aquel muchacho caricaturista del Colegio Nacional se convirtiera, tan de pronto, en coleccionista yanqui. ¡Pero qué mucho si lo sabía audaz y emprendedor como pocos!

Serían las cinco de la tarde cuando llegué, por segunda vez, a la pensión de la calle Esmeralda y Tucumán. El ascensor estaba en marcha y yo, para no perder tiempo, subí las escaleras corriendo, como si fuera a visitar una novia. Golpeé en la puerta, impaciente, y esperé a que me abrieran. Pero nadie me contestó. Al momento una mujer de edad vino a decirme que Gómez había salido.

Bajé en el ascensor y contrariado. ¡Quién sabe — me decía — cuántas cosas únicas en Buenos Aires había perdido de conocer!

Ya en la puerta de calle y dispuesto a ir al cine para encontrarme como un mi amigo, con el feliz poseedor de uno de los treinta dineros por los que fué vendido Cristo, me topé, vaya el cambio, con Julio Castro, estudiante de derecho y compañero común de mi amigo y mío. El futuro abogado iba precisamente a la casa de Gómez y pude enterarlo de que el coleccionista no se encontraba en su museo.

— ¿Le has visto el boliche? — me preguntó Castro.

— Sí — le dije. — ¡Es colosal! ¡Quién lo hubiera dicho!

Mi amigo se echó a reir. Y en seguida exclamó:

— Todavía encuentra clientes el rico tipo.

Yo no le entendí.

— ¿Quieres explicarme? — le dije. — Yo no le compré nada. Todavía no le conozco todas las cosas.

El mozo no se acababa de reír.

Al fin, cansado ya de su risa, tomé la cosa en serio y le hice presente que tuviera a bien no burlarse de mi curiosidad. Que si a él interesaba el nuevo Código Penal, yo prefería el más antiguo de los retratos del que escribió *La vie en fleur*.

— De Anatole France, precisamente — saltó él. — Sí; ja, ja, ja: «A mon cher ami M. Charles Albert Gómez Leal de la Republique Argentine». Ja, ja, ja.

Y conteniendo la risa:

— ¿Pero no te has dado cuenta de que todo eso es farsa? ¿Que Gómez mismo se ha hecho su ma-ra-vi-llo-sa colección? ¿En dónde va a comprar poemas autógrafos de Lamain y auténticas pipas de Kipling?

Y tomándome de la mano me dijo:

— Pura farsa, che. ¡Increíble! Pero te ruego que no reveles el secreto a nadie.

— ¡Cómo! ¿Por qué?

— Porque ya todos lo saben...

Y se echó de nuevo a reír.

SAMUEL GLUSBERG

DIBUJO DE R. ESCALADA

ERA UN SUAVE ENCANTO

por

ALEJANDRO INZAURRAGA

DIBUJO DE FIORAVANTI



Era un suave encanto la viejita mía,
toda transparencia, toda claridad,
con su bello ingenio libre de ironía,
libre de malicia su vivacidad.

Su consejo sabio, para el bien seguro,
¡cuántas, cuántas veces mi senda inspiró!...
Si en mí vibra un algo de noble y de puro,
la viejita mía fué quien me lo dió.

La dulce viejita de níveos cabellos,
fuente generosa de amor y virtud.
¡Al cerrar sus ojos, apagué con ellos
últimos fulgores de mi juventud!

¡Tantos años juntos con la madre buena,
siempre estimulando lo mejor de mí!...
Hoy, que se me ha ido, me asalta una pena:
¿por qué más amante, más suyo no fuí?...

Era un suave encanto la viejita mía,
toda inteligencia, toda corazón;
¡y con qué dulzura se nos desprendía,
ya prontas las alas para su ascensión!...



Aspecto del salón Alem durante el festival realizado conmemorando el primer aniversario del gobierno del binomio Cantilo-Solanet.

¿CÓMO SE EMPEZÓ A FABRICAR EL PAPEL?

Si en un vaso lleno de agua echamos fibrillas de origen vegetal y vertemos el contenido sobre un tamiz metálico con ligero reborde, el agua pasará en gran parte a través del cedazo y las fribrillas se agruparán formando una hoja de escasa consistencia, que podremos recoger sobre una bayeta si con cuidado la posamos sobre el tamiz.

Si luego colocamos otra bayeta encima y las prensamos, escurrirá más agua y la hoja de papel tendrá la suficiente consistencia para que la colguemos al aire y la dejemos secar. Esta sencilla operación se hace hoy en máquinas continuas. Cuando el cedazo es plano se llaman máquinas planas y si el cedazo se arrolla formando un cilindro se llaman máquinas redondas. El principio es el mismo, y los medios de extraer el agua son la aspiración, la presión y el contacto con superficies calientes.

Las fibrillas de que hemos hablado son de distinto origen; pueden ser de lino, de cáñamo, de algodón, de pita, yute, paja, esparto, madera de pino, de abeto, de chopo, etc., etc., y, naturalmente, el papel obtenido ostenta diferentes cualidades, según se halla compuesto de unas u otras clases y según el tratamiento a que aquellos materiales hayan sido previamente sometidos.

Los trapos de hilo y de algodón convenientemente legivados y blanqueados fueron los primeramente utilizados en la fabricación de papel.

Empleáronse luego para ciertas clases la paja, y últimamente hizo su aparición la madera, que, tratada químicamente, proporcionó celulosa de análogas condiciones a las del algodón, y tratada mecánicamente hizo posible la baratura del papel y la considerable expansión del libro barato y el periódico.

NICOLÁS M.ª DE URGOITI.



Todo lo que Forma el Organismo de los Niños

Está en el QUAKER OATS.

Es un alimento completo. Contiene los 16 elementos requeridos, y para hacerlo más completo aún la Naturaleza le ha dado un sabor delicioso.

Cada niño debe tomar, todos los días, el QUAKER OATS para asegurarse que no le falta elemento alguno de nutrición; es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



WAHL PEN

Compañera del

EVERSHARP

BASTAN unos segundos para llenar de tinta la pluma Wahl, aún cuando, gracias al delgado cilindro de metal, su depósito de tinta es muy amplio.

Las hay de diversos tamaños, estilos y precios; artísticamente grabadas; de puntos finos o gruesos. Entre ellas encontrará usted una a su gusto.

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

La legítima lleva el nombre grabado. Eso la garantiza.

THE WAHL COMPANY
Nueva York E. U. de A.

De Rosario

Banquete ofrecido por el director del diario «Crónica» a sus redactores y amigos celebrando el X aniversario de la fundación de este prestigioso periódico.

CONSULTORIO

N.º 1984. — *¿En algún país las mujeres se casan con árboles?*

PEDRO PITA. — Ciudad.

Entre las muchas costumbres extrañas que existen en la India figura la de casar a la hija mayor de la familia con un árbol o con una flor.

Obsérvase allí una regla, según la cual en la familia que hay varias hijas no se puedan casar las menores mientras no se haya casado la mayor, y a veces ocurre que la mayor no tiene pretendiente y en cambio lo tiene una de las hermanas.

En semejante caso se resuelve la dificultad mediante un curioso ardid que consiste en casar a la hija mayor con un ábol o con una flor grande. Pero hay que tener cuidado de que el «marido» sea un ciruelo, un manzano o un albaricoquero, porque la «esposa» puede divorciarse de cualquiera de ellos si posteriormente se le presenta un marido de carne y hueso.

No pueden efectuarse enlaces con sauces, pinos ni chopos, porque son árboles sagrados y no se puede jugar con ellos.

N.º 1985. — *¿Quien posee el sombrero más caro en el mundo?*

A. D. C. — Ciudad.

Cecilia Sorel, la eminentísima actriz francesa, ha tenido el raro capricho de «epatar» a los yanquis luciendo en las avenidas de Nueva York un maravilloso sombrero, cuyo precio alcanza la interesante suma de 18.000 libras esterlinas.

El precioso «bonnet» está construído con amplias cintas y lazos de oro, y sus adornos son originales combinaciones de diamantes y esmeraldas. La famosa actriz ha asegurado su sombrero en un millón de francos, y la Compañía aseguradora ha puesto la condición de que un particular «detective» acompañe y vigile constantemente a la actriz.

Una fortuna por un sombrero.

Por otra parte, el vestuario de Cecilia Sorel, guardado en 38 grandes baúles, está asegurado en tres millones de francos.

N.º 1986. — *¿Qué país fué el primero en usar el alumbrado de gas?*

SANTIAGO SUSINI. — Temperley.

El alumbrado por el gas hidrógeno se probó por primera vez en Inglaterra en los últimos años del siglo XVIII. Murdoch hizo la primera prueba en 1792 en Redruth, país de Gales, y Felipe Lebon, en el año VII de la República, o sea en 1799, anunció al Instituto el nuevo descubrimiento. Quiso instalar ese alumbrado en el hotel y jardín de Seigueley, en la calle de Saint Dominique, de París, pero murió tres años después sin haber visto el éxito de su intento. Sólo veinte años después de estos ensayos el gas llegó a ser, aunque lentamente, el alumbrado práctico, si bien aún poco conocido.

Murdoch, en el año 1802, montó una fábrica de gas en Mánchester, y en 1818 Bruselas quedó alumbrada por el gas. El mismo año se autorizaba en París la instalación de una pequeña fábrica para la obtención del gas hidrógeno. Poco a poco el nuevo alumbrado fué admirando al mundo y su uso se hizo más general.

En 1819 hizo su aparición en los teatros y en algunos otros lugares de París y se empezaron a fundar sociedades para producir y explotar el gas del alumbrado.

En 1829 había ya en París seis de estas compañías, todas las cuales se fusionaron en 1856.

En aquella época no sabian cómo aumentar o disminuir el número de mariposas, ni su intensidad; al apagar una luz había que apagarlas todas. Poco después apareció el contador hidropneumático de Sauveur.

Si los particulares y las autoridades adoptaron con muchísima prudencia el nuevo alumbrado, los teatros, por el contrario, lo aceptaron todos desde su aparición.

El teatro de la Opera fué el primero que empleó este alumbrado, en la obra titulada «Aladino o La lámpara maravillosa».

Este acontecimiento teatral data del 6 de febrero de 1822. Una araña de 108 luces alumbraba la sala, y los periódicos hablaban y daban detalles de la nueva llama que reemplazaría para siempre a las velas y quinqués de todas clase.

Durante esta revolución del alumbrado teatral se llegó a escribir que el gas partía de la fábrica de Montmartre ya encendido y que por la tubería llegaba así hasta el teatro

Otros se imaginaban que el gas no era otra cosa sino el antiguo fuego griego que inflamaba al contacto del agua y por eso no se podía utilizar para el alumbrado público, pues al llover se inflamaría.

La vida del gas ha sido poco duradera: la electricidad lo ha matado. Un siglo de existencia y mucho menos de uso práctico; para la vida del mundo ha tenido sólo unos segundos de existencia.

Ahora el alumbrado eléctrico reina, y nos parece que su vida será eterna. ¿Será derrocada su dinastía por otro ultramoderno?

N.º 1987. — *¿Quién fué el descubridor del café?*

CAMILO HARDOY. — La Plata.

El historiador Ahmed effendy hace subir el descubrimiento del café al siglo XIII, en el año 656 de la hégira. El primero que concibió la idea de hacer uso de él fué un derviche de la orden de los Schazilys en Moka, en Arabia. He aquí cómo se refiere este hecho.

Un día aquel solitario fué expulsado del convento por su mala conducta y desterrado a la montaña Kiouth-Ewsab: encontrábase sin recursos y se moría de hambre en aquel desierto, e imaginó el hacer hervir los granos de un arbusto de que se hallaban cubiertas aquellas inmediaciones. Ya hacía tres días que se alimentaba con sólo esa bebida, cuando, sabedores de su destierro, dos amigos suyos fueron a verle y a llevarle algunos socorros. Su sorpresa fué extremada cuando le encontraron tan fuerte como si no hubiese sufrido ninguna privación. Deseosos de conocer la bebida a que era deudor de la vida, la probaron, y hallando delicioso su perfume continuaron tomándola durante los diez días que permanecieron con su amigo. Grande fué su júbilo cuando transcurrido aquel tiempo se vieron curados de una enfermedad cutánea que padecían y que les molestaba muchísimo; ambos atribuyeron tan prodigioso efecto a la bebida salutífera. No tardó mucho en divulgarse la noticia por Moka, y los habitantes fueron a la montaña a buscar los granos del cahvé, e hicieron uso de él con el anhelo que inspiraba la novedad y la esperanza de un medicamento tan agradable como eficaz.

Bien pronto llegó a ser el remedio de todos los males y como una panacea universal; pero precisamente como medicamento era peligroso su abuso; sin embargo, su delicada fragancia y sabor agradable no contuvo ni aun a aquellos para quienes era contrario.

El príncipe de Moka llamó al derviche, le colmó de beneficios y en honor suyo mandó construir al pie de la montaña un convento que, según se dice, todavía subsiste. El autor del descubrimiento se ha hecho célebre con el nombre de Scheykh-Omer. Tal es, según las leyendas árabes el origen de esta bebida, que forma las delicias de todo el Oriente y de una buena parte de Europa.

Durante largo tiempo sólo la usaron los árabes, y hasta un siglo después el cahvé o café no se introdujo en Egipto, en Siria, en el Asia Menor, en Persia y en la India.

N.º 1988. — *Desearía saber qué es una aureola luminosa.*

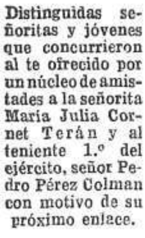
ANTONIO VILA. — Ciudad.

Dícese aureola luminosa al disco o círculo de luz que aparece coloreado al marco de un objeto. También se da este nombre a la especie de vaina que rodea la chispa eléctrica.

En meteorología se aplica esta palabra a las manchas negras que aparecen en la parte blanca de un halo y a las manchas blancas en la parte negra.

Es también aureola la corona dorada que se ve alrededor de la luna en los eclipses de sol.

Hay además otras varias que las encontrará en un buen tratado de meteorología.



Distinguidas señoritas y jóvenes que concurrieron al te ofrecido por un núcleo de amistades a la señorita María Julia Cornet Terán y al teniente 1.º del ejército, señor Pedro Pérez Colman con motivo de su próximo enlace.



Conocidas señoritas de esta ciudad que tomaron parte en el torneo organizado por el «Tucumán Lawn-Tennis Club».

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

LA TIRANA, *por Vicente Medina.* — Ya Víctor Hugo nos había enseñado el *Arte de ser abuelo* en un libro que ahora se lee poco; el señor Medina no cree, seguramente, que haya ningún arte en ello. Es un abuelo cariñoso, tiene una nietecita encantadora, y es, además, un poeta tierno y sencillo, y sin poner ex profeso ningún arte premeditado en su obra, sino el que naturalmente emana de sus sentimientos y de su inspiración, ha escrito un libro de versos cuya lectura seduce desde el primer momento. Agréguese que la parte material del libro es muy bella, y se comprenderá que el obsequio del señor Medina a su nietecilla, la Tirana, no podía haberlo ideado otro abuelo sino él.

EMILIO BONTROUX Y LA FILOSOFÍA UNIVERSITARIA EN FRANCIA, *por José Ingenieros.* — El autor de este libro, que goza de tanto prestigio en nuestro país como en el exterior, es un estudioso infatigable, de tal suerte que su bibliografía es ya extraordinariamente abundante. Hombre de ciencias a las derechas, es, por lo tanto, filósofo, y de ahí que sus trabajos últimos, en que la filosofía prima sobre la ciencia, pero sin que ésta pierda su importancia, sean de extraordinario interés. Todos saben que Bontroux fué uno de los más afamados filósofos de la generación anterior a la de Bergson, y su posición en la filosofía universitaria francesa es el tema de este último libro del señor Ingenieros. Quizás habría sido de desear un estudio sin esa restricción de lo universitario; mas, en todo caso, el libro de que hablamos, bien que nada nuevo nos dice acerca de la erudición ni del talento del autor, bien conocidos y apreciados, constituye una contribución de positivo valor para el estudio de la personalidad de un filósofo como Bontroux, de innegable influencia en el movimiento espiritualista de la filosofía francesa contemporánea, que ha tenido, naturalmente, repercusión entre nosotros.

ANTOLOGÍA AMERICANA, *por Alberto Ghiraldo.* — El señor Ghiraldo ha emprendido en Madrid, en donde hace tiempo reside, la publicación de una Antología Americana, que comprenderá varios volúmenes, el primero de los cuales, que es éste, está dedicado a los Precursores, es decir, a los que escribieron o hablaron en los gloriosos días de la lucha por la independencia. Así pueden leerse en dicho volumen producciones de San Martín (cartas), Bolívar, Mariano Moreno, José de la Luz y Caballero, José Joaquín Fernández de Lizardi, Dámaso Antonio Larrañaga, Camilo Enríquez, José Camilo Torres y José Mejía Lequerica. Como se ve, el criterio del compilador, desde el punto de vista del americanismo, es muy amplio, bien que podría señalarse la ausencia, entre los escogidos, de algunos no menos dignos que esos de figurar en una Antología de esa laya.

ROSAS Y LA SOCIEDAD DE BENEFICENCIA, *por Alberto Meyer Arana.* — En más de una ocasión nos hemos ocupado de libros de este tan inteligente como laborioso investigador histórico. El fin principal de sus investigaciones ha sido siempre la historia de la Sociedad de Beneficencia, la gran fundación de Rivadavia, que ha sobrevivido a los embates de un siglo, buena parte del cual fué bastante tempestuosa; y dado ese fin, era inevitable que los estudios del señor Meyer Arana penetrasen en otros campos, más o menos aledaños. Así, por ejemplo, en este su último libro. La actitud de Rosas con la Sociedad de Beneficencia queda perfectamente historiada en él; pero no ofrecen menor interés histórico las informaciones que al margen de su asunto da el señor Meyer Arana, y que se refieren a muchas cosas interesantes, así del punto de vista de los hechos mismos como de la calidad de las personas, pues con los nombres de hombres y mujeres que en el libro figuran como actores en esos hechos, podría componerse una Guía Social de Buenos Aires en los tiempos de Rosas, no siendo ese uno de los menos interesantes aspectos del muy interesante libro del Sr. Meyer Arana.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, *por Julio Navarro Monzó.* — En medio de la marea de literatura frívola, cuando no algo peor, que cada día sube más, hasta el estremo de justificar el temor de que concluya por asfixiar la inteligencia nacional, es singularmente grato anunciar la aparición de libros como éste. El autor, a pesar de haber sido un tiempo periodista militante, se ha preocupado siempre de los grandes problemas de carácter religioso, filosófico o meramente ético que la revolución de los tiempos presenta incesantemente al hombre, y movido de irrefrenable aspiración a su mejoramiento espiritual, ha seguido en sus obras de tal índole una línea evolutiva que le ha llevado al punto en que se nos presenta en este libro, obra fervorosa de un cristiano que rechaza todo intermediario que no sean las Sagradas Escrituras entre la Divinidad y el hombre que hasta ella quiere elevarse. Mas esa posición espiritual, riesgosa de caer en el egoísmo, padre de la vanidad, el señor Navarro Monzó la refuerza, por decirlo así, con la caridad, madre de la justicia, y de ahí su vivísima preocupación por la suerte material y espiritual de los demás hombres, preocupación de cuya sinceridad podría la malicia dudar si no estuviese abonada con tantos hechos de los llamados prácticos. Parécenos que lo dicho basta para que el lector quede enterado del ánimo con que ha sido escrito, y bien escrito, este oportuno libro sobre los principios básicos de la civilización moderna, que a juicio del autor son: el respeto por la personalidad humana, la dignificación de la mujer, la solidaridad social, la protección del débil y la creencia en el progreso.

LAS HORAS QUE VAN PASANDO..., *por Samuel E. de Madrid.* — En reseñas bibliográficas tan forzosamente lacónicas como éstas, no es, a la verdad, posible sino indicar las condiciones más salientes de los libros de que se trata. Este tomo de versos del señor de Madrid podría dar ocasión a comentarios abundantes, porque es uno de los más sugerentes que se han publicado en los últimos tiempos; mas debemos limitarnos, como en tantas otras ocasiones, a aplaudirlo sincera y calurosamente, lo que, por cierto, no extrañará a los lectores de CARAS Y CARETAS, que han podido gozar las primicias de algunas de las bellas poesías del señor de Madrid.

SAN MARTÍN, *por Pedro Dávalos y Lissón.* — El autor de este libro, que acabamos de recibir de Lima, es uno de los más fecundos escritores peruanos, sin que pueda decirse que su fecundidad lo coloca entre los mejores de ese país. Ahora ha emprendido la publicación de una serie de novelas históricas, de carácter social y político, en las cuales, como él mismo lo dice, se propone narrar en forma novelesca «los acontecimientos que principiaron en el Perú en 1820 y terminaron en 1839». Esta novela es la primera de la serie, y si hemos de juzgar por ella, cabe reconocer que el señor Dávalos y Lissón proporcionará a sus lectores momentos de agradable solaz, avalorada por el recuerdo de hombres y sucesos que ningún peruano, y ningún americano, debería olvidar. La novela histórica, aunque no siempre alcance las altísimas cumbres literarias de los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós, es buen instrumento para ello.

EL ARLEQUÍN AZUL, *por Valentín de Pedro.* — «Uno y diverso, nos enseña el autor, el Arlequín Azul es el que hoy, directa o indirectamente, gobierna al mundo. Es lo más vivo, lo más dinámico de cuanto existe. Revolviendo con sus manos el engranaje de las máquinas, es como si revolviera el engranaje del mundo. Es el que mueve los talleres, el que gobierna las máquinas y hace trepidar la vida como la moto en que atraviesa la ciudad...» Se trata, como se ve, de una novela en cierto modo simbólica de las actuales luchas entre «el Capital y el Trabajo». Esto en lo general; en lo particular, es una exposición, valga el decir, de las luchas entre los propios elementos sindicalistas de Barcelona, asunto en que por conocido no es necesario insistir. Y la novela del señor Valentín de Pedro, ya ventajosamente conocido entre nosotros como escritor, está bien llevada, con interés y color, hasta el fin, trágico, naturalmente. Con todo, la nota final es optimista, porque triunfa la vida, encarnada en el niño exangüe que Pablo recoge en un portal, llamándolo hijo suyo.

Especialidades de la Casa América



VIOLINES FINOS

Modelo STRADIVARIUS

Fabricación esmerada, sonoridad incomparable.

N.º 4100 bis. — **Violin tipo «Conservatorio»**, completo, con estuche, arco y pez. a $ 33.—

N.º 4101 bis. — **Violin de orquesta**, completo, con estuche, arco y pez. a......... $ 38.—

N.º 4102 bis. — **Violin de salón**, completo, con estuche, arco y pez a.......... $ 45.50

N.º 4103 bis. — **Violin de gran orquesta**, completo, con estuche, arco y pez, a............ $ 53.—

Otros modelos desde $ 25.—. Solicite gran Catálogo ilustrado N.º 24, enviando $ 0.20 en estampillas. (Embalaje gratis).

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio......................	$ 1.90
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata..	» 2.60
Encordado **«Concertola»** de gran concierto, 4.ª de plata	» 3.40
Comprando los tres encordados en una sola vez....	» 7.50

Nuestras CUERDAS ARMONICAS

darán doble valor a su guitarra.

Pidanos un encordado de ensayo y se convencerá. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado.

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a....... **$ 2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas seda violeta, a.. **$ 3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a...... **$ 4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente **$ 10.—**

Porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para toda clase de instrumentos.

Pidan Catálogo N.º 30.

Buena comisión a Revendedores.

GUITARRAS "AMERICA"

Aun mantenemos nuestras ofertas especiales.

N.º 3013. — En cedro..........................	$ 12.50
N.º 3015. — Modelo fino, en nogal..............	» 17.—
N.º 3002. — En nogal con incrustaciones de nácar..	» 25.—
N.º 3021. — Guitarra de concierto................	» 36.—

Solicite gran Catálogo ilustrado N. 23, enviando $ 0.20 en estampillas.

APARECIO EL

NUEVO METODO "AMERICA"

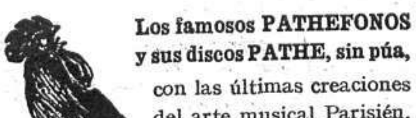
Para aprender a tocar el ACORDEON por cifra, sin necesidad de maestro, conteniendo una colección de piezas fáciles.

OFRECEMOS POR TIEMPO LIMITADO este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, con el nuevo método y embalaje gratis, por sólo

$ 18

El método solo, $ 1.50. Grandioso surtido de **Acordeones a piano, semitonados y cromáticos,** exclusivamente artículos finos y modelos de **«STRADELLA»** que ofrecemos a precios de verdadera oportunidad.

Solicite catálogo ilustrado N.º 26, enviando $ 0.20 en estampillas.



Los famosos PATHEFONOS y sus discos PATHE, sin púa, con las últimas creaciones del arte musical Parisién, ofrecemos a los cultores de le buena música.

Algunos preciosos discos **PATHE**, que acabamos de recibir:

Ton Sourire. Melodie.
Phi-Phi. Ah! Taistoi. Valse.
Ta bouche. Machinalement.
Les fleurs que nous aimons. Valse chantée.
Reviens Musette. Chanson.
Gosse d'Amour. Java.
Stumbling. Shimmy.

Catálogo N.º 29 de Pathéfonos y Discos Pathé, remitimos GRATIS.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados



Señoritas y jóvenes que asistieron al te danzante con que se inauguró la temporada de lawn-tennis.

UNA MANTELERÍA ORIGINAL

Mrs. Alec Tweedie, distinguida dama de la colectividad londinense, posee una mantelería verdaderamente original.

Un día, a uno de sus invitados a comer, un político entonces muy en boga, se le ocurrió, durante la charla de sobremesa, escribir su firma con lápiz en el mantel; y a la dueña de casa se le ocurrió, para conservarla, bordar la firma en seda encarnada. La idea gustó, y desde entonces Mrs. Tweedie hizo que sus invitados, políticos, escritores, artistas, grandes damas, firmaran en sus manteles para bordar después las firmas en seda roja. Así, en la mantelería de esa señora, figuran más de 400 firmas de hombres y mujeres distinguidos, ingleses y extranjeros.

Más aún: algunas artistas dibujaron en los manteles de Mrs. Tweedie sus propios retratos, también bordados después en seda encarnada. Entre esos curiosos dibujos figuran los retratos de Arturo Pinero, Samuel Evars, Juan Lavery, W. Orpen, Grossmith, Furminas y muchos más; y además, muchos otros dibujos debidos al lápiz de los más grandes dibujantes ingleses, especialmente los del «Punch».

STUDEBAKER

SUPREMACIA EN 1923

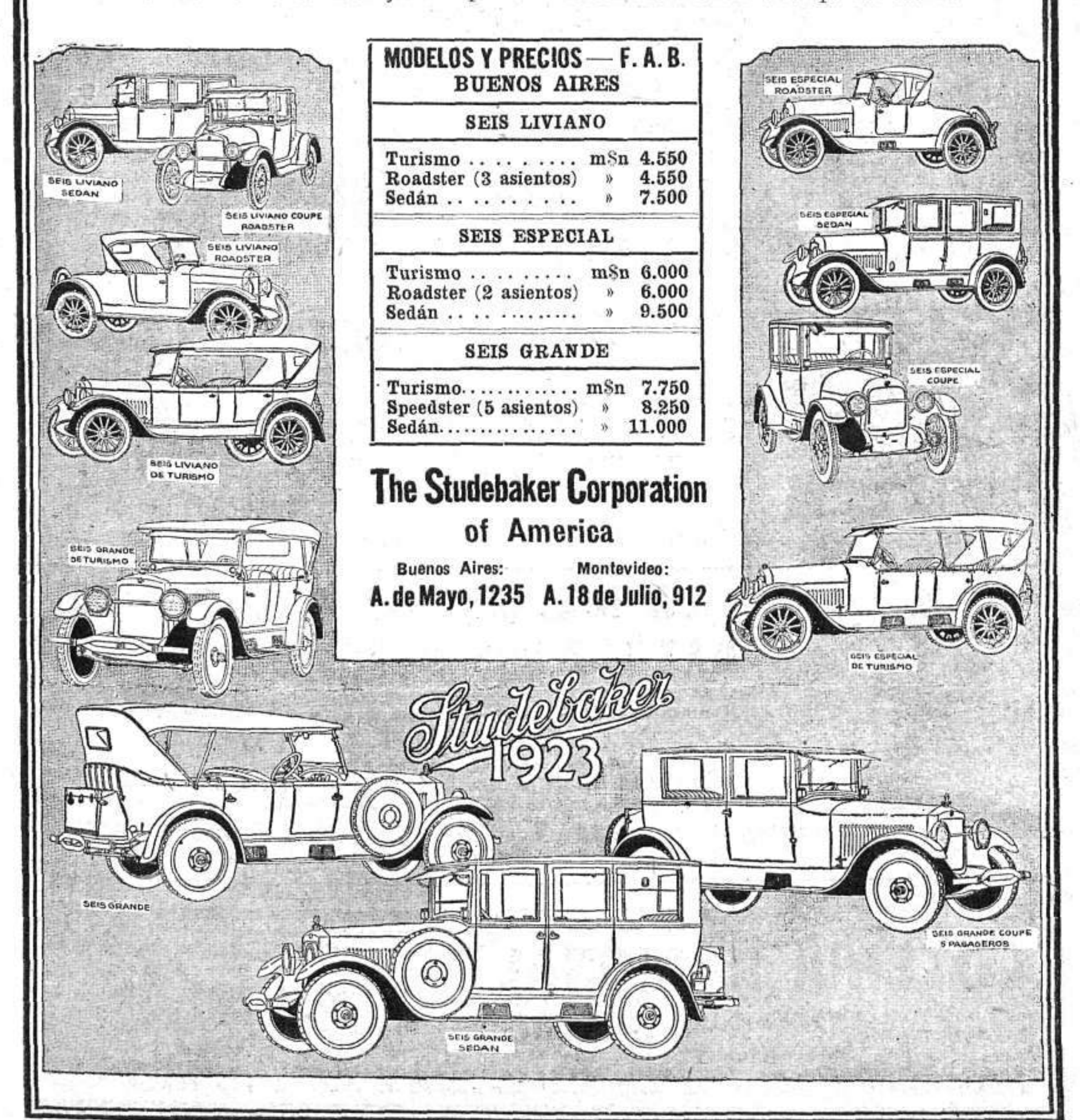
Los coches Studebaker de la serie 23 que exhibimos en nuestro salón de exposición, son los más preciosos y representan el mayor valor ofrecido hasta hoy por la Compañía Studebaker.

Y son coches de 1923 ofrecidos a la venta en 1923, con las mejoras y perfeccionamientos de 1923. Cada coche es garantía de supremacía continua.

Studebaker ha sobrepasado en mucho lo usual para que estos coches sean lo más interesante del año automovilístico. Ha introducido en ellos todas las mejoras importantes conocidas en la fabricación de coches finos.

Con 82.000.000 de dólares de capital neto, incluyendo 42.000.000 en fábricas, y con una organización de hombres expertos y hábiles, Studebaker puede fabricar automóviles al precio más bajo, dando el mayor valor intrínseco por un precio determinado.

Los amplios principios que han sido la base de la prosperidad de Studebaker durante 71 años — los mismos que actualmente se observan — aseguran completa satisfacción a todos los que tienen vinculaciones comerciales con la Compañía Studebaker.



MODELOS Y PRECIOS — F. A. B. BUENOS AIRES

SEIS LIVIANO		
Turismo	m$n	4.550
Roadster (3 asientos)	»	4.550
Sedán	»	7.500
SEIS ESPECIAL		
Turismo	m$n	6.000
Roadster (2 asientos)	»	6.000
Sedán	»	9.500
SEIS GRANDE		
Turismo.	m$n	7.750
Speedster (5 asientos)	»	8.250
Sedán.	»	11.000

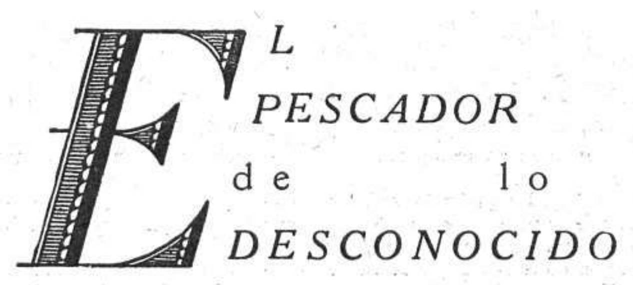
The Studebaker Corporation of America

Buenos Aires: A. de Mayo, 1235 — Montevideo: A. 18 de Julio, 912



Piquete de policía recientemente organizado, a cuyo frente se encuentra el sargento 1.º Lucero Gauna.

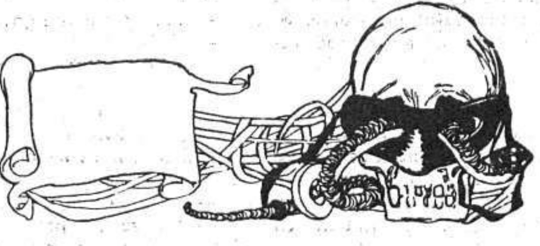
Lunch ofrecido por el comisionado municipal al gobernador de la provincia y a las autoridades superiores.



EL PESCADOR de lo DESCONOCIDO

POR EL VIZCONDE DE LASCANO TEGUI





El Sena, a la altura de Chatou, se divide en dos brazos dejando en medio la isla de la Grenouillére. Uno de esos brazos es navegable. El otro es una calle cortada que lleva las aguas a las máquinas de Marly, construídas por Luis XIV. Desde estas norias monumentales el agua pasa a los depósitos de Versalles alimentando los lagos del castillo, y en los domingos provincianos los magníficos juegos de agua con que empenachan sus horas de fiesta los jardines de Le Notre.

Aquí, en Chatou, el brazo muerto del Sena tiene algo de misterioso. ¿Será tal vez porque los cadáveres de los ahogados lo prefieren? La corriente es más fuerte en este cauce, ya que por desnivel debe accionar las máquinas. La preferencia de los ampulosos suicidas tiene tal vez otra razón de ser, y es la de que yendo por ahí al fin van a ser descubiertos al chocar contra las esclusas de Bujival, donde por resistencia de las barreras submarinas vuelven cansados a flor de agua. Han hecho por el Sena, sigilosamente, 67 kilómetros detrás del velo verde y turbio del río, pues la mayoría provienen del drama de París.

Pocos son los aficionados a la pesca que se instalan en esta orilla. Entre los juncos de la ribera mal cuidada bogan las sanguijuelas y siguen como una irradiación de trémulas y gruesas pestañas negras el paquete de los perros muertos que navegan de lado por entre las plantas de la orilla.

En latitud tan poco amable, bajo los árboles centenarios de la isla, frente a la costa aquella de la tierra firme donde pasa el camino, instalábase a pescar mi vecino el señor de L'Ile, a quien llamábamos el pescador de lo desconocido.

La caña de pescar del señor de L'Ile no concluía en un anzuelo. La más inocente de ellas — porque usaba varias — terminaba en un garfio amarrado a un cable de alambre muy fino, pero capaz de alzar mil kilos con todo éxito. Al cruzar a su apostadero, el señor de L'Ile, en la madrugada, contra todas las disposiciones que conciernen a las leyes de caza y de la pesca, echaba una red profunda, y más allá, con un plomo que buscaba el blando lecho del río para anclar, un espinel sobrecargado de grandes anzuelos.

Todo esto parecería un atrezo normal en un pescador, pero la excepción estaba en que el señor de L'Ile no ponía carnada. No era el pescado lo que le interesaba. Era lo desconocido.

— ¿Ve usted esa fortuna que pasa? — me dijo un día.

— ¿Qué?

— Esos tapones de botellas, de frascos de medicamento, que la corriente arrastra, uno aquí... allá otro... allí... este más grande... aquel... En total seis, siete corchos por segundo. Una red que los detuviera, que se incautara de ellos nos daría al fin del día de 4.000 a 5.000 corchos... ¡Una fortuna!... Entre tanto el río la barre hacia el mar.

— Bueno... ¿pescar corchos y oro sería lo mismo?

— No... hay platos que pasan entre dos aguas, alhajas que no absorbe nunca la ventosa del fondo, papel moneda, títulos y sobre todo lo que usted no se imagina: secretos. Secretos que sólo el río puede revelar. Tienen millones de toneladas de agua encima, pero tienen el capricho de enredarse en un anzuelo y soy yo quien los pesca. Mire usted el botín de esta tarde...

Miré hacia el lado que indicaba el señor de L'Ile. Un montón de cosas sucias, sin línea, sin personalidad, sin lustre. ¿Qué era todo eso?

— No lo sé aún — me respondió. — Pero aquí tiene usted este pedazo de metal.

— Es pesado.

— Sí... es plomo.

— ¿Una moneda roída?

— No; un juguete de plomo. Ha estado seis siglos, más tal vez, en el fondo del río. Está carcomido por el agua. Este pedazo de plomo es el cuerpo de un soldadito, paisano o abate de la época con el que jugaron los niños merovingios. El lecho del Sena, está lleno de estos juguetes. Es el armario del pasado.

— ¿Y esto?

— Esto... así, a primera vista, si no me induce error, es el trozo de un tiro o de un elástico de cuero al que estuvo suspendida una berlina del siglo XVIII. ¿Cómo lo sé? Ve usted: los cueros pasan así entre ojales pasadores característicos de esas guarniciones reales. ¿Quién las arrojó al agua? Tal vez la Revolución. Estaban cansadas de soportar la molicie de





los nobles, la fatiga de una raza disoluta y perezosa. El cuero se conserva muy bien en el agua...

— ¿Y estos papeles?

— No sé aún lo que tratan. Luego los lavaré, les sacaré esta baba verde que se pega a los papeles en lo hondo del río al vagar por la costa y que debe formarse a flor del limo, si no es savia que se va de la raíz de los árboles. Y los secaré.

— Huelen mal...

— Sí; el agua allá abajo no se mueve... es un foco de descomposición. El espectro de la muerte flota sobre los pantanos... Esta agua está cargada de restos orgánicos que fermentan al detenerse. Si se encendiera el carbono dentro del agua ¡qué iluminación feérica sería! Veríamos alumbrarse lámparas macilentas de todos colores. Serían como los vitrales de las catedrales desaparecidas. Y de pronto pasarían como una bandeja de luz los cuerpos de los grandes náufragos, los hombres entre dos aguas, descompuestos, tambaleantes... ¡El día que pueda ponérsele un polo positivo y un polo negativo a todo esto que se descompone y que arde secretamente en la sombra verde del río ...

...Ese papel celeste, con que juega la corriente... ese... es casi seguro una carta de mujer... de colegiala, de amiga íntima... de una mujer a otra. Al dejar los liceos, al terminar las clases, las amigas se envían millares de estas esquelas contando una serie de tonterías y donde han vacilado en contar algo más serio. Estas cartas constan de quince, veinte pliegos y relatan largos problemas morales, ingenuos, triviales. Un día, de pronto, dejan de escribir. Olvidan a la amiga. Es que un hombre les ha desbaratado el alma. Ya hay una mujer más sobre la tierra...

— ¿Qué es lo que va a reemplazarles en el río?

— No llegan hasta aquí esos indicios breves. ¿No ha visto alrededor de los postes restantes, en la esquina del correo, en los canastos del telégrafo, cartas desparramadas en cientos de pedacitos? Reúna esos pedazos de papel: Son una cita.

— ¿La primera cita?

— No... Es la que se ha provocado a sabiendas, conociendo sus peligros; la que ha costado sangre, sufrimiento, lágrimas. Es la mejor de todas las citas. Tiene al pie el misterio. El lugar, la hora, la intención y hasta la suposición de que nadie se enterará de ella repartiéndola en trizas al viento que la desarreglará y llevará el sentido.

Cuando era muchacho, al salir del correo rompí mi primera carta comprometedora. ¡Qué tonto he sido! — reflexiono. — Miré a todos lados y vi que muchos ya me habían precedido. ¿Por qué no recoger estos secretos? Allí echó raíces esta sed por enterarme de lo que todos desprecian, de lo que nadie da interés.

Una vez que conseguía descifrar el enigma reanudando los trozos de la carta, iba, acudía al lugar y la hora. Veía llegar los actores. Habían hecho en el mundo un agujero, habían entrado en él, echado una losa encima. Se encontraban para morir de amor, de voluptuosidad; creían haber engañado en su propósito oculto a toda la humanidad. Y ahí estaba yo, celoso como Argus, los ojos abiertos y una violenta ansiedad en el alma...

— ¿Ha oído hablar de Suzanne Lalanne?

— ¿La actriz?

— ¿Cuál?... No se llama Suzanne. Usted se refiere a Marianne... Suzanne Lalanne es esa chica que desapareció de su casa... la que han encontrado en parte entre los juncos de Choisi-le-roy. ¿Recuerda?

— Sí, efectivamente... ¿Hay algo nuevo?

— ¿Nuevo? No. Pero sí hay algo de desconocido, de impenetrable en ese asunto. La policía no podrá.. conocerlo, sospecharlo jamás. No pesca en esta ribera... Si usted quisiera...

— ¿Cómo?

— ...venir conmigo... conocería toda la verdad.

— ¿Dónde?

— Esta noche, después de cenar, lo espero en la estación. Iremos a París. Tomaremos el tren de las diez y treinta y siete...

— ¿Tan tarde?

— Es la hora en que podremos visitar a Marius Peyront y saber muchas cosas.

— ¿Marius Peyront?... He oído ese nombre.

— Ya se lo presentaré... Conque... hasta luego?... ¿no es cierto?...

— Hasta luego.

II

Detrás de la iglesia de Notre Dame des Champs, mejor dicho, al lado, hay una plazoleta. Quedaba aún una pareja retardada a la sombra de los plátanos. Se veían cruzar bajo las luces del boulevard los noctámbulos que vuelven a pie — toda línea de tranvías interrumpida — hacia sus barrios distantes. La fatiga los iba deshaciendo, desencuadernando. Bajo los plátanos nos detuvimos.

— Es en esa panadería.

Miré hacia donde el señor de L'Ile me señalaba. Por las rejas que daban al sótano salía un haz de luz y acercándonos pudimos ver más tarde varios obreros enharinados contreñidos a la faena habitual. El señor de L'Ile miraba preocupado uno tras otro.

— ¿Cuál de ellos será Marius Peyront?

El señor de L'Ile no lo sabía. Sus ojos horadaban, fijos, penetrantes, el misterio de ese sótano como solían mirar por costumbre bajo el agua.

Los obreros sostenían una conversación animada, feliz. Sólo uno no intervenía en ella.

— Ese debe ser... sí — dijo el señor de L'Ile, indicándome al peón que se daba a llevar y traer los pesos más grandes y que no parecía tener mayor ganas de charlar.

— ¿Por qué no llama a ciegas? Veremos quien responde — insinué al señor de L'Ile.

— ¡Marius! — gritó entonces por el boquete.

El hombre preocupado alzó nerviosamente los ojos. ¿Quién lo llamaba? En su entrecejo fruncido pudo leerse: «¡Qué extraño es esto!»

— Es un camarada, Marius, quien te llama — insistió uno de los trabajadores.

— Parece que es por mí — dijo Marius. ¿Qué quiere?... ¿Qué desea?

— ¿Puede usted subir?

— Voy — repuso Marius.

La puerta de la panadería se abrió al cabo de un momento. Marius se deslizó, cubiertos los hombros por una bolsa de arpillera. Nos acercamos. Marius nos midió de





una mirada. ¿Quiénes eran estos desconocidos? Tan ajenos le parecimos que una sola idea atravesó su mente. Fijo en nuestros trajes su recelo y convencido tal vez por lo demasiado obscuro de nuestras ropas, o por otra razón ignorada que no sabremos nunca, de que veníamos desde el misterio, cerró la puerta tras sí y esperó la palabra que iba a descorrerle el enigma de nuestra presencia. Parecía conocerla ya. Estaba seguro de ello. Y sobre su labio caído corrió todo el espanto de su confesión, la palabra reveladora:

— ¡La policía!...

El señor de L'Ile no hablaba. En el silencio de la escena pescaba en lo desconocido. Marius Peyront dejó la puerta de la panadería como un autómata. No querría tal vez que sus compañeros se enteraran de su crimen, y sabiendo que le seguiríamos se echó a andar hacia la plazoleta entre la sombra.

Al llegar a la plaza Marius se detuvo y nos preguntó:

— ¿Adónde me llevan?

El señor de L'Ile, respondió:

— No más lejos que aquí... No somos la policía... No somos la justicia. Somos dos hombres que conocen todo el secreto.

— ¿Cómo?... ¿Cómo? — preguntó fuera de sí Marius Peyront.

— Conozco muchos como el suyo... Pero éste no lo comprendo bien. Por eso vengo a usted... Usted me dirá toda la verdad. Luego nos iremos... Nadie lo sabrá... Nadie lo recordará.

— ¿La verdad?... — dijo y calculó toda la enorme arquitectura de su confesión Marius Peyront. — ¡Vamos!... Una cosa sola puedo asegurarle.

— La sé — dijo entonces el señor de L'Ile. — usted no sabe cómo la mató.

— Es cierto... mi crimen fué cortarla luego en pedazos y arrojarla al Sena. Pero no fué por hacerle daño... Fué para que nadie se acordara más de ella... ni yo... y que sobre todo no continuara después de muerta haciéndome su víctima. Tengo veinte y siete años. Hace trece que sufro. Yo la amé desde cuando íbamos a la escuela. Desde entonces data mi drama... Ella no sufrió nunca. Creo que cuando la maté no lo sintió. ¡Era así!... Nada de lo que venía de mí pudo hacerle mal...

Figúrense ustedes — añadió — que era niño y ayudaba a misa. Suzanne era comulgante. La hostia que iba a tocarle a ella yo la besaba con unción. Cuando fuí más grande tuve del santo y del delincuente, el amor y la voluntad. Todo por Suzanne. En vísperas de casarnos, vino a París, me dijo para aprender un oficio en casa de una tia suya. Yo tenía que irme a hacer el servicio militar. Suzanne cesó de escribirme. Fuí desertor; me eché en su busca. No la hallé. No le diré lo que sufrí durante cinco años. Un día me enteré que de nuevo la había visto en París, un paisano. Su familia tampoco tenía noticias suyas. ¡No saben ustedes las veredas que recorrí! ¡Durante dos años todo París ... ¡De día, de noche! ¡En invierno, en verano! Suzanne había desaparecido. Un domingo tomo un tren que iba a Melum. Paso por Champigny. Desde el tren se veían los bailes en los recreos de la orilla del Marne. En uno de ellos, donde no había menos de mil personas veo una mujer. Había mil mujeres y Dios me hizo ver solo a una. Era Suzanne. Me eché del tren abajo. Rodé por el terraplén. Me herí. No vi nada. Volví camino atrás. Entré al recreo. Sí... señores... Esa mujer que yo había visto mientras el tren corría y el escenario hervía de gente de todo pelo y color era Suzanne. No me reconoció. Bailaba con varios tipos de la peor ralea, el cuello afeitado, la gorra echada sobre los ojos y llevando sobre las bocas provocadoras la colilla de un cigarrillo apagado. ¡Oh, eran apaches! ¡Hombres sin escrúpulos, sin dignidad y sin nombre! Suzanne parecía ser su hermana. ¡Una divina hermana de esa ralea de malhechores!

Los seguí. La noche nos encontró por los mismos caminos. Uno de ellos, el que parecía ser su amigo, la dejó en una calle sola. Suzanne siguió hacia el Sena. Hacia la calle de los cafés, pero no llegó hasta ella. Se metió en una callejuela y se detuvo. ¿Me había visto seguirla? No. Esperaba a un desconocido. ¡Era su horrible oficio!

Por fin, viéndome indeciso, en el cruce de la calle iluminada y la callejuela, se acercó a mí. Y me habló cariñosamente como cuando era mi novia. Me tomó del brazo. Me llevó como un ángel sin alas puede ser arrastrado por el diablo que tiene alas poderosas.

Suzanne no me reconocía. Lo sentía bien y mi dolor era por eso más grande.

Desde nuestro hotel, la ventana de la pieza, se abría a la pared que caía a pique en el Sena.

No pude decirle: ¡Suzanne!: ves, éste es Marius! ¡No! La voz se me anudaba en la garganta. ¿Era posible que un ser humano olvidara, cinco, siete años pasados, al hermano, la voz, las facciones del hombre aquel que la amaba hasta la locura?

Suzanne nunca me había amado. Desde niño — lo supe después — me había engañado.

El baile, el alcohol, la fatiga de una vida de miseria, que salia de sus labios sin preguntárselo, hizo que se durmiera a mi lado... en una silla, frente a la ventana abierta...

...Era media noche. En el silencio del río se oyó lúgubre la pitada de un remolcador. Suzanne se despertó, temerosa. ¿Qué había entendido allá en su alma?

— ¡Oh, que sueño! — dijo; — soñaba que tú me matabas.

— ¡No, — dije. Sin embargo ese era mi pensamiento. Yo estaba pensando en eso... Era mi idea fija.

La silueta del remolcador en la noche arrastrando las grandes barcazas se recortaba con precisión. Las barcas cargadas hasta el tope parecian naufragar lentamente.

Suzanne me dejó en la ventana. Se echó de nuevo en la cama. Volvió a cerrar los ojos...

...Creo que no los abrió más. ¡Yo se lo juro!... ¡No sé cómo pasó aquello!... El alba me halló al lado de una muerta. Suzanne había vuelto al cielo. Tenía el tinte cerúleo de sus frescos catorce años. Hasta la inocencia de la comulgante le había devuelto la muerte...

Y me dije:

— Sólo podía ahorrarle dolor en su vida. No esperaba otra cosa. Era lo único que podía hacer por ella y lo he hecho.



Le he abreviado la vida que ella quiso que fuera así. Mi crimen no era un acto de justicia hacia mi vida saqueada, hacia mi esperanza y mi ilusión muertas. Era un acto de caridad.

¿Quise ocultar mi crimen? No lo sé. Tal vez lo que procuré fué que el mundo no supiera más de ella. ¡Representaba tan poco la pobre sobre la tierra!...

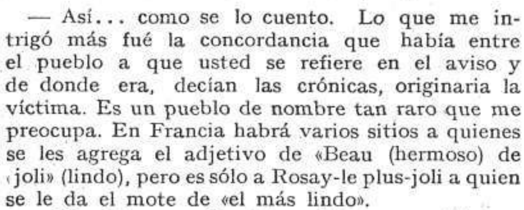
Oí caer los trozos de su cuerpo en el agua. El Sena se apresuraba en cubrirlos, en hacerlos desaparecer... Más tarde los arrojó a la ribera... ¿Pero ustedes... ustedes cómo han sabido todo esto?

— Hace cuatro años usted puso un aviso en «Le Matin» preguntando por el paradero de Suzanne Lalanne?

— Es cierto... ¡He hecho tantas cosas para encontrarla!...

— Ese diario ha llegado a mi poder. Yo lo he leído, como leo todo, con mucho interés, casualmente, al descubrirse el crimen.

— ¿Casualmente? — preguntó incrédulo Marius Peyront.



— Así... como se lo cuento. Lo que me intrigó más fué la concordancia que había entre el pueblo a que usted se refiere en el aviso y de donde era, decían las crónicas, originaria la víctima. Es un pueblo de nombre tan raro que me preocupa. En Francia habrá varios sitios a quienes se les agrega el adjetivo de «Beau (hermoso) de «joli» (lindo), pero es sólo a Rosay-le plus-joli a quien se le da el mote de «el más lindo».

— De ahí somos. De ahí era Suzanne, — dijo con dolor Marius Peyront.

Unas voces hicieron irrupción en la noche. En la puerta de la panadería se divisaron varios obreros blancos. Los camaradas de Marius estaban inquietos por su ausencia.

— ¿Y entonces? — nos preguntó éste como si fuera un trasto nuestro.

— Nada más — repuso el señor de L'Ile.

— ¿Nada más?

— Nada más — agregó mi amigo mientras me tomaba el brazo y volvíamos las espaldas, al fantástico actor enharinado, tambaleante en medio de la noche.





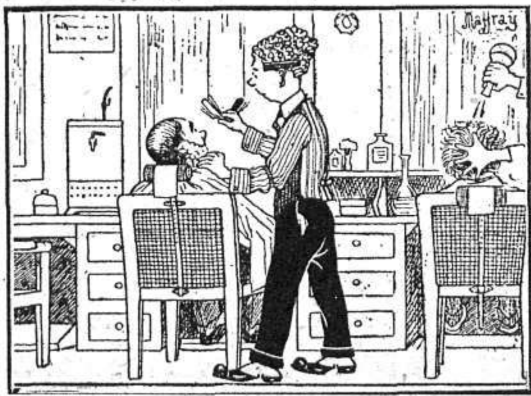
— ¡No te acerques, querido! Puede que no esté aun muerto.



— ¿Le molesta que lo ahorquen?
— No; pero lo que me preocupa es que yo no me pongo nunca corbatas hechas.



— ¿Me toma usted por un idiota?
— No. Pero podría equivocarme.



— Me parece que le tiembla la mano.
— ¡Oh! Es una enfermedad que tengo. Pero esté tranquilo; después de tres o cuatro cortaduras el pulso se me tranquiliza.



De Córdoba



El director del Sanatorio Santa María leyendo un elocuente discurso en el acto de la inauguración del teatro que funcionará en dicho establecimiento.

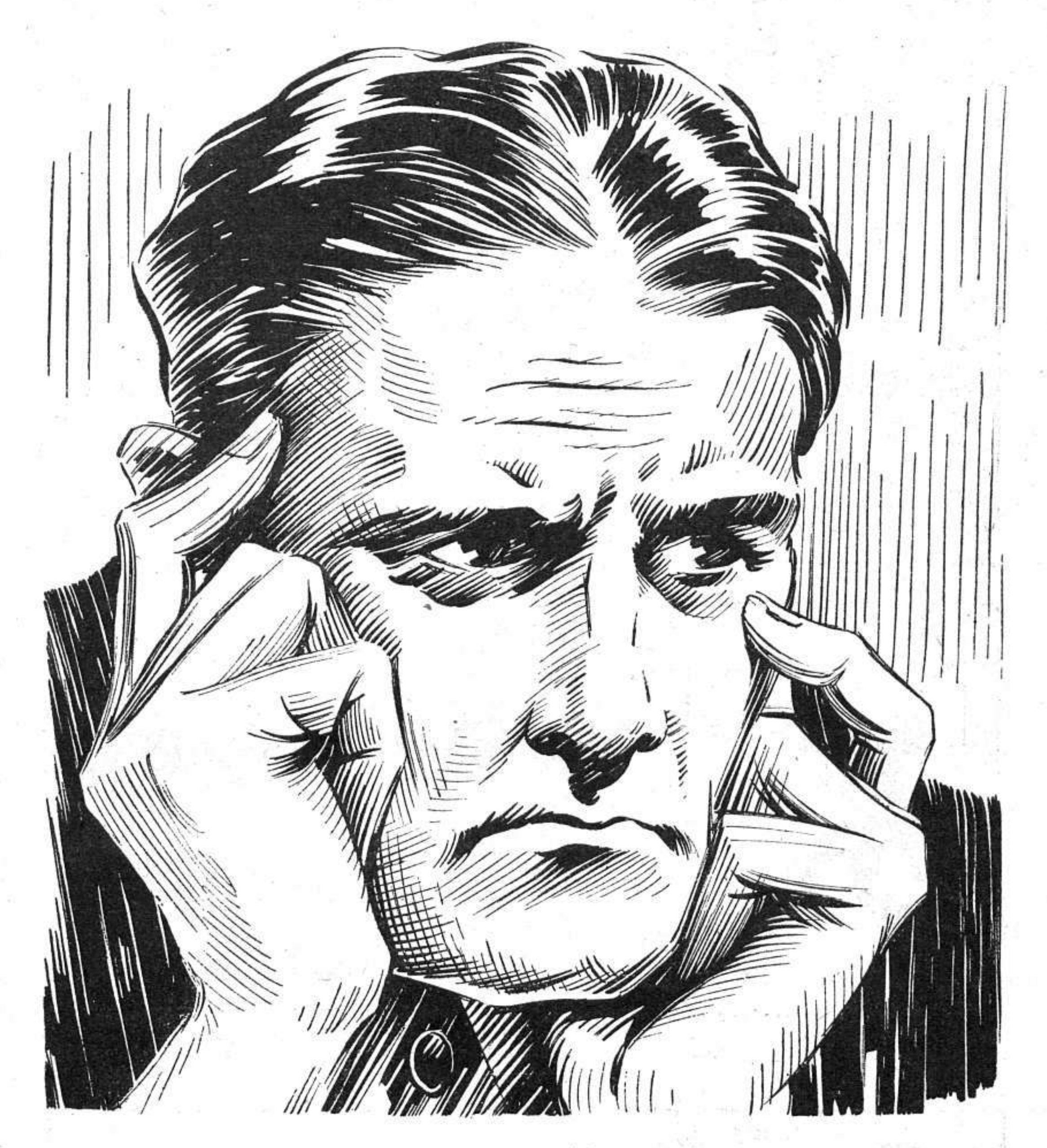
PENSAMIENTOS

Jóvenes, tened confianza en estos métodos seguros y poderosos, de los que apenas conocemos todavía los primeros secretos. Y, cualquiera que sea vuestra carrera, no os dejéis ganar por el escepticismo denigrante y estéril, ni desalentar por la tristeza de las horas por que atraviesa una nación. Vivid en la serena paz de los laboratorios y de las bibliotecas. Ante todo preguntaos a vosotros mismos: «¿Qué he hecho por mi instrucción?» Y luego, a medida que adelantéis: «¿Qué he hecho por mi país?» Preguntaos siempre esto hasta el instante en que hayáis podido tener el inmenso honor de pensar que habéis contribuído en algo al progreso y al bien de la humanidad. Pero, sean más o menos favorecidos por la vida vuestros esfuerzos, es necesario, al acercarse al gran objetivo, poder decir: «Yo he hecho lo que he podido».

Todos los grandes sentimientos duermen en el fondo de nuestra naturaleza humana, pero cada uno de ellos posee una voz que le despierta y al unísono de la cual se halla pronto a vibrar. Al sonido del clarín, al grito de la patria en peligro, se exalta el valor guerrero. En cambio, la caridad se halla siempre pronta, dispuesta a dar y a bendecir a la menor queja del niño que sufre, al más insignificante relato de la desgracia, sobre todo si es inmerecida.

LUIS PASTEUR.





Evite esas cavilaciones...

y esas pesadillas que tanto le atormentan y que son el resultado de las malas digestiones.

El hombre de negocios y toda persona que lleve una vida sedentaria sufre de estreñimiento con todas las complicaciones molestas que acompañan a esta dolencia.

La Levadura de Frutas Gibson, preparación científica hecha con jugos de frutas frescas de la estación, es el verdadero remedio del estreñimiento, regula el funcionamiento intestinal, evita y cura la jaqueca, la forunculosis, eczemas y en general las erupciones de la piel. Pídanos folletos explicativos. Farmacias Gibson: Defensa, 192; Florida, 159. Unión Telefónica del 5921 al 5925.

SARRASQUETA Y SU FRAC







Sarrasqueta posee un magnífico frac que ha adquirido a plazos mensuales, y que, para no gastarlo, sólo lo usa en las grandes solemnidades.

Pero un día su primo, que tiene que asistir al paraíso del Colón, se lo pide prestado. Sarrasqueta, con mucho dolor, se lo presta.

Un tio del primo se lo pide a éste para dar una conferencia sobre la Historia, Vida y Muerte del frac. El primo, por estar bien con el tío, se lo cede.







El sirviente del tío se lo pide a su patrón porque tiene que asistir a un banquete; y era cierto, porque iba de camarero.

Un prestidigitador se lo pide al camarero para dar una función de prestidigitación. El mozo asiste al espectáculo para vigilar su frac.

El doctor en escamoteos ejecuta con toda limpieza la prueba de la desaparición de un frac, pignorándole en una casa de compraventa.





Y el primo de Sarrasqueta, no pudiendo devolver a éste su zarandeado frac, con lágrimas en los ojos le entrega la póliza de pignoración para que lo rescate.

Sarrasqueta reconquista su querido frac, y al salir con él a la calle oye decir a la gente:

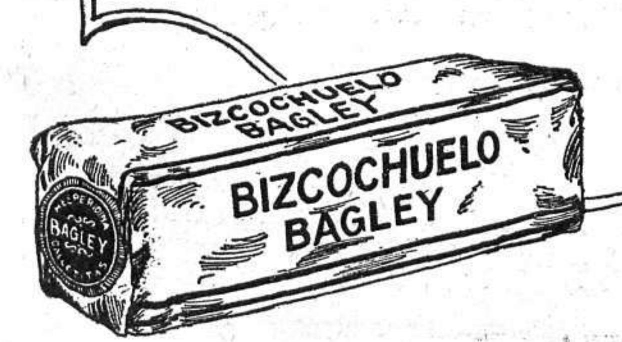
—¡Mirar al fatuo de Sarrasqueta presumiendo con el frac ajeno que le ha prestado su primo!

DIBUJOS DE REDONDO.

BIZCOCHUELOS
BAGLEY

Los productos de esta famosa marca poseen indistintamente una característica propia que los hacen inimitables.

El selecto surtido de Galletitas y Bizcochos que se ofrece, satisface por su exquisita variedad los gustos más delicados.



AJEDREZ

Publicamos a continuación una partida jugada *en el torneo internacional de maestros* de Viena, en 1922, en el que triunfó Akiba Rubinstein.

APERTURA PEON DAMA

	BLANCAS A. Alechin	NEGRAS M. Grunfeld
1.	P 4 D	C 3 A R
2.	P 4 A D	P 3 C R
3.	C 3 A D	P 4 D
4.	A 5 C	C 5 R (1)
5.	P × P	C × C (2)
6.	P × C	D × P
7.	C 3 A R	A 2 C
8.	P 3 R	P 4 A D
9.	A 5 C + (3)	A 2 D
10.	P 4 A D	D 5 R
11.	O — O (4)	A × A
12.	P × A	C 2 D
13.	T 1 A D	P 3 C
14.	D 3 C (5)	P 3 T R
15.	A 4 T	O — O
16.	T 4 A	D 3 R
17.	T R 1 D	T R 1 R
18.	P 5 D (6)	D 3 D
19.	A 3 C	P 4 R
20.	P × P al paso (7)	D × P
21.	T 6 D	D 2 R
22.	T 4 T D ? (8)	C 1 A
23.	D 5 D	T D 1 D
24.	C 2 D	T × T
25.	A × T	T 1 D
26.	C 4 A (9)	D 2 D
27.	P 4 T R	C 3 R
28.	D 4 R	A 1 A
29.	A × A	D 8 D +
30.	R 2 T	D × T
31.	A 7 R	T 1 R
32.	A 6 A	C 2 C
33.	D 3 D	D × P T
34.	A 2 C	T 3 R
35.	D 3 A	P 3 A R
36.	D 3 D	P 4 T R
37.	P 4 R	D 5 T
38.	C 6 D	D 5 C
39.	C 4 A	D × P
40.	P 4 A R	D 3 A
41.	P 5 R	P 4 A
42.	C 6 D	T 2 R
43.	D 3 C D +	R 2 T
44.	D 5 C	D 2 D
45.	D 3 C	C 3 R
46.	D 3 A R	P 4 C D
47.	D 8 T	D 1 D
48.	D 5 D	P 5 C
49.	P 3 C R	P 4 T D
50.	D 6 A	D 2 D
51.	D 6 T	P 5 T
52.	A 1 T	P 6 T
53.	D 4 A (10)	D 3 A
54.	R 1 C	D 6 A

Las blancas abandonan (11).

Notas del «London Times». — (De la Revista del Club Argentino de Ajedrez)

(1) Algo poco usual, lo mismo que la respuesta.

(2) Las negras no podían jugar 5...... C × A; porque entonces, 6. P 4 T R, y el caballo no podía salvarse.

(3) No se podía jugar ahora 9. P × P, porque entonces, 9. ...... D × D jaque; 10. T × D; A × P; con una posición ventajosa para las negras.

(4) Aquí se originó una posición difícil para que las blancas pudiesen escoger la mejor continuación, pues las negras amenazaban 11. P × P, que forzosamente debería contestarse con 12. C × P, A × C; 13. D × A, D × D; 14. P × D, A × A; 15. P × A, dejando destrozada sin remedio la posición de los peones blancos. Habría sido mejor jugar 11. A × A jaque y enrocar después, aunque de cualquier modo el C D de las negras quedaba libre con el cambio de los alfiles.

(5) Mejor era 14. P 4 T D, pues, después de efectuados los cambios en el centro, como se indicó en las notas anteriores, se amenazaba ganar un peón después que las negras enrocasen.

(6) Esta jugada fortalece los peones del flanco de la D de las negras.

(7) Si 20. P 4 R, P 4 A R; 21. P × P, P × P, con la amenaza de 22. ...... P 5 A. De todas maneras, era difícil en esta jugada, para que las blancas se resolvieran a conservar el peón pasado, y posiblemente hicieron bien en no llevar a cabo este propósito.

(8) Un error sobre el cual las negras pudieron hacer su combinación inmediatamente después, y no se puede ver que esperanzas tenían las blancas al colocar la torre tan fuera de juego. Sin embargo, al examinarse más detenidamente la posición, se deduce que las blancas temían el avance del P T D de las negras, no obstante de que podían evitarlo por medio de P 4 T D. En consecuencia, 22. P 4 T D, seguido de T 1 A D y luego doblar las torres, no era peor.

(9) Si 26. A × D, T × D; 27. A × C, T × C; 28. R 1 A o P 3 T R, y se pierde una pieza para evitar el mate.

(10) Las blancas están perdidas y no pueden parar la amenaza de las negras de jugar D 6 A o T 2 A D y el avance P 5 A D, ni tampoco el de P 5 C.

(11) Una notable e interesante partida, de las pocas perdidas por Alechin en el año 1922.

CORREO

«Un ilustre desconocido». — Ciudad. — Agradecemos sus conceptos. El pedido de que esta sección se publique con mayor frecuencia debe formularse directamente a la Dirección.

Carlos Dávila. — Rosario. — El Club Argentino de Ajedrez se ha dirigido por carta a Alechin solicitándole indique en que condiciones vendría a Buenos Aires.

Mario Ríos. — Ciudad. — El señor Fernando L. Bonazzi, Sarmiento, 1320, cuenta con uno de los surtidos más completos de obras de ajedrez en diversos idiomas, a quien usted puede dirigirse

---

Aficionados que desean jugar por correspondencia. — Eliseo Roncoli (se considera de 5.ª categoría), Olavarría, 573, ciudad; Juan A. Taliberti, Lértora (F. C. O.); Victorio A. Porfirio, Loreto (F. C. C. C.)

Nota de la redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la Sección Ajedrez de «Caras y Caretas», Chacabuco, 153.

De San Juan

Acertada instantánea tomada durante una carga de la policía contra una manifestación organizada por los elementos adictos al señor Cantoni.



Autoridades recientemente electas que asistieron al banquete ofrecido en honor del doctor Carlos F. Melo por los miembros de la Unión Cívica Radical Bloquista.



3 de junio de 1815. El Cabildo y la Junta de Guerra de Mendoza rechazan el Estatuto Provisorio.

De la «Gazeta de Buenos Aires», fecha 1.º de julio:

« El Ilustre Cabildo de Mendoza, y todo su vecindario reunido en las Salas Consistoriales para determinar sobre la sanción del Estatuto Provisorio que se le circuló por el Excmo. Sr. Director del Estado a este efecto, acordaron nombrar y nombraron de hecho siete individuos en calidad de Comisarios del Pueblo para que examinasen dicho Estatuto, y expusiesen su dictamen sobre su reconocimiento, resignándose a conformarse con sus votos como de sujetos escogidos por su ilustración, experiencia, y recomendable patriotismo; los que reunidos al exercicio de sus funciones, acordaron lo que aparece en la acta siguiente:

ACTA

En la Ciudad de Mendoza, Capital de la Provincia de Cuyo, los Comisarios del Pueblo para meditar sobre la sanción del *Estatuto Provisorio* formado por la Honorable Junta de Observación, habiéndose reunido en la noche de hoy tres de Junio de mil ochocientos quince, con la obligación de dar su respuesta en la misma, después de reflexionar detenidamente en la materia acordaron de unánime conformidad, que en circunstancias en que la Patria se presenta en su última crisis por la proximidad de la Expedición Española, las innovaciones de una legislatura que restringiendo el Poder Ejecutivo enervarían toda la prontitud de la acción, podrían comprometer la suerte de las Provincias Unidas, excitándose acaso por otra parte entre los Pueblos el triste zelo de las discusiones en medio de la buena fe y unión que presiden felizmente sus esperanzas y sentimientos. Que de consiguiente por ahora se suspenda la sanción del Estatuto; se acelere la elección de Diputados de Cuyo para el Congreso en los términos más sencillos a realizar esta augusta Asamblea, que en todo evento pueda dar dirección al Estado; y en fin que se conteste al Supremo Director que este Pueblo en la presente medida le acredita con mayor empeño aquella deferencia con que antes le ha reconocido, y el justo deseo de que la concentración del Poder en todas sus facultades salve al País del gran riesgo de su libertad nacional, mientras los Legisladores le aseguran su libertad civil. — Firmaron y remitieron esta acta al Ilustre Cabildo, devolviéndole el Estatuto, cuya lectura sirvió de preliminar. — *Domingo García. — Pedro Nolasco Ortiz. — Tomás Godoy Cruz. — Manuel Ignacio Molina. — Clemente Godoy. — Dr. Bernardo de Vera. — Dr. Juan Agustín Maza.*

La Acta de la Junta de Guerra de la misma Ciudad de Mendoza es como sigue:

ACTA

A consecuencia de haber recibido el Sr. Coronel Mayor de los Ejércitos de la Patria y Gobernador Intendente de esta Provincia un Estatuto Provisorio para el régimen del Estado dirigido por el Supremo Director para que se sancionase, hizo su Señoría convocar a Junta de Guerra a los Jefes de esta guarnición los Sres. Coronel D. Francisco Ortiz de Ocampo, el Comandante general de la Frontera Teniente Coronel D. José de Suso, el de Artillería Capitán D. Pedro Regalado de la Plaza, el del Batallón número 11 Teniente Coronel D. Juan Gregorio de las Heras, el del Piquete número 8 Sargento Mayor D. Bonifacio García, el de Cívicos de Infantería Capitán D. Pedro Molina, el de los Escuadrones de Caballería Capitán D. Fermín Galigniana, el de Cazadores Capitán D. Juan Mozo, el de Cívicos pardos D. Eugenio Corvalán; quienes acordaron unánimes que con arreglo al reconocimiento que ministra la Acta celebrada en 30 de Abril sobre el nombramiento de Supremo Director en la persona del Sr. Brigadier D. José Rondeau y de suplente en la misma clase el Sr. D. Ignacio Alvarez Tomas' y a lo prevenido en el artículo undécimo y duodécimo del capítulo final del Estatuto Provisional; que no lo reconocían en parte alguna por no considerarse oportuno para el actual régimen de las Provincias, y en concepto a que el reconocimiento del Supremo Gobierno Provisorio sólo ha sido extensivo a las circunstancias y ajustado a lo prevenido en citada Junta de Guerra en que no se ha reconocido otra Superioridad que la del Supremo Director Provisorio hasta la realización de la Asamblea General, a cuyas solas disposiciones y deliberaciones debía someterse como en atención a que en la actual crisis debe tener el primer Xefe de nuestras confianzas, todas las facultades y poder que son necesarias a dar impulso al rápido giro de las medidas y providencias que se hayan de librar para el buen éxito de los negocios públicos y conservación de la libertad nacional; que reiteraban su reconocimiento, sumisión y obediencia al Excmo. Supremo Director sometiéndose a sus órdenes y a su más exacto cumplimiento. En consecuencia que se ratificaban en la precitada Acta de 30 de Abril del presente año y comprometidos al cumplimiento de lo pactado lo firmaron dichos señores en la Sala del Despacho a 3 de Junio de 1815. — *José de San Martín. — Francisco Antonio Ortiz de Ocampo. — José de Suso. — Pedro Regalado de la Plaza. — Juan Gregorio de las Heras. — Bonifacio García. — Pedro Molina. — Fermín Galigniana. — Juan Mozo. — Eugenio Corvalán.* — Es copia. — *San Martín.* »

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

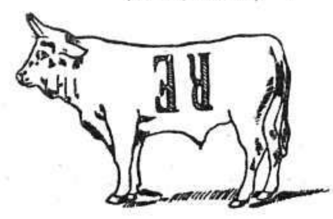
N.º 1

Comprimido, por Guillermo Becerra (Arrecifes, F. C. C. A.)

+ *ac* nota

N.º 2

Intercalación comprimida, por «Alfa y Beta» (Morón, F. C. O.)



N.º 3

Comprimido, por José Imirizaldu (Quilmes, F. C. S.)

EM NOTAR

N.º 4

Locución comprimida, por E. Glabe (Rosario)

NOMBRE DE MUJER

N.º 5

Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

N O T A

N.º 6

Intercalación comprimida, por Alberto Montalvo (La Plata)

CIU PERRO DAD

N.º 7

Charadas ligeras, por Alberto Montalvo (La Plata)

1.ª Vocal, 2.ª Nombre de letra. Todo: En zoología.
1.ª Verbo, 2.ª Nombre de letra. Todo: Color.
1.ª Río, 2.ª Artículo. Todo: Juego.

N.º 8

Triángulo numérico, por Alberto Montalvo (La Plata)

1 2 3 4 5 6 7	**Nombre de mujer**
6 3 4 5 2 7	**Nombre de mujer**
2 3 4 5 1	**Nombre de mujer**
1 5 2 7	**Nombre de mujer**
4 5 1	**Nombre de mujer**
2 3	**Nombre de letra**
5	**Vocal**

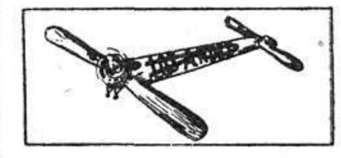
N.º 9

Comprimido, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)



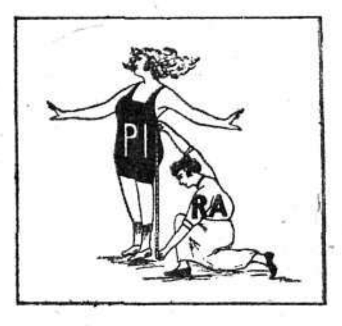
N.º 10

Frase comprimida, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)



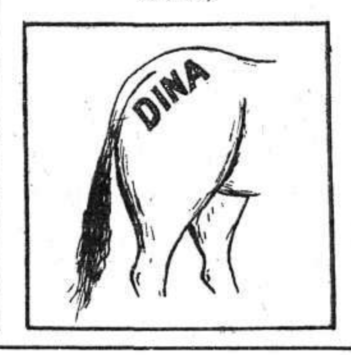
N.º 11

Comprimido, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)



N.º 12

Comprimido, por «Maestrita» (Moreno, F. C. O.)



A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de mayo. — Se reciben soluciones hasta el 14 del corriente.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

JUNIO DE 1923

CUPON N.º 1288.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

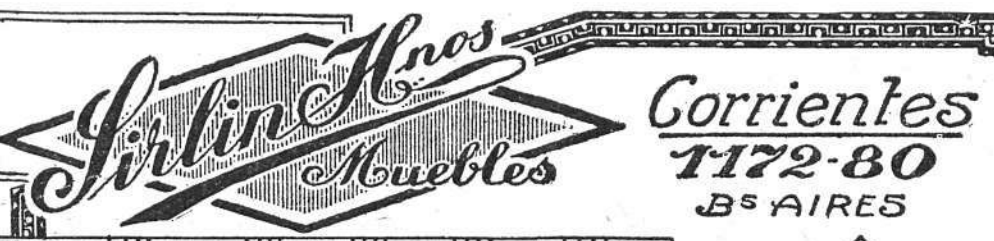
Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

De La Rioja

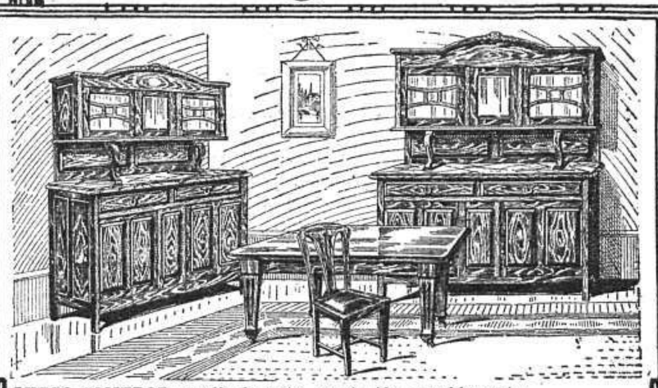


Comisión Directiva del Club Maciel, integrada por un núcleo de distinguidos deportistas.

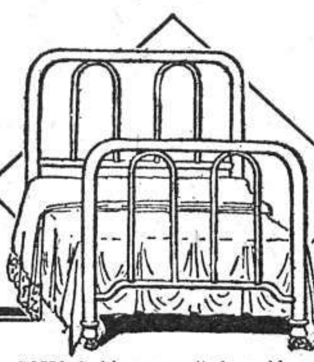
Equipo de 1.ª división de football del Club Maciel, que ocupa un lugar destacado entre sus similares por su correcta actuación.



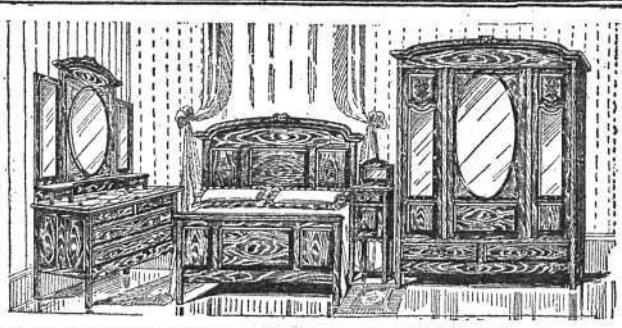
Corrientes
1172-80
Bs AIRES



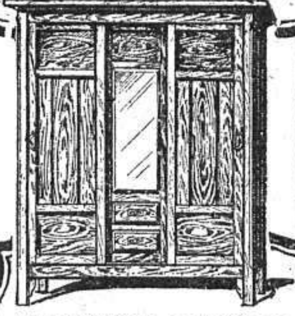
JUEGO COMEDOR amplio formato, construído en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionados, herrajes y aplicaciones de bronce, cristales y lunas biseladas. Compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas, 1 mesa con tabla de agregar. Completo, precio de OPORTUNIDAD, pesos 375.—. Las dos piezas solamente **265.-**



CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro, 2 plazas, $ 45.—, 1 ½ plazas, pesos 35.—, 1 plaza .... $ **25.—**

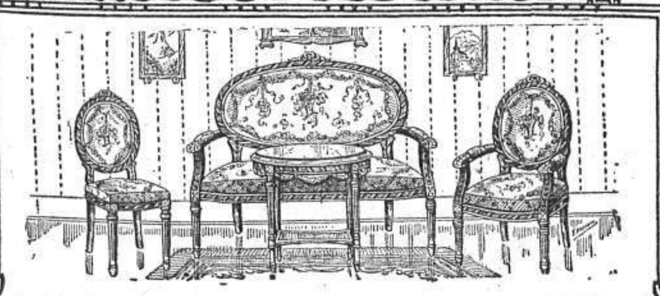


JUEGO DORMITORIO formato 3 cuerpos, construído en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de 1 ropero 3 puertas división en un costado, 1 toilette-cómoda, 2 mesas de luz con repisas, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. El juego completo, precio de **oportunidad**, $ **380.-**



GUARDARROPA construido en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros, precio de **Gran Reclame**, $ **75.—**

El mismo con dos cajones y luna grande $ **85.—**



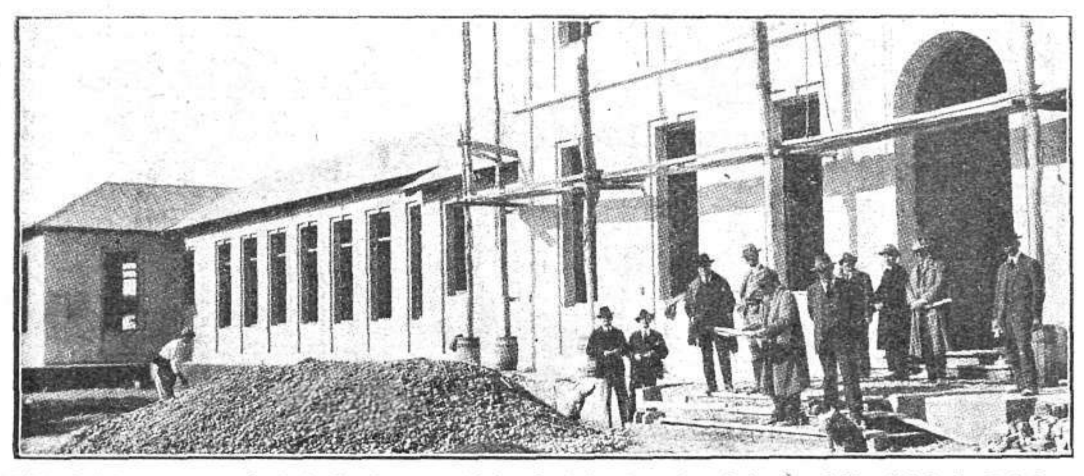
JUEGO SALA modelo ovalado, dorado «París» sobre nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo .... $ **360.-**

Catálogo general de **Muebles** Edición Nº **8**.

Camas de bronce exclusivo Nº **2**.

Solicite catálogo del renglón que le puede interesar cuyo envio efectuamos gratis.

De Mendoza



SAN RAFAEL. — El gobernador doctor Lencinas y su ministro señor Suárez inspeccionando las obras del hospital de San Rafael, que será uno de los mejor dotados de la provincia.

LAS MARAVILLAS DE LOS RAYOS X

Cuando hace veintisiete años el sabio Roentgen, quien acaba de morir, dió a conocer al mundo su descubrimiento de estas maravillosas irradiaciones de los rayos X, no podía sospechar que su invención iba a alcanzar tan vastas proporciones.

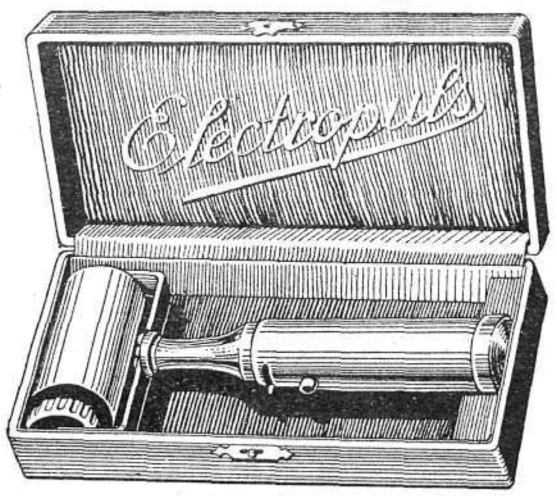
Hasta hace dos o tres años los rayos X se empleaban exclusivamente en investigaciones científicas, pero el recientemente inventado tubo de Coolidge, cuyo poder de penetración es tan extraordinario como rápida es su acción, permite realizar descubrimientos verdaderamente sorprendentes.

Hace años, una fotografía de rayos X necesitaba gran número de exposiciones; hoy estas «fotos» se obtienen con la misma facilidad que con una cámara ordinaria. Entonces, una ligera sombra en el hueso de la mano era todo lo que se podía obtener después de una exposición de veinte minutos. En la actualidad todos los huesos son claramente visibles con una exposición de centésima de segundo.

Aparte de los trabajos médicos y quirúrgicos, los rayos X se utilizan en el comercio y la industria, empleándose generalmente para ver las grietas en el metal, en la madera de las armaduras de los aeroplanos, en los motores y en otras cosas.

INGENIOSO INVENTO

recién llegado de Alemania



ELECTRO PULS o **ROLLO ELECTRICO**, con el cual todos pueden tratarse en su casa según instrucciones que acompañan a cada aparato.

Este rollo eléctrico es de metal fino niquelado, elegantemente presentado en un estuche fino, y tiene una pequeña batería farádica en el mismo mango, y apretando con la mano a un botón del mismo, emite una corriente suave y agradable, la cual puede aumentarse a voluntad por medio de un pequeño graduador que se halla en la parte superior del aparato **ELECTRO PULS**; por lo tanto todos pueden manejarlo con confianza y sin temor alguno de hacerse daño.

Con el **ELECTRO PULS** se quitan los dolores reumáticos y nerviosos en cualquier parte del cuerpo, dolores de cabeza, las malas digestiones, estreñimiento, etc ... Con el mismo aparato las damas pueden darse masajes faciales para suavizar el cutis y quitarse las arrugas, etc ...

Contra envío de **$ 30.—** moneda nacional se manda el **ELECTRO PULS** completo, con instrucciones, libre de porte. PILAS DE REPUESTO SIEMPRE HAY.

FOLLETOS ILUSTRADOS SE MANDAN GRATIS. — TODO PEDIDO DIRIGIRLO A

CARLOS A. SCHEID — Carlos Pellegrini, 644 — Buenos Aires

(SE NECESITAN AGENTES PARA EL INTERIOR)

Por su sabor agradable





Las

Pastillas y Jarabe

DASAC

son los preferidos de los niños.
De positiva eficacia contra
RESFRIOS, TOS y CATARROS.

*Pastillas, la caja: $ **1.—***
*Jarabe, el frasco: „ **1.20***
En todas las Farmacias.



¿Por qué preocuparse?

Con toda facilidad y con un gasto insignificante podrá convertir en nuevos sus vestidos usados y en el color de moda que desee, si usa



COLORANTE IDEAL

*Precio de la pastilla: $ **0.80***
En todas las Farmacias.

Envíenos $ 0.20 en estampilla y recibirá el interesante libro «Las enfermedades más comunes».

Unico Depositario:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. MITRE, 2176 — BUENOS AIRES

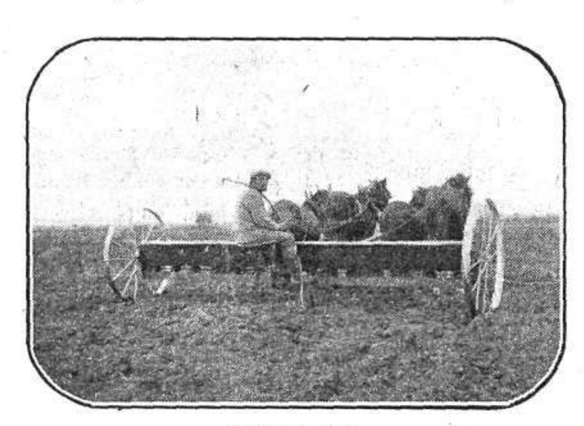


AGRICULTURA

LA TAREA MAYOR DEL MES: LA SIEMBRA DE CEREALES

Aunque ha empezado en algunas regiones la siembra de cereales de invierno, se generaliza y se extiende en todo el país durante el mes en curso; es la operación agrícola mayor del año, pues con ella se preparan los prolegómenos de la gran producción cerealista, y de las condiciones en que ella se efectúe depende, en buena parte, el resultado de la cosecha.

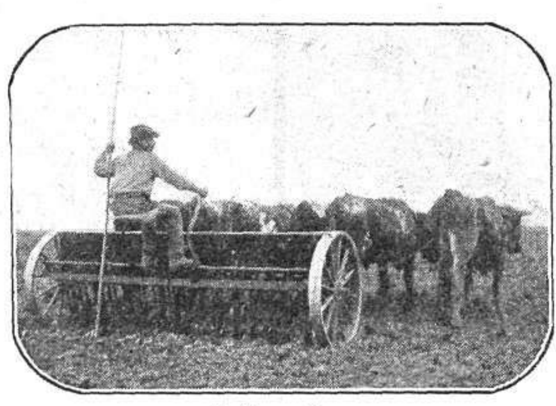
En cuanto a variedades a preferirse, opinamos que cada chacarero, sobre todo tratándose de grandes extensiones, debe sembrar más de una, para hacer una siembra en escalas y a tiempo; así, por ejemplo, el Húngaro o Rieti, temprano; el Ruso y Francés, después, y el Barletta más tarde, a lo último; de este modo tendremos asegurada con más probabilidad la cosecha, porque es imposible que todas las variedades sufran por igual los daños de las heladas, de las sequías, de la «isoca», etc., y además cada una quedará sembrada a su tiempo y sin demoras.



Siembra a voleo.

El cultivo repetido sobre la misma tierra, las malezas que invaden los sembrados, las estaciones contrarias y el mal cultivo determinan la degeneración de los productos; buena práctica sería, pues, el cambio de semilla de tiempo en tiempo, tratando de conseguirla limpia de malezas, de grano grueso, bien maduro, sano, nuevo, de buen peso, buen color, parejo, de alto poder germinativo, de mucho rendimiento y, si fuera posible, procedente de tierras nuevas.

Pero, generalmente, es difícil encontrar semillas con tan buenas cualidades, y el chacarero tiene entonces a su alcance un medio fácil para mejorar la que tiene, con la selección mecánica, empleando máquinas clasificadoras, que limpian los granos de las semillas extrañas y separan los granos más gruesos para la siembra, eliminando los granos delgados y el triguillo.



Siembra en linea.

Sembrando un grano grueso y parejo, tendremos indiscutiblemente un mayor rendimiento. Los agricultores que se han aprovechado de las clasificadoras que mandó a campaña el Ministerio de Agricultura de la Nación durante estos últimos meses comprobarán a buen seguro, en la cosecha, los beneficiosos resultados de esta práctica, que debería generalizarse y adoptarse como previa e imprescindible antes de la siembra.

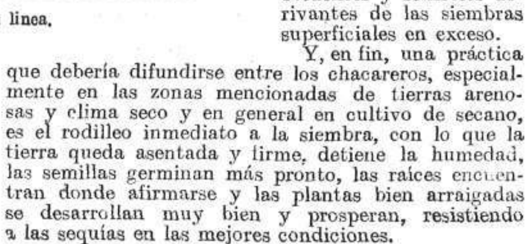
Pocos son los chacareros que no curan la semilla para evitar el «carbón» o mejor dicho la carie; pero el sistema de la «bolsa» es de eficacia discutible; hay que lavar bien el grano en la tina, empleando una buena solución de sulfato de cobre al uno y medio por ciento, durante cinco minutos, empleando los canastos en la forma conocida. También se procura difundir ahora el tratamiento «a seco», empleando polvos adecuados para este fin, que es el procedimiento más fácil, barato y rápido.

Respecto a la época, hay que recordar que la siembra temprana asegura, en parte, la buena cosecha, porque el trigo así germina pronto, arraiga bien y se desarrolla antes de que vengan los fríos intensos y las heladas, macolla más y madura más pronto; aunque cada variedad requiere su época, como hemos indicado, todo este mes de junio y el de julio son de buena siembra; más tarde ya es de éxito problemático en cualquier parte.

En la Exposición de trigo y anexos últimamente realizada en esta capital se exhibieron y hasta fueron premiadas sembradoras al voleo; es indudable que con la siembra al voleo se pierde mucha semilla que no germina o es comida por las aves; los granos quedan enterrados a varias profundidades y muchos superficialmente y mal tapados; en fin, una germinación desuniforme, lenta y una población despareja.

En cambio, la siembra en línea ahorra una buena cantidad de semilla, toda queda enterrada y no se pierde un solo grano; asegura la uniformidad en la distancia entre las filas y permite arreglar la profundidad a que deben quedar los granos, los que germinan así a un mismo tiempo, dando un sembrado parejo, de plantas robustas y que darán al final un buen rendimiento.

Ahora, la profundidad de la siembra del trigo varía según la naturaleza del suelo y la cantidad de agua de lluvia disponible en la región. Todos admiten, sin discusión, que en tierras compactas y en zona fresca y húmeda por lluvias suficientes, la siembra debe ser superficial; pero debe ser a mayor profundidad, en cambio, en tierras sueltas, arenosas y bajo clima seco, cálido y poco lluvioso. Así, por ejemplo, en las tierras del centro y norte de la provincia de Buenos Aires puede ser suficiente una profundidad de tres a cinco centímetros, mientras que para las zonas del oeste de la misma provincia, inclusive la Pampa y parte de la de San Luis, donde las tierras son arenosas y escasean las lluvias, debe llegarse hasta 6 y 8 centímetros, pudiéndose llegar, como máximo, a 10 o 12 centímetros en tierras muy áridas y en cultivos de secano. En tiempo de sequías prolongadas en estas zonas y en estas tierras, fácil resulta la comprobación de los perjuicios evidentes y sensibles derivantes de las siembras superficiales en exceso.



Y, en fin, una práctica que debería difundirse entre los chacareros, especialmente en las zonas mencionadas de tierras arenosas y clima seco y en general en cultivo de secano, es el rodilleo inmediato a la siembra, con lo que la tierra queda asentada y firme, detiene la humedad, las semillas germinan más pronto, las raíces encuentran donde afirmarse y las plantas bien arraigadas se desarrollan muy bien y prosperan, resistiendo a las sequías en las mejores condiciones.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO

¿Por qué acepta pino pudiendo obtener cedro...?

Ventana N.º 11

Puerta para patio N.º 3



Nuestra enorme fabricación nos permite vender sólidas **PUERTAS** y **VENTANAS** de **CEDRO**, que entregamos en seguida de hacernos el pedido, y que por su excelente calidad resultan más económicas.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21 22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

Solicite catálogo

PUERTA N.º 3		
De 320 x 110	c/u.	$ **119.—**
» 300 x 110	»	» **117.—**
» 280 x 110	»	» **115.—**
VENTANA N.º 11		
De 280 x 110	c/u.	$ **102.—**
» 260 x 110	»	» **100.—**
» 240 x 110	»	» **98.—**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento.

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

POLVO PYORRHOCIDE



Mis encías ya no se contraen ni sangran. Ya no me duelen ni están inflamadas. Mis dientes ya no son sensibles.

Yo uso ahora Polvo "PYORRHOCIDE"

El polvo **"PYORRHOCIDE"** es el remedio más eficaz que se conoce para promover a la higiene de los dientes, las encías y la boca.

Corrige ese estado conocido como piorrea que se manifiesta por encías blandas, sangrantes, esponjosas e infectadas y por la contracción de las mismas.

La piorrea, cuando no es contrarrestada o corregida, destruye:
1) las encías o tejidos blandos.
2) el tejido huesoso o el alveolo de la raíz.

Dientes perfectamente sanos, blancos y limpios como perlas pueden descansar en alveolos enfermos como resultado de una infección piorreica.

El polvo **"PYORRHOCIDE"** es el indicado para la prevención y el tratamiento de la piorrea. Años de estudios en clínicas que se dedicaron exclusivamente a la investigación de la piorrea y su cura, dieron forma a este producto como el más eficaz para proteger y promover el desarrollo sano e higiénico de los dientes y las encías.

El polvo **"PYORRHOCIDE"** es recetado por los dentistas más eminentes como un medio para mantener los dientes blancos y limpios y las encías duras y firmes.

Mándenos el cupón acompañado de 10 ctvs. en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

Nombre..

Calle y N.º..

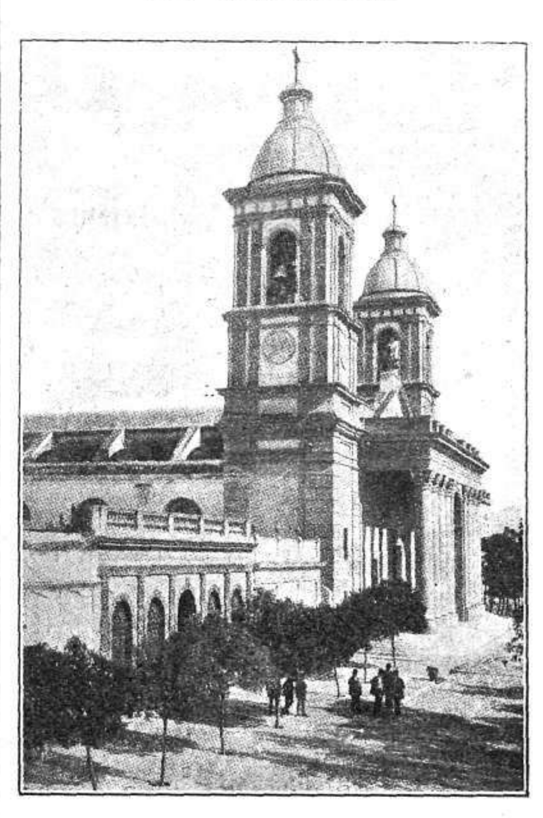
Localidad..

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

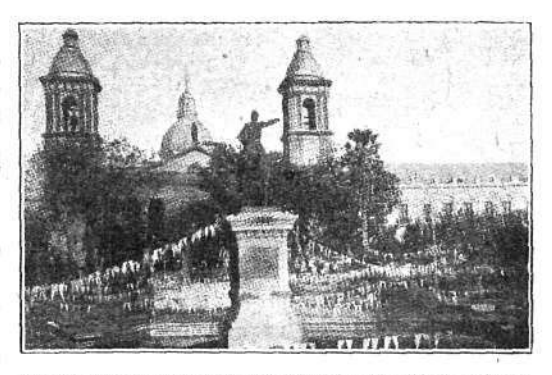
Fabricantes:
THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co. New York

Unicos Agentes:
MAYON Ltda. Avenida de Mayo, 1245, Buenos Aires

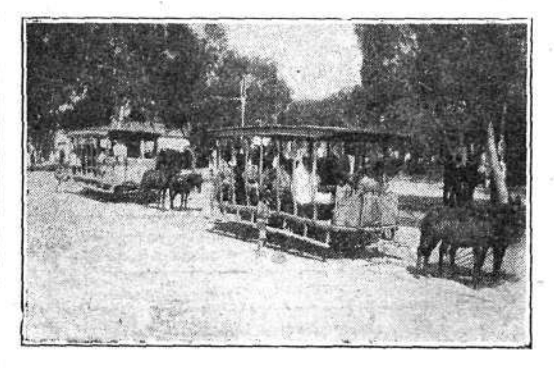
De Catamarca



La Catedral, uno de los edificios más suntuosos de esta ciudad.



Aspecto general de la plaza Independencia, sita frente a la Casa de Gobierno.



PIEDRA BUENA. — Tranvías que transportan a los numerosos peregrinos que acuden al santuario de la Virgen del Valle.



«UN MUCHACHO MODELO»

Es una hermosa comedia en que el humor y el sentimentalismo, literariamente amalgamados, producen una excelente impresión artística. Charles Ray, actor de notables facultades, entre las que descuellan sus cuidadosas caracterizaciones, es el feliz protagonista de este enredo. Es un muchacho tímido, ingenuote, libre de toda malicia; un corazón honrado, en cuyas fibras todavía la experiencia amarga de la vida no ha hecho estragos. Sencillo y bueno, cae en las redes del amor y se «atreve» a estampar sus labios en los de una simpática «girl» bastante más vivaracha e «intuitiva» que él, la que *gusta del flirteo sin compromisos* porque, cuando, ateniéndose a las consecuencias del beso, el joven se considera novio prometido y acondiciona su futuro hogar, esperando darle una grata sorpresa a la coquetuela, ésta se echa a reír, hace aspavientos y le explica que un simple beso no es precisamente un nudo corredizo. Estos son los incidentes que dan lugar a que el notable artista «matice» su papel. En cuanto al desenlace, es natural que se resuelva con toda felicidad. La chica «reacciona» y lo acepta encantada.

«SOMOS HERMANOS»

Es un drama detectivesco bastante grueso, en que intervienen unos tipos falsificadores a quienes persigue la policía, lo que permite escenas «movidas» con disparos y víctimas. Bueno; pasan varios años, lo que en el cine resulta tan fácil como socorrido, y entonces se explota el recursito de la guerra europea en el sentido patriotero. Esteban Cline, el falsificador, ya purificado en las trincheras, regresa a Nueva York y comienza a experimentar agradables sorpresas al tropezarse con viejos conocidos, y luego el argumento remata lo más *emocional* posible, con la tan olvidada expresión de que todos somos hermanos.

¡Ojalá, en el verdadero sentido social, fuera verdad tanta belleza!

«LA AVENTURERA DEL PASAJE GÜEMES»

PRODUCCIÓN nacional titulada dramática, se desarrolla en seis breves actos y nos ofrece un argumento bastante insulso y convencional, a base de un intento de soborno para adquirir ciertas fórmulas químicas secretas. Se advierte en seguida un espíritu imitativo de los malos procedimientos yanquis, de esas tramas artificiosas en que se pretende forzar el interés acumulando escenas con perjuicio de esa unidad *psicológica, por decirlo así,* que hace comprensibles a los personajes. No hemos podido, en esta cinta, simpatizar con figura alguna, esa simpatía comunicativa que suele prender en el ánimo del espectador cuando determinado protagonista se nos presenta poniendo de relieve parte de sus características. Aquí los principales tipos aparecen desdibujados, uniformes, sin conseguir expresar algo por donde colegir su personalidad, cualquiera de las cualidades escénicas que sin duda poseen. Y aparece el círculo vicioso de si no es defendible el argumento porque es malo o de si es malo porque no saben defenderlo los actores.

Siguiendo en el orden de los reparos, señalaremos los títulos, redactados con notorios descuidos gramaticales y en un estilo recargado de vulgar hojarasca literaria; y en cuanto a las escenas, no abundan por su lucimiento y hermosura, bien que en algunas hayamos apreciado felices combinaciones de luz.

Sin embargo de las imperfecciones anotadas, la película no desagrada, no significa un mal precedente; por lo contrario, hace abrigar legítimas esperanzas de ensayos más afortunados.



Sylvia Ashton, actriz de carácter de la Paramount, congratulando al notable actor cómico Walter Hiers por su ascenso a "lucero" de la escena muda.

«TURFISTAS Y TONGUEROS»

Es una cinta aburrida, en que se explotan las carreras de caballos y se entremezclan intrigas a granel. La mujer «vampira» que se casa tres veces sin previos divorcios; la muchacha «abnegada» que evita la muerte del caballo ganador disfrazándole una pata con una de sus medias; la zambullida del noble bruto en el mar; carreras, sustos, ladrones, un detective, un viejo a heredar, un marinero salvador, etc., etc. Todo ello bastante confuso y atropellado, como para aburrirnos de lo lindo. Dora Lenox, la heroína, es una muñeca que apenas alcanza la categoría de tercera clase.

«HE AQUÍ MI ESPOSA»

PELÍCULA tomada de una novela de Gilbert Parker, nos ofrece un argumento bastante «original», con escenas interesantes. Trátase de un matrimonio por despecho, de uno de esos novios susceptibles que, al verse abandonados por su prometida, se «vengan» casándose con la primera mujer que encuentran, en este caso una «india» de quien se aburre en seguida, enviándola poco menos que facturada a Inglaterra, su patria, al cuidado de sus parientes, mientras él se queda trabajando por tierras del Canadá. ¿*Trabajando* hemos dicho? No, exageramos. Este mal casado se entrega a la farra y a los chanchullos y acaba por ser un perfecto sinvergüenza... hasta que un día, de repente, como siempre suceden estas cosas, le atacan unos irresistibles pujos de regeneración y vuelve al viejo mundo, donde concluye por reconciliarse con su esposa la india, que resultó más lista que el hambre y más educada que todas las «ladies» juntas de London. Y... «he aquí *a* mi esposa», habrá exclamado él en inglés, difícil, por lo visto, de traducir correctamente.

NARCISO ROBLEDAL.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La cajita fatal, por **H. Fernández Méndez.** Una desilusión, por **Bernardo Escliar.** La sinfonía de las horas grises, por **César Garrigós.** Arcano, por **Félix B. Visillac.** La familia Morris, por **Artemio Moreno.** Las hienas, por **Leopoldo Rodríguez Pujol.** El trío peligroso, por **E. Phillips Oppenheim.** Nostalgia, por **Clara Fielich.** La pata de palo de su señor padre, por **Neuman Levy.** La esfinge muerta, por **Roberto Bracco.** La tragedia de Chakcheck, por **Enrique Williamson.** Designios inexcrutables, por **E. T. Benson.** El demonio me dijo, por **Juan Papini.** ¿Qué hay en el centro de la tierra? por **E. Gilliatt.** Un pintor argentino en Madrid, por **José M.ª Salaverría.** Hombres célebres: Séneca, por **Eduardo del Saz.**



COLONIA CASTEX (Pampa). — Grupo de niños que han sido beneficiados con la inauguración de la Escuela Nacional N.º 174, la cual viene a llenar un vacío que se hacía sentir en esta zona.

EL RENDIMIENTO DEL TRABAJO

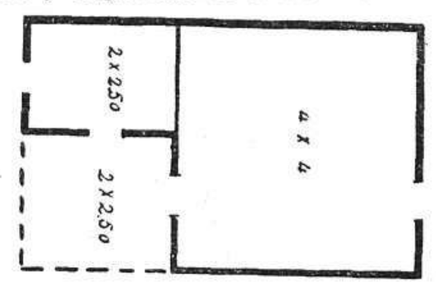
Interesantes experimentos sobre los resultados de los diferentes métodos de trabajo han sido realizados, según refiere la «Contemporary Review», por industriales americanos. Una pequeña fatiga requiere, para que el organismo recobre toda su capacidad laborativa, un corto período de reposo; un doble grado de fatiga requiere más del doble grado de reposo. La experiencia ha sido hecha con muchachas que doblan pañuelos. Normalmente, no tienen más descanso que el que les proporciona el intervalo en que renuevan la provisión de piezas por doblar y entregan las piezas dobladas. Puestas las muchachas en las mejores condiciones de trabajo, fué dividida la hora de labor en diez partes de seis minutos cada una. La obrera, en las primeras cuatro partes de la hora así dividida, es decir, hasta el minuto 24, trabajó cinco minutos y reposó uno, quedando en buenas condiciones para reanudar el trabajo, siempre sentada. Durante los siguientes doce minutos la muchacha trabajó en pie cinco minutos y reposó uno. Durante los siguientes 18 minutos trabajó con el mismo ritmo, ya sentada, ya en pie, como le agradase. El último período de seis minutos fué reposo, menos en las dos horas que precedían al almuerzo y la salida, en que todo descanso estaba suprimido. El resultado de las experiencias americanas ha sido éste: que con tal cambio de «routine» las muchachas dieron un rendimiento «triple», llegando al fin de la jornada mucho menos cansadas.





Petit Chalet

adecuado para temporadas veraniegas o para solaz de recién casados. Soluciona la exigencia más rigurosa de la vivienda moderna y está sólida y elegantemente construído.





Nuestro catálogo dice:

N.º 4. — Petit Chalet de una habitación de 4 × 4 y otra de 2 × 2.50 y galería o descanso de 2 × 2.50, con esqueleto suficientemente reforzado, forro de 1 pulgada exterior moldurado, techo de 1 pulgada cubierto con «Ruber-Oid», con piso de 1 pulgada reforzado sobre pilotes de madera dura y sin forro.

Solicite nuestro catálogo y encontrará también otros modelos.

Todo en pino tea, sobre carro o sobre vagón	$	1.700
Con forro interior de 1/2 pulgada interior	»	2.000
Todo en pino spruce, sin forro interior	»	1.250
» » » » con forro interior	»	1.500
Para armar en destino	»	150

Gorostegui Hnos y Cia
Bdo. de Irigoyen 1544
U.T. 3079 Buen Orden - B. Aires

Si Vd. quiere admirar otros modelos, véalos en nuestros avisos de "La Nación" del 10, "La Prensa" del 12 y "La Razón" del 17 de Junio

Somos especialistas en la construcción de galpones y casillas desarmables.

PIDAN CATALOGO ESPECIAL



Sus participaciones de Enlace

deben ser ejecutadas por una casa que pueda transmitir, a través de ellas, una idea clara de la importancia y magnificencia de ese acontecimiento único en la vida.

La casa Luis L. Gotelli, Cangallo, 828, entre Suipacha y Esmeralda, se ha especializado en tal forma, que ninguna en Buenos Aires presenta como ella las Partecipaciones de Enlace, así como las Tarjetas de Visita, timbradas, litografiadas o impresas, Partes de Nacimiento, Menús y, en general, todo impreso de lujo.

Le invitamos a que visite nuestra exposición de Partes de Enlace.

Papelería e Imprenta Comercial y de Lujo

LUIS L. GOTELLI — Cangallo, 828 (Entre Suipacha y Esmeralda.)

Unión Telefónica 2936, Rivadavia

REMITIMOS AL INTERIOR MUESTRAS DE PARTES DE ENLACE, CON SUS PRECIOS, Y PAPEL Y SOBRES CON MONOGRAMA O SIN EL, EN VARIOS COLORES.

Comentarios

—¿Quién es el ciudadano
que llega tan temprano
con aire de importancia
y luego, muy ufano,
se toma su café?
¿Quién es el orgulloso
sujeto misterioso
que dice con jactancia:
«No hay duda, soy famoso»?
—Es Loza, ¿no lo ve?

* * *

Un sujeto muy formal,
muy callado y muy discreto,
oye hablar a otro sujeto
del desarme universal
y al instante dictamina:
—Si el desarme no es un mito,
¡que le quiten el maldito
fonógrafo a mi vecino!

* * *

—Erguido, bien plantado,
es una gran figura el presidente.
—Tiene todo el aspecto de un cruzado.
—De un cruzado de brazos, ciertamente.

* * *





—Ahí va un modesto escritor
que a menudo macanea.
—¡Y qué tono se da! Vea,
parece un conquistador.
—Conquistador verdadero
es. Eso salta a la vista.
Se dedica a la conquista
del cotidiano puchero.

* * *

Crotto se encontró a Gómez hace poco
en la casa rosada.
Y, de alegría loco,
le dió una manotada
en el hombro derecho,
diciéndole, optimista:
—Supongo que estará muy satisfecho
porque ya se ha curado de la vista.
No le guardo rencor. A lo hecho, pecho.
Los tiempos han cambiado. En consecuencia
podemos ser amigos. ¿Quién lo duda?
Hoy don Marcelo está en la presidencia
y confío en su ayuda.
¿Y usted, también, confía en su excelencia?
Vamos, póngame, Gómez, buena cara.
Todo nos une y nada nos separa.

* * *



—¡Qué cólera! ¡Qué furor!
—Casi siempre le verás
con ese aire aterrador.
—¡Demonio!
—Por lo demás,
es hombre de buen humor.
En continuos altercados
pasa la vida y va y viene
gruñendo por todos lados.
—¿Y el buen humor?
—Pues lo tiene
los ratos desocupados.

* * *

Entregado a profundas reflexiones,
la estatua contemplaba cierto día
un chicuelo y decía:
—Si «El pensador» tuviera sabañones,
¡cómo se rascaría!

* * *



Hablan, de noche, llenos de susto dos literatos:
—¿Qué ruido es ese tan formidable?
—Puede que sea
la cabalgata de las valquirias.
—¿No son los gatos
que andan corriendo furiosamente por la azotea?

* * *



Un orador eminente
llegó hace poco al país
con un resfrío incipiente.
Y el pobre largó un ¡atchís!
y dijeron:
—¡Qué elocuente!

* * *

Mirando a la derecha y a la izquierda,
por si fuere por alguien observado,
murmura Elpidio:
—Un vice en el senado
es un reloj sin cuerda.

* * *

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla

Don Juan. — Buenos Aires. —
Dejando la poesía,
irresistible *Don Juan*,
daría usted una gran
prueba de sabiduría.

S. W. — Buenos Aires. —
«La roja luz de la encendida esfera»
le abrasó la mollera.
¡Echese usted «al agitado Ponto!»
¡Refrésquesela pronto!

O. O. O. — Buenos Aires. —
Su sistema no conduce,
no conduce a nada bueno.
¿Supone usted que se luce
ripiando con desenfreno?

H. R. D. — Buenos Aires. —
Una persona tan erudita
nada nos prueba con citas falsas.
Y se acredita
de picapleitos y catasalsas.

E. G. A. — Buenos Aires. — No.

Puchito. — Buenos Aires. —
No tiene, «Puchito», su insulsa pavada
ni gracia, ni ingenio, ni chispa, ni nada.

J. E. T. — Buenos Aires. — Nos limitaremos a reproducir lo que escribió Darwin. «El que al desecharla se burla de la idea de que la forma de sus dientes caninos y su excesivo desarrollo en otros hombres se debe a que sus primeros antecesores poseían estas armas formidables, al mostrar su ironía revela sin querer su propia línea de filiación; porque aunque no tenga intención ni fuerza para usar de sus dientes como armas ofensivas, al sonreírse irónicamente contrae involuntariamente ciertos músculos de su cara (*smarling muscles*, de sir C. Bell), descubriendo de este modo los dientes, prestos a la acción, como el perro que se dispone a combatir».

M. A. O. — Buenos Aires. —
Vamos a advertirle
que, si usted no cambia,
no van a admitirle
ni en la Senegambia.

T. G. M. — Buenos Aires. —
Busque usted otros asuntos,
ya que se halla convencido
de que siempre se ven juntos
lo moral y lo aburrido.

G. I. — Buenos Aires. —
Está usted, y con razón,
«profundamente afectado».
Hasta en eso que ha mandado
se nota la afectación.

D. C. Santa Fe. — Mande otra cosa.

R. B. — Santa Fe. — Se publicará una de ellas.

L. M. F. — Río Cuarto. — No publicaremos la novelita.